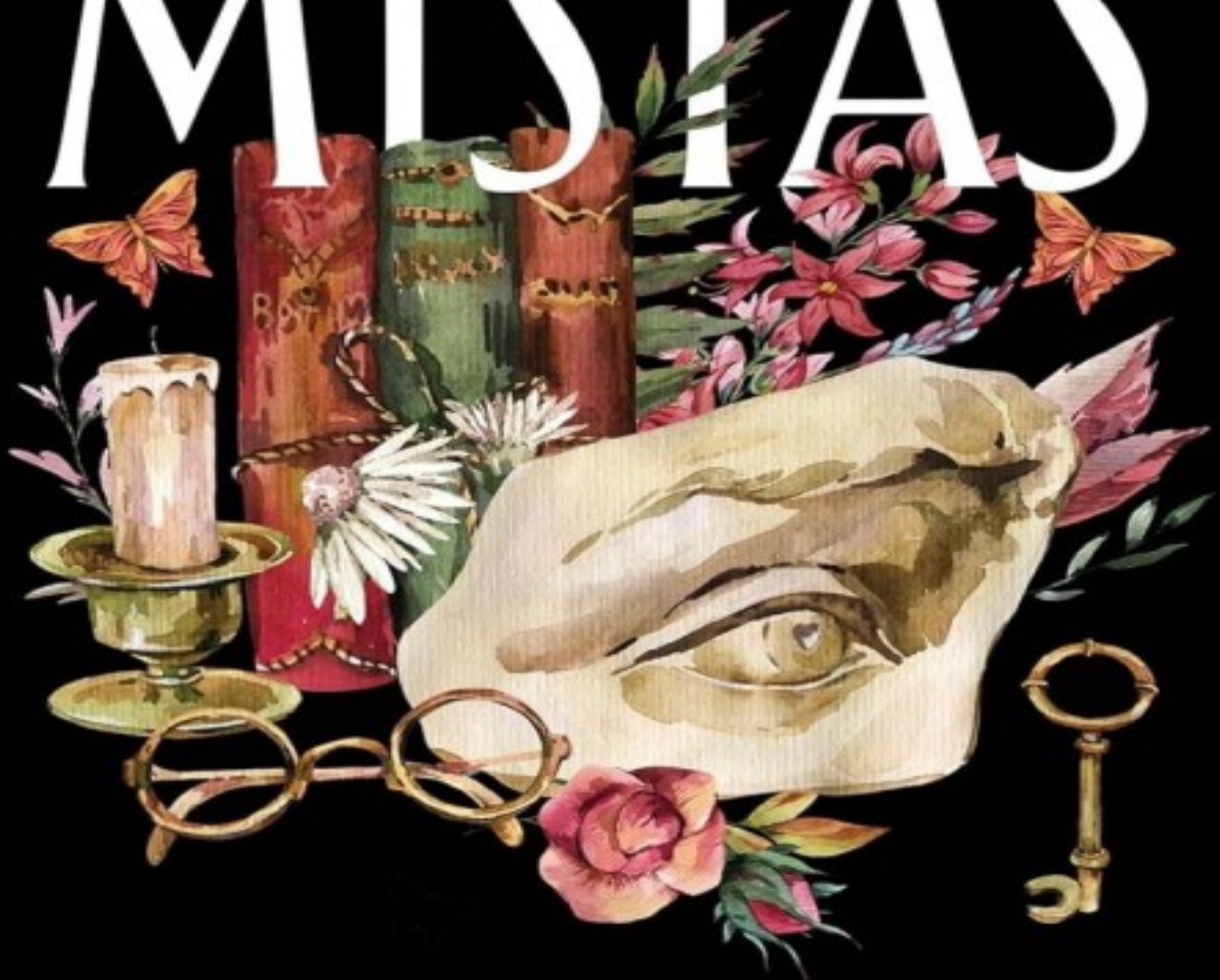
LOS ANATOMISTAS



LIDIA G. MERENCIANO

Los anatomistas

Lidia G. Merenciano

Para Alex,
que consigue que el mundo académico dé menos miedo

Tranquilo estuve durante mi existencia. Por entonces obtuve grandes bienes. Mas al llegar mi final, la oscuridad me envolvió. El día que fui llamado de vuelta a mi esencia.

Epitafio de un desconocido,
necrópolis judía medieval

Why does tragedy exist? Because you are full of rage.
Why are you full of rage? Because you are full of grief.

ANNE CARSON, *Grief Lessons*

Sobre el dark academia

El mundo académico puede describirse con un término: «pasión». Es un universo de amor al conocimiento, pero también está cargado de competición, sudor, sangre y, sobre todo, obsesión. Cuanto más tiempo pasas dentro de él, más difícil es abandonarlo. Al fin y al cabo, la pasión y la obsesión pueden ser dos caras de una misma moneda, dos sentimientos que aquí convergen en un mismo concepto: el saber.

Es de esta dualidad de la que nace el dark academia, un género literario que busca plasmar la rivalidad y la desesperación del ser humano por conocer, y se pregunta hasta dónde puede llegar una persona por la ciencia o cuál es el límite entre la pasión, la obsesión y la locura.

Tomando como escenario un ambiente de alta exigencia, elitista y efervescente como es el Edinburgh Medical College en 1850, las historias que entran dentro de esta clasificación comparten la premisa de que todo comienza por la necesidad de saber más.

En *Los anatomistas* he querido unir estos elementos en una historia dark academia en el Edimburgo del siglo XIX. Una novela donde los protagonistas vivirán una historia de misterio e investigación mientras nosotros nos preguntamos: ¿es esto ciencia o locura?

Nota de la autora
Edimburgo y el siglo XIX

Aunque ahora veamos Edimburgo como una ciudad en la que el tiempo se ha detenido, la realidad es que han cambiado muchas cosas en pocas décadas.

Escribir una novela (en especial una en la que la base es la historia) sobre una ciudad y un periodo tan conocido como es el siglo XIX en la capital escocesa, me obliga a pedir perdón por adelantado y a justificar los cambios que ha sufrido el espacio para adaptarse a la obra. Todos los lugares que se mencionan a lo largo de la historia de Theodore y Arthur son reales, pero algunos se han visto ligeramente modificados en el plano de la ciudad.

Si tengo que buscar a un culpable, este sería sin duda Teviot Place, uno de los puntos clave de la novela que no podía estar en otro lugar. La residencia donde los protagonistas viven y pasan sus días toma como referencia un edificio conocido como Teviot Row House, inaugurado en 1889 y célebre por ser la sede del sindicato de estudiantes más antiguo del mundo. A finales del siglo XIX, este edificio era el centro neurálgico de la Universidad de Edimburgo y estaba ligado a la Facultad de Medicina, que fue trasladada allí en la década de 1880. Al mismo tiempo, el Royal Infirmary de Edimburgo, conocido por ser el primer hospital voluntario y universitario de

Escocia, estaba a tan solo unos minutos andando de esta misma manzana.

Hasta aquí, parece sencillo. Aunque todo lo mencionado ocurre unas décadas después del comienzo de nuestra historia (enero de 1857), podría haber dejado estos lugares en el mismo sitio y permitir que mis estudiantes vivieran en apenas unos metros cuadrados. Sin embargo, la propia ciudad de Edimburgo se presenta en la novela como otro personaje importante, ya que la trama no habría podido suceder en otro lugar de la misma manera. Si nos vamos a mediados de la década de 1850, los espacios que hemos mencionado están un poco más alejados entre sí, pero ningún recorrido llegaría a más de medio kilómetro de distancia, menos de diez minutos andando.

Por esta razón, decidí tomarme unas cuantas licencias espaciales para permitir que los personajes pudieran interactuar con el entorno de manera natural, sin que los forzaran las circunstancias de la historia. En estas páginas, la Facultad de Medicina y Veterinaria de la Universidad de Edimburgo no se encuentra en el Old College, sino al lado de Canongate, a poco más de un kilómetro y medio de su lugar histórico y cerca de la Royal Mile. Parece un cambio insignificante, pero ayuda a los desplazamientos que hacen los protagonistas.

De la misma forma, el Royal Infirmary aparece donde en realidad se encontraba el antiguo Old Surgical Hospital en Drummond Street, a unos diez minutos de Teviot Place y de la nueva ubicación de la facultad. Del antiguo hospital de cirugía no solo he tomado la ubicación, sino también la arquitectura del lugar, fusionando, en esencia, dos edificios en uno.

Una vez aclarados los espacios que han sido ligeramente modificados para la construcción de esta obra, debo mencionar

también algo importante sobre la duración de la carrera de Medicina en la época en la que transcurren los hechos. Durante el siglo XIX, la vida estudiantil solo duraba cuatro años, pero en la novela los alumnos se quedan algo más en la universidad, más o menos el tiempo que dura la carrera de Medicina hoy en día.

Soy consciente de que esta nota no es del todo necesaria, a fin de cuentas se trata de una obra de ficción, aunque esté basada en una realidad histórica. La ficción tiene como objetivo entretener y crear un universo propio. Sin embargo, considero que mi deber como autora es informar al lector de los aspectos que no se corresponden con la realidad.

La historia de Burke y Hare, las autopsias, los términos médicos y los datos académicos sí son reales, así como todos los espacios que se mencionan de la maravillosa ciudad de Edimburgo.

Gracias por recorrer este viaje con nosotros.

LIDIA G. MERENCIANO

Prólogo
Omnia ab uno incipiunt

23 de abril de 1852

La primera vez que vio un cadáver fue en la primavera de 1852, en el suelo de una habitación fría de la Universidad de Edimburgo.

Aquella mañana había acompañado al profesor a la facultad, el día era mucho más cálido de lo habitual, así que Victoria deseó haberse olvidado la chaqueta antes de abandonar la seguridad de su cuarto. El coloso de piedra oscura y tejas negras la saludó desde el otro lado de la calle, imponente, con su habitual séquito de estudiantes que se agolpaban en la puerta tratando de alargar el momento de entrar a las clases. El humo del tabaco envolvía el aire del patio, así que tuvo que contener el aliento antes de atravesar la entrada, bajo la atenta mirada de todos los jóvenes, que buscaban cualquier distracción para interrumpir las monótonas conversaciones diarias.

Los primeros brotes de margaritas salpicaban el suelo de los portalones, manchadas por la ceniza que caía de los puros que fumaban los futuros graduados, y anunciaban el final del invierno, que había sido bastante seco en todos los puntos de Escocia. Un pequeño grupo de alumnos leía el periódico en voz alta y se peleaban por arrancárselo de las manos los unos a los otros, ignorantes de que el tiempo se les echaba encima. En lo alto de la

escalinata, dos profesores conversaban en susurros tan fuertes que cualquiera podía oír con todo detalle lo que decían. Victoria no sabía cómo se llamaban, pero habría jurado que los conocía. En apariencia era un día como otro cualquiera, sin embargo, había tensión en el ambiente, como si una tormenta fuera a descargar sobre sus cabezas de un momento a otro, sin previo aviso.

En el interior de la Facultad de Medicina y Veterinaria todo estaba tranquilo, habían dejado la emoción en la entrada. El suelo de mármol replicaba el sonido de sus pisadas. Las del profesor, energéticas y seguras. Las de Victoria, lentas pero firmes. Los ruidos de ambos se perdían en el murmullo de las clases que se estaban impartiendo en todos los puntos del edificio al mismo tiempo. La estudiante vio entreabierta la puerta del aula que solía ocupar el profesor, señal de que nadie le había quitado el puesto, aunque aquel día había pedido permiso para ausentarse. Desconocía por completo qué era lo que le había hecho cambiar de manera tan radical sus planes ese día, sabiendo lo mucho que apreciaba seguir el horario al pie de la letra. Siempre le decía que llevar un orden ayudaba a que su cabeza funcionara mejor, así evitaba que la novedad le confundiese y podía dedicar más tiempo a lo que importaba de verdad. También era positivo para sus alumnos, que sabían que podían confiar en él, al margen de lo que estuviese sucediendo a su alrededor.

Si el profesor había aceptado salirse de lo establecido era porque detrás tenía que haber algo gordo, pero ni siquiera había querido contárselo a su discípula.

Había aparecido en su habitación poco después del amanecer y le había pedido que lo acompañase, sin añadir más explicaciones.

Tenía la mala costumbre de esperar que todos le dijesen que sí, pese a que nunca consultaba nada a los demás sobre sus planes. Lo peor era que tenía razón. Nadie en su sano juicio habría dicho que no a una invitación tan directa, se tratara de lo que se tratase.

Cruzaron el pasillo sin mediar palabra, el profesor no se detuvo a saludar a nadie y apenas le dirigió la mirada a Victoria. Si había urgencia en sus pasos, no lo dejaba entrever, pero a esas alturas lo conocía lo suficiente para saber que algo le rondaba la cabeza y que muy pronto tendría una respuesta. La joven giró hacia la derecha para subir las escaleras, pero el profesor siguió de frente y bajó los escalones que daban acceso al edificio adosado donde se encontraba la morgue. Por un instante Victoria se preguntó si el profesor no se habría confundido, o si se había olvidado de que iba con él, pero no vaciló ni un momento, así que la alumna tuvo que correr para alcanzarlo. Era la primera vez que ponía los pies en aquel pasillo, la poca claridad que daban las lámparas de aceite la desconcertó y perdió por completo al maestro.

Aquella zona de la facultad estaba reservada solo a unos pocos. Incluso los estudiantes de Medicina debían poseer un permiso especial o haber sido admitidos en la especialidad de autopsias para poder pasear con libertad por el lugar. A Victoria le daba la impresión de que el hecho de que alguien como ella estuviera allí era ilegal, y muy probablemente lo fuese. En todo el corredor solo había una puerta abierta, y a ella se dirigió en medio de la semioscuridad, rezando para que aquel fuera el lugar adonde tenía que ir. Un gran número siete coronaba la entrada; era incapaz de distinguir nada más desde fuera.

Había un cuerpo tirado en el suelo, aunque al principio su cerebro se negó a reconocerlo como tal. Era más bien un montón de ropa ajada y sucia, pero entre aquellos jirones logró distinguir un miembro. Luego, otro más. En su cabeza, poco a poco comenzó a formarse la imagen de quien una vez había sido una persona y en aquel momento yacía en el suelo sin señal alguna de vida. Nunca supo si se trataba de un hombre o de una mujer. El cadáver estaba destrozado por completo y la camiseta le cubría la cabeza. Evitó contemplarlo durante mucho rato.

El profesor estaba agachado en el suelo junto a dos hombres que se miraban entre sí con desconcierto, como si fuese la primera vez que veían un cuerpo. Ninguno de ellos levantó la cabeza para advertir la presencia de Victoria en la sala.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —inquirió uno de ellos, el más joven, de quien desconocía el nombre—. ¿Cinco, seis días, tal vez? ¿Cómo es posible que nadie haya bajado en todo ese tiempo y que no nos hayamos dado cuenta de lo que sucedía a tan solo unos metros de nuestros despachos?

—Tonterías —intervino el profesor, exasperado—. No lo mataron aquí, no hay ni una sola gota de sangre.

—¿Y si lo han limpiado todo bien? —El tercer hombre simulaba mucha más tranquilidad que los otros dos y observaba la escena desde una prudente distancia—. Si esto ha sucedido por la noche, no podemos descartar que hayan tenido tiempo de sobra para eliminar los restos de la carnicería.

—Eso, eso.

—En mi opinión este no ha sido el escenario del crimen. —El profesor ignoró a sus interlocutores y se acercó al cuerpo—. Esto se

lo hicieron hace días, la carne está empezando a descomponerse, de aquí a unas horas quedará poca piel útil para hacer un diagnóstico que nos ayude a averiguar algo más.

El más joven se puso en pie, sacudiendo la cabeza con firmeza.

Ninguno de ellos parecía darse cuenta, pero el hedor infestaba la habitación y parte del pasillo. Victoria no había olido nunca nada como aquello, no podría describirlo correctamente aunque lo intentara, era un olor dulzón que impregnaba hasta el último centímetro de su cuerpo. Más tarde pasaría varias horas en la bañera para tratar de eliminar cualquier rastro de su presencia en aquel lugar, pero no importaba lo mucho que frotase, hay cosas que nunca desaparecen.

—No es útil para las clases. —El último hombre que había hablado se dirigió al profesor buscando su aprobación—. Ni el mejor de los alumnos sacaría algo de este montón de basura. No guardaría ni los huesos.

—Ciertamente sería una pérdida de tiempo y de espacio —asintió el maestro, antes de volverse hacia el de menor edad—. ¿Quieres hacerle una autopsia?

Resopló tan fuerte que Victoria creyó que le habrían oído desde el piso de arriba.

—Podría intentarlo, pero, como bien habéis apuntado, no servirá de nada. Lo más probable es que alguien se olvidara de que lo había sacado y algún grupo de estudiantes aburridos se ensañara con él. —Golpeó el cadáver con suavidad con la punta de uno de sus zapatos. El cuero parecía nuevo y una pequeña marca de grasa se agarró a él, lo que irritó al doctor—. La causa de la muerte no son los cortes ni el desmembramiento, no creo que saquemos nada en

claro. Podemos interrogar a los estudiantes uno por uno, pero será inútil. Esos críos se protegen entre ellos, son listos.

—Entonces tiradlo antes de que las ratas se lo coman. —El profesor se giró hacia Victoria y la agarró del brazo—. He tenido suficiente con un cadáver hallado en el suelo de la facultad, no nos conviene que esto se convierta en una nueva moda. Cerrad la boca, aquí no ha sucedido nada. Si se corre la voz solo animaremos a los demás a que intenten lo mismo.

Ambos asintieron, contentos de tener una orden directa que seguir.

Después subieron de vuelta al despacho del profesor, donde este le encargó a Victoria que ordenara los archivos del mes, trabajo que le mantuvo la mente ocupada hasta que regresaron cada cual a su casa, horas más tarde.

La imagen que había contemplado aquel día se clavó en la mente de la estudiante sin permiso y la acompañó durante años. El profesor evitó que sus conversaciones volviesen a aquel lugar. A fin de cuentas, su trabajo consistía en ver pacientes a diario, aquel incidente no sería lo más raro que Victoria contemplaría, si quería seguir frecuentando la facultad.

En ese momento no lo sabía, tampoco el profesor, pero estaba delante del primer asesinato de todos de los que sería víctima la ciudad de Edimburgo.

1
Sectio cadaveris

9 de enero de 1857, 7.52 h

El profesor Buckman se secó las manos sin guantes con un paño manchado de café, antes de inclinarse sobre el paciente, cuya expresión se había congelado para siempre en una mueca desagradable de terror absoluto.

—¿Está usted preparado?

El joven, apoyado en el escritorio de madera, asintió. La mitad de su rostro estaba en la penumbra.

Hughie Buckman era conocido en la universidad por recordar con cierta insistencia a sus alumnos que todo aquel que recibiera sus servicios merecía el respeto de ser llamado «paciente», aunque llevase días muerto. El cuerpo sin vida que tenía delante no era una excepción, aunque sus homólogos (y, con seguridad, sus alumnos) no habrían dudado dos veces en referirse a él como «el cadáver».

El profesor miró las manecillas del reloj varias veces, para asegurarse de que su vista cansada no le engañaba. El sonido de la pluma arrastrándose por el papel acompañó cada una de sus palabras, desde el fondo de la habitación.

—A ocho minutos para las ocho —dijo el profesor— comenzamos la disección del cuerpo sin identidad. La paciente de hoy es una

mujer blanca, de entre treinta y cuarenta años, quizá alguno más, encontrada en las inmediaciones de Canongate, cerca de la iglesia, sin ropa. El invierno este año ha sido tan frío en Edimburgo que no se me ocurre ninguna razón lógica para que llegase a ese estado por gusto. Tal vez se trate de una prostituta, pero no me incumbe a mí hacer tales elucubraciones antes de que me lo pregunte. A primera vista, presenta magulladuras en la parte superior del cuerpo, ninguna que parezca explicar la causa de la muerte.

Cerca de la mesa de disección, sus herramientas le esperaban impacientes. Buckman masculló solemne una breve oración antes de empezar. El bisturí se hundió lentamente en la epidermis, desde la tráquea hasta el ombligo, dejando una herida abierta a su paso. Fue un corte sencillo, rápido, cualquier principiante podría haberlo hecho con un poco de práctica. Sin embargo, le haría falta mucho más para ejecutarlo como él. La precisión era milimétrica, y la incisión, limpia, como si el paciente siguiera con vida, permitía apreciar todo lo que escondía la piel.

El profesor estudió centímetro a centímetro el cuerpo que tenía delante, escuchaba lo que las vísceras y los huesos querían decirle. Se tomó unos minutos para observar el nuevo orificio buscando anomalías que no hubiese visto en la primera inspección ocular.

—La coloración de la dermis es normal, no muestra signos de haber fallecido a causa de las bajas temperaturas. Interesante. —Esta última palabra salió de su boca con cuidado. El joven que lo acompañaba carraspeó con suavidad tratando de no interrumpirle—. Como primer diagnóstico diría que falleció hace días, no más de una semana, pero es difícil saberlo. Ha llovido todas las noches este mes,

el cuerpo de nuestra paciente puede haber sufrido las consecuencias del mal tiempo, de modo que la respuesta no es tan sencilla…

Antes de acabar la frase, algo captó su atención.

La paciente presentaba varias costillas fracturadas, como si la hubiesen zarandeado o hubiese caído por una escalera. El profesor Buckman sintió cómo el sudor frío le recorría la espalda, al tiempo que se percataba de lo que tenía delante.

Aquellas fracturas eran recientes, *post mortem*. La paciente llevaba horas muerta cuando sufrió los golpes que las provocaron. Con nuevo interés revisó la superficie del esternón, antes de pasar a cada una de las costillas. Quienquiera que fuese el culpable de aquello era torpe, descuidado. En otro momento Hughie Buckman no habría prestado atención a ese detalle, que poco parecía tener que ver con la causa directa de la muerte. No era su trabajo saber qué sucedió después, solo durante.

Sin embargo, había algo fuera de lugar.

Siguiendo su instinto, y saltándose todo protocolo médico, agarró con brusquedad el cuerpo inerte y lo puso de costado, lo que le provocó un fuerte dolor en las cervicales. Su discípulo se levantó para ayudarle, pero se mantuvo alejado de él. Jamás había deseado Buckman estar tan equivocado como en ese instante, pero rara era la ocasión en la que eso sucedía en su trabajo. Era un buen médico, reconocido por su excelente estudio del cuerpo muerto, por muy excéntrico que pudiese resultar. Sabía que estaba en lo correcto, aunque tratase de ignorarlo. Aquello era mucho peor de lo que se había imaginado al entrar allí aquella mañana. Los idiotas que transportaban los cuerpos de la morgue a su consulta habían pasado por alto algo importante, algo que, de haberlo sabido, le habría

hecho salir de la cama de madrugada, cuando se halló a la mujer sin vida en el centro de Auld Toun, sola, desamparada y sin nada que pudiese confirmar su identidad.

Una grotesca cicatriz recorría el cuerpo de la paciente, desde la base de la columna hasta el costado izquierdo. Quienquiera que fuese el culpable también era el responsable de las hendiduras que presentaban las costillas, todo parecía tener la firma clara de alguien que no entendía qué estaba haciendo. La muerte había sido por causas naturales, pero nada de lo que tenía delante ocurrió por un error.

Aquel cuerpo lo habían abierto con anterioridad. Después del fallecimiento de la víctima, antes de que llegase a la morgue para que le hiciesen la autopsia.

—Dejamos la clase para otro momento. —El profesor no trató de disimular el temblor de su voz, estaba acongojado. Se alejó de la mesa sin poder controlar las manos, notando cómo la fuerza abandonaba su cuerpo—. Ha vuelto a empezar.

2
E scientia hominis salus

30 de agosto de 1853

La primera vez que Theodore Thorebourne se cruzó en su camino, Arthur creyó que era un auténtico gilipollas.

Era su primer año de universidad. Acababa de cumplir los diecinueve y se encontró rodeado de cientos de caras desconocidas en la entrada de la Facultad de Medicina y Veterinaria, decenas de jóvenes con demasiada confianza en sí mismos que se creían más inteligentes que sus futuros compañeros y colegas de profesión. En aquellas cuatro paredes todos sentían presión por demostrar que eran brillantes o, en su defecto, que tenían potencial para serlo, pero la mayoría solo se autoengañaba. Si todos ellos fueran sobresalientes la excelencia dejaría de existir, Arthur lo tenía muy claro. Era necesario que existiera un estándar para mantener el equilibrio: para que unos triunfaran, otros debían caer. Así de sencillo.

Él partía del estándar. Cualquier cosa por debajo no le servía.

Supo que iría a la Universidad de Edimburgo antes de ser capaz de formular frases complejas y de andar en línea recta, así lo habían hecho su padre, los hermanos de su padre y su abuelo antes que todos ellos. Los Credge debían estudiar Medicina y graduarse con

honores, no existía otra opción. Y en el Reino Unido no había un sitio mejor para llegar a ser un gran médico que estudiar en la Universidad de Edimburgo.

Dedicó largas horas de su adolescencia a leer, encerrado en el antiguo despacho de su padre en la mansión de Stirling, lugar que había elegido para abrir su consulta médica antes de retirarse. George Credge era el mayor de sus hermanos y fue el último en tener descendientes, debido al poco interés que tenía por las personas más allá de su consulta. Fue una sorpresa para todos el día que anunció que su compañera, Beryl Howe, hija del dueño de más de la mitad de los barcos mercantes del puerto del río Forth, estaba embarazada. Nadie creía que el viejo George Credge hubiese sacado sus narices de las entrañas de sus pacientes el tiempo suficiente para engendrar un hijo. Arthur era su único heredero, por lo que intentó que se le pareciese al máximo. Su apellido debía prevalecer en el tiempo, pero no de cualquier forma.

Había sido testigo de operaciones a cuerpo abierto en el salón de su casa mucho antes de que la mayoría de los niños entendiesen qué era la muerte. No le daba miedo la universidad, tampoco le preocupaba no sobresalir o no llegar a los mínimos exigidos; sabía que no tendría competidor alguno. Llevaba preparándose para eso toda su vida.

Sin embargo, la primera persona con la que tropezó fue Theodore Thorebourne.

Cuando lo conoció, todo en él le pareció insufrible: su manera de vestir, propia de quien se tomaba demasiado en serio a sí mismo, y el leve acento del norte de Londres que acompañaba cada una de

sus palabras eran solo una pequeña parte de todo lo que a Arthur le molestaba de Theodore Thorebourne. Lo peor era su actitud.

Mientras durase su educación en la Universidad de Edimburgo compartirían las instalaciones con los futuros licenciados en Veterinaria, de modo que los primeros cuarenta minutos del gran primer día consistieron en el repaso de una lista que no parecía tener fin. Los pobres infortunados que habían sido designados como delegados de clase corrían entre una marea de capas negras y la condensación provocada por la lluvia, pronunciando en voz alta y por orden alfabético los nombres de los recién llegados. Él pudo pasar antes de que hubiesen acabado de leer la primera página y así logró huir del barullo que parecía reducir el tamaño de los pasillos.

Apellidarse Credge tenía muchas ventajas, por supuesto, y esa era una de ellas.

Eligió un asiento en la parte superior del aula, una sala circular con gradas dispuestas como en un teatro de la época clásica, alrededor de una gran mesa rectangular al alcance de la vista desde cualquier punto del aula. Desde lo alto podía observar a la perfección todo lo que sucedía, sin necesidad de formar parte del circo. Un grupo de tres jóvenes conversaba con alegría varias filas más abajo, su tono de voz era tan alto que habría podido intervenir si hubiese tenido deseo de hacerlo. Trató de discernir si los chicos se conocían de antes o aquello no era más que un numerito para demostrar que podían entablar amistad rápidamente, un vago intento de crear una comunidad antes incluso de saber si aguantarían allí el tiempo suficiente para mantenerla.

Aun desde la distancia supo al instante que era la segunda vez.

Tenían el halo de inmadurez propio de los alumnos de las escuelas privadas más elitistas del país. Había algo en su postura que los delataba, como si nunca se hubieran tenido que preocupar de nada más que de contentar a sus padres y evitar que los expulsaran del campus. El precio de aquellos colegios era alto, más por demostrar que solo estaban al alcance de unos pocos que porque mereciese la pena la educación que en ellos se impartía. Como durante toda la vida los habían distinguido del resto, habían acabado por comportarse de determinada forma, y eso no los abandonaría nunca.

Arthur los conocía bien, podría reconocerlos en cualquier parte. Al fin y al cabo, él también era uno de ellos.

Debían de tener dieciocho años, quizá diecisiete. Si una familia tenía dinero suficiente, el hijo podía conseguir un certificado oficial que asegurase que estaba preparado para acudir a la universidad el mismo día que cumplía los dieciséis. Su padre, a pesar de ser un cabeza de familia ausente, había sido en muchos aspectos un tutor para Arthur, una figura en la que fijarse y de la que aprender, por eso no le había permitido inscribirse en la universidad hasta asegurarse de que estaba preparado. En un primer momento, a él la decisión le había parecido una completa estupidez, era tan capaz como cualquier otro de graduarse y ser un buen médico. Pero su padre quería que fuese el mejor. «La excelencia no se consigue yendo rápido, se trabaja», solía decirle.

Observando a los que iban a ser sus compañeros durante los siguientes seis años, y sin conocer nada sobre ellos, agradeció la lección que su padre había tratado de inculcarle.

El aula se estaba llenando de nuevos alumnos y Arthur seguía sumido en sus pensamientos. Solo el murmullo que acompañaba a los nerviosos estudiantes consiguió perturbar su tranquilidad y sacarlo del estupor. Llevaba tanto tiempo esperando estar entre aquellas paredes que no se había permitido deleitarse con lo que tenía delante, no aún. Allí mismo, desde su asiento en lo alto del aula, sintió que su vida acababa de comenzar.

Alguien irrumpió en la sala con un fuerte golpe y llenando el espacio con el humo de su pipa, tan negro que a Arthur le sorprendió que la primera fila al completo no empezase a toser por falta de oxígeno. El profesor Lyle Crowle era la personificación de la ostentación, una perfecta caricatura de todos los estereotipos de lo que un gran académico debía ser. El tabaco cayendo con lentitud de su boca fue lo primero que vio, antes incluso que la chistera, un sombrero alto color azabache que se adaptaba magníficamente a la forma de su cabeza. El traje, en la misma tonalidad oscura y planchado al milímetro, parecía demasiado costoso para el sueldo de un profesor universitario, pero el doctor Crowle no era un estudioso más. Había cientos de hombres simplones que llegaban a puestos importantes y posiciones de poder. Hombres brutos y sin talento que conseguían colarse en los libros de historia. Sencillamente, Lyle Crowle no parecía que fuera uno de ellos. O, si lo era, lo disimulaba con pericia.

El doctor se colocó en el centro del aula y, tomándose su tiempo y en completo silencio, observó los rostros de los alumnos como si tratase de memorizarlos. La sala siguió su ejemplo y adoptó una aparente calma, las conversaciones que solo segundos antes se mantenían cesaron. El humo del tabaco dificultaba distinguir los

rasgos de su rostro, envuelto en la semioscuridad del aula. Por un momento, Arthur pensó que todos a su alrededor podían escuchar los latidos de su corazón.

—Este es el decimocuarto año que tengo el honor de estar aquí y ser la primera persona que ustedes conozcan en el camino que están emprendiendo. —A pesar de la pipa, el tabaco y el humo, su voz sonaba clara, casi melosa—. Sean bienvenidos a la que será su casa durante los próximos años. Será un honor guiarlos en esta andadura.

Un amago de aplauso colectivo interrumpió brevemente el discurso del profesor Crowle, que agradeció el esfuerzo con la mirada. Sus ojos, del color del cielo en mitad de una tormenta, centelleaban. Se quitó la pipa de la boca de un manotazo y una humareda la acompañó al impactar sobre la mesa.

—No considero necesario extenderme demasiado en presentaciones. Todos saben qué hacen aquí y que son unos privilegiados por haber sido admitidos en esta universidad. El mejor lugar del mundo para estudiar Medicina, si me permiten añadir. —Una risa salió de su garganta, pero sonó como una tos seca—. Algunos de ustedes se pasarán el resto de su vida salvando la de otros, mientras que el resto sucumbirá a la presión y dejará los estudios para dedicarse a algo más sencillo, que no implique convivir con la tragedia. Sin embargo, los que logren aguantar el tiempo suficiente para licenciarse llegarán a ser grandes hombres. Es una promesa.

Un escalofrío de euforia recorrió el cuerpo de Arthur. Aquel hombre era un orador nato, capaz de convencer a cualquiera que le escuchase.

—Todos los años, cuando llega este momento, me pregunto: «¿Qué me habría gustado oír a mí cuando estaba en su lugar?». Lo crean o no, hace un par de décadas yo estaba sentado donde ahora están ustedes, esperando a que un viejo profesor dejase de hablar para comenzar mi formación. La respuesta es siempre la misma: no me habría gustado oír nada. Habría querido actuar. Y eso es lo que les traigo hoy a ustedes: acción.

Con un gesto casi imperceptible Lyle Crowle dio a dos hombres la orden de que entraran a la sala.

Desde su lugar privilegiado, Arthur pudo ver la escena con todo detalle. Los recién llegados llevaban una camisa blanca perfectamente abotonada y unos pantalones oscuros cubiertos de un polvo grisáceo, mientras guiaban una camilla tapada con una tela hacia el centro de la sala, delante del profesor Crowle. Ninguno de los dos parecía mayor que Arthur, quizá solo tuvieran unos pocos años más. Estarían en el último curso, tal vez. No importaba. Estaba muy seguro de qué era lo que había debajo de aquella sábana.

—Que los tratemos como jóvenes impresionables, aun cuando lo sean, no les va a hacer ningún favor. —Se acercó a la camilla y, recreándose en el momento, rozó la tela con las yemas de los dedos —. Habrá incontables momentos en los que se encontrarán con una situación que no se esperaban y en la que tratarán de mantener la cama. En eso consiste ser un buen profesional, en mantener la cabeza fría y saber tomar decisiones. —Lyle Crowle cerró el puño en el borde de la sábana—. Antes de tomar decisiones, sin embargo, deben ser capaces de saber qué tienen delante.

El doctor descubrió la camilla con un movimiento rápido de muñeca y el corazón de Arthur volvió a acelerarse de nuevo, pero

esta vez no a causa de los nervios.

Un cuerpo desnudo, en posición supina, apareció ante la confusa mirada de todos los presentes, un cadáver entero que reposaba con tranquilidad sobre la camilla instalada en la tarima que cubría el suelo de la sala. Era un hombre de unos cuarenta años, blanco, de altura media. A primera vista, estaba limpio, como si acabara de darse un baño y estuviera descansando tras un largo día de trabajo. Incluso Arthur, tan acostumbrado a las imágenes desagradables, tuvo que disimular un escalofrío.

No solo por la visión del cuerpo desnudo sin vida, sino por lo que implicaba que estuviera allí. Si alguien ajeno a aquella clase se enterase de aquello, pondría el grito en el cielo. Ninguno de los recién llegados estaba cualificado para asistir a una lección así, mucho menos para dar un diagnóstico o para ser capaces de sacar algo en verdad útil de aquello. La emoción se apoderó del cuerpo de Arthur, que, sin darse cuenta, se había deslizado hasta el borde del asiento. Clavó las uñas en la madera oscura de su asiento para tratar de ver mejor lo que tenía delante.

—Este cuerpo ha llegado a nuestra institución esta misma mañana, solo unos minutos antes que ustedes. —Lyle Crowle esbozó una mueca que podía responder tanto a una sonrisa como a una expresión de dolor, disfrutaba de la reacción de su nuevo público—. En un día normal, daría a mis mejores alumnos la oportunidad de que hicieran un informe preliminar del fallecido antes de esbozar el primer borrador del diagnóstico, pero hoy me permito algunas variaciones en mi metodología. No puedo autorizarlos a realizar una inspección física del cuerpo, deben trabajar tan solo con lo que ven.

Arthur desvió la mirada hacia el aula, donde todos contenían el aliento, como si estuvieran escuchando un sermón religioso que no podían interrumpir. Las expresiones de sus futuros compañeros oscilaban entre el horror y la más pura fascinación, casi como si fueran la misma cosa.

—¿Alguien podría decirme cuándo falleció? —continuó el profesor, sin dirigir la mirada a ninguno de los alumnos.

Sus palabras retumbaron en la inmensidad de la tensa habitación, provocando un eco artificial que le devolvió la pregunta.

Para Arthur la respuesta era evidente.

Cualquier persona que hubiese tenido la oportunidad de ver de cerca cuerpos habría reconocido de manera sencilla las manchas verduzcas que coloreaban la espalda del cadáver, que solo aparecían veinticuatro horas después del fallecimiento. El doctor Crowle había colocado el cadáver en una posición en la que ese fenómeno se podía apreciar correctamente, ya que salpicaba la región ilíaca y se extendía por el resto del cuerpo, lo que alargaba aún más la fecha de la muerte. Arthur lo había visto muchas veces, era capaz de confirmarlo incluso desde allí, más lejos que la mayoría de los asistentes a la clase.

Fue como si el peso del mundo desapareciera de sus hombros. No se trataba de una pregunta enrevesada o de una respuesta que precisase investigación exhaustiva, pero no todos tenían la formación de Arthur Credge. Aquella era su oportunidad de comenzar con buen pie, de que todos recordasen su nombre desde el primer momento.

Sin embargo, las cosas no siempre ocurren como esperamos.

Una voz firme irrumpió en el silencio nervioso que se había originado tras la pregunta del doctor, y decenas de ojos observaron con atención.

—El individuo ya lleva muerto al menos veinticuatro horas. Cuarenta y ocho como mucho. Dada la extensión del hematoma me decanto por que es el segundo día de descomposición.

Sorprendido, Arthur no supo cómo reaccionar.

Echó un vistazo a quien había hablado desde el asiento situado a su izquierda. Estaba tan cerca que le sorprendió que no se hubiera fijado antes en él.

El desconocido —cuyo pelo liso, peinado con mucho cuidado, sin un mechón fuera de lugar, se le pegaba en la frente— ni siquiera se había molestado en levantarse, se había limitado a hablar desde allí arriba, tan lejos del centro del aula como Arthur, y le sostenía la mirada al profesor Crowle. Ni por un momento dudó aquel de que había aportado la respuesta correcta.

Lyle Crowle se mantuvo en silencio durante unos segundos, mientras analizaba al alumno que estaba tan cerca de Arthur que bien podría haberse fijado también en él. Cuando volvió a hablar la tensión había impregnado el ambiente.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el doctor desde detrás de la camilla, dirigiéndose al estudiante que había hablado.

—Thorebourne, señor —respondió arrastrando las palabras con la cadencia de quien sabe a la perfección lo que está haciendo—. Theodore.

Los dos alumnos que habían empujado la camilla compartieron una sonrisa cómplice que no disimulaba su satisfacción.

—Para este ejercicio elegiré un nombre para referirme a nuestro desconocido, para preservar su identidad, pero, sobre todo, y más importante, para mantener su dignidad. Robert falleció hace menos de treinta y seis horas en el Royal Infirmary de Edimburgo. La causa de la muerte aún no se conoce. Perdió la vida antes de que el equipo médico pudiese hacer un diagnóstico que le ayudara a sobrevivir. —Se agachó para recuperar la sábana que cubría el cuerpo y lo tapó de nuevo. Sus colaboradores se apresuraron a ayudarle—. Su compañero tiene una vista excelente. Enhorabuena, señor Thorebourne. Espero verle en clase en los próximos años.

Como si se tratase de una celebridad, cuando la presentación terminó, decenas de los nuevos alumnos se acercaron a Theodore Thorebourne, más interesados en él que en el propio profesor. Todos querían saber cómo un alumno de primero había sido capaz de resolver la pregunta planteada por el doctor, cómo podían llegar ellos a hacer lo mismo.

Y más importante aún, todos querían conocerlo.

Tras presenciar la escena, Arthur estuvo a punto de alegrarse de no haber respondido a la pregunta antes que Theodore. La marea de manos que estrechaban la de Thorebourne y la corriente de nombres que nadie habría sido capaz de recordar habían empezado a abrumarlo, y eso que ninguno estaba dirigido a él. Al cabo de un rato, Arthur desistió en su empeño de abandonar la sala, la fila de asientos estaba demasiado abarrotada.

Theodore Thorebourne contestaba a las preguntas de sus compañeros como si lo llevase haciendo toda la vida, como si

aquello fuese lo normal, lo esperado. Se desenvolvía tan bien como un profesional de la oratoria y disfrutaba de la atención que recibía.

O, al menos, eso parecía.

Tras escucharle un rato, Arthur se dio cuenta de que Theodore hablaba mucho, pero no decía nada realmente. Apenas argumentaba las cuestiones referidas a la descomposición del cuerpo, pero rellenaba sus respuestas con tecnicismos que la mayoría no entendía. No mentía, pero habría dado igual si lo hubiese hecho. Si se hubiera inventado la razón por la que había llegado a esa conclusión, todos le habrían creído. Habrían pasado meses tratando de hacer lo mismo que él con la información falsa que les había dado, sin éxito alguno. No le interesaba ayudar ni ser útil, lo estaba dejando muy claro. Tal vez los demás eran demasiado estúpidos para darse cuenta de ello, pero Arthur no.

Aun así, Theodore Thorebourne respondía a todo el que se le acercaba, manteniendo una encantadora sonrisa en su rostro.

Era un auténtico imbécil.

Cuando por fin logró levantarse de su asiento, Arthur tenía las piernas entumecidas y la cabeza le daba vueltas, no solo por la importancia de aquel primer día en la universidad. Había estado tanto tiempo atento a las respuestas de su compañero que no se había tomado el tiempo de apreciar lo que acababa de suceder. Había sido capaz de resolver una pregunta que no estaba pensada para los nuevos alumnos, una incógnita que estaba confeccionada para que la mayoría fallara.

Arthur atravesó el umbral de la puerta sorteando a los estudiantes que se arremolinaban a la entrada del aula, unos querían acceder para asistir a una segunda ronda de presentaciones y otros se

sentían más seguros sin alejarse de allí. Aunque se habían llevado el cuerpo poco después de dar por terminada la explicación, el rumor había corrido por los pasillos de la facultad y todos querían ver a qué se habían tenido que enfrentar los recién llegados. Sin embargo, cuando Arthur creyó haberse alejado lo suficiente, una mano se aferró a su brazo y le impidió seguir adelante.

Theodore Thorebourne le devolvió una mirada tranquila. Estaba solo, alejado por fin de su séquito de fanáticos.

—Eres Arthur Credge, ¿verdad? —preguntó sin esperar a que le respondiese. El color de sus ojos era tan oscuro que apenas se podía distinguir la pupila del iris—. Habitación 227 de la residencia de Teviot Place.

A Arthur ni siquiera le sorprendió que lo supiese. Theodore tenía aquel aura de superioridad de quienes creen que lo saben todo. Aunque, en su caso, quizá era cierto que lo sabía.

—Parece que somos compañeros de habitación —dijo Arthur con una sonrisa que casi parecía sincera.

Era la primera conversación que tenía con Theodore Thorebourne, pero algo le decía que estaba lejos de ser la última.

Había una franqueza en la manera en la que había esquivado las preguntas, una facilidad, que casi le convertía en un mentiroso natural. Ambas cosas eran contradictorias, nadie podía evitar la verdad y aun así ser sincero, pero Arthur creyó ver un Theodore más allá de las palabras complejas y las respuestas correctas. Todos los demás estaban demasiado ocupados ensalzándose a sí mismos para admitir un error. Thorebourne no.

Le bastaron unos pocos días de convivencia con él para confirmar que era un gilipollas, un imbécil que no tenía posibilidad de

redención. Pero también se había convertido en su mejor amigo.

3
Fur semper fur est

9 de enero de 1857

Theodore era demasiado joven para haber vivido en carne propia el terror de los ladrones de cuerpos, pero su abuelo aún trabajaba en la universidad cuando los crímenes alcanzaron el nivel más alto de alerta nacional.

Las primeras décadas del comienzo del siglo habían quedado manchadas por lo sucedido en la ciudad de Edimburgo. Fallecidos apilados en las aulas, temerosos de volver a sufrir una sequía de cuerpos. Robos constantes en los hospitales. Las historias que contaba en las cenas familiares el anciano Thorebourne, aunque poco descriptivas, bastaban para incomodar al más estoico. Era un secreto a voces que las facultades de medicina de toda Europa tenían problemas para formar a los futuros médicos, incluso después de tantos años. El origen de esta cuestión era sencilla: nadie había sido capaz de encontrar un sustituto eficaz de un cadáver, no existía nada como la carne humana, sus músculos, sus tendones. La mejor manera de aprender a ser un buen profesional seguía siendo manchándose las manos.

Los meses en los que en la comunidad universitaria se creyó que los ladrones de cuerpos estaban por encima de la justicia fueron

tensos. Puede parecer increíble que alguien estuviera de acuerdo con lo que aquellos distinguidos caballeros estaban haciendo, pero nada más lejos de la realidad. Incontables médicos justificaban su mala praxis solo porque a ellos les beneficiaba. De pelearse dentro de la universidad por los pocos cuerpos que llegaban, pasaron a dejar incluso que los alumnos los examinaran a conciencia, sin temor a que los maltrataran y luego fueran inservibles. Las propias cátedras propiciaban que aquello se siguiese realizando. Jamás se había visto tanto dinero pasar de mano en mano.

Si no había cuerpos, no había médicos, en la Universidad de Edimburgo lo habían comprendido antes que nadie.

Entonces comenzaron a desaparecer los cadáveres. Primero en silencio, aventurándose solo con aquellos que nadie había reclamado, los que nadie echaría en falta. Poco a poco lo que había sido una actividad puntual se convirtió en una fuente de dinero que se agotaría pronto. Al igual que en una mina al aire libre, los cuerpos olvidados empezaron a agotarse y solo entonces la ciudad fue consciente del verdadero peligro. Sin cadáveres accesibles que vender, se optó por el asesinato.

Todo el mundo era consciente de dónde salían los cuerpos, antes incluso de que se hicieran públicos los asesinatos. Era cada vez menos frecuente encontrar vagabundos por las calles principales y cualquiera con capacidad crítica era capaz de discernir que estos dos factores estaban conectados. ¿Gente desaparecida y cuerpos apilados sin reclamar? Aun así, habría que ser necio para ignorar lo que sucedía. O quizá demasiado inocente, que en momentos de peligro suele resultar más peligroso.

Muchos alegaron que si las muertes servían para salvar vidas no hacía falta impedirlas. ¿Cuánto tiempo vivía alguien sin un lugar en el que refugiarse en invierno? ¿Cuántas veces a la semana se oían rumores de que habían acabado con la vida de una prostituta a golpes? Eran muertes inevitables, ellos solo aceleraban su llegada. Las calles se limpiaban y los médicos tenían material con que trabajar, ¡era brillante! Y así fue como comenzó la degeneración moral de los mejores hombres, tan rápidamente que no dio tiempo a hacer nada para evitarla. Solo hacía falta un pequeño detalle para sacar a la luz el peor lado de las personas, salvo que en aquella ocasión se jugaba con la vida de los demás y se justificaba con las necesidades propias.

El pánico había recorrido Escocia como una epidemia mortal de la que nadie podía esconderse.

El abuelo de Theodore siempre contaba las mismas historias, incluso cuando su cabeza dejó de ser lo que había sido, y el nieto intuía que quien había estado expuesto a algo de ese calibre no había tenido más remedio que vivir con el recuerdo encerrado el resto de su vida.

—En muchas ocasiones una falsa alarma merece tanta atención como una señal clara. Y esta es, sin duda, una de ellas —dijo Hughie Buckman, absorbiendo el humo del tabaco. Era la primera vez que Theodore asistía a una autopsia que no se terminaba—. No se preocupe por nada, váyase a la cama si lo considera necesario. Tiene la mañana libre.

—Señor…

—Creo que no son horas de contar historias, por más que disfrute de su compañía. Considere esta interrupción como un favor que le

hago y márchese. Debo examinar el cuerpo yo mismo y necesito silencio. En esta ocasión le pido que me deje trabajar solo.

Hughie Buckman no buscaba su opinión, aquello era una orden.

Cuando Theodore abandonó la sala, en el horizonte se podían apreciar las primeras luces del alba.

4
Janua vitae, porta mortis

12 de enero de 1857

Cuatro años después de empezar la universidad Theodore seguía sin entender qué problema había con los números.

Las habitaciones del edificio en el que se encontraba la residencia de alumnos de la Universidad de Edimburgo estaban numeradas hasta la trescientos, divididas en dos pasillos, impares a la derecha, pares a la izquierda. Sin embargo, no había trescientas habitaciones. De hecho, no había ni doscientas. Comenzaban en el número doscientos y seguían cien números más. Era como si hubiesen elegido una cifra al azar para iniciar la numeración sin plantearse si tenía sentido o no, una decisión arbitraria en la que Theodore pensaba más de lo que debía. La realidad era que a Theodore Thorebourne muchas cosas le sacaban de sus casillas, pero, por alguna razón que no era capaz de discernir, la numeración de las puertas estaba entre los primeros puestos.

Todos los días, a las seis en punto de la mañana, bajaba a por café al pequeño comedor situado en el vestíbulo de la residencia. Aquel brebaje oscuro y con grumos era lo más parecido al elixir de la vida eterna, una asquerosa bebida que parecía diseñada por los mejores alquimistas medievales para mantenerse despierto. Y todos

los días sin falta se tomaba un tiempo para observar la pequeña placa de bronce que coronaba la puerta de su habitación, desde donde un desgastado 227 le devolvía la mirada. Le gustaba preguntarse cuál había sido el sinsentido que habría llevado al gerente a imponer esa numeración, siempre antes de dar el primer trago. Después, le daba igual. La cafeína tenía la capacidad casi mágica de hacerle olvidar todo lo que le preocupaba. Hasta que se vaciaba la taza, al menos.

Theodore disfrutaba de la residencia por las mañanas, cuando el silencio aún reinaba en los pasillos y las únicas caras que veía eran las de los trabajadores, que trataban de mantener la limpieza al día antes de que los estudiantes se despertaran. El sonido de sus pasos retumbaba entre las paredes recién pintadas de un blanco desgastado y en el ambiente se notaba el olor de la tormenta que había caído durante la noche. El calor lejano de los fogones le guiaba hasta su destino, como un faro en mitad de la noche. A pesar de que quedaban varias horas para que amaneciese no había ningún momento del día en el que se sintiese mejor. No le gustaba quedarse en la cama hasta tarde, ni siquiera en sus días libres.

—Buenos días, Una.

La anciana cocinera de la residencia le devolvió el saludo, poco sorprendida por su temprana presencia.

—¿Hay café? —preguntó el estudiante.

Una pregunta innecesaria, había olido el aroma de los granos triturados desde que había abierto los ojos. Una era la responsable de las comidas que se servían y de mantenerlo despierto todos los días. Theodore dudaba que el resto de los habitantes de la residencia de Teviot Place supiesen cómo se llamaba, pero él se

había aprendido su nombre con rapidez, a las pocas horas de mudarse allí. Caer en gracia a las personas del servicio era la mejor estrategia que se podía desarrollar: si les caía bien, no dejarían que se muriera de hambre ni escupirían en sus sábanas al hacerle la cama. Más allá de eso, Una le parecía agradable. Aquella era la única interacción que buscaba tener por las mañanas, una conversación previamente pactada que disimulaba las pocas ganas de hablar que tenían los dos.

La mujer sirvió la humeante bebida en una taza blanca, que consiguió que poco a poco Theodore volviese a sentir las manos. Edimburgo pasaba esa semana por su décima ola de frío desde que había comenzado el otoño, si la memoria no le fallaba. Las lluvias torrenciales y las bajas temperaturas habían acompañado los días y, lejos de querer marcharse, el mal tiempo se había instalado en la ciudad y amenazaba con mantenerse hasta bien entrada la primavera. Aquella mañana se había despertado demasiado pronto incluso para lo que estaba acostumbrado, con la acompasada respiración de Arthur que dormitaba profundamente en la cama de al lado. Sabía que no podía echarle la culpa a su compañero de haberlo despertado. Ni siquiera podía acusarle de ser la razón por la que no había podido conciliar el sueño de nuevo.

Arthur era inquieto, no paraba de moverse y estudiaba a la luz de una vela hasta altas horas de la noche, pero aquel día habría dado igual que hubiese estado en completo silencio. Compartían una bonita aunque modesta habitación de ladrillo en el edificio de Teviot Place, lo suficientemente grande para no sentir que estaban recluidos en una celda, pero no tanto para que no pudiese despertarlo con sus horarios intempestivos. Arthur trabajaba hasta

tarde y no abría los ojos hasta que solo quedaban unos minutos para que comenzaran las clases. Viéndolo con perspectiva, era imposible que ambos pudiesen habitar un mismo espacio sin que uno de los dos tuviese que hacer grandes cambios en su comportamiento, pero habían conseguido que funcionase. Theodore estaba seguro de que cualquier otro compañero con los mismos horarios que Arthur Credge habría provocado que pidiese un cambio de cuarto, pero él era distinto.

Una voz profunda proveniente de la puerta del comedor interrumpió sus pensamientos.

—¿Tampoco podías dormir? —Alphonso le saludó con un gesto tímido, levantando ligeramente la barbilla—. Tienes mala cara.

Theodore no se ofendió por el comentario.

—Nunca duermo mucho —dijo, luego bebió un largo trago de café y sonrió a su amigo al acabar.

Alphonso McMillan vivía en la habitación contigua a la de Theodore y Arthur, la número 229. Llevaba un año en la Universidad de Edimburgo, pero lejos de interesarse por el estudio de la anatomía humana, había optado por licenciarse en Veterinaria, otra de las carreras que ofrecía la facultad y que cada año se llevaba a más de la mitad de los nuevos alumnos. La mayoría de los estudiantes de Medicina veía la Veterinaria como una ciencia de segunda, pero a Alphonso no parecía importarle en absoluto la opinión que pudieran tener los demás sobre lo que había decidido estudiar. Tenía el pelo color azabache, la tez pálida y unos brillantes ojos azules que daban a entender que él sabía algo más de lo que decía. A pesar de que solo compartían la residencia desde hacía unos meses, Theodore lo conocía lo suficiente para tener una noción

de lo que le gustaba y lo que no: no hacía preguntas de más, leía casi más libros que Arthur y nunca le había visto volver a casa borracho.

También sabía Theodore que él no era nadie para juzgar la vida de los demás, pero sí creía que podía repudiar sus acciones. Había personas con las que prefería mantener una distancia prudente, fuera cual fuere el motivo.

—¿Has probado el café? Es una verdadera delicia —dijo Theodore, mientras Alphonso ocupaba el asiento frente al suyo y cruzaba las piernas sobre la silla.

Era la primera vez que le veía despierto tan temprano. Iba vestido de marrón y negro, con unos pantalones de un tejido demasiado ligero para el tiempo que los esperaba en el exterior.

Alphonso negó con la cabeza.

—No a estas horas. —Su expresión se contrajo levemente en un bostezo que reprimió con rapidez—. La verdad es que no sé por qué he bajado, no tengo hambre. No me apetecía quedarme en la cama.

—Por hacer algo —sugirió Theodore, comprensivo.

A veces era mejor moverse que esperar a que el cansancio actuara o decidiese por uno.

—Por hacer algo —repitió Alphonso frotándose los ojos.

Una le sirvió una taza de café caliente, antes de que se la pidiese, y ambos bebieron callados, sin cruzarse la mirada durante varios minutos. Incluso el silencio que había traído la presencia de Alphonso McMillan reconfortaba a Theodore en cierta forma.

El comedor no era más que un sucio cubículo de madera que podía albergar hasta noventa personas a la hora de las comidas, aunque nunca había visto tantos residentes de Teviot Place reunidos

al mismo tiempo. Las mesas, de una madera más pálida y ajada que la que cubría el suelo, necesitaban con urgencia una capa de pintura y una mano de barniz. El olor de la grasa de las comidas nunca acababa de irse del todo, no importaba cuánto se esforzaran en limpiar. A Theodore le gustaba que las cosas no cambiasen, por eso volvía allí todas las mañanas.

—¿Tienes clase hoy? —Alphonso no parecía muy entusiasmado con la idea de seguir tomándose el café, había dejado la taza en el borde de la mesa, esperando que Una se la llevase tan rápidamente como se la había traído.

Theodore asintió.

—Tengo turno de tarde en el hospital. —De su desayuno solo quedaban los posos en el fondo de la taza—. Esta semana cumplo seis meses trabajando con el profesor Buckman en las autopsias. Es curioso cómo pasa el tiempo. Esta noche he soñado con el primer día que llegué a la universidad, pero de eso hace ya siglos. Cuando quiera darme cuenta habré terminado la carrera y me habré graduado.

—No te envidio en absoluto.

Theodore no sabía si hablaba de las autopsias o de lo de acabar la licenciatura, pero dedujo que era una mezcla de ambas cosas. Esa era una reacción común, incluso entre sus compañeros de Medicina, así que no le culpaba.

Muchos aborrecían las autopsias, pero todos disfrutaban con las prácticas de disección. Nadie quería tratar con los muertos más de lo necesario, querían salvar vidas, ser héroes, no les interesaba saber qué había detrás de aquello, la razón por la que habían fallecido y acabado en aquellas camillas. El reconocimiento que se recibe por

amputar un miembro correctamente no es el mismo que da descubrir que alguien ha fallecido a causa del frío, por eso la mayoría lo evitaba. Estudiar durante seis años un oficio exigente para no recibir aplausos estaba muy alejado de la idea que tenían todos sobre su futuro.

Eso era lo que diferenciaba a Theodore Thorebourne de sus compañeros. Él sabía que para entender la vida primero hay que intentar comprender la muerte.

Y Arthur Credge lo sabía también.

Ambos eran los alumnos con la mejor media de su curso y los únicos sobre los que los profesores volcaban sus expectativas. Ambos habían recibido la etiqueta de genios incluso antes de que la primera semana del curso concluyera. Para Theodore había sido tan sencillo como responder una pregunta, pero Arthur pronto le demostró que debía esforzarse si quería mantener ese recién obtenido estatus. Durante los primeros días Arthur Credge respondió, analizó y superó todas las cuestiones que les presentaron los profesores, con lo que reveló ser un valioso competidor. Es difícil considerar que se está compitiendo si no se tiene a nadie que esté al mismo nivel, pero si tenía que perder contra alguien se alegraba de que fuese contra Arthur. Su compañero de habitación trabajaba el contenido de los libros y memorizaba cada una de las respuestas que le dejaban fuera de juego, y lo hacía con tanta soltura que Theodore sospechaba que había tenido suerte el primer día al elaborar un diagnóstico antes que él. Arthur no solo era el mejor, sino que se esforzaba para seguir siéndolo.

—Te acabas acostumbrando —respondió con simpleza.

Había tardado tanto en contestar que no dudaba de que sus palabras ya habían dejado de tener algún sentido para Alphonso.

—Llegas tarde. —Arthur miraba con expresión aburrida el centro del aula—. Pensaba que ya no vendrías.

Theodore se sorprendió, pero el antiguo reloj que colgaba en una de las paredes de ladrillo le indicó que su compañero tenía razón: había llegado tarde, incluso después que el profesor. El camino desde Teviot Place hasta el Royal Infirmary de Edimburgo era de unos dos kilómetros de hielo y frío, pero Theodore disfrutaba de recorrerlo andando siempre que podía, casi tanto como de la tranquilidad que reinaba en la residencia a las seis de la mañana.

Siempre prefería caminar si era posible.

La tormenta de la noche anterior había evitado que la nieve se siguiese acumulando en las aceras de la ciudad, que empezaba a despertarse. El humo del barrio industrial comenzaba a cubrir la brumosa mañana y le aportaba un aspecto aún más grisáceo. El viento helado le golpeaba la cara y le ayudaba a regresar a la vida. Aquel día era demasiado consciente de que sus zapatos nuevos eran una talla más grande de lo que debieran y de que necesitaba comprarse un abrigo nuevo que no tuviera los bajos deshilachados de tanto caminar sobre la nieve. Tal vez esa era la razón por la que había llegado tarde, aunque sospechaba que su lentitud tenía el mismo origen que su falta de sueño.

Tomó el asiento que estaba a la izquierda de Arthur, como había hecho durante los cuatro años que hacía que se conocían.

—Creí que había encontrado un atajo. —No sabía por qué, pero sentía la necesidad de mentir a su amigo. Arthur tenía razón, él nunca llegaba tarde y aquel día tampoco había sido culpa suya—. Es evidente que me he equivocado, no he dormido demasiado.

—No hay quien te entienda.

Frunció el ceño, pero ya no le miraba a él. Solo había una persona capaz de hacer que Arthur olvidase lo que estaba diciendo y acababa de dar un golpe seco para pedir atención.

El doctor Lyle Crowle, con la tranquilidad que lo caracterizaba, había subido al estrado. Arthur, que no apartaba la mirada del profesor, ostentaba una expresión de curiosidad que no era capaz de disimular.

—¿Qué te pasa? Estás raro —preguntó Theodore, golpeando ligeramente el brazo de su amigo.

Arthur se giró hacia él, con una expresión que su compañero no supo cómo interpretar. Parecía tranquilo, como siempre, pero había algo detrás de aquella quietud.

El sonido de las plumas en los tinteros indicaba que la clase estaba a punto de comenzar y Arthur perdió todo el extraño interés que parecía haber mostrado por el profesor.

—Hablamos esta noche —le pidió con cierto deje de insistencia—. Aún no lo sé.

Su respuesta confundió a Theodore por unos segundos, pero la voz del profesor Crowle lo devolvió a la realidad. Era enero, y eso significaba que comenzaba un nuevo ciclo de asignaturas y conferencias, como la de Cirugía, impartida por Lyle Crowle. No era ningún secreto que ni a él ni a Arthur les entusiasmaba en exceso

ese tipo de trabajos, pero habrían ido a cualquier clase que estuviese a cargo del doctor Crowle.

El aula era demasiado grande para el número de alumnos que se habían apuntado a aquella asignatura. Si superaban la quincena, se debía a que era una de las materias que más gente tenía que repetir a lo largo de la carrera. Al menos cinco de los oyentes eran mayores, cursaban años de más para completar su formación. Sin embargo, el aula era tan amplia que podía albergar a al menos cincuenta personas cómodamente y permitía observar desde cualquier ángulo las maniobras que llevaba a cabo el profesor.

No obstante, aquel día no había ningún cuerpo en el estrado.

—¿Alguien sabría decirme quién fue el doctor Robert Liston y por qué es relevante para esta clase? —preguntó el profesor Crowle, sin antes saludar.

Era un hombre extremadamente educado, pero a veces parecía que encontraba inútiles las banalidades, ya que le quitaban tiempo para dedicarse a otro tipo de asuntos, como dar sus lecciones.

Theodore levantó la mano casi por inercia. A ninguno de los presentes les sorprendió que fuese él el primero en hablar.

—Se dice que Robert Liston era capaz de amputar una extremidad en menos de tres minutos. —Como un autómata, recitó lo que conocía de él—. En dos minutos y medio, para ser preciso. También realizó la primera cirugía pública con anestesia del continente.

—Además de haber sido mi maestro en varias ocasiones. De él aprendí muchas cosas, más allá de la propia técnica médica.

Lyle Crowle asintió, conforme con la respuesta de Theodore.

—Tal y como ha descrito su compañero, al doctor Liston le atribuimos muchas de las innovaciones que a día de hoy

consideramos básicas cuando realizamos una cirugía. —Se quitó el sombrero de copa y una cortina de cabello blanco rizado se reveló—. No espero que ninguno de ustedes lleguen a superar el récord de Robert, pero sí que aprendan algo de él. O, al menos, lo suficiente para superar la asignatura. Quiero en mi mesa, para dentro de tres días, una redacción de cinco mil palabras sobre algún aspecto que quieran enfatizar del doctor, más allá de lo evidente.

Un alumno de la primera fila se atrevió a esbozar una expresión incrédula, claramente contrariado por la naturaleza breve de su petición.

—Lo crean o no, queridos oyentes —continuó diciendo—, es tan importante conocer la metodología como entender por qué se ha llegado a ella. Ninguno de ustedes hará una cirugía hasta que yo considere que saben lo suficiente sobre ellas para dar una versión para estúpidos de alguna de mis clases. Los espero en mi mesa antes del viernes.

Lyle Crowle continuó con la lección y Arthur comenzó a rasgar el papel con rapidez, sin perderse una sola palabra de lo que su profesor estaba diciendo. «Esa es la verdadera diferencia entre Arthur y yo —pensó Theodore, mientras sacaba el bote de tinta de su bolsa de cuero oscuro—. Arthur es capaz de hacer las preguntas necesarias para conseguir las respuestas. Yo espero solucionarlo todo por mí mismo, aunque no sepa por dónde empezar. Arthur sabe por dónde comenzar, yo no».

Por eso, cuando el profesor Buckman le había confiado en secreto sus sospechas, no había sido capaz de reaccionar como debía y en ese momento estaba pagando las consecuencias de su torpeza.

5
Nescire est oblivisci veritatis

12 de enero de 1857

Victoria trataba de ocultar su cansancio, pero cada segundo que pasaba pesaba más que el anterior.

Un reloj colocado en alguna parte del pasillo y cuyo sonido se asemejaba al canto de una pequeña ave era la única compañía que tenía. Distraída, había empezado a seguir el compás de las manecillas con los dedos. Un sonido fuerte convivía con otro más ligero y cada quince minutos algo ululaba en el interior del mecanismo. Después de observarlo un rato, Victoria se había convencido a sí misma de que era capaz de averiguar la hora solo escuchando, manteniendo los ojos cerrados. Existían diferencias casi imperceptibles entre los sonidos que desencadenaba cada uno de los movimientos del reloj, una leve variación que distinguía los minutos. Primero faltaban solo unos segundos para las diez de la mañana. Después pasaban cuatro minutos de las diez y cuarto.

No sabía con exactitud cuánto tiempo había estado en la misma posición, con la espalda contra la pared, tan cerca del marco de la puerta que la madera se le marcaba en el abrigo. En el pasillo hacía calor, pero ella se negaba a quitárselo. A aquellas alturas de la mañana no faltaba mucho para que todos los estudiantes de esa

facultad de la Universidad de Edimburgo salieran al unísono de las aulas y los pasillos se convirtieran en un mar difícil de navegar.

Sin embargo, todo estaba demasiado tranquilo.

La disposición de las clases de la primera planta del edificio de la Royal Mile respondía a una construcción semicircular que dejaba un gran espacio para la escalinata que conducía a los pisos superiores. Todas las puertas, talladas cada una de ellas a imagen y semejanza de la anterior, estaban colocadas de forma milimétrica, con exactamente el mismo espacio entre una y otra. Eran de una madera oscura robusta; vender cualquiera de ellas habría bastado para que una familia entera pudiera comer durante al menos un par de meses. Constituían una obra de arte sencilla, preciosa, del tipo de belleza que te envuelve la primera vez que te postras ante ella, pero que se desdibuja cuando la ves a diario.

Ningún alumno, ya fuese médico o veterinario, se fijaría más de lo estrictamente necesario en ellas, pero Victoria sí.

La puerta en la que se había apoyado se abrió sin previo aviso, y provocó una ligera corriente de aire. Eran las diez y veinticuatro minutos (seguía pendiente del sonido de las manecillas), la clase se había interrumpido antes de llegar a su fin. A Victoria no le sorprendía, tampoco a los alumnos de Lyle Crowle. El profesor tenía la merecida fama de no hablar de más y de dar por finalizada la lección cuando él lo consideraba oportuno. Buscó con tranquilidad entre los estudiantes que abandonaban el aula, hasta que dio con unos fríos ojos azules que le observaban con cierta familiaridad.

—El laboratorio, la última aula antes de salir del sótano —dijo.

Arthur Credge no tuvo tiempo de saludar antes de que Victoria recitase el discurso que se había aprendido. El profesor lo había

repetido tantas veces que le habría resultado complicado olvidarse de la localización exacta.

—¿Ahora?

Aunque lo había dicho con un tono interrogativo no parecía demasiado sorprendido.

Victoria pudo notar a su espalda la mirada del compañero de habitación de Arthur, el hombre moreno que siempre le acompañaba. No sabía cómo se llamaba, pero tampoco le dio mucha importancia. Asintió.

Arthur se despidió de su amigo y se mantuvo al lado de la mujer, aguardando a que dijese algo más.

Aunque según los cálculos de Victoria tenían la misma edad, Arthur parecía mucho mayor. Llevaba un traje negro, planchado con tal precisión que estaba segura de que lo había hecho él mismo. Ninguna persona que trabajase en la residencia se habría esforzado tanto en eliminar las arrugas. Además, el traje era costoso, lo notó con tan solo echar un vistazo al tejido. Resultaba complicado que un estudiante pudiera financiar un conjunto como aquel, incluso tratándose de alumnos de Medicina. Pero no era solo el traje lo que le daba un aspecto maduro, sino el silencio que le acompañaba allá donde fuese.

No era la primera vez que se encontraban, tampoco la única que el profesor le había pedido que fuera en su busca. No obstante, en esa ocasión Victoria no sabía qué quería de él, como tampoco entendía por qué tenía que estar ella presente.

Comprendía la razón por la que había elegido a Arthur Credge por encima del resto de sus alumnos. A lo largo de los años un mismo profesor puede ver cientos de caras diferentes todos los días, la

mayoría estudiantes con potencial para convertirse en verdaderos maestros, pero eligen a los mejores para trabajar con ellos. Cualquier futuro médico estaba obligado a realizar prácticas en el hospital, pero las opciones no eran iguales para todos. Algunos solo optarían a puestos en pequeñas consultas o quedarían relegados a poco más que ayudantes sobrecualificados, mientras que otros lograrían hacerse un hueco en las instituciones y podrían participar en algo importante. Si tenías el beneplácito de un académico con prestigio, estabas dentro. Por esa misma razón si un profesor te llamaba, acudías al momento.

El doctor Crowle era diferente al resto de los profesores que Victoria conocía, mucho más apasionado, mucho menos hermético, a pesar de su reticencia a perder el tiempo. Lyle Crowle tenía una visión humanística de la medicina que había levantado ampollas entre sus propios colegas, quienes consideraban algo propio de bárbaros todo lo que se saliese de su forma de pensar. Además, era el único que había malgastado su tiempo con ella. Los demás se limitaban a observarla, conscientes de que no debería estar allí. Ella se fiaba de su criterio con fe ciega. Y el profesor había elegido a Arthur Credge como discípulo.

Recorrieron el breve camino entre la primera planta del edificio y el sótano, un lugar menos concurrido que los pisos superiores, en la más absoluta calma. Las clases situadas en lo más profundo de la facultad eran una curiosa colección de espacios habilitados para diversos fines, fuera del tránsito normal de estudiantes y profesores. Si alguien tenía que encontrar un aula debía saber exactamente dónde estaba. Mientras los cuerpos destinados al estudio anatómico no se necesitaran en las clases, reposaban en una de las múltiples

habitaciones que trataban de asemejarse a los espacios de trabajo del Royal Infirmary, el hospital universitario. Aquel improvisado lugar de consulta médica solo se abría en ocasiones especiales y se necesitaba un permiso de alguno de los responsables para estar allí. El suelo del sótano era de piedra vista recubierta de madera, una diferencia notable con el resto del edificio, cuyos suelos de mármol parecía que nunca habían sido pisados.

No resultó difícil llegar hasta el aula cuarenta y cinco, la última puerta antes de salir del edificio. Por razones de seguridad, la entrada al sótano estaba en un extremo del pasillo opuesto al de la salida, lo que facilitaba el correcto uso de las clases y la manipulación de los materiales. Todo lo que entraba debía salir, pero no a la vista de los alumnos. La puerta estaba entreabierta, mostrando la habitación en la penumbra, toscamente iluminada.

La tormenta golpeaba las ventanas del piso superior y el ruido penetraba en la planta subterránea de la Facultad de Medicina y Veterinaria. La luz de las lámparas de aceite oscilaba sobre los soportes de las paredes e iluminaba la escena con desgana. Victoria golpeó con los nudillos la puerta, aun a sabiendas de que no había nadie en el interior, y comenzó a encender las lámparas.

Mientras la habitación recuperaba la claridad, Arthur no pudo evitar echar un vistazo a su alrededor.

Había mesas, muchas mesas, demasiadas para un espacio tan reducido. En cada una de ellas, de tamaños y longitudes distintos, estaban esparcidos los restos de una investigación anterior. Del profesor Crowle, tal vez. En un lateral desde donde el profesor solía dar las lecciones había una mesa con una sábana blanca que reconoció de inmediato. Su disposición era curiosa, estaba arrugada,

como si no hubiera nada debajo. Era del mismo material que usaban para cubrir los cadáveres al transportarlos, pero no parecía haber un cuerpo allí. Aunque era Theodore el que había optado por dedicarse a las autopsias, Arthur había participado en suficientes para identificar el olor, por no hablar de las horas que había empleado en estudiar anatomía. No, en aquella habitación no se olía el aroma dulzón de la muerte. No se trataba de eso.

No sabía si sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra o si Victoria había acabado de prender todas las luces, pero cuando el profesor irrumpió en la sala, casi sin reparar en ellos, le vio de forma nítida.

—¡Por fin, muchacho! —Lyle Crowle estaba encorvado sobre una de las mesas, como si llevara allí mucho más que unos segundos—. Siento haber tardado tanto, no he podido escaparme antes.

A Arthur le sorprendió el tono con que se dirigió a él y apartó la vista del doctor, que seguía examinando lo que tenía delante. Victoria había tomado asiento en el fondo del aula, desde donde podía observar todo y mantenerse alejada al mismo tiempo. Ninguno de los dos sabía qué decir. Parecía que el profesor llevara horas enfrascado en sus pensamientos, observando lo que le tenía tan ensimismado, mientras agarraba con fuerza el canto de una de las mesas. Contaba rápidamente las muestras que había en ella (¿polen?, ¿madera?, ¿insectos?) y recitaba el número en silencio, con los labios.

—Le pido que me disculpe, señor. —Arthur tosió mucho más alto de lo que pretendía, en un intento de llamar su atención, pero Lyle Crowle trataba de acabar lo que había comenzado, ajeno a sus interlocutores—. ¿Quería verme?

Era una pregunta innecesaria, no había otra razón por la que se encontraran allí, pero el profesor Crowle asintió.

—Necesito que vea una cosa, señor Credge.

Se movió con rapidez dejando lo que estaba haciendo y acercándose a la mesa.

Aunque no se había referido a ella en ningún momento, Victoria se puso en pie justo antes de que el profesor levantase la sábana, dejando al descubierto con este gesto lo que había debajo. Arthur no entendió lo que veía hasta segundos después de que el doctor Crowle se apartara. Estaba tan seguro de que allí no había nada que no sabía con exactitud qué era lo que su cerebro veía.

Encima de la mesa descansaba lo que parecía parte de un cuerpo humano.

Bueno, o que en algún momento había sido humano.

Una colección de huesos amarillentos apareció debajo de la tela: parte de un cráneo, fragmentos de fémur, de cadera y otros restos que Victoria no fue capaz de identificar a primera vista se apilaban allí.

Arthur no fue capaz de disimular su cara de sorpresa. En raras ocasiones llegaban a la clínica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo cuerpos que no fuesen de recién fallecidos. Un buen médico debía estar instruido en anatomía para saber con exactitud lo que había debajo de los tejidos. Sin embargo, los casos en los que el hospital o la facultad trabajaban con restos óseos a lo largo del curso escolar podían contarse con los dedos de las manos.

—Los han traído esta misma mañana. Esta noche no he dormido, me he quedado aquí para estar seguro de que llegaban y recibirlos.

—Lyle Crowle contemplaba los restos con aprensión—. Vienen de lejos. De Düsseldorf, Prusia, provincia del Rin, concretamente. El viaje no ha sido fácil, pero no han sufrido ningún daño, lo he comprobado antes de comenzar las clases. Todos están como debían.

Victoria inspeccionó los huesos por encima del hombro del profesor, no se atrevía a acercarse a la mesa.

—No lo comprendo, señor.

—Lo hará, Arthur. —La luz de las lámparas, leve como el centelleo de una vela, se reflejó en su mirada—. Dígame, ¿qué puede decirme del fallecido?

En su análisis preliminar, Victoria no creyó que fueran humanos. A simple vista, aquello no era más que un batiburrillo de huesos astillados, pero el primer pensamiento de Arthur fue diferente. Aquel era un cuerpo viejo, muy viejo: a diferencia del muestrario óseo conservado en la facultad, que poseía el blanco nacarado de los huesos recién hervidos, el color de aquellos restos se asemejaba más al de un pergamino ajado por el paso del tiempo. Alargó la mano para tocar las piezas por instinto, bajo la mirada atenta del médico y de Victoria, pero algo le detuvo. Se permitió dar una vuelta alrededor de la mesa, esperando que lo que le había impedido acercarse a los restos volviese a aparecer en su cabeza. Quizá no había sido una corazonada, sino un instante de duda debido al estrés que le producía estar allí junto a su maestro, que estudiaba cada uno de los movimientos y las decisiones que él tomaba.

En un escenario normal, la presión no habría sido un problema para Arthur, pero delante de él tenía una molesta sensación que no lograba que se esfumase.

En su segundo giro por la mesa, algo llamó su atención: el tamaño del cráneo, que en un principio no había suscitado duda en su primera observación, le obligó a analizarlo más de cerca.

—Parece… enfermo. —Esa era la mejor manera en que podía explicar lo que había visto.

Victoria, aún en silencio, asintió, a pesar de que ninguno de los dos hombres le prestaba atención.

Eso era lo que le había hecho replantearse el origen de los huesos. El cráneo humano, aunque tiene una forma esférica de manera natural, jamás poseería una curvatura como la del cuerpo que tenía delante en condiciones normales. Los restos de aquel cráneo tenían unas características que no habría definido de otra manera que *patológicas*. Tenía que tratarse de alguien que estaba enfermo. Muy enfermo.

—No sabría decir con exactitud qué dolencia padecía el individuo —continuó Arthur, escéptico—, pero no tengo duda de que algo le sucedía. Si me diese usted unos minutos más creo que podría…

Lyle Crowle no respondió, tan solo se limitó a observar los restos que yacían entre ellos.

—¿Sabe quién es Hermann Schaaffhausen?

Arthur sacudió la cabeza en señal de negación.

—Lo conocí durante mi estancia en una universidad de Prusia —continuó el profesor—. Uno de los mejores antropólogos que he conocido en toda mi vida, el señor Schaaffhausen, un hombre excepcional. No tengo ninguna duda de que una conversación con él le agradaría, Arthur. No solo admiro su trabajo, sino que le considero un buen amigo. Mantenemos correspondencia regular: para mí es siempre un placer que antiguos compañeros compartan sus dudas

conmigo. Es la prueba más sincera de confianza que, aun habiendo sacado sus conclusiones, quieran conocer las mías, aunque no estemos siempre de acuerdo. —El profesor Crowle se agachó para recoger la sábana, que había quedado abandonada en el suelo—. Hace unas semanas me escribió, pero esta vez era por algo distinto. Incluso por carta noté que se trataba de una situación comprometida. A modo de confidencia me contó que un colega común había encontrado algo magnífico, pero temía la acogida que tendrían sus conclusiones, por eso me pedía ayuda.

—¿Es por la enfermedad, señor? —preguntó Arthur.

—Algo similar.

El doctor dio una vuelta por la sala y volvió a colocarse delante de una de las mesas de muestras, antes de continuar.

—Hermann Schaaffhausen está convencido de que hay algo extraordinario en estos huesos. —No pudieron evitarlo, los tres desviaron la mirada hacia el cuerpo—. Si sus suposiciones son acertadas, se trata sin duda de un hallazgo formidable. El mayor hallazgo de la ciencia moderna, si me lo permite. Cualquier anatomista soñaría con atribuirse el mérito. —El maestro apartó la vista de los restos y la fijó en Arthur—. El señor Schaaffhausen necesita que le dé mi opinión sobre este caso, no puede arriesgarse a hacer un diagnóstico rápido. Ya lo comprenderá, señor Credge, pero no es un paciente en cuyo diagnóstico se pueda fallar. Ahí es donde entro yo, para respaldar las enajenadas teorías de mi antiguo amigo o para quitarle la idea de la cabeza. También es donde entra usted —concluyó.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Por qué yo?

Así que se trataba de eso, pensó Victoria.

—Porque este es un caso excepcional, Arthur Credge, y necesitaré un ayudante que esté a la altura. Aún no me he decidido por una respuesta y temo que algo se me pase si no voy con el suficiente cuidado. Muchas veces el peor pecado de un viejo es creer que se le acaba el tiempo.

Aunque el profesor estaba lejos de ser un anciano, Victoria no pudo más que estar de acuerdo con él.

—No obstante —continuó diciendo—, elegir a un ayudante no debería ser una decisión banal. Tampoco existen muchos alumnos que puedan permitirse una actividad extracurricular de este calibre sin que repercuta de forma negativa en sus notas. Pero este no es su caso, ¿me equivoco?

—No señor. No se equivoca.

Arthur sabía que tenía razón. Vio cómo una ligera sonrisa se dibujaba en el rostro del doctor.

—Necesito discreción, Arthur Credge. Es fundamental que el menor número de personas sepa lo que estamos haciendo aquí. ¿Lo entiende?

Por supuesto, Arthur lo entendía.

—Le quiero aquí dentro de cuatro días, a esta misma hora. —El doctor estaba seguro de la respuesta de su alumno antes incluso de plantear la pregunta—. Si le interesa, claro está. ¿Puedo contar con usted?

—Aquí estaré.

Victoria volvió a pensar que Arthur parecía mayor de lo que era, tenía una madurez que no podía fingirse. Sin embargo, algo en su mirada, de un azul más cálido que cuando se habían encontrado en el pasillo, le recordó a un niño pequeño al que le habían dicho que

podía comer todos los dulces que quisiera. Incluso cuando se marchó, dejándola a solas con el profesor, sentía la emoción que impregnaba el ambiente.

—¿De qué se trata realmente? —preguntó Victoria, abriendo la boca por primera vez en todo el tiempo que habían permanecido en el aula.

—Ya lo verás, mi querida muchacha. —A la luz de las lámparas, el blanco del pelo del profesor refulgía bajo el sombrero de copa—. Quizá sea la primera vez, pero he decidido no precipitarme con esta investigación.

Victoria sabía que habría sido inútil tratar de sacarle más información.

6
Nemo nascitur sapiens

12 de enero de 1857

—¿Has probado a parar alguna vez? —El cabello le caía sobre los ojos y le ocultaba el rostro casi por completo—. Creo que te vendría bien.

La biblioteca era solo una de las múltiples salas que la residencia de Teviot Place tenía a disposición de los estudiantes.

En realidad, el título de biblioteca le venía muy grande, se lo habían dado los alumnos que habían pasado por ella. Se podían contar con los dedos de ambas manos las estanterías medio vacías que decoraban las paredes de la habitación, pero creaban la ilusión de un laberinto que no tenía más de dos pasillos. Los libros que descansaban en las baldas de madera de tilo estaban para servir a las necesidades de todos los residentes, había desde tratados de historia hasta atlas. Tomos grandes, ejemplares antiguos, páginas desgastadas por el uso. La colección bibliográfica que poseía la sala de estudio no era suficiente para evitar a los alumnos el mal trago de tener que desplazarse a la facultad, pero nadie la usaba para eso. A los pies de las estanterías había mesas de madera antigua que permitían a quien lo necesitase consultar parte del catálogo o, en su defecto, tomar con tranquilidad una bebida caliente a su elección.

Theodore solía decantarse por la última de esas opciones.

Aunque en un principio la hubiesen pensado para acoger los días de trabajo de los estudiantes, la biblioteca se había convertido en un punto de reunión informal en el que mantener una conversación agradable fuera de las habitaciones sin tener que abandonar el edificio. Una gran chimenea que calentaba hasta el último rincón de la primera planta abarcaba la mayor parte de la sala. A pesar del tamaño de la estancia a primera vista, tan solo tenía capacidad para albergar a unas veinte personas sin que unos a otros se estorbaran. Para Theodore, aquel era el lugar perfecto donde dejarse ver después de las clases o el trabajo.

Para Arthur Credge, en cambio, era un lugar estupendo para seguir estudiando.

Al oírle llegar, Arthur levantó la vista. El reloj no había marcado aún las siete de la tarde y ya ocupaba una de las mesas más codiciadas de la biblioteca, cerca del fuego. Leía, concentrado en un libro. Una taza de latón descansaba delante de él, pero no desprendía calor a pesar de que estaba llena.

—No todos podemos ser Theodore Thorebourne —Arthur levantó y volvió a apoyar en la mesa el gran volumen forrado en cuero, lo que hizo temblar la taza de té con leche—, algunos necesitamos trabajar.

Theodore eligió el asiento que estaba enfrente de su compañero de habitación, un gran sillón de tapicería oscura que había visto tiempos mejores.

Aquella noche, la biblioteca estaba concurrida. Todas las mesas sin excepción las ocupaban los alumnos residentes de Teviot Place, que mantenían conversaciones en un tono conciliador. Más de una

decena de veinteañeros compartían con sus compañeros tazas humeantes de aromas dulces y espesos, cuyo vapor se fundía con el humo de la chimenea que crepitaba a su espalda. Theodore prefería las veladas así, en las que resultaba imposible sentirse solo aunque quisiese. Sin embargo, el murmullo de la tertulia compartida no era suficiente para sacar a su amigo del ensimismamiento.

Theodore observó con curiosidad la página por la que Arthur había dejado abierto el tomo. Mostraba la imagen de un niño con hidrocefalia, una enfermedad que se caracterizaba por el aumento del tamaño de la cabeza de la criatura.

—¿Hay algún trabajo del que no me haya enterado o es para alimentar tu incansable pedantería? —preguntó Theodore hundiéndose entre los cojines oliva del asiento.

Arthur hacía tamborilear sus dedos sobre la pierna, acompañando los movimientos nerviosos de su pie. Durante los años que había coincidido con él, Theodore había aprendido a diferenciar si su amigo estaba preocupado por algo o si sufría la dosis habitual de ansiedad que arrastraba con él.

—Ninguna de las dos cosas. —Empujó el libro sobre la mesa hasta dejarlo delante de Theodore—. ¿Qué te parece?

—Una atrocidad.

—Estamos de acuerdo —masculló Arthur mientras removía la taza con una cucharilla; aún no había tomado ni un sorbo.

En el mismo instante en el que iba a preguntarle algo más, Wheeler Halpine irrumpió en la sala acompañado de Alphonso, con quien Theodore había compartido mesa esa mañana durante el desayuno. Ambos observaron la biblioteca buscando un sitio en el

que sentarse. Theodore hizo un exagerado movimiento de cabeza en su dirección con intención de que le viesen.

—¿Qué demonios pasa hoy? —se quejó Wheeler, arrastrando una silla mucho más endeble que la que había elegido Theodore cuando aún quedaban opciones de asiento disponibles.

—El año nuevo hace que hasta al alumno más vago de todos le entren ganas de trabajar —respondió Arthur, que aún no había cerrado el libro.

—Pues mucha suerte.

Wheeler Halpine compartía habitación con Alphonso McMillan desde hacía un año, cuando este se había incorporado a las clases de la facultad. No obstante, Wheeler no era estudiante de Veterinaria, sino que había seguido el mismo camino que Arthur y Theodore varios años antes, estudiaba Medicina. Fue un adolescente rubio, alto y esbelto que se había convertido en un adulto rubio, alto y con más fuerza de la que nunca habría imaginado tener, lo que le había permitido adquirir una confianza en sí mismo que Theodore nunca había visto en nadie. Era ambicioso y en algunos aspectos recordaba a una versión más joven de Theodore, aunque, a diferencia de Alphonso, Arthur o él mismo, Wheeler no se molestaba en trabajar por lo que quería: se contentaba con esperar, porque sabía que al final sería suyo.

Más de una vez Theodore se había encontrado a sí mismo preguntándose por qué Alphonso y Wheeler eran tan buenos amigos, siendo tan opuestos.

—¿Para qué es tu investigación, entonces? —Theodore retomó el interrogatorio.

Arthur dejó por fin la lectura y se incorporó con lentitud en el asiento. Las últimas arrugas de concentración aún se le marcaban en el rostro.

—El profesor Crowle quiere que le asista en un caso médico. —Cerró el volumen con mucho cuidado, dejando una hoja de papel en el lugar que quería marcar para retomar luego la lectura—. El individuo es fascinante, nunca había visto nada similar. Es tan raro que no sé por dónde empezar a buscar información, ni siquiera sé qué preguntas plantear. —Un ligero amago de tensión apareció en sus hombros—. Simplemente me gustaría ir preparado, nada más.

Theodore se inclinó sobre la mesa para felicitar a su compañero, que simulaba sentir vergüenza de la emoción de su amigo.

—El profesor Crowle, ah. —Wheeler, que había traído consigo su propia taza, se calentaba las manos mientras hablaba, con el cabello arremolinándose en la frente—. Entrar en su élite de estudiantes es difícil, nadie en mi clase ha conseguido siquiera una orientación con él, lo que significa que ninguno ha logrado impresionarlo lo más mínimo —dijo negando con la cabeza.

—Eso es porque ninguno es Arthur Credge —respondió Theodore.

Arthur le dirigió una mirada de agradecimiento. Esta vez cargada de un auténtico bochorno.

—¿Aún no has cambiado de tutor de prácticas? —intervino Alphonso, que permanecía en silencio desde que había llegado, mientras trataba de mantener el equilibrio sobre un taburete sin respaldo—. ¿Sigues con ese imbécil de Silas Wood?

—Silas Wood es mi billete para poder conseguir un trabajo fijo en el Royal Infirmary. —Wheeler se bebió de un trago el contenido de

su taza, sin respirar—. Es un infierno, pero hay cosas mucho peores: estudiar Veterinaria, por ejemplo.

Wheeler pronunciaba esas palabras con tanta frecuencia que Alphonso era incapaz de sentirse ofendido por ellas.

—Al menos yo no he aceptado prostituirme por un puesto en un hospital.

—Confundes la prostitución con la ambición, mi querido amigo.

Wheeler dejó la taza en la mesa con un golpe seco, demasiado cerca del libro de Arthur, que le dirigió una mirada de fastidio.

—Las putas también tienen grandes sueños.

—Pero ninguna se mancha las manos para graduarse con honores, lo hacen por otras razones.

Aunque habían subido la voz, nadie les prestaba atención. La lluvia seguía cayendo con fuerza en las calles de Edimburgo. Theodore creía que aquel enero estaba siendo mucho más oscuro de lo acostumbrado. Incluso el anochecer llegaba antes, en ocasiones cuando aún seguían en las clases del horario de mañana. Si todos los residentes de Teviot Place se agolpaban en la biblioteca era porque no tenían nada mejor que hacer, aparte de observar cómo las horas pasaban y las brasas de la chimenea terminaban de consumirse por completo.

—¿Es tan malo trabajar con el profesor Wood? —Theodore, con honesta curiosidad, irrumpió en la conversación de sus compañeros de mesa.

—No, solo es un hombre difícil de tratar. —Wheeler eligió sus palabras con cuidado—. Ni siquiera sabría explicarlo, consigue quitarle toda la emoción al trabajo. Es demasiado hermético, no acepta más explicaciones que las suyas, aunque sepa que se

equivoca. El otro día le acompañé en una visita a una mujer de unos quinientos años y me hizo rehacer los vendajes tantas veces que la paciente casi fallece antes de que Wood me diera el visto bueno. Fue un momento humillante para todos los que estábamos en aquella maldita clínica, incluido el celador.

—Vaya —murmuró Arthur.

—Vaya —repitió Wheeler, simulando una pequeña reverencia, satisfecho de ser el centro de atención—. Me encantaría que me tutorizase alguien como el señor Buckman.

Un pequeño escalofrío recorrió la nuca de Theodore, sintiéndose expuesto a la proposición que su amigo iba a realizar.

—Parece muy clásico, pero aun así es alguien perfecto para trabajar con él. Podrías hablarle bien de mí, tal vez le sorprenda —le sugirió Wheeler, esta vez mirándole sin disimular a los ojos.

Theodore no se molestó en fingir que lo consideraba. Habría preferido arrancarse una mano a mordiscos a ayudar a Wheeler en eso. No es que creyese que Wheeler era estúpido, confiaba plenamente en su inteligencia, pero no estaba seguro de querer trabajar a tan solo unos metros de él por el pánico constante a tener que cargar con el trabajo de ambos. No le preocupaba la carga de trabajo en sí, sino cómo podría afectar a su relación con el maestro. Una recomendación no eran palabras vacías y, Wheeler lo sabía tan bien como Theodore, el profesor Buckman le apreciaba y tendría muy en cuenta su opinión a la hora de encontrarle un futuro sustituto. Wheeler Halpine le caía bien, no de la misma manera que Alphonso, al que creía que podría llegar a admirar, sino como a un hermano pequeño algo problemático. Era una buena compañía, pero no llegaría nunca a ser un digno compañero de trabajo.

Ni siquiera era una cuestión de que no pudiese lograrlo, simple y llanamente, Wheeler no estaba interesado en serlo.

Por eso Theodore no iba a ayudarle.

—Hughie Buckman es un hombre ocupado, te recomiendo que centres tus esfuerzos en convencer a otro profesor para que sea tu tutor. —El tono de su voz era neutro, aunque incriminatorio. En cualquier otra circunstancia, Theodore habría mentido de manera más convincente. El engaño era parte de la dialéctica—. Aun así, te tomo la palabra. Le hablaré de ti la próxima vez que nos reunamos.

Satisfecho, Wheeler dejó el tema por el momento.

El bullicio de la biblioteca había empezado a desaparecer con el final de la tarde, cuando todos los estudiantes se dirigían a cenar. Las mesas comenzaron a quedarse vacías y el sonido de la lluvia envolvió el ambiente, salpicado de los pasos que se alejaban de allí. Cuando el reloj dio las ocho y los últimos comensales abandonaron el comedor, Theodore seguía postrado en la misma butaca, y Arthur estaba leyendo en silencio junto a él.

7
Quaerite et invenietis

13 de enero de 1857

No era ninguna sorpresa para nadie que Arthur Credge prefería trabajar con sus pacientes cuando a estos solo les quedaba un hilo de vida, cuando podía hacer algo de verdad para salvarlos. Hay un instante entre la vida y la muerte en el que es sencillo trabajar, aunque sea contra reloj. Los vivos protestan, piden explicaciones que no comprenden y serían capaces de ignorar las órdenes de Dios aunque este bajase personalmente a imponérselas. A menos que no tengan más remedio que aceptar su destino.

Su padre siempre decía que había elegido trabajar con la muerte para poder comprender a los vivos, pese a que aborrecía las autopsias. Para Arthur, lo que hace una persona en vida desemboca de forma inevitable en su muerte y ahí estaba la belleza de conocerlo todo, entender el proceso que lleva a una persona a dar su último suspiro. Lo que hacemos en vida deja marca en nuestros restos hasta que el paso del tiempo acaba con ellos. Su trabajo como médico consistía en leer cada una de esas señales y ser capaz de resolver las cuestiones que se planteaban, pero, a diferencia de su compañero de cuarto, seguía encontrando tranquilidad en los

pacientes que aún vivían. Si tratar con la muerte le permitía comprender la vida, lo haría.

Era algo que le habían inculcado desde niño.

El Royal Infirmary de Edimburgo estaba en un edificio de tres alas, de ladrillo visto color ocre con más salas de las que podía mantener en funcionamiento. En el momento en que Arthur comenzó su formación universitaria, el hospital ya llevaba un siglo desempeñando su función como casa de enfermos. De hecho, si por algo se conocía el Royal Infirmary era por ser el hospital de beneficencia más antiguo del país y por acoger a estudiantes desde sus inicios, a principios del siglo XVIII. La entrada estaba custodiada por una imponente verja a modo de fortificación que protegía a los dolientes de lo que sucedía fuera de sus muros. Era lo más parecido a un bastión medieval que se había construido en la ciudad en las últimas décadas.

La fortaleza universitaria se regía por un orden casi monacal. Cada doctor (cirujanos, en su mayoría) tenía tres alumnos asociados de media, a los que debía supervisar durante el periodo de estancia en el hospital. Los mejores médicos tenían largas listas de espera y las vacantes solo se cubrían con amigos de la familia o si uno de los profesores de la facultad recomendaba a un estudiante a alguno de sus colegas. Todo funcionaba por contactos, incluso las (en opinión de Arthur) ridículas prácticas universitarias obligatorias.

Todos los matriculados en los cursos de Medicina en la Universidad de Edimburgo estaban obligados a cumplir cierto número de horas en el Royal Infirmary, la especialización del alumno dependía de ellas. Sin embargo, en ningún lugar se especificaba en qué debían invertirse esas horas, lo que convertía la búsqueda de prácticas en

una verdadera carnicería. Era factible graduarse sin haber hecho nada importante, más allá de poner vendas y cambiar paños mojados a los que sufrían de fiebres, pero eso no garantizaba tener un trabajo después. Ahí residía el principal problema. Pasar semanas, durante años, trabajando podía no ser suficiente para lograr un puesto o una reputación que mereciera la pena. Todos los que comenzaban su formación tenían una idea muy clara de lo que querían para un futuro, pero no se les daban a todos las mismas herramientas para demostrar que lo merecían.

Arthur había tenido más suerte que la media de sus compañeros, pero él lo habría definido de una manera muy diferente.

Como todos, había comenzado ayudando, haciendo el mismo trabajo que las enfermeras, bajo la vigilancia de decenas de ojos que trataban de valorar su talento para salir adelante en situaciones difíciles. Apellidarse Credge tenía muchas ventajas; una de ellas, que la gente ya esperaba mucho de Arthur antes de demostrar siquiera lo que podía hacer. El nombre de su padre sonaba lo suficiente para que lo relacionaran con el mundo de la medicina. Pero Arthur no quería los restos que le otorgase su nombre de nacimiento, quería crearse su propia identidad. Todos conocían el nombre de Theodore, su familia tenía tanto dinero que la mitad de Edimburgo había pasado de una manera u otra por sus manos, pero su mundo era ajeno a los hospitales. Envidió a su compañero por muchas cosas desde el momento en que lo conoció y esa era una de ellas. Arthur siempre había tenido que trabajar un poco más que su amigo para llegar al mismo punto, pero nunca se había quedado atrás.

Al poco tiempo de conseguir un hueco en el hospital ya había logrado que le adjudicasen pacientes para atenderlos por su cuenta.

Nunca casos difíciles, pero no los necesitaba. Los que conocían a su padre quedaron satisfechos con lo que veían y los que no tenían ese honor recordaban entonces su apellido, todo gracias a Arthur.

Hay quienes nacen con un talento único y natural, mientras que otros tienen la suerte de fingir que forman parte de ese grupo privilegiado y moldean el futuro a su gusto.

Tras tantos años trabajando en el Royal Infirmary, Goldie Janson era sin lugar a dudas su paciente favorita.

Hacía unos meses, la condesa Janson había sufrido un accidente que había reducido a cenizas el palacete donde se hospedaba y le había dejado una serie interminable de quemaduras en todo el lado derecho del cuerpo. Por suerte, su cara seguía intacta y solo había perdido movimiento parcialmente en su mano dominante, lo que la incapacitaba para hacer las tareas que sus criadas se ofrecían a realizar por ella, encantadas. Era una de las pocas ocasiones en las que Arthur se alegraba de que la paciente siguiera viva del todo, aunque su mundo hubiese dado un giro del que jamás se iba a recuperar. A veces la compasión era tan importante como saber cuándo detener los cuidados de quien nunca recuperaría una vida digna.

Goldie Janson era un caso interesante. Delgada, con el pelo grisáceo salpicado de motas blanquecinas, a sus sesenta y tres años tenía más dinero del que cualquiera de los alumnos de Teviot Place vería jamás, algo en especial complicado, teniendo en cuenta que todos debían contar con, al menos, un mecenas que financiase su educación en la universidad. El palacete que se había incendiado tenía un edificio gemelo, idéntico, en las afueras de York, Inglaterra, por no mencionar la casona en mitad de la Royal Mile a la que se

había desplazado para estar más cerca de los médicos. A pesar de su fortuna y de que las opciones no escaseaban para ella, Goldie se negó a recibir las curas en casa y a ingresar en un hospital más costoso.

Tras el accidente, en uno de sus primeros encuentros con Arthur, que más tarde se convertiría en una visita semanal para verificar sus progresos, la anciana compartió con él la razón de esa decisión. Mientras conversaba con alegría con su ama de llaves, que había insistido en acompañarla en la aburrida sesión.

—Mandé a dos de mis siete hijos a estudiar aquí para que se convirtieran en algo más que patanes con dinero, lo que parecía complicado antes de que regresaran. —En su cara se dibujó una mueca de desagrado, tal vez por la pomada que le estaba aplicando en las heridas, tal vez por pensar en lo inútiles que podrían haber sido sus hijos—. Sin gente como yo a quienes atender, ¿cómo esperan aprender algo? ¡Bah! Los jóvenes necesitan ver casos reales, no simples rasguños e hipotermias por el frío. La guerra hace fuertes a los hombres y la sangre los endurece, chico.

Aunque el hospital era bastante reconocido por su especialización quirúrgica, Arthur no se atrevió a contradecirla.

La condesa tenía un carácter férreo y en ocasiones terco, pero jamás se quejaba de nada. Había visto sus piernas en carne viva, abrasadas por las llamas, pero la única muestra de que estaba sufriendo se reflejaba en su cara, no en sus palabras. Trataba a las enfermeras con propiedad, daba las gracias a todo el mundo y no se iba hasta estar segura de que habían confirmado su cita para la semana siguiente. Además, tan solo hablaba si tenía algo importante

que decir. Era utópico esperar que todos los pacientes fueran como ella, pero Arthur se permitía soñar de vez en cuando.

Aquel día de enero la habitación de paredes de yeso en la que el futuro doctor atendía a los pacientes estaba en penumbra.

Sin mucho éxito, una de las limpiadoras había recorrido el edificio encendiendo velas en todos los rincones para ayudar a iluminar lo que las lámparas de aceite no lograban alumbrar. La tormenta, que no parecía querer tomarse un descanso, había acabado con los pocos rayos de luz que bañaban el hospital las tardes en las que el tiempo lo permitía. Una gran mesa de boticario, tallada en madera tosca, guardaba los medicamentos para Goldie Janson, que había presentado una gran mejoría tras las últimas intervenciones que le habían realizado. El frío traspasaba el delgado cristal de la ventana y una suave brisa mecía los documentos que se amontonaban en la mesa. Un pequeño tintero vacío y una pluma negra despuntada descansaban encima de ellos, y pedían a gritos que Arthur volviese a tomarlos en sus manos.

La señora Janson cerraba los ojos con fuerza sentada sobre el liviano colchón que cubría la camilla, un lugar que Arthur no habría elegido ni para echar una cabezada entre turnos. A su lado, Helga, su ama de llaves, se aferraba a ella, como si tuviese miedo de que desapareciera si la soltaba. Arthur sentía la calidez de la zona afectada por el fuego bajo sus manos tibias, mientras extendía con meticulosidad la pomada que solo aliviaría sus dolores por unas horas. El silencio retumbaba en el papel pintado de la pared, una decoración en tonalidades verdes y marrones que en nada contribuía a que la sala tuviera un aspecto acogedor.

Terminada la inspección rutinaria, el estudiante de Medicina buscó algo que le permitiese obtener un diagnóstico más certero. Sus heridas, que ya comenzaban a cicatrizar, no habían sufrido infección alguna, ni siquiera en el momento más crítico del accidente. Todo seguía su curso, presentaba tan solo lo que podría considerarse una leve mejoría, insuficiente para dar por finalizado el tratamiento, pero sí para respirar tranquilos. Goldie estaba fuera de peligro.

La ausencia de conversación no era anormal en las sesiones que compartían en el hospital, pero Arthur se encontraba absorto en el silencio, con sus pensamientos navegando muy lejos de allí.

—Es como si me siguiese con la mirada —oyó, y alzó la vista hacia su paciente, sin comprender sus palabras ni a qué podía referirse—. Me pone los pelos de punta.

Arthur siguió sus ojos hasta la cómoda de madera de nogal donde había estado garabateando minutos antes de comenzar las consultas. Había llegado temprano aquel día, así que tuvo que matar el tiempo con otras de sus responsabilidades.

Enseguida supo a qué se refería. Arthur había calcado del manual que había tomado prestado de la biblioteca un pequeño cráneo deforme, en un retazo de papel sobrante de otro trabajo. Las cuencas vacías de los ojos y la sonrisa congelada en la mandíbula, lejos de volverlo cercano, eran más bien un chiste macabro con muy poca gracia. El carboncillo con el que lo había dibujado se había corrido, emborronando aún más sus facciones, hasta casi difuminarlas por completo. No era más que un boceto, pero anatómicamente perfecto. Arthur era bueno dibujando, incluso cuando no lo intentaba.

—Me disculpo por las molestias. —Esbozó una sonrisa conciliadora —. Dibujar me ayuda a memorizar. Debería haberlo guardado, no me he dado cuenta. No suelo dejar mis cosas a la vista de los pacientes, estoy distraído.

Goldie agitó con firmeza el brazo que la otra mujer no lograba alcanzar.

—Parece un niño. El cuerpo de un niño.

«Es que es un niño», pensó Arthur, pero se abstuvo de responder.

La realidad era que jamás había visto el cuerpo de un adulto que sufriera raquitismo. De hecho, no estaba seguro de que fuese posible sobrevivir hasta la madurez presentando ese tipo de malformaciones. Algo en su interior encajó con exactitud, aunque no supo por qué le había costado tanto verlo antes. No recordaba lo suficiente el cuerpo que estaba tumbado sobre la mesa del profesor Crowle para asegurarlo, pero estaba convencido de que era de un adulto. Se había centrado en una pregunta incorrecta, había hecho suposiciones sin estudiarlo con profundidad.

El boceto le devolvió la mirada, burlándose de él.

—Aplíquese el aceite de caléndula para la cicatrización junto con la pomada de hipérico al menos tres veces al día. —Abrió el cajón para darle a la paciente las cantidades prescritas, había tenido tiempo de prepararlas al llegar. Siempre se encargaba primero de los fármacos, ahorraba mucho tiempo luego, en la consulta—. Como de costumbre, tenga en cuenta que es mejor pasarse con las cantidades que quedarse corta. Puede volver a por más y sus heridas se lo agradecerán.

Goldie asintió, satisfecha. Sin embargo, no se levantó, sino que esperó unos segundos en el silencio que la caracterizaba e inundó la

consulta con él.

—Intente pasar menos tiempo pensando en muertos, Arthur. Aunque sean criaturas indefensas. —Contempló de soslayo el espacio que había entre ellos—. Acabará sintiéndose frustrado por algo que no puede salvar.

Dicen que los ancianos siempre saben de qué hablan, pero en ese momento no se hacía una idea de la razón que Goldie Janson tenía.

8
Ex chrysalide lux oritur

13 de enero de 1857

—¿Qué tiene que ver ser un buen médico con aprender a distinguir mariposas?

Con frustración, Wheeler lanzó el volumen de la enciclopedia sobre la mesa, lo que atrajo las miradas de los demás estudiantes que mataban el tiempo en la biblioteca.

Alphonso se adelantó y recogió el libro con cuidado, mientras comprobaba que seguía de una sola pieza. El disgusto se podía leer a la perfección en su rostro, que había dejado de fingir tranquilidad.

Era un martes por la tarde, el único día de la semana en el que todas las horas lectivas de la facultad se dedicaban a las prácticas o, en su defecto, a adelantar el trabajo atrasado. Era decisión de cada cual elegir en qué emplear el tiempo que se les otorgaba y, en opinión de Arthur, algunos eran mejores que otros en la gestión de su libre albedrío. Ese era uno de esos momentos en los que más estudiantes se amontonaban en los pasillos de la residencia, a la espera de que alguna de las butacas de la biblioteca quedara vacía.

A pesar de que la residencia de Teviot Place admitía y albergaba a estudiantes de diferentes facultades de la Universidad de Edimburgo, la mayoría pertenecía al ámbito sanitario. La cercanía al Royal

Infirmary y a los sitios donde se impartían las lecciones de Medicina y Veterinaria era ya una razón de peso para elegir aquella residencia por encima de cualquier otra. Aun así era imposible negar lo evidente: el precio por vivir entre los muros de Teviot Place la volvía inaccesible para gran parte de los alumnos, y la Facultad de Medicina y Veterinaria era el nido más grande de hijos de personas influyentes, al menos en lo que respectaba a Escocia. Por esa misma razón, los martes por la tarde solían ser un infierno para todos los que no acostumbraban a madrugar y querían conseguir un lugar donde estudiar dentro de la misma residencia. Arthur no tenía ese problema, siempre era Theodore el primero en aparecer por allí. Sin embargo, aquella tarde no había ni rastro de su compañero, que se había marchado de la habitación antes incluso de lo habitual.

Las mesas de madera no podían soportar el peso de una pluma más, a pesar de que era tan temprano (el primer turno de comida todavía no había tomado parte) que la chimenea aún no calentaba lo suficiente para crear la atmósfera que caracterizaba la biblioteca. Por las mañanas se mantenía apagada, pues se concentraban los esfuerzos en mantener calientes las habitaciones y el comedor, donde la leña era imprescindible para dar de comer a todas las bocas hambrientas de Teviot Place.

—Polillas —le corrigió un irritado Alphonso—, y creo que un médico debería ser capaz de identificar mucho más que fracturas para poder considerarse un profesional decente. ¿No atiendes en clase?

—Primero, no me interesan en absoluto los insectos. —Wheeler suspiró y arrancó el libro de las manos de su compañero de habitación—. Segundo, no eres médico, no intentes darme lecciones

de cosas que no conoces. Y tercero, jamás podré aprender de memoria qué demonios es una *Tenia pelineta*.

—*Tinea pellionella* —intervino Arthur, incapaz de seguir a lo suyo. La concentración era una virtud que le habían arrebatado ese día—. Es parecida a la polilla de la ropa, pero se alimenta de restos de piel seca e incluso de algunos compuestos del pelo humano. No es exclusiva de los cuerpos en descomposición, pero puede ser un indicativo interesante para saber cuánto tiempo lleva un cuerpo expuesto al aire y cuándo falleció el individuo. Si quieres estar en el equipo de Buckman tendrás que saber este tipo de cosas. Las autopsias no solo buscan la causa de la muerte.

Aunque Arthur estaba lejos de comprender qué tenía delante, no apartó la mirada del libro, esperando retomar la lectura cuanto antes.

—De hecho, es una especie que también puede alimentarse de restos de animales —siguió Alphonso con calma, con el tono adecuado para explicar algo a un niño pequeño o a un amigo al que le cuesta entrar en razón. Wheeler cumplía ambos requisitos—. No ser médico no me convierte en un ignorante. Sé cosas.

—Hay muy buenas razones para memorizar especies de insectos —intervino Arthur, que, al levantar la vista se encontró a un Wheeler despeinado asintiendo a la afirmación de Alphonso—. La primera y más importante es que te mantiene la cabeza ocupada en algo que no son los tres temas de siempre: carne, patologías, anatomía. Pensar de vez en cuando en alguna materia que no implique de forma necesaria el cuerpo humano es bueno, si no, acabarías por volverte loco. Nadie debería aspirar a conocer todo sobre un único tema. No solo sería aburrido, también sería estúpido.

Wheeler resopló con intención de apartar el flequillo que le caía sobre los ojos. Respetaba a Arthur lo suficiente para evitar un enfrentamiento directo con él, por mucho que le hubiese encantado comenzarlo. Sabía que el estudiante de Medicina no le seguiría el juego aunque le provocase, no tenía tiempo.

—Aun así preferiría hacer cualquier otra cosa antes que estudiar los procesos de alimentación de criaturas necrófagas. —Al dirigirse a Arthur pareció que su voz se tranquilizaba.

Arthur torció los labios en una expresión de indiferencia.

—No es complicado memorizar el papel de cada una de las especies de polillas en el proceso de descomposición. —Apoyó el libro sobre sus piernas, como solía hacer cuando necesitaba concentrarse—. La mayoría se rigen por la misma ley, suelen preferir que el cuerpo esté bastante muerto antes de acercarse a él. Lo único que necesitas es aprenderte unos cuantos nombres y rezar por que sean suficientes para impresionar al pobre docente al que le toque examinarte. Aprendida una, ya las tienes todas. Te aconsejo que les eches un vistazo a tus apuntes antes de comenzar cualquier trabajo de campo, pero por lo demás…

—Pero qué ven mis ojos, ¿Arthur Credge dando consejos sobre cómo relajarse con los estudios? —Theodore apareció justo en ese momento, con la chaqueta empapada por la lluvia. Emanaba euforia por todos los poros de su cuerpo, un estado bastante inusual en él —. Menos mal que he presenciado este momento, si no, no te lo hubiese podido echar en cara la próxima vez que pierdas la cabeza porque no te da tiempo a hacer algo. ¡Este es el mejor día de mi vida!

Las gotas de agua de su cabello caían a su alrededor, dejando un rastro húmedo a su paso.

Un solo vistazo a la sala fue suficiente para que comprendiese que no podría encontrar un lugar para sentarse, pero no parecía tener prisa por hacerlo. Theodore se acercó a la chimenea y contempló las brasas, como si eso bastara para entrar en calor. Arthur, receloso de su súbito ataque de felicidad, buscó su mirada para que le dijera qué ocurría en realidad, pero su compañero evitó cruzarla con él.

—¿Estabas trabajando? —inquirió, fingiendo indiferencia. Podía no ser nada, pero conocía lo suficiente a su amigo para, al menos, intentar sacarle algo—. No pensaba verte ya hasta esta noche.

La sonrisa de Theodore vaciló por un instante tan fugaz que Arthur creyó que lo había imaginado.

—Cambio de planes. El profesor Buckman ha tenido que ausentarse y han permitido que me tome el día libre, así que aquí estoy. Solo he pasado por el hospital para terminar el papeleo de las autopsias que tenía pendiente de unos días atrás. —El sonido de las ruedas de un carro contra la madera de la residencia de Teviot Place los puso a todos en alerta—. Me parece que se acercan unos días bastante tranquilos.

Wilhemina, una tosca mujer de mediana edad con el pelo salpicado de colores ocre que supervisaba los trabajos de mantenimiento del edificio, fue la encargada de acercar a la biblioteca el carro con el té. Una larga fila de jóvenes se formó delante de la cafetería improvisada, como si llevaran esperando ese momento toda la vida. La mujer anunció con voz queda que los interesados podían servirse. Así se daba comienzo al horario de la tarde. Los ojos oscuros de la trabajadora escudriñaron la sala, que

parecía contener más gente a cada minuto, preguntándose si habría té para todos o tendría que volver otra vez. Obedientes, como si se tratase de una profesora especialmente severa, uno a uno se colocaron en fila, esperando con paciencia su turno.

Wilhemina podía parecer una vieja bruja con lengua envenenada, pero solo hacía falta pasar varios minutos con ella para saber que en realidad adoraba su trabajo. Saludó a todos y cada uno de los estudiantes mientras se servían el té, aún caliente, sin abandonar la expresión estoica que la caracterizaba.

—¿Está bien Hughie Buckman? —Wheeler arrastró una silla que había quedado vacía tras la llegada de Wilhemina y la acercó a la mesa, para que Theodore pudiera sentarse. La expresión de fastidio de uno de los alumnos de tercero no le pasó desapercibido, pero la ignoró a conciencia—. Creo que es la primera vez que oigo que falte a alguna de sus obligaciones.

Wheeler parecía más interesado en el profesor que de costumbre, pero Arthur sabía que se debía a su repentino interés por ser su alumno, algo que a su compañero tampoco le pasó por alto.

Theodore tomó asiento y saboreó su taza de té con leche en silencio durante unos segundos, deleitado por el instante de silencio que había dejado a su paso el carro del té.

—No creo que sea nada. —Theodore no ocultó en ningún momento su nula intención de tocar el tema o de indagar más en él. Giró el cuerpo para encontrarse cara a cara con Arthur y retomó su expresión de completa felicidad—. Así que polillas, ¿eh? Contadme más, me encanta este tema.

9
Qui discit vivit

14 de enero de 1857

El estruendo de la balda al romperse debería haber sido suficiente para alertar de su presencia a todo el que siguiera en el edificio.

En un solo instante desapareció el trabajo que le había llevado toda la tarde terminar: el vidrio de los tarros, fraccionado, se extendía por el suelo como pequeñas estrellas bajo la luz de las velas. El contenido, una amalgama diversa de especias, polen, hojas, ramas, flores y raíces, ya no era más que otra tarea que apuntar a su creciente lista de obligaciones. Victoria agradecía haber aprendido lo suficiente de botánica para poder salvar alguna pieza. En otro contexto, alguien menos experimentado (o con menos deseo de hacer las cosas bien) se habría deshecho de todos y cada uno de los remedios que habían caído contra el mármol, demasiado mezclados para salvar algo útil. Quizá, en un momento distinto, a Victoria le habría relajado dedicar unas horas a separar, ordenar, cortar, meter, catalogar y etiquetar aquel estropicio.

Habría sido así si no tuviese prisa. Y si no lo hubiese hecho tan solo unos minutos antes.

—¡Por todos los…! —Dejó escapar un grito frustrado. Si alguien no había oído el ruido provocado por su torpeza, sin duda, la había oído

a ella.

Inspeccionó con cuidado la estantería que se balanceaba por encima de su cabeza. Estaba segura de que aquello no había sido culpa suya. Tal vez había sobrecargado el estante de las muestras. En teoría, cada una de las baldas de la estantería estaba diseñada para aguantar mucho más peso del que ella había puesto encima. Se aproximó al estante para observarlo mejor. A diferencia del resto de los muebles que había en la habitación, el armario de fármacos lo habían comprado hacía poco. El propio profesor había ido al carpintero con mejor fama de la ciudad para encargárselo, con la esperanza de ganar espacio en su reducido despacho.

La oficina del doctor Crowle, en la tercera planta de la Facultad de Medicina y Veterinaria, era un perfecto cuadrado de paredes lisas con tan solo una ventana, lo que lo convertía en el ambiente ideal para almacenar los ingredientes de los fármacos. Además del entonces astillado armario, su despacho solo contaba con una mesa, dos sillas y un mueble para guardar documentos, entonces vacío. El profesor solía pasar sus horas libres en el aula que tenía asignada en la planta subterránea, donde apenas recibía visitas. Los alumnos que querían tener una tutoría con él la concertaban tras finalizar las clases, y los colegas que quisieran mantener una agradable conversación sabían dónde encontrarle. Victoria prefería trabajar en la superficie, de modo que se había adueñado de su oficina.

Casi como una burla, uno de los clavos, retorcido sobre la madera en una posición antinatural, le devolvió la mirada. Si el profesor había gastado más de diez peniques en aquel armario, le habían estafado.

Un espeso líquido dorado había cubierto los restos de cápsulas de adormidera. Al agacharse, el zumo de limón que había preparado para el tratamiento del escorbuto manchó sus manos. Asqueada, busco sin éxito algo con que limpiarse. Las semillas de amapola habían quedado inutilizadas por completo por los frascos de zumo, de modo que el profesor tendría que buscar anestésicos en otra parte.

Para deshacerse del líquido pegajoso que amenazaba con llevarse por delante el resto de los remedios, Victoria utilizó la falda de su vestido, que también quedó impregnada del néctar amarillo. Uno a uno, mientras los recogía, se repetía a sí misma el nombre de los remedios: aloe para la fiebre, altea para las úlceras. Muchas veces los nombres eran tan similares que debía parar unos segundos antes de continuar: sen, cañafístula y ruibarbo, purgantes; raicilla, para provocar el vómito; jalapa, que tenía el mismo efecto. El aceite de ajenjo, por su parte, tenía el efecto contrario, ya que paliaba las náuseas.

La muchacha celebró internamente la opción por la que el profesor se había decantado con respecto a sus fármacos. Mientras que otros médicos preferían las infusiones, que eran más fáciles de ingerir y causaban menos descontento entre sus pacientes, Lyle Crowle se veía inclinado a elegir remedios más complejos. Mezclaba ingredientes, se los ofrecía a los enfermos y luego anotaba el resultado del tratamiento. Tenía siempre disponible una veintena de sustancias distintas, pero mantenía muy pocas en estado líquido, de modo que resultaba más fácil enmendar el desastre ocasionado por la balda.

Unos pasos apresurados irrumpieron en el despacho, rezumando preocupación en cada uno de sus movimientos.

—¿Está bien, Lyle? He oído… —Su mirada se cruzó con la de Victoria, agazapada en el suelo, con un manojo de hierbajos en la mano izquierda—. ¡Oh, es usted!

La decepción envenenó sin disimulo sus palabras, y su expresión se relajó al perder todo rastro de inquietud que le quedase por el estado del profesor.

Era un hombre entrado en años, de facciones toscas, poco agradables. La camisa blanca, manchada de café, tinta y otras sustancias que ella era incapaz de identificar le bailaba por encima de los pantalones, demasiado cortos y estrechos para su constitución. Nunca iba en traje, aunque la universidad lo estableciera como imperativo para todos los docentes. Ella sí conocía su nombre, pero estaba segura de que él no se había molestado en aprender el suyo.

—El profesor Crowle se ha marchado, señor —dijo Victoria con su voz más amable, desde el suelo, mientras sonreía al recién llegado —. Solo estoy yo, no hay que lamentar ningún herido. Esto ha sido el resultado de mi torpeza.

Lejos de ablandarse con sus intentos de parecer inofensiva, el hombre observó horrorizado el trabajo de Victoria. Cada resto desperdigado por el suelo era una nota incriminatoria dirigida a la muchacha, que se mantuvo lo más quieta que pudo, sintiendo aún el tacto pegajoso del zumo de limón en las manos y en la ropa.

—¡Limpie y recoja, señorita! —El hombre introdujo su mano en el bolsillo derecho del pantalón, sacó un trozo de papel y lo lanzó sin miramiento al suelo, para que ella lo cogiera—. ¡Y hágalo antes de

que Lyle regrese! Dudo que quiera ver todo el esfuerzo que ha invertido en categorizar sus remedios tirado a la basura.

—Lo haré, doctor.

Lo más probable era que a aquellas horas ellos fuesen las dos únicas personas que seguían en la universidad, de modo que sus alaridos no alertarían a nadie más. Victoria contuvo sus ganas de propinarle un puntapié en la expuesta espinilla, situada justo delante de su cabeza.

Lejos de sentirse satisfecho, el profesor siguió gritando.

—¡Vaya con más cuidado! O pida ayuda si no se siente preparada para limpiar esto. —Tenía la convicción de que no era capaz de hacerlo—. El buen señor Crowle, qué necio es en ocasiones. —Fingiendo que Victoria no podía oírle, le dedicó una retahíla de improperios—. Hay que saber dónde están los límites y, desde luego, no entiendo por qué ha decidido traspasar este. Acabará con su reputación, os lo aseguro. —De nuevo, no se dirigía a nadie en concreto—. Ya veréis como más temprano que tarde me daréis la razón. ¡Bah! Asqueroso…

Tras pronunciar estas palabras se marchó por donde había entrado, sin despedirse, con el polen de camomila, relajante, cubriendo el bajo de su pantalón.

Victoria tomó entre sus manos dos hojas de ortiga (para las hemorragias, recordó) y sintió el picor antes de dejarlas de nuevo en la cesta de la que habían caído. Tenía la certeza de que sería mejor si nadie la volvía a ver allí.

10
Veritas filia temporis

14 de enero de 1857

Hughie Buckman le esperaba al inicio de Dummond Street, una calle de tierra pisada, justo en la entrada de Nicolson Street, un poco más arriba del hospital. Era un lugar concurrido, en especial las primeras horas de la mañana, cuando los ciudadanos de Edimburgo abandonaban el calor de sus hogares para dirigirse como cerdos al matadero hacia sus puestos de trabajo. Eran pocas las ocasiones en las que Theodore se desviaba por Nicolson Street, un vasto pasaje que alargaba la travesía para llegar al Royal Infirmary, por lo que, cuando su maestro le saludó, se sorprendió de coincidir con él.

El frío de enero había dejado un pequeño rastro escarchado que sus pasos no conseguían borrar y amenazaba con hacerle caer en un momento de descuido. La gran variedad de animales silvestres que convivían en las calles de la capital escocesa (conejos, ardillas, ratas y una infinidad de seres que en algún momento habían sido mascotas de alguien) no había dejado verse en los últimos días, lo que anunciaba otra inevitable caída de la temperatura.

A veces se sorprendía a sí mismo pensando en lo homogéneo que era el caos de Edimburgo, lo contradictoria que resultaba la ciudad.

Los ladrillos del color del barro seco formaban la columna vertebral de todos los edificios de la capital, sin importar el tiempo que llevasen en pie. Un sinfín de callejuelas, manchadas por el barro de las botas de sus habitantes, esbozaban el laberíntico mapa de la localidad y mantenían vivas las avenidas incluso en mitad del invierno más frío. Todas las construcciones escondían una historia tras sus ventanales, un susurro que se podía oír si se prestaba la suficiente atención. Una a una, cada obra arquitectónica daba forma a una criatura única; era un lugar que no compartía similitudes con otros que había visitado en su breve existencia en la Tierra.

Lo mismo le sucedía a Hughie Buckman.

El médico nunca había destacado por su presentación adecuada ni por su capacidad de peinarse, pero aquella mañana no se esforzó en absoluto en hacerlo al levantarse de la cama. El ya de por sí descuidado cabello pajizo del profesor se agitaba al viento, como si hubiese perdido el sombrero en algún punto del camino y hubiera optado por seguir adelante sin recogerlo. Su piel surcada de arrugas tenía un anómalo aspecto pálido, incluso para alguien nacido y criado en Escocia. Su habitual traje oscuro estaba desabrochado, y los faldones de la camisa sobresalían por debajo del chaquetón grisáceo colocado con prisa. Aun así Theodore vio la determinación en su mirada desde el otro lado de la vía, un faro que invitaba a acercarse a él.

Hasta en la distancia, el temblor en las manos del maestro era evidente.

—¿Tampoco esta mañana tendremos ninguna autopsia, señor? —preguntó.

Theodore apenas notó el enfado en su propia voz.

Le tomó varios días darse cuenta, pero aquella situación, el no saber cuándo se solucionaría, había acabado con su paciencia. Tal vez era la razón por la que no dormía, pero si algo había claro es que Hughie Buckman no estaba descansando tampoco.

La última ocasión en la que coincidieron, el profesor le había pedido que abandonase su puesto de trabajo, y Theodore no confiaba en tener la respuesta de esa apresurada decisión. Así que se limitó a esperar.

—Por supuesto que la tendremos —respondió el profesor, que se mostró ofendido, contrariado de que su discípulo pensase lo contrario—, pero no podrá llegar a ella por sí solo. Venga conmigo.

El vaho había acompañado cada una de sus palabras, como un fumador de tabaco compacto, de poca calidad.

Durante el breve recorrido entre Holyrood y el Royal Infirmary, Theodore fue consciente de lo que sucedía a su alrededor. A pesar de mantener el paso ligero y los movimientos constantes, el tiempo se congelaba a medida que avanzaban. Para el futuro médico resultaba curioso ver cómo la ansiedad se manifestaba de manera distinta dependiendo de la persona que la sufriera. Conociendo al señor Buckman, habría jurado que se inclinaría por el silencio, un escenario perfecto para que los pensamientos llegaran a buen puerto. No obstante, la realidad era distinta. Sin mirarle a los ojos, el discurso interior del tutor no cesaba, poco le importaba si su discípulo conseguía seguir o no el paso. A veces Theodore se arrepentía de no haber optado por estudiar la psicología humana. Estaba seguro de que una investigación de ese tipo le garantizaría trabajo para el resto de su vida.

El traqueteo lejano de un carro tirado por caballos los acompañó durante unos minutos hasta alcanzar el hospital. El barro se acumulaba bajo sus pies y cualquiera habría sido capaz de seguir su rastro en el suelo desde varias manzanas atrás. Como siempre, la entrada del Royal Infirmary rebosaba de médicos, estudiantes, pacientes y curiosos, en un vaivén frenético que mantenía las puertas constantemente abiertas, a pesar de que había amanecido no hacía mucho. Al ritmo del señor Buckman dieron un rodeo por la calle principal y tomaron el acceso al ala *peri mortem*, como llamaban con ironía al lugar donde se acumulaban los cuerpos a la espera de ser examinados. Aquella parte del edificio, como Theodore había vaticinado, estaba desierta. Todos preferían evitarla si no era estrictamente necesaria su presencia allí.

Un corto pasillo de color crudo que nadie se había molestado en decorar con el mismo papel pintado que el resto del hospital los condujo al despacho de Hughie Buckman, donde el fuerte olor a alcohol y aceites esenciales los embriagó. De todas las consultas en las que Theodore había trabajado, aquella era la más amplia. El trabajo que el doctor llevaba a cabo sobre sus pacientes requería espacio suficiente para poder observar los cuerpos desde todas las perspectivas. Lo único que ayudaba a la ventilación era una minúscula ventana que apenas dejaba entrar el aire en los días calurosos, lo que convertía la habitación en una versión muy bien equipada de un ataúd.

Theodore ya había estado en otras ocasiones en su despacho, de modo que habría podido llegar allí por sí mismo, sin supervisión.

—La otra madrugada le pedí que tuviera paciencia antes de recibir una respuesta o continuar con mi historia —dijo el profesor. La luz

de las lámparas de aceite le marcaba las arrugas de la frente, cubiertas por una fina capa de sudor—. Sé de primera mano que la paciencia tiene un límite, pero también lo tienen las hipótesis lanzadas sin pruebas. Necesitaba unos días para comprender qué era lo que tenía delante. Al final, no fue necesario. Hay ocasiones en las que las preguntas se resuelven por sí mismas.

El aprendiz se limitó a escuchar.

—¿Cuántas veces es necesario que ocurra algo para que deje de considerarse una casualidad y se convierta en un hecho? —preguntó el profesor.

La pregunta pilló a Theodore por sorpresa. Tardó unos segundos en responder, tiempo suficiente para incomodar a ambos.

—¿Al menos tres, señor? —dijo, aunque no estaba seguro.

—Theodore, permítame que le pida que me acompañe de nuevo.

La petición era más bien a una súplica.

Lejos de la seguridad de su despacho, los pasillos del ala *peri mortem* presentaban la disposición normal del hospital, aunque más angosta. Una corriente de aire gélido provocó que Theodore añorase las frías calles de Edimburgo, donde la temperatura era algo más templada. No era una zona pensada para albergar gente durante periodos largos de tiempo, sino un lugar de paso, donde llegar, hacer lo que se debe y marcharse, nada más. El doctor Buckman detuvo su caminata ante una de las puertas de madera corroída por el paso de los años, al igual que el resto de los pasillos. Un número cinco de latón daba la bienvenida al visitante desde el marco de la entrada. No era una de las salas comunitarias de autopsia.

Intrigado, Theodore atravesó la puerta antes que el profesor.

Un hombre de mediana edad yacía sin ropa en una de las infames mesas de disección. Tenía el lacio pelo canoso desordenado alrededor de la cabeza, como un halo angelical, y los labios azules y la piel arrugada a causa de la edad y de la autopsia que le habían realizado. Theodore calculaba que el cuerpo debía de llevar allí por lo menos una semana. Sin embargo, su aspecto era distinto al habitual.

El desconocido dormía un profundo sueño, ajeno a cualquier cosa que pudiera dañarle.

—Acérquese, no tenga miedo. —Tras él, Hughie Buckman aspiraba el aire de manera ruidosa—. La autopsia está acabada, ya la he firmado, esto no es ningún examen, pero quiero que vea algo.

Theodore obedeció sin pensárselo dos veces.

—Tanto este paciente como el que llegó durante la lección llamaron mi atención por algo muy específico, difícil de obviar, al menos en estos casos: ambos tienen marcas de haber sido tratados con anterioridad. Abiertos, incluso. —Acostumbrado a inspeccionar a sus pacientes, el cuerpo del profesor viró de manera automática para colocarse frente al rostro de Theodore—. Le contaré una realidad desagradable: que nos traigan cadáveres de individuos con los que la gente se ha ensañado antes de llegar aquí, incluso después de haber fallecido, es algo habitual. Estoy seguro de que usted también lo habrá notado en las sesiones a las que ha asistido; la gente siente curiosidad por la muerte, es natural. Esto también lo es, aunque no sea fácil de digerir. Cuando uno no sabe qué encontrará en el otro lado comienza a hacerse sus propias hipótesis, lo que conduce a ser poco respetuoso con quienes han perdido la vida. Patadas, puñetazos, incisiones con diversos objetos…, todo eso

es común. Sin embargo, esto —la palabra se deslizó por el paladar del profesor— no lo es.

Señaló el costado del paciente, donde una cicatriz dividía su cuerpo en dos mitades.

—Llevo tantos años trabajando aquí que reconozco a la perfección los trazos que deja quien busca algo específico, aunque no sepa qué. —Una expresión de pesadumbre brilló en el rostro del profesor, que se limitó a dar la lección, utilizando el cuerpo como un ejemplo más de lo que esperaba enseñar a Theodore—. Esta es la marca exacta que aparece cuando alguien comprende vagamente lo que hace, cuando hay cierta intención. Tal vez incluso puede que se trate de una primera o segunda tentativa de hacer una autopsia que no ha salido como se esperaba. Por eso ha acabado aquí, en esta mesa. El cuerpo ha sido descartado.

—¿Porque ha salido mal?

—Porque no ha salido como se esperaba.

Hughie Buckman observaba el cuerpo como si fuese la primera vez que lo veía.

—Tal vez esperaban encontrar un hígado afectado por la bebida o un intestino con una patología concreta, pero no lo hallaron.

Theodore tomó un lugar desde el que la luz se posaba justo encima de la herida. El profesor se apartó y continuó hablando.

—Yo mismo he inspeccionado las vísceras del paciente, nada podía salvarse. Si en lugar de un hombre fuera un cerdo, ni el más pobre habría sido capaz de llevarse nada a la boca. No tenía una buena vida, se destrozó por dentro y por eso acabó muerto. ¿Lo usaría usted para una clase? —continuó el doctor Buckman.

Theodore no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Señor, yo…

—Responda, por favor.

Aquello seguía siendo una lección, aunque el discípulo no la comprendiera.

—Solo si no existiese más remedio. ¿Cree que ha sido un médico? —Theodore no pudo contener la fuga de palabras que escapaban de su boca, sin olvidar los modales—. ¿Por qué?

Profanar cuerpos, incluso con fines científicos, académicos o religiosos, estaba penado por la ley. Theodore no era capaz de vislumbrar una necesidad que justificase arriesgarse a perder el trabajo. O la libertad.

—Alguien encontró un cuerpo en mitad de la calle, el de una persona que había fallecido hacía pocas horas. Minutos, tal vez. La piel seguía tersa cuando realizó la incisión. —Como si fuese un examen, Theodore enumeró cada uno de los puntos claves de la imaginaria situación que le planteaba el profesor—. Solo necesitó unos instantes para saber que era un indigente, nadie le echaría de menos ni reclamaría su cuerpo. Pensó en la suerte que había tenido y barajó la posibilidad de poder estudiarlo, así que improvisó una intervención. No estaba acostumbrado a realizar ese tipo de trabajos.

«El doctor tenía razón, no eran trazos limpios, dudó al hacerlo», pensó Theodore, luego continuó:

—Cuando se dio cuenta de que no había nada aprovechable, lo desechó y lo dejó de nuevo en la calle, a la espera de que las autoridades lo recogieran y lo mandasen aquí, esperando que nadie se fijara en las heridas.

—Su teoría es bastante similar a las conclusiones a las que he llegado yo mismo, sí —reconoció el doctor—. Sin embargo, Theodore, hay un detalle en el que difiero. ¿Cuántas veces se ha cruzado usted con un cadáver en mitad de la calle?

—La verdad es que ni una sola, señor.

—Ah —confirmó—, ahí reside el problema.

Eran pocas las veces en las que Theodore no sabía qué decir. Incluso en los momentos en que su cabeza le jugaba una mala pasada conseguía salir del paso.

Una horrible sensación invadió sus pensamientos.

—Señor —retomó el joven, conociendo la respuesta—, ¿cuántas veces es necesario que algo ocurra para que deje de considerarse una casualidad?

Un lejano brillo de orgullo envolvió la mirada de Hughie Buckman.

—Tres, querido Theodore.

Era como si el peso del paciente cargara la habitación llenándola con su presencia. En los pasillos contiguos la actividad hospitalaria estaba en pleno apogeo. Alguien lloraba en la distancia. Los habitantes de la ciudad nacían, morían y rezaban por mantenerse con vida. Los estudiantes universitarios, las enfermeras, los médicos, cirujanos y boticarios atendían en sus consultas con toda la brevedad que les permitían las cortas horas de sueño. El caos habitual reinaba en todas partes, salvo en esa estancia.

—Debí darme cuenta en el mismo momento en que comencé la disección del cuerpo, pero estaba demasiado absorto en la negación para verlo —dijo el doctor.

Regresaron al pasillo y retomaron el camino de vuelta hacia su despacho, donde no había nadie más.

—Es la tercera vez que observo un fenómeno similar, pero estoy seguro de que no han sido las únicas ocasiones en las que algo así sucede delante de mí —confesó Buckman—. La primera fue hace varios años, en 1852. Usted debía de llevar tan solo unos meses en la facultad. En aquel momento no le di importancia, pero ahora sí.

Theodore se alegró de volver de nuevo al calor de la oficina del doctor.

—Tres ocasiones, Theodore. No se trata de una casualidad. ¿Recuerda lo que le conté sobre los ladrones de cuerpos?

—Sí, señor.

—Debemos mantener los ojos muy abiertos, pero me temo que los míos no serán suficientes. —El tutor parecía cansado, muy cansado—. Si quiere retomar las prácticas conmigo esa es la condición que le impongo: si encuentra algo fuera de lugar, debe hacérmelo saber de inmediato. Solo a mí, a nadie más.

Si estaba siendo honesto con él, no lo parecía. Theodore sabía que si perdía las prácticas con Hughie Buckman no tardaría mucho en encontrar un tutor que lo reemplazara, pero sería una gran mancha en su expediente que tardaría en borrarse. El doctor era consciente de ello y se estaba aprovechando de él. Tal vez a Theodore su reputación no le importase tanto como a Arthur, pero había trabajado para llegar donde estaba. Con el profesor Buckman su plaza estaba asegurada en cualquier hospital que le interesara, incluso fuera del país. Sin él (o, en el peor de los escenarios, despedido por el doctor) nada de eso se haría realidad. Cuando se roza el éxito con las yemas de los dedos es difícil olvidar la sensación de euforia que se siente. Y él no quería ignorar sus ambiciones, quería alcanzarlas.

Por eso aceptó la propuesta, aunque no sabía qué había detrás de todo aquello.

11
Corvus nigro omen fert

15 de enero de 1857

—Te he traído esto.

Arthur acercó la pequeña taza rebosante de agua hirviendo para que Theodore viera su contenido, y este la aceptó.

El sabor fuerte del té negro disipó el mal cuerpo que arrastraba los últimos días, al tiempo que su temperatura corporal aumentaba. Le gustaban los tragos amargos porque le daban la misma sensación del whisky sin tener que probarlo. No acostumbraba a beber por las noches, el alcohol no le permitía descansar.

—Gracias —dijo.

—Llevo desde ayer dándole vueltas al trabajo de la clase del profesor Crowle —dijo Arthur. Su compañero de habitación cruzó las piernas en la butaca y el barro de sus zapatos cayó sobre la alfombra—. No he escrito ni una sola palabra aún. Supongo que tú ya lo habrás terminado.

—Estoy a punto —confirmó Theodore.

Arthur siempre acababa de redactar días antes de que él se pusiera manos a la obra, por lo que esa situación era una anomalía en su relación.

Theodore había estado libre unos cuantos días, al no tener que acudir a sus prácticas en el Royal Infirmary. Arthur, por su parte, estaba haciendo el doble del trabajo al que estaba habituado. En realidad, Arthur siempre trabajaba más que nadie, pero la carga de ese momento parecía excesiva incluso para él. Existía una alta probabilidad de que aquel fenómeno no volviera a repetirse, por lo que saboreó el momento de descanso con el que su amigo no contaba.

—No te acostumbres a ello.

—No lo haré.

La cena se había servido hacía dos horas, y el usual ajetreo de la biblioteca se había desvanecido al final de la tarde. El grupo de amigos escogió una de las mesas más amplias, que había quedado vacía tan solo varios minutos antes de que Theodore apareciera. Aunque del habitual fuego de la chimenea quedaba poco más que ascuas humeantes, toda la sala mantenía una temperatura agradable, pese el temporal que amenazaba en el exterior. Wheeler, como había hecho en las últimas jornadas de trabajo, repasaba una larga lista de especies de insectos sentado en el suelo, apoyado en su asiento, donde había dejado todas sus pertenencias. Alphonso, por su parte, escribía sin prestar mucha atención a lo que los demás estaban haciendo, en un trance del que no tenía planeado descender.

Arthur sentía la tibieza del té en el estómago, que relajaba sus músculos desde dentro.

—Soy capaz de desenvolverme mejor en exposiciones orales que en trabajos escritos —continuó diciendo. El estoicismo de su compañero no era fácil de romper, pero cuando se quebraba todo el

mundo podía verlo—. Nunca acabo de redactarlos, sería capaz de hacer cambios hasta el último momento y no me gustan cuando los presento. De todas formas, tampoco me queda tiempo para tonterías, mañana ya es viernes.

—Ya conoces a Lyle Crowle —contraatacó Theodore. Arthur ignoraba los consejos de Theodore tantas veces como los aceptaba, por eso eran tan grandes amigos—. Me apuesto lo que quieras a que la redacción es solo una excusa para pedir a alguien en mitad de la clase que desarrolle la investigación que ha hecho. No va a leer una sola palabra de lo que ninguno de nosotros tenga que contar.

—¿Has conseguido ver a Buckman al final o sigues teniendo los días libres? —La pregunta de Arthur tocó algo en Theodore que este no estaba seguro de querer explorar. Se las ingenió para asentir sin variar su expresión facial.

—Retomamos el trabajo, todo en orden.

Wheeler levantó la mirada y observó a sus amigos desde su refugio en el suelo.

—¿Ya está mejor? —preguntó.

Las fichas, con la jerarquía de especies de Linneo, quedaron colgando de sus dedos, desatendidas.

—No estoy seguro de que sucediera nada, en realidad. —Ahí estaba de nuevo la preocupación deshonesta de Wheeler por el profesor—. Tal vez solo necesitaba tiempo para trabajar en otra cosa.

—Bueno —dijo Wheeler desperezándose de forma ruidosa—, si ya ha vuelto al trabajo no sería nada grave. ¿Qué haces? —preguntó dirigiéndose a Alphonso, que seguía redactando en silencio, sentado a su izquierda.

«Si alguien necesita dormir, además de Arthur —pensó Theodore —, ese es Alphonso».

—¿Quién…? ¿Yo?

Su compañero de habitación asintió, aburrido.

—Una redacción sobre aves —respondió Alphonso, bajando el manual que estaba usando como obra de referencia para que su amigo pudiese verlo—. ¿Sabías que cada vez hay más personas que eligen pájaros de la familia de los córvidos como mascotas? Urracas, cuervos, grajos… Da igual, les vale cualquiera. Durante los últimos años se ha vuelto más común que aparezca algún lord inglés en las consultas para que atiendan a su pájaro de seis kilos.

La expresión de las caras de Theodore, Arthur y Wheeler vagaba desde la curiosidad a la más profunda incredulidad.

—¿Por qué querría alguien tener un bicho de ese tamaño en su casa? —Arthur se hizo un hueco para poder ver el manual por encima de los hombros de Wheeler, que lo hojeaba sobre la alfombra.

—Son extremadamente inteligentes —apuntó Alphonso.

—Desde luego, no me querría ver en la situación de enfrentarme a uno de esos bichos y encima perder.

La mente de Theodore se ahogaba en escenas incómodas.

El futuro veterinario esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Los cuervos y las urracas señalan al resto de los animales dónde hay carroña para alimentarse. Parecen completamente negros, pero hay especies que tienen plumas iridiscentes que permiten a otros seres, como los buitres, saber dónde tienen que buscar. Si ves un córvido, es probable que estés cerca de algo putrefacto. Es una de las razones por las que relacionamos estos pájaros con historias

macabras y malos augurios. Existen aún creencias que hablan de que contar aves negras ayuda a conocer qué depara el futuro. Son criaturas fascinantes —dictaminó.

Una vez más, Theodore miró a Alphonso con detenimiento. Tenía un rostro casi angelical, de adolescente sin prisa por pasar a la vida adulta. Sus ojos azules, tan claros que en los días sin luz parecían grises, estaban en calma. A veces se alegraba de que su amigo no siguiera el camino de la Medicina. Sus explicaciones, aunque a veces sin previo aviso, le ayudaban a adquirir una visión muy distinta del mundo, una perspectiva que jamás habría obtenido de otro modo. No obstante, no tenía ninguna duda de que aquel chico habría sido un gran competidor de haber escogido ser médico, tal vez incluso más que Arthur.

—Lo que me queda claro —dijo Wheeler rompiendo el breve silencio— es que, si en algún momento me encuentro con un enorme pájaro negro, saldré huyendo.

Theodore apuró el último trago de té de la taza.

—Me voy a acostar ya —dijo. Sus palabras rompieron el hechizo de la conversación—. No te espero, ¿verdad? —añadió dirigiéndose a Arthur, quien asintió.

Por unos momentos había olvidado la carga de trabajo que tenía.

—No pienso ir con las manos vacías a la clase de Lyle Crowle —manifestó encogiéndose en su asiento.

—Vale, nos vemos mañana.

La residencia de Teviot Place era uno de los pocos hogares comunales de Edimburgo que contaba con aseos con agua corriente disponible todos los días del año durante todas las horas del día. Al final del largo pasillo se encontraba un baño con varias duchas y

lavamanos, a disposición de los residentes universitarios. Aunque a aquellas horas el agua caliente era limitada, Theodore se sumergió en el estrecho cubículo, buscando un poco de claridad.

Observó su pálido reflejo en uno de los espejos del aseo, cubierto de pequeñas gotas de condensación. Por los ventanales que ayudaban a airear la estancia entraba la luz de la luna y se reflejaba en los pequeños charcos que alguien había dejado al caminar por el baño. Desconocía qué hora era, pero no le importó. Incluso cuando el agua había perdido calidez él permaneció a oscuras en la ducha. Debido al esfuerzo de cargar camillas, tenía una contractura en la espalda que había empeorado con el frío y los dedos de los pies le dolían. Todos sus sentidos estaban alerta. Debían estarlo.

Si tenía que seguir al doctor Crowle en su misión suicida, iba a hacerlo.

No tenía más remedio.

Cuando despertó a la mañana siguiente, cubierto en sudor a pesar del frío, habría jurado que había un cuervo graznando en la oscuridad.

12
Ossa aeternitatis fragmenta

16 de enero de 1857

—No es un niño —concluyó Arthur, cerrando el manual con un golpe seco que sobresaltó a Victoria.

No sabía cuánto había permanecido en la misma posición, casi sin moverse. El sol había comenzado a ponerse en la distancia, pero en los días de invierno era complicado mantener la noción del tiempo. Arthur calculaba, tomando en consideración la poca sensibilidad que le quedaba en las piernas, que debía de haber pasado al menos tres horas allí.

Aunque no se había retrasado ni un solo minuto de la hora acordada con Lyle Crowle, este no apareció. La puerta estaba abierta y desde fuera se podía ver con claridad la colección de objetos del profesor. No obstante, él no estaba. Aguardó unos minutos en la entrada, preguntándose si no se habría confundido de día o, tal vez, de hora. Rebuscó en la cartera hasta dar con el cuaderno, en la primera página tenía anotada la fecha, aquel día y aquella hora. Se tranquilizó, no era culpa suya.

Se preguntó si debía entrar. Tenía confianza con el profesor, pero no la suficiente para irrumpir en sus cosas y actuar de manera

independiente. Aunque había sido él quien le había convocado allí, esperaba su confirmación para comenzar el trabajo.

Arthur estaba tan enfrascado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que no estaba solo. Una cabeza pensativa sobresalía entre los libros, en el espacio que dejaban dos mesas de trabajo. Reconoció enseguida el cabello castaño de Victoria, la ayudante del profesor, que tampoco se había percatado de su presencia. Los labios fruncidos de la muchacha parecían blancos desde donde Arthur la observaba. No había ni rastro del doctor Crowle, pero tomó su presencia como la señal que necesitaba para entrar.

Así que se puso manos a la obra.

Arthur creyó que, después de haber dedicado varios días a repasar de forma sistemática los restos del paciente, le costaría menos comenzar a plantear su hipótesis, pero estaba equivocado. Existía una diferencia abismal entre ser capaz de resolver casos hipotéticos, con todas las dudas encapsuladas en las preguntas que aportaba el profesor, y entender lo que estaba viendo. No importaba qué hubiera creído ver en la primera toma de contacto. Tenía que empezar otra vez de cero, encontrar las similitudes entre su diagnóstico inicial y el nuevo.

Para eso, debía volver al principio.

En el examen preliminar, que no había durado más de unos minutos, se aventuró a plantear que quizá estaba delante de un caso de raquitismo provocado, con una alta posibilidad, por la falta de exposición al sol. Sin embargo, esa teoría se tambaleaba si no era capaz de establecer uno de los parámetros esenciales en cualquier estudio anatómico. Antes de continuar, se centró en lo más básico: saber con qué materiales trabajaba.

En la misma libreta que había servido de agenda hizo inventario de lo que había logrado identificar hasta el momento:

1. Fragmentos parciales del cráneo, de un tamaño anormalmente grande
2. Restos de la mandíbula
3. Diversos huesos pertenecientes a ambas manos, por clasificar
4. Huesos largos fragmentados
5. Una ulna (con toda probabilidad, de mamífero de tamaño mediano, no del paciente)

Era el punto número cuatro el que le interesaba.

La manera más sencilla de conocer la edad biológica de un individuo del que solo quedaban los restos óseos era mirar las epífisis de los huesos largos, los extremos distales. Según el grado de fusión con el resto de la pieza, se podía saber en qué momento de su vida se encontraba el paciente, incluso establecer una edad aproximada. Para descartar su primer diagnóstico no necesitaba averiguar los años exactos que tenía el paciente a la hora de perder la vida, le bastaba con mucho menos.

Arthur se tomó tiempo para separar cada uno de los fragmentos por categorías, asegurándose de que no hubiese nada que pudiese pasar desapercibido (añadió a la lista del inventario una tibia, de roedor), hasta que fue capaz de hacerse una imagen global de lo que había ante él. El futuro médico no tenía un gran marco de actuación, eran pocos los diagnósticos que podía establecer con aquel limitado número de piezas. No obstante, era evidente dónde

su primer examen había fallado. Ahora podía verlo todo mucho más claro. Las epífisis, o lo que quedaba de ellas, estaban fusionadas. Era un adulto.

—¿Cómo has dicho?

El silencio en el aula no le había parecido tan evidente hasta el momento en el que Victoria habló.

La joven escribía en silencio en el aula y mataba el tiempo leyendo sus propias anotaciones. Una gran colección de etiquetas la rodeaba, escritas con rebuscada caligrafía, que apenas podía distinguir aunque se esforzara. El cuerpo de Arthur rezumaba emoción, como un furioso enjambre de abejas al que hubieran golpeado.

—No se trata de un niño, ni de un joven —repitió. No entendía cómo no lo había visto antes. Todo estaba allí, esperando a que él lo comprendiese—. Llevo varios días dándole vueltas a la idea de que podía tratarse de un individuo que sufriese de raquitismo, pero estaba equivocado. Completamente errado. Todos los informes médicos que he consultado dicen lo mismo, no es una enfermedad con una gran esperanza de vida en adultos. Podría ser un caso especial, la excepción que confirme la regla, pero la mayoría de los afectados por esa patología fallecen mucho antes de llegar a la edad que debía de tener este paciente al morir. No sé cuáles serán los índices de supervivencia a la enfermedad en la provincia prusiana del Rin, pero intuyo que no habrá una diferencia significativa con los del Reino Unido.

Hasta ese momento, Arthur no se había fijado en las gafas que llevaba Victoria. La montura, fina y de color plateado, iluminaba sus ojos bajo el halo de luz del candelabro que utilizaba para

alumbrarse. Junto a las etiquetas descansaban un sello metálico y cera que se derretía al calor de las velas.

—¿Fue idea del doctor Crowle? —dijo.

Su voz denotaba verdadera curiosidad. Un reguero de tinta caído de sus manos había manchado la manga de su vestido.

Él respondió con un movimiento de cabeza en señal de negación.

—No, el diagnóstico ha sido por completo mío.

La joven asintió.

—Es muy pronto para descartar enfermedades similares. —Victoria se levantó, tomando un lugar a la derecha de Arthur. Aunque el estudiante no era alto, ella apenas alcanzaba sus hombros—. La osteomalacia afecta principalmente a adultos, a diferencia de tu primera hipótesis, aunque las marcas que deja en el cuerpo son bastante diferentes. ¿Por qué pensaste en raquitismo?

Arthur señaló con un dedo el maltrecho cráneo, que reflejaba la luz de la lámpara de aceite. Victoria se encogió de hombros al contemplar con atención lo que le mostraba.

—Es demasiado curvado, como el de un niño con malformaciones.

—Entiendo.

—¿Ves esto? —La curva de las cuencas de los ojos era casi un círculo perfecto—. ¿Eso puede explicarlo la osteomalacia?

Arthur se dio cuenta de que su pregunta le había pillado por sorpresa, como si no esperase que se la planteara.

—No. —Su respuesta fue clara—. Al menos no de un modo tan pronunciado. Si estuviésemos ante síntomas tan evidentes deberíamos volver a tomar la ruta del raquitismo, pero tienes razón. No puede ser ninguna de las dos cosas. Esta persona sufría otra patología.

—Tal vez ahí esté la clave de todo.

Los ojos oscuros de Victoria no cesaron de examinar los restos, extendidos con cuidado por toda la mesa. Estaba tan cerca de Arthur que este pudo apreciar el aroma a eneldo que desprendía su ropa, mezclado con algo dulce que no fue capaz de identificar. La euforia de Arthur cargó el ambiente. Estaba complacido consigo mismo.

—Cuando el paciente acaba de fallecer es mucho más sencillo —dijo pensando en las ocasiones en las que había observado a Theodore trabajar, en cómo se deslizaba por los restos como si fuera capaz de leerlos—. Esto me tomará más tiempo.

—Las respuestas tardan más en llegar cuando no estás seguro de qué preguntas debes hacer —convino Victoria.

—Ah —una voz masculina exhaló desde la puerta—. No sabía si los encontraría aquí.

Lyle Crowle los saludó con un gesto breve de la cabeza.

La noche había tomado posesión por completo del día, ya no quedaba rastro de las últimas luces de la tarde. Arthur no sabía cuánto tiempo había estado el doctor observándolos desde allí, apoyado en el marco de la puerta, sin articular una sola palabra. Lo más probable era que acabase de llegar.

—Buenas noches, profesor —dijo Victoria haciendo una reverencia.

—Estaba casi seguro de que se habrían marchado ya a casa, dadas las horas. Aunque les agradezco el esfuerzo y su implicación en el trabajo, debo pedirles que se marchen. —Acompañó sus palabras con una sonrisa—. He de atender unos asuntos de especial importancia al otro lado de la ciudad y me gustaría recuperar las llaves antes de irme.

Victoria resopló, pero no hizo ningún comentario.

—¿Ha sido un día fructuoso, señor Credge? —preguntó el profesor.

Arthur buscaba por encima de todo complacer la curiosidad del doctor, pero todavía era temprano para colgarse medalla alguna.

—Me gustaría pensar que sí, señor.

La mirada del profesor vagó hasta el lugar donde Arthur y Victoria estaban observando los restos antes de que él irrumpiera en la habitación. Si Lyle Crowle tenía alguna pregunta que hacer, no se molestó en compartirla con ellos.

—Estupendo, como siempre. —Una sonrisa pragmática se dibujó en el rostro del profesor, indicando que la conversación había terminado—. Temo repetirme, pero es menester que abandonemos ya la facultad o no llegaré a tiempo a la cita. ¿Me permiten que cierre?

Arthur y Victoria recogieron de forma apresurada y desordenada. La puerta se cerró con un golpe seco, custodiando de nuevo los restos que Lyle Crowle había hecho llegar desde la provincia prusiana del Rin.

—Venga a buscarme la próxima vez que quiera venir, tendrá libertad parcial para el estudio. Tan solo avíseme antes —prometió mientras se alejaba por el oscuro pasillo—. Nos vemos pronto, señor Credge.

Algo martilleaba las sienes de Arthur, que no se había dado cuenta de lo mucho que le dolía la cabeza. Había pasado tanto tiempo sin moverse que su cuerpo se le hacía extraño, desconocido. En algún punto de la jornada su cabeza se había revelado contra la carga de trabajo, pero estuvo tan ensimismado que apenas se había percatado de ello. El profesor no esperó a que Arthur tuviera

oportunidad de despedirse, lo que lo dejó con el sabor amargo de la última conversación en la boca, incapaz de discernir todos los pensamientos que se le acumulaban en la mente, listos para salir.

—Adiós —masculló, irritado.

Antes de que Lyle Crowle se marchara, su ayudante había extendido todas sus cosas en el suelo de nuevo y ordenó con calma el montón de etiquetas selladas con las que había estado trabajando toda la tarde. Una bandolera de cuero golpeaba sus rodillas mientras ella, agachada, guardaba el tintero. Arthur quiso ofrecerle ayuda, pero volvió a ser demasiado lento para reaccionar. La muchacha se incorporó y, antes de que pudiese irse con la misma facilidad que el doctor, Arthur la retuvo sujetando la manga de su vestido color oscuro, del mismo tono que el chaquetón.

—¿Cómo sabías lo de la osteomalacia?

Arthur sentía que la mirada de Victoria se clavaba en él y lo analizaba como había hecho su maestro en muchas ocasiones. Un deje familiar brillaba en sus pupilas.

—¿Eres enfermera? —le preguntó.

Victoria dejó escapar un leve suspiro, divertida. No tendría más de veintiséis años, edad suficiente para trabajar en el hospital. «Osteomalacia» no era una palabra de conocimiento popular, alguien tenía que habérsela enseñado, o tenía que haberla escuchado en alguna parte. Nunca la había visto en el Royal Infirmary, pero la ciudad tenía otros hospitales. Aunque siempre la había visto con el profesor, lo acompañaba allá donde él iba.

—Algo así.

No pareció incomodarse con la pregunta, pero tampoco estaba dispuesta a responder.

—Hasta luego, Arthur Credge. Dale un par de vueltas más a tu diagnóstico antes de regresar aquí —dijo, y se marchó por el mismo camino que había tomado el doctor.

13
In vivo

19 de enero de 1857

La aguja se deslizó por la herida sin que nada pudiese impedírselo. Uno a uno, los puntos rodearon la incisión, limpia, realizada con mano firme y la ayuda de un bisturí. El hilo blanco subía y bajaba por el músculo, que comenzaba a presentar una lividez que Arthur era capaz de reconocer hasta con los ojos cerrados. La carne estaba fría al tacto y los restos de la escarcha le molestaban al hacer su trabajo, pues se introducían debajo de sus uñas. Era un movimiento automático que no le llevaría más de unos segundos terminarlo. Presionó con los dedos la cicatriz, notando la firmeza de su trabajo. La aguja volvió a entrar una última vez, sin vacilar, cerrando la herida.

Con unas pequeñas tijeras de costura cortó el hilo sobrante y acercó la llama de una vela al minúsculo nudo que culminaba su obra. El fuego ardió lento, controlado, evitando que la herida volviera a abrirse de nuevo.

Arthur contempló su trabajo, satisfecho. Una pata de cerdo descansaba encima de la mesa, seccionada en todas las direcciones. Antes de comenzar la clase, Lyle Crowle había pedido a los estudiantes de primero que se ensañasen con los restos porcinos

que había conseguido en una de las carnicerías de la calle contigua a la Royal Mile. En las prácticas de disección y cirugía, el profesor evitaba darles a sus alumnos verdaderos restos humanos, les facilitaba simplemente unos trozos de carne animal.

—¿No es irónico que nos aprovechemos del mal trabajo de los novatos para lucirnos? —Uno de los alumnos de la tercera fila, Guillem, un muchacho de voz estridente y una cara que parecía la personificación de ese sonido insoportable, no había dejado de hablar desde el comienzo de la clase—. Aunque el que se ensañó con este debería ser expulsado de cualquier consulta.

—Y debería tener prohibido acercarse a nada que corte.

A su lado, un irlandés con un marcado acento, cuyo nombre Arthur no estaba seguro de que estuvieran pronunciando bien, le dio la razón.

Arthur pasó los dedos por las zonas por las que el hilo había borrado las huellas de los cortes. Desde luego, eso era algo anómalo. A pesar de que llevaban más de dos horas en aquella aula, aún no había sido capaz de terminar su trabajo.

Cuando llegaban los cerdos a las aulas, los estudiantes solían pelearse por conseguir el que tuviese más incisiones, más espacio sobre el que practicar. Pero no había hecho falta aquella mañana: todos los pedazos parecían haber sido atacados por un carnicero loco, los cortes llegaban hasta el hueso.

—Puede que esta vez vengan de patología. —Sin girarse, Theodore interrumpió la conversación que estaba teniendo lugar a su espalda—. ¿Qué opinas?

Contemplaba a Arthur por encima de las gafas, que solo se ponía para ver de cerca.

—Desde luego que no parece que hayan salido de anatomía. —Arthur cesó en su empeño de continuar con lo que estaba haciendo y comparó su pierna con el muslo de Theodore, poco más que un manojo de carne maltrecha—. Normalmente, si lo que buscan es ver las capas de la piel, no practican asesinatos sobre el material. Supongo que son restos de traumatología o algo similar. No son cortes normales.

—Es decir —resumió su compañero de mesa—, que están tratando de ver qué tipo de heridas deja cada tipo de golpe. Eso explica muchas cosas, amigo.

Theodore levantó el pedazo de carne, con una expresión de asco mal disimulada en su cara.

—Trabajas con cadáveres, Thorebourne.

—Sigue siendo menos asqueroso que esto.

Sus dedos, en forma de pinza, apartaban la capa más superficial de la piel, que había comenzado a adoptar un color amarillento más propio de la descomposición.

—Lo que tú digas.

Guillem atendía a cada una de sus palabras, esperando encontrar aún una explicación que le convenciera.

—¿Dónde está el profesor Crowle? —continuó diciendo Theodore, con aquel tono característico afianzándose en cada sílaba que pronunciaba—. ¿Ha huido para no prestar declaraciones sobre esto?

—Se ha marchado. —El irlandés parecía encantado de tener una excusa para distraerse—. Le he visto salir por la puerta al poco de traer la caja. Tendría prisa.

De manera instintiva cada uno de ellos se giró para mirar la aparatosa caja de madera que contenía los restos de cerdo para el

desarrollo de la clase.

Los despieces de la carnicería se cubrían de sal en el momento en el que llegaban a la universidad, para conservarlos intactos tanto tiempo como fuera posible. Se limpiaban cuando los alumnos de primero y segundo los usaban para sus clases y los volvían a dejar marinar hasta que empezaban las prácticas de Cirugía.

Si todo iba bien, los muslos de cerdo no tenían más de media decena de cortes hechos con el bisturí. No había nada que un hilo fino y una buena aguja recién afilada no fuesen capaces de cerrar. De vez en cuando los alumnos más torpes dejaban el rastro de una mano temblorosa y un tajo profundo, más propio de los estudiantes de Cirugía. Aun así, nada como aquello.

—La última vez también me tocó uno así. —Joshua Bonnet, pelirrojo y pecoso, quiso participar en la conversación—. Tuve que quedarme pasada la hora de la comida para terminar de coserlo. El profesor no pareció muy contento con lo que hice.

—Echar la culpa de su mala praxis a los restos de un pobre cerdo muerto no es muy elegante, Bonnet. —Theodore le dedicó una sonrisa encantadora, tras girar su cuerpo por completo hasta ponerse frente a él.

Arthur sabía que su compañero de habitación tenía la costumbre de ser más hiriente de lo que debería, pero eso nunca tenía ningún tipo de repercusiones. Si Joshua Bonnet se había ofendido con la pulla de Theodore, no lo demostró en ningún momento.

—Creo que cada vez se esfuerzan menos en traernos material de calidad. Esto no es la primera vez que sucede, hacedme caso —sentenció Joshua.

—Si seguimos así llegaremos a junio con poco más que huesos y grasa. —Guillem, satisfecho de haber provocado una discusión, sonreía como un niño que había robado una bolsa repleta de caramelos.

El resto de la clase observaba, asintiendo en un murmullo que iba creciendo.

—Eso será si los veterinarios no los interceptan antes para jugar con ellos.

Theodore lanzó contra la mesa su muslo mientras Joshua continuaba diciendo:

—Todo va directo a sus clases para hacer reconocimiento.

—Me ofrezco para dar de hostias a cualquiera que lo intente. —El irlandés, que medía más de metro noventa pero no pesaba más de setenta kilos, estaba lejos de imponer a nadie. Incluso Arthur pensaba de él que sería uno de los pocos con los que se mediría en una pelea—. Al menos ellos ven animales todos los puñeteros días del año, nosotros no vemos un cuerpo humano a no ser que se muera delante de nuestras narices o algún profesor se haya estirado lo suficiente.

—Tenemos que quejarnos más. —Arthur no sabía quién se había sumado a la conversación, pero le daba igual—. Hasta que no nos den material en buenas condiciones, nos negamos a hacer horas gratis en el hospital.

La emoción subió hasta convertirse en una marea de voces sin sentido. Comparaban sus trabajos para coronarse como el que peor suerte había tenido en el reparto. Aunque todos parecían dispuestos a defender sus ideas con uñas y dientes, ninguno se deshizo de los

restos de carne ni se atrevió a contradecir al profesor Crowle cuando este regresó y preguntó si había algún problema.

—Junta en un mismo espacio a los hombres más privilegiados de la historia y aun así todos buscaran algo de qué quejarse —dijo Arthur, que había terminado de coser al cerdo, aprovechando que ya nadie le prestaba atención.

Pero cuando se giró hacia su compañero de mesa este parecía no haberle oído. Theodore guardaba un silencio sepulcral, con la mirada aún fija en la caja de la carnicería.

14
In dubio pro reo

22 de enero de 1857

—¿Cuál es su diagnóstico, señor Thorebourne?

La voz de Hughie Buckman le llegó como traída por el viento, o como si le hablasen mientras estaba dormido.

¿Cuál era su diagnóstico? Theodore no estaba seguro.

Estaban en el depósito de cuerpos, pero en aquella habitación no había ningún cadáver, solo pilas de folios sobre la mesa.

Era el quinto caso clínico que le describía de viva voz, pero no estaba centrado. La última vez que había estado en ese mismo lugar la situación era radicalmente diferente. No habían hablado más de ello, pero la posibilidad flotaba en el aire impregnándolo todo con un halo denso que Theodore creía que podría tocar, si se esforzaba lo suficiente. Notaba a su profesor tenso, incluso más que en anteriores ocasiones. En ese momento se dio cuenta de que le costaba imaginar a Hughie Buckman de cualquier otra forma, con menos preguntas en la punta de la lengua.

—Céntrese, Theodore.

Al oír su nombre de pila Theodore se puso en estado de alerta. El profesor continuaba hablando.

—Piernas escamosas, es sencillo, a usted no le hace falta nada más. Es lo único que necesita para determinar la causa de la muerte, el resto no es más que paja entre el heno. Lo sabré yo bien, que lo he redactado de mi puño y letra.

> Un hombre llega al hospital. Su mujer e hijos han pedido un coche para que lo trasladen hasta allí, procedente de algún pueblo de la zona, por lo que no hay ningún familiar presente que determine la causa de la muerte. Aunque no han pasado más de unas horas desde el fallecimiento, presenta en toda la dermis un patrón de escamas, textura similar al cuero. La hinchazón del rostro le ha borrado por completo la expresión. Además, podemos detectar un…

—Ahogado, señor. Murió ahogado. —Tenía razón, era una conclusión sencilla, lo sabía—. En una bañera o una balsa de agua de pequeño tamaño. Diría que es agua estancada, pero contando solo con la descripción es lo máximo que puedo declarar sin recurrir a la imaginación.

—Bien.

Habría aprobado el examen con la máxima nota, si no fuese por su torpeza a la hora de reaccionar. Todas sus respuestas habían sido correctas, pero no ágiles. Había pasado demasiado tiempo absorto en la nada para tener los resultados que esperaba.

Pero aquello no era un examen. No tenía la excusa de los nervios ni del miedo escénico. No, era simple torpeza.

—¿Hay algo que le preocupe, señor Thorebourne?

El profesor era amable, pero Theodore sabía que le había costado formular esa pregunta casi tanto como a él le había incomodado comenzar la conversación.

—Disculpe, señor…, ¿qué ha pasado con el cuerpo?

—Oh. —No había sorpresa en su voz—. Eso.

El día anterior había acudido al Royal Infirmary dispuesto a continuar con su trabajo, pero una escena grotesca le recibió al entrar en el despacho donde el profesor Buckman le esperaba desde hacía varias horas.

Cuando Theodore llegaba por las mañanas era normal que su tutor ya hubiera comenzado el trabajo. Muchas veces, se imaginaba el estudiante, no dormía hasta después de que él se marchaba a clase o a la residencia. Las noches en el hospital eran largas, pero nunca solitarias. Siempre había alguien necesitado de ayuda o un informe que rellenar en el último momento. Durante la mañana todos trabajaban, por lo que las peticiones disminuían. Incluso los enfermos parecían recuperarse de forma milagrosa cuando salía el sol. El horario nocturno era el más concurrido de todos, así que muchos decidían adaptarse a él.

Sin embargo, la imagen que le recibió el día anterior distaba mucho de ser normal.

—No creí que pensara que se trataba de algo tan relevante.

Theodore era incapaz de creer que esas palabras hubiesen salido de su boca.

Nada (ni el paseo desde Teviot Place hasta el Royal Infirmary ni el frío de la mañana, ni siquiera el café de Una) había sido diferente a otras mañanas, hasta que cruzó la puerta del despacho. Sí, había un cuerpo tendido en la mesa de pruebas, pero eso tampoco era nuevo. Hasta que se acercó a él.

Como había ocurrido con las piezas de la práctica de cirugía, alguien se había ensañado con el desconocido.

Se trataba de una mujer blanca, eso era lo único que podía decir con seguridad de ella: le habían desfigurado el rostro a golpes y luego, como si eso no hubiese sido castigo suficiente, la habían herido con un arma afilada sobre los morados. Al ver solo su cara no habría podido saber si tenía veinte años o sesenta. Era imposible determinar nada a partir de ella. Un ojo verde sin vida estaba congelado en medio de un parpadeo.

El cuerpo de la paciente estaba en mejores condiciones, aunque era como si estuviera sostenida por costuras, como una muñeca de trapo con la que hubieran jugado varias generaciones de niños y hubieran tenido que remendarla. Todas sus extremidades habían sido diseccionadas a conciencia. Los cortes en los brazos y piernas, a diferencia de los del rostro, habían sido realizados con cuidado, eran simétricos y los habían cosido con extrema escrupulosidad. Theodore no entendía por qué un cuerpo de prácticas había acabado en la mesa del médico forense, ni por qué debía ser sometido a una autopsia. Cuando los cadáveres pasaban a ser material de estudio en la universidad, ya se les habían realizado todas las pruebas necesarias y no tenían que pasar por ninguna más. Hughie Buckman no perdería el tiempo con un cuerpo que ya tenía un diagnóstico realizado.

—Lo han traído hace pocos minutos a mi despacho —le había dicho el médico, con seriedad.

—¿De una clase?

Era evidente que sí. Había pasado por las manos de un estudiante o de un médico titulado, de eso no cabía duda.

—No, lo han encontrado en la calle, en la Royal Mile.

—¿Disculpe?

Theodore se prometió a sí mismo en ese instante que intentaría dormir más, porque no creía estar procesando la escena de manera correcta.

Cuando los cuerpos eran desechados por la universidad (una vez que los estudiantes terminaban de hacer estudios completos sobre ellos: anatomía, patología, traumatología…, cualquiera, o incluso varios a la vez) los llevaban a la fosa común del cementerio de la ciudad, con el resto de los cadáveres anónimos que acababan en las mesas de la facultad. Todos los pacientes que no eran reconocidos por nadie al cabo de unos días pertenecían legalmente a la Facultad de Medicina y Veterinaria, donde podían usarlos como material de trabajo.

El cuerpo que yacía en el despacho era sin lugar a dudas uno de esos casos, pero no debería estar allí. Su lugar era una tumba colectiva, no la mesa de pruebas. Y, por supuesto, no una de las calles más concurridas de la ciudad de Edimburgo.

—¿Cómo ha llegado allí? —Era una pregunta honesta para la que no tenía respuesta.

—Supongo —no parecía estar bromeando— que alguien lo habrá llevado hasta allí.

—¿Lo han robado de la universidad?

—Alguien habría denunciado el hurto. —No se había despegado de su silla ni tenía intenciones de hacerlo.

—Ya.

Theodore sintió que hablaba a una pared.

—¿Y la cara? —insistió, consciente de que su tutor había comenzado a molestarse.

—Me temo que eso ha sido culpa de los que lo encontraron antes de que llegáramos nosotros. —El profesor juntó las manos como en una plegaria—. ¿Recuerda lo que le dije? La gente siente fascinación por la muerte, pero algunos buscan cualquier excusa para ensañarse con lo que encuentran en su camino. Este es un ejemplo claro de lo segundo.

Los cortes de la cara de la mujer eran mucho más profundos de lo que cualquier bisturí habría podido alcanzar. No habían sido hechos con una herramienta profesional. Si tuviese que adivinar, Theodore se habría decantado por una cuchilla sin afilar, manejada con fuerza bruta.

La conversación acabó en ese punto, sin que Hughie Buckman esbozase una palabra más sobre el caso. Pero Theodore no se lo había podido quitar de la cabeza.

Cuando había acudido a su cita aquel día no esperaba que el médico le diera más información sobre aquello, pero sí encontrar al menos algo que le tranquilizase. No había obtenido ni una cosa ni la otra.

El cuerpo ya no estaba allí, pero las preguntas seguían rondando la habitación.

—Me pareció algo importante —dijo, abatido. No iba a conseguir nada más.

—Ya no es problema nuestro, Theodore. —De nuevo el profesor pronunció su nombre con severidad, como si se dirigiera a un niño rebelde—. Se lo llevaron al poco de marcharse usted, ahora descansa con los demás. Le prometo que es más complicado escaparse del cementerio que de la facultad.

Otra vez bromeaba, pero no había rastro de alegría en él.

—Se acabó —sentenció—. No es necesario que ninguno de los dos se preocupe más por esto. ¿Continuamos?

—Creo que…

—Si no quiere la hora de tutoría está invitado a cambiarla para otro día que le venga mejor, sabe que no tengo ninguna queja de usted. Solo dígamelo. —Otra advertencia.

Theodore sabía que solo podía forzar a las personas hasta un punto. Si uno consigue pasar el límite se arriesga a no recuperar la confianza, haga lo que haga para solucionarlo.

—No, está bien —admitió la derrota—. ¿Me lee el siguiente supuesto?

Su tutor rebuscó entre los folios, con el fin de encontrar un caso clínico que no hubiesen tratado en la sesión.

El golpe sordo de unos nudillos en la puerta del despacho interrumpió el tenso silencio que había regresado a la habitación. O que, tal vez, nunca la había abandonado.

Wheeler Halpine asomó su cabeza, con una sonrisa que recorría su cara de principio a fin.

—Me gustaría hablar con usted… ¡Hola, Theo! —No esperó a que le diesen permiso para pasar y atravesó el umbral—. No sabía que te encontraría aquí. Qué agradable coincidencia.

Mentía. Sabía que estaría en su tutoría con el doctor Buckman y por eso había ido, con la esperanza que se lo presentara. Wheeler se había peinado la rubia melena a la perfección, parecía un monaguillo católico. Theodore le conocía lo suficiente para saber cómo era, tenía la capacidad de engañar a cualquiera con su encanto. Incluso al doctor.

Hughie Buckman se serenó por completo con la presencia del joven aspirante a médico, que le proporcionó la excusa perfecta para abandonar de manera definitiva la conversación que se negaba a mantener.

—Bueno, ¿de qué quería hablarme, señor…?

—Halpine. Me llamo Wheeler, profesor.

15
Stapelia

23 de enero de 1857

Alphonso luchaba por no dormirse en las escaleras del recibidor de la Facultad de Medicina y Veterinaria. El frío del mármol le mantenía lo suficiente despierto para no caer rendido en los escalones.

En aquella zona del edificio solo se impartían clases de la carrera de Medicina, mientras que, si se accedía por la entrada trasera, desde el patio de columnas que bordeaba la facultad se entraba directamente al territorio de los estudiantes de Veterinaria. No era común que los miembros de cada modalidad se mezclasen en los pasillos, salvo algunos días especiales. En las jornadas de bienvenida y en los cursos excepcionales se utilizaban las instalaciones de Medicina, mucho más espaciosas y renovadas con más frecuencia que las de Veterinaria. Durante el resto del año era complicado encontrar a alguien fuera de su territorio, a no ser que lo hiciera de manera intencionada.

Alphonso no tenía ninguna buena razón para estar allí, más allá de que quería tranquilidad y dudaba encontrarla en un pasillo repleto de personas comentando el último parcial de Morfología Animal.

No tenía problemas con sus compañeros, pero tampoco apreciaba su compañía.

Una cabellera despeinada de color castaño que reconoció al instante surgió de entre la multitud, al mismo tiempo que se abrían las puertas del aula magna. Arthur no estaba en la clase, sino que venía del sótano, de los laboratorios.

Alphonso trató de hacer contacto visual con él, sin éxito. Su amigo no prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor, más bien todo lo contrario: mantenía la mirada fija en un punto muy lejano, que nadie más podía ver.

—¡Arthur! —Alphonso elevó el tono lo suficiente para hacerse oír por encima del rumor de las conversaciones.

El futuro médico se giró hacia el lugar de donde venía la voz, sobresaltado, como si no esperara que nadie se detuviese a hablar con él. Al ver quién había pronunciado su nombre, el cuerpo se relajó de manera automática, en un sincero alivio.

—Perdón, no te había visto. —Si había una palabra para definir su aspecto en ese momento, era «perdido»—. ¿Estás esperando a alguien?

—Más bien estoy huyendo de todo el mundo.

Arthur le dirigió la sonrisa más sincera que Alphonso le había visto esbozar desde hacía días.

—Si te apetece huir con alguien, yo me dirijo a Teviot Place. He acabado todo lo que tenía que hacer hoy.

—No sabes lo bien que me suena ese plan —aceptó Alphonso, contento de tener una excusa para dejar aquel lugar.

Prefería trabajar allí todo el tiempo que le fuera posible, lejos del ruido de la biblioteca de la residencia. Las clases vacías eran el lugar perfecto para encontrar la inspiración que muchas veces se le

escapaba, pero aquel día no le veía ningún sentido a alargar su jornada. Quería irse y Arthur le había dado la excusa perfecta.

Salieron de la facultad sin hablar, dejando que el aire frío inundase cada centímetro de sus cuerpos, abandonándose a la sensación de calma momentánea.

—No veía la hora de que se acabara —dijo Arthur para sí.

—¿Qué hacías en los laboratorios? —Alphonso se cerró el abrigo con una mano, sin pararse a abotonarlo—. ¿No tenías consulta?

Arthur asintió.

—He terminado pronto, pero siento que el trabajo no acaba nunca —masculló—. He tenido que volver a la facultad para acabar algo que dejé a medias, así que al final he trabajado el doble a pesar de no tener mucha faena hoy. Casi ha sido peor que cuando vienen un montón de pacientes.

—¿Tan importante era para que hayas tenido que volver?

—No te haces una idea.

Durante unos segundos lo único que se oyó fue el sonido de sus pasos sobre la húmeda acera.

—Supongo que es la presión de los médicos.

—Algo así —asintió Arthur.

—Creo que no te lo he contado nunca. Hubo una época en la que me planteé ser médico, ¿lo sabías? —Arthur negó con la cabeza—. Creo que en una conversación que mantuve con Theodore cuando nos conocimos le extrañó que no fuese otro candidato más a incorporarme en la gran maquinaria de la salud. —Arthur no pudo evitar sonreír—. Fue cosa de mi padre, lo de hacer otra carrera que no fuese Medicina. Hasta unos meses antes de empezar el curso no estaba seguro de qué iba a pasar.

—¿Qué cambió? ¿Fue por tu padre?

Alphonso se contuvo antes de responder.

—Hay cursos de verano para acercarte a la medicina, clases repletas de niños ricos que quieren saber si merece la pena pasar por todo el embrollo de licenciarse para vivir bien o si es mejor invertir su preciado tiempo en otras cosas.

Arthur conocía la existencia de aquellos seminarios, pero nunca había asistido a ninguno. Vivir en casa de su padre fue aprendizaje suficiente para él. Aun así, no le hacía falta conocerlos a fondo para saber que Alphonso tenía razón: el hecho de que el mundo de la medicina atrajera a las personas más privilegiadas era parte de lo que lo hacía tan popular. La sensación de que no todo el mundo puede llegar hasta el final es peor que una droga. Si las clases en las facultades estaban llenas de personas así, era normal esperar que los cursos destinados a hacer criba lo estuvieran aún más.

—Son ridículos, una experiencia por la que no volvería a pasar ni aunque me ofreciesen todo el dinero del mundo —continuó diciendo Alphonso, bajando la voz—. Supongo que tuve mala suerte, estoy seguro de que hay buenos profesionales que ayudan a los adolescentes a planificar su futuro, pero no fue mi caso.

—¿A qué te refieres?

Su suspiro pareció llenar el vacío de la Royal Mile, que se extendía ante ellos.

—¿Conoces la *Stapelia*? —Era la primera vez que Arthur oía ese nombre—. Es un género de plantas bastante raro, al menos en Escocia. Solo puede encontrarse en herbolarios especializados, viene directamente de África. Créeme, si alguna vez ves alguna no te olvidarás nunca del nombre, es imposible.

Alphonso parecía distraído, como si no se pudiese sacar de la cabeza la imagen de aquella especie.

—Las hay de diferentes tipos, en general son bastante bonitas. Son suculentas, pero no como las conocemos. La *Stapelia* tiene colores vistosos, es fácil de reconocer. Algunas son enormes, no podríamos meter ni un par de ellas en la biblioteca.

Arthur no sabía si estaba exagerando, pero lo decía muy en serio.

—Ahora bien —continuó diciendo su amigo—, no nos llevaron de excursión al jardín botánico porque nuestro profesor fuese fanático de la botánica y quisiese enseñarnos su flor favorita. ¿Sabes como la llaman? «Flor cadáver». La *Stapelia* apesta, desprende un olor putrefacto, como un animal que lleva muchas horas muerto bajo el sol. Es asqueroso, nadie ha conseguido embotellar el hedor de la muerte tan bien como Dios cuando creó esa monstruosidad. Nos repartieron una maceta a cada uno.

—Dios mío.

—Un par de días con esa planta en la habitación son suficientes para que cualquiera se olvide de por qué quiere estudiar. No podía soportarlo, creía que me estaba volviendo loco. —La incomodidad de Alphonso pareció disiparse, como si el recuerdo por fin se hubiese esfumado—. A mi padre también le sacó de sus casillas, así que no estaba dispuesto a pagar dinero para financiar a más médicos, fueran como el buen señor del seminario o no. Oye, lo creas o no, pienso que hice bien en desviarme de ese camino.

Alphonso intentó descifrar la expresión de Arthur, que contenía sus pensamientos en ese momento, y continuó hablando.

—Gracias a ese episodio conseguí descubrir mi interés en la veterinaria y el mundo animal. Lo poco que aprendí de anatomía allí

me sirvió para no comenzar de cero; hay muchas similitudes entre ciertos mamíferos y los seres humanos. Todo pasa por alguna razón.

—Me encantaría decir que es la primera vez que oigo algo así. —De repente, Arthur fue consciente del frío que se había apoderado de la ciudad, como si no hubiese estado allí antes con la misma intensidad—. Pero, a decir verdad, hay poca gente más desequilibrada que los médicos.

Teviot Place apareció en su campo de visión, un oasis donde refugiarse del invierno.

—¿Cómo te decidiste tú por estudiar Medicina? —preguntó Alphonso, volviendo a mirarle.

Arthur conocía su respuesta antes de darle forma en su mente.

—Es algo que siempre he sabido.

16
Corpus humanum

23 de enero de 1857

—¿Desde cuándo hay goteras aquí?

La voz del profesor le llegó ahogada a través de las paredes de la casa. Victoria oyó que se deshacía del abrigo y lo dejaba caer sobre la butaca de la entrada. Nunca fallaba. Podría haber reproducido a la perfección cada uno de sus movimientos aun sin verle. El señor Crowle se quitaba el pesado abrigo de piel justo antes de descalzarse, siempre en ese orden. Le gustaba dirigirse al centro de la estancia y dejaba un reguero de barro y humedad en su camino hasta el asiento de terciopelo verde pino, que solo se usaba como perchero. Después, una vez que se había quitado los zapatos, dejaba sobre el respaldo de la butaca el sombrero, que llevaba siempre, con independencia del tiempo que hiciese.

Ni siquiera cuando la jornada terminaba más tarde, después de haber pasado por la cervecería, modificaba en absoluto su ritual de regreso a casa, perfeccionado al milímetro.

Era un hombre de costumbres.

—Desde hace por lo menos unos días —contestó Victoria, que le saludó con un ligero apretón en el brazo derecho—. Ayer dejó de llover, así que esto no es reciente.

—¿Tanto llevo sin pasarme por aquí? —preguntó sorprendido.

—Al parecer, sí.

Un cubo de latón permanecía apoyado contra una de las paredes, que supuraba agua como si se hubiesen dejado un grifo abierto. Por la tarde Victoria lo había vaciado tres veces y no creía que aquello fuera a mejorar. Aunque la tormenta había parado, no tardaría en regresar.

—¿No has llamado a nadie? —El profesor Crowle contemplaba la fuga de la pared con auténtica curiosidad científica, como examinaba los casos impertinentes—. Podrían haberlo mirado y solucionado antes de que yo volviera.

—Tenía la cabeza en otro lugar —confesó ella, señalando la habitación que se abría a su espalda.

La vieja morada de Lyle Crowle, una mansión que estaba en pie desde hacía más tiempo del que el profesor llevaba con vida, era uno de aquellos lugares que parecían haber sido diseñados con la intención de que se habitaran. Los techos altos y los grandes ventanales permitían que la luz entrase incluso en los largos meses del invierno escocés, cuando las nubes se apoderaban del cielo.

A pesar de eso, el profesor tenía una idea muy distinta de lo que quería hacer con ella. Cualquier museo de ciencias naturales habría sentido una envidia visceral de haber podido ver la colección del doctor Crowle. Si bien su despacho de la facultad era una botica en miniatura, resultaba difícil describir su casa. Cada una de las habitaciones alojaba vitrinas y expositores, y estaba coronada por estantes repletos de todo tipo de piezas. Tenía una colección entera de minerales de todos los rincones del mundo, un zorro disecado en una de las entradas, cachivaches provenientes de yacimientos

adquiridos a buen precio, una pinacoteca y al menos doscientas monedas que juraba que provenían de la península itálica, acuñadas hacía más de mil años.

Y eso solo era el principio.

Había tantos salones que no había sido capaz de tomar una decisión sobre todos ellos; los dejó como meras salas de exposición hasta que Victoria se mudó a la casa.

La joven estaba segura de que antes de su llegada había evitado llevar a nadie allí. Todo estaba pensado para ser un gran museo en el que solo se podía observar, pero no interactuar con nada. Las escasas cenas que celebraban tenían lugar en uno de los salones pequeños, donde se encontraban las piezas menos singulares, aquellas que le importaba menos perder.

Poco a poco, el profesor se había acostumbrado a su presencia en la casa y había permitido que algunas de esas manías se difuminasen. Incluso había dejado que instalase un pequeño estudio en una de las salas menos iluminadas y que retirase todo aquello que le molestase para trabajar. La mayor parte del tiempo, Victoria estaba allí.

—¿Sigues trabajando en eso? Deberías esperar a Arthur.

Victoria entró en la habitación, que estaba repleta de huesos, y se sentó.

Justo delante de ella había una gran caja de color pardo con la tapa rota (roída, tal vez), que volvió a retomar su espacio en la alfombra del salón, cubierta por una fina capa de polvo. En su interior se encontraba una maraña de tela, un conjunto de bolsas que ella había lanzado sin cuidado alguno al lugar de donde habían

salido. El contenido de las bolsas, sin embargo, estaba desperdigado por el suelo.

—Debo trabajar en esto yo sola, profesor. —Los huesos sueltos se desperdigaban a su alrededor como las flores que brotan en los primeros días de primavera—. Necesito silencio.

—¿Y el señor Credge no te lo da?

Victoria tomó un astrágalo entre sus manos y fingió inspeccionarlo con cuidado.

Había organizado la sala como si se tratara de una consulta médica. En el primer cuadrante descansaban los huesos de la parte superior del cuerpo. A la derecha, arriba, los que pertenecían a la extremidad superior derecha, y a la izquierda los de la izquierda. Aunque a primera vista parecía que el caos había inundado la habitación, cualquiera con nociones básicas de anatomía se habría dado cuenta de que se trataba de todo lo contrario.

—Es un compañero eficiente, casi ni me acuerdo de que está allí. Pero no es lo mismo. —No sabía qué palabras utilizar para describirlo —. Lo que necesito es otro tipo de silencio.

Era cierto.

Arthur Credge era silencioso, respetuoso con el espacio de Victoria. Su cabeza formulaba las ideas con precisión, rápidas y certeras, pero no pronunciaba una sola palabra hasta que estaba seguro de lo que quería decir.

Habían pasado días trabajando en completa paz, sin molestarse el uno al otro, sumidos en la inmensidad de sus pensamientos, pero no era suficiente. Victoria no creía que pudiese estar tranquila por completo mientras hubiese alguien más en la habitación. Sentía que

era mucho más lenta, que absorbían y le quitaban la energía del ambiente, y eso no le permitía alcanzar la claridad que necesitaba.

Existen silencios que solo aparecen cuando uno está solo.

El doctor asintió y prestó atención por primera vez a lo que estaba haciendo Victoria, postrada en el suelo de su casa.

—Es humano —señaló.

Los huesos habían llamado su atención lo suficiente para hacer un diagnóstico.

—No, no todo —rectificó ella—. Hay varios restos de mamífero de tamaño medio, tal vez de cabra o de oveja, aún no estoy segura, además de varios huesos repetidos. Tengo dos tibias izquierdas de un adulto. Desconozco si son de un hombre o de una mujer, pero lo sabré pronto.

—¿Estaban en mi despacho?

Era habitual que se recogieran todos los restos con el objetivo de que alguien acabase haciendo una identificación, pero muy pocas veces sucedía.

El doctor Crowle, como parte del consejo universitario, era el encargado de custodiar los fondos del almacén cuando este no era capaz de albergar más inventario.

No era el único profesor que tenía cuerpos humanos en su casa. Muchos los usaban como recurso para sus clases o sus propios intereses personales.

—No, es una de las cajas que sacamos cuando limpiamos el desván a finales del verano. —Trató de recordar el mes exacto en el que había sucedido—. Pasó de coger polvo en el piso de arriba a hacerlo detrás de una puerta en la planta principal. ¿He hecho mal en abrirla?

—En absoluto. Te di permiso para usar todo lo que hay en esta casa y eso no ha cambiado.

En los dos días que había pasado sola en la mansión, Victoria había avanzado bastante. Cada vez que abría una de las cajas de la colección del profesor era capaz de reconocer más aspectos del cuerpo humano, y podía llegar a afirmar si algo era de origen animal.

—¿Podrás identificarlos?

—Si me das el tiempo suficiente, sí. —Victoria se apresuró a añadir—: Creo que podría ser muy útil para la investigación de Arthur Credge. No le importa que le ayude.

Era innecesario que se justificara y ella lo sabía.

Si había algo que le gustaba del profesor es que nunca cuestionaba sus decisiones, incluso cuando pensaba que se equivocaba. Le daba libertad para arrepentirse y errar, y eso le importaba más que lo que cualquier otra persona pudiese opinar de aquello.

Además, había sido idea suya que ayudase a Arthur en el proyecto que le había encomendado. Sabía que eso le ablandaría, sea cual fuere su parecer al respecto.

—Te dejo trabajar tranquila, entonces. —Algo similar al orgullo envolvió las palabras del señor Crowle—. La cena estará lista a las seis. No te retrases.

17
Actus reus

23 de enero de 1857

Theodore interceptó a Arthur antes de que su compañero se perdiese entre la multitud de estudiantes.

Era la hora de la cena, las seis y media pasadas, y los residentes de Teviot Place luchaban por hacerse con un buen plato del estofado de Una, cuyo olor se había apoderado de la residencia. Los días en los que se servía carne parecía que hubiera más comensales de lo habitual, con un hambre voraz que devoraba hasta el último gramo de lo que había cocinado. No quedaban sobras ni para alimentar a los gatos agolpados en la puerta de servicio esperando, pacientes, lo que los humanos desechaban.

Arthur iba hablando con Alphonso y Wheeler, ambos en ropa de andar por casa. Como de costumbre, rezagados, querían evitar la marabunta desesperada por cenar.

—Perdona —dijo Theodore, que no se detuvo a saludar al resto—, ¿podemos hablar un momento?

Arthur lo contempló desde la fila, extrañado. Theodore podría haber aguardado a que hubieran subido a la habitación para hablar con él a solas, tenía que tratarse de algo importante. Asintió, sin necesidad de que se lo justificara.

—Os guardamos el sitio en la mesa —dijo Wheeler mientras ambos desaparecían por el pasillo.

Tomando la dirección contraria a la del resto de los estudiantes encaminaron sus pasos de vuelta a las habitaciones. Los pies de Theodore se movían raudos con un objetivo fijo, de modo que Arthur tuvo que aligerar el paso para no perder a su amigo. Uno a uno, los residentes que se encontraban por el camino se apresuraban para no llegar tarde a la cena. Dejaron atrás el corredor de las habitaciones y bajaron un tramo breve de escaleras, en su recorrido hacia el claustro.

El claustro de Teviot Place era un pequeño jardín cuadrangular que en primavera hacía las veces de huerto. Esa noche los árboles tapaban la luz de la luna, que a duras penas iluminaba el corredor que rodeaba el patio. La piedra, el mismo material tosco y pardo sobre el que se había construido la ciudad de Edimburgo, se veía opacado por la oscuridad.

A esas horas ya no quedaba nadie en el patio interior del claustro. Todos los residentes en el edificio se encontraban en el comedor o en la cola para entrar en él.

—¿Qué pasa? —Arthur no esperó a que su compañero llegara al jardín.

Theodore solo veía los ojos de su amigo, que se perdía en la oscuridad de la noche. Era sorprendente, pero no hacía frío. El final del día parecía más cálido que el inicio y no echó de menos el abrigo. Había regresado a la residencia al acabar su tutoría y se había deshecho de su ropa de calle nada más llegar a la habitación. No hacía frío, pero las manos le temblaban, no podía evitarlo.

Arthur estaba impaciente por recibir una respuesta que explicase el comportamiento fuera de lo habitual de su amigo.

—Has memorizado todas y cada una de las leyes del código civil de la medicina en Escocia. Si te pregunto algo, ¿sabrías decirme si es legal?

Si alguien podía disipar sus dudas, ese era Arthur. Nadie se esforzaba más que él en la universidad, incluso cuando no era necesario hacerlo. Si habían tenido que completar un trabajo y responder un par de preguntas sobre legislación en voz alta no le cabía duda de que su amigo había ido mucho más allá y era capaz de recordar todo lo que se podía memorizar sobre el tema.

—Sí, es muy probable. —No pareció sorprenderle la pregunta. De los dos, Arthur era el que mejor guardaba la compostura delante de sus amigos. Tal vez la gente en general se sintiese más impresionado por Theodore, pero Arthur Credge era capaz de engañar hasta al mejor de los observadores—. ¿Por qué?

—Imagina que por alguna razón uno de los cuerpos de las prácticas terminase en la calle. —Theodore pronunciaba cada palabra con voz pausada—. ¿Qué pasaría?

Arthur sopesó lo que su amigo acababa de decirle. Si pensaba que era una pregunta fuera de lugar, no lo parecía.

—La universidad tendría problemas —expuso.

—¿Qué tipo de problemas? —insistió su compañero de habitación.

—Depende.

El cielo despejado de la noche comenzó a cubrirse con las primeras nubes del día, que anunciaban que la tormenta estaba dispuesta a regresar después de la tregua.

—El responsable se enfrentaría a una expulsión inmediata de la cátedra, del hospital o del puesto que tenga. Jugar con la salud de la población significa cárcel automática —continuó Arthur—. Podrían llegar a cerrar la facultad si no se encuentra una buena justificación. Es un tema delicado, si llegara a pasar nos enteraríamos.

Theodore intuyó algo en ese mismo momento, pero no estaba seguro de comprenderlo.

—¿Habría alguna manera de que no se supiese que el cadáver viene de la universidad?

Tajante, Arthur movió la cabeza de un lado a otro.

—Imposible, al menos no desde hace unos años. Tenemos vetado el acceso libre de cuerpos humanos desde que ocurrió lo de Burke y Hare, los ladrones de cadáveres. La ley estipula el número de cadáveres que pueden disponer las universidades al mes, por eso hacemos las prácticas con piezas de cerdos y cabras.

—¿Se documentan?

—Todos y cada uno de ellos —afirmó—. Para que puedan enterrarse en la fosa del cementerio deben tener todo el papeleo al día, no se puede meter cualquier cosa. Cada universidad de Escocia tiene la obligación de hacerles una marca a los cadáveres que se usan en sus clases. —Pensativo, se mordió el interior de la boca—. Puede ser una marca de tinta en una mano o cortarles una oreja, da igual, depende de dónde vengan. Las autoridades conocen las marcas, no sé cuál es la nuestra. Pero si encontrasen un cuerpo nuestro en mitad de la carretera sabrían que es de la Facultad de Medicina, eso te lo aseguro.

—A no ser que hubiese entrado sin que nadie lo supiese.

La expresión de su compañero cambió y Arthur pudo leer la ansiedad en su rostro.

—¿Qué ha ocurrido, Theodore?

Lo último que quería era tener que admitir en voz alta lo que sospechaba desde que había dejado unos días atrás el Royal Infirmary: algo iba mal. Theodore estaba seguro de que la primera reunión que había tenido con su profesor no había sido más que un momento de debilidad por su parte. Nunca había considerado conveniente contarle nada de aquello, pero ya era demasiado tarde para negar lo evidente. Hughie Buckman estaba asustado porque algo sucedía y ahora quería dejarle fuera.

—¿Theodore? —repitió Arthur elevando la voz.

—Aún no lo sé. Puede que algo malo.

Arthur agarró el brazo de su amigo como había hecho este en el pasillo y lo alejó de la puerta. Era improbable que alguien los oyese allí, en el claustro a oscuras, a la hora de la cena, pero prefería cerciorarse de ello. La actitud de Theodore era estoica la mayor parte del tiempo, pero en ese momento no quedaba nada de estoicismo en él. Era como un niño al que no se le daba bien mentir.

—Fui al despacho del profesor Buckman para seguir con las lecciones, pero tenía un cuerpo en la mesa de pruebas, un paciente de la universidad. —Decidió limitarse a narrar los hechos, sin detenerse a describir el estado de la persona que había acabado allí —. Estoy seguro de que lo era. Tenía marcas de estudio anatómico por todas partes, pero alguien lo encontró en mitad de la Royal Mile. La policía lo devolvió al hospital.

—No he oído nada.

Theodore había captado por completo la atención de su amigo.

—¿Y si no ha habido ninguna denuncia porque no estaba legalmente adscrito al centro? —insistió—. Has sido claro: si algo así llega a suceder y se relaciona con la universidad, están jodidos. Pero ¿y si alguien lo trajo de contrabando?

—Theodore —advirtió Arthur.

—¿Sería posible o no? —Sin darse cuenta, su amigo había subido la voz hasta convertirla en un grito.

Derrotado, Arthur asintió.

—Sí, eso explicaría por qué nadie ha sido sancionado y por qué no ha salido en los periódicos.

—Habríamos oído algo.

—A la gente le encanta hablar —admitió Arthur.

Theodore oía un zumbido tan claro en sus oídos que le sorprendió que Arthur no fuese capaz de escucharlo también. Las piezas de su loca teoría encajaban poco a poco, aunque hubiera preferido haberse equivocado.

Había algo más que no podía quitarse de la cabeza. Algo que podía estar relacionado o no con su nueva revelación.

—¿Qué te ha dicho el doctor Buckman? —Arthur había cruzado los brazos sobre su pecho—. Tendrá alguna justificación, estoy seguro.

—Ha preferido evitar la conversación. —También se abstuvo de admitir que se había cabreado al cuestionarle lo que estaba sucediendo; Theodore lo omitió a propósito—. Por eso he venido a hablar contigo. Tenía dudas y eres el único que podía ayudarme a entenderlo.

Arthur asintió.

—¿Es posible que sea un error? —preguntó—. ¿Que en realidad no fuese un cuerpo estudiado en las pruebas y solo simulase una

disección? Hay mucha gente rara suelta por ahí.

—Reconozco el trazo de un estudio anatómico cuando lo veo. Podría hacerlo con los ojos cerrados si hiciera falta.

—Lo sé. —Arthur se disculpó y se llevó las manos al cabello—. No hay un alumno mejor que tú, Theodore. Si alguien puede reconocer algo así, eres tú.

—Ese es el problema.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad de la noche y ya no les costaba un esfuerzo reconocerse en el claustro. Theodore seguía temblando, y no era a causa del frío.

Una cosa era hacer hipótesis y repetírselas a sí mismo durante horas y otra muy distinta saber que Arthur también creía que había razones por las que preocuparse. Resultaba sencillo autoconvencerse de que solo se trataba de pensamientos intrusivos cuando era el único que sospechaba. En ese mismo instante se prometió que no le iba a contar a su compañero ninguna de las sospechas que relacionaban a Hughie Buckman con aquel cuerpo.

No podía comprometer a su amigo más de lo que ya lo había hecho.

—¿Qué hacemos? —Que Arthur usase el plural tranquilizó a Theodore. Sabía que le seguiría a cualquier parte—. ¿Quieres denunciarlo?

—No —se apresuró a contestar Theodore—. No, creo que sería precipitarme. El cuerpo puede que ya ni siquiera esté en el hospital, no tengo pruebas de lo que ha sucedido. Tampoco sabría a quién culpar. No, dejémoslo así de momento.

La simple idea de enfrentarse a su tutor le asustaba. Era su palabra contra la de un doctor reconocido. Aunque era un hombre

excéntrico gozaba de respeto en todos los ámbitos de la ciudad.

No. Nadie le creería.

Además, ¿por qué iba a mentir, si no tenía nada que ver con ello?

—Como quieras.

El zumbido en los oídos seguía acompañando sus pensamientos, cada vez más fuerte. La conversación le había servido para obtener respuestas, pero no para acallar su ansiedad.

—Theodore. —Con cautela, Arthur se aferró de nuevo al brazo de su compañero—. Crees que pasa algo más, ¿verdad? Si me lo has preguntado… es porque sospechas que es algo más gordo que un robo, ¿no?

No estuvo tentado de ser sincero con él. Como ya sabía, no tenía pruebas de que nada de lo que estaba diciendo fuese real o estuviera conectado de alguna manera con sus sospechas. A Arthur no le habrían hecho falta pruebas para creerle, pero podía resultar afectado solo por complicidad. Cuatro ojos veían mejor que dos, pero Theodore tenía acceso a lugares a los que su amigo no, de modo que no sería tan útil. No merecía la pena ponerlo todo en riesgo por una corazonada.

Por eso no dudó ni un momento antes de mentir a su mejor amigo.

—No. Estoy seguro de que es solo un caso aislado. Nada más.

A Arthur no pareció tranquilizarle la respuesta.

18
Quod in inventute non discitur…

26 de enero de 1857

Arthur creía que se estaba volviendo loco. Por más que miraba aquella maraña inerte de huesos, todas las preguntas le llevaban de nuevo a la misma respuesta: aquello no era normal.

Había dibujado cada uno de los restos tantas veces aquellos días que era capaz de verlos a la perfección en su cabeza si cerraba los ojos. La noche anterior la imagen del fémur del paciente se había intercalado con la de Theodore preguntándole sobre las leyes que afectaban a la manipulación de los cuerpos humanos. No sabía cuál de las dos cosas ocupaba más espacio en su mente, pero ambas le preocupaban lo suficiente para que le acompañasen antes de acostarse.

Cuando pensaba en el caso que tenía delante, solo se le ocurría una palabra para definirlo: ridículo.

Todo en él le parecía ridículo, pero Arthur no podía dejar de fijarse en algo en concreto.

—Las proporciones. No creo que lo notes, pero son absurdas. Al principio pensé que era un niño porque de ninguna manera este cuerpo tan pequeño podría pertenecer a un adulto normal. Tal vez haya sido algo provocado por la enfermedad, pero es… pequeño.

Victoria trataba de ver lo que Arthur le estaba enseñando.

—Entiendo.

—Espera, te lo voy a mostrar.

En uno de los armarios del aula, el más alejado de las ventanas, el profesor Lyle Crowle guardaba su colección de referencia: un cuerpo humano de un hombre adulto, separado con cuidado por secciones, para facilitar su empleo en clase. Cada una de las zonas del cuerpo (extremidad superior izquierda, extremidad superior derecha, las inferiores, cintura escapular, cintura pélvica y cráneo) estaba perfectamente etiquetada, preparada para tomar solo la parte que necesitaba en cada momento.

Los huesos largos que había logrado identificar eran de las piernas del individuo, así que tomó prestadas solo las cajas que los contenían y dejó el resto en el fondo del armario.

—Cuando se estudia un cuerpo, independientemente de cuánto tiempo lleve muerto, debes tener en cuenta que existe dimorfismo, es decir, diferencias entre los casos —explicó—. Lo mismo sucede con las patologías, cada una de ellas se manifiesta de manera distinta dependiendo del paciente. Un médico tiene que tratar de encontrar lo que define cada enfermedad para hacer un diagnóstico correcto, sin importar lo que pueda parecer a simple vista. Muchas dolencias son similares pero no tienen la misma causa y, por tanto, tampoco tienen la misma cura. Hay que afinar la respuesta para evitar que nadie muera.

Retiró la tapa y sacó de la caja un gran fémur robusto. Repitió el proceso para sacar el del otro lado, y colocó los dos junto al hueso que estaban estudiando.

—La primera vez que los comparé me parecieron muy distintos, aunque no sabría decirte por qué. —Le avergonzó admitirlo, pero debía hacerlo por el bien de la investigación—. Tienen algún problema, hoy lo veo mucho más claro que la última vez, pese a que se me escapa la respuesta.

—Tal vez —comenzó Victoria— necesitas encontrar la pregunta correcta. No conseguirás llegar a la respuesta que quiere el profesor si no sabes qué preguntar.

—No había pensado en eso.

Victoria aprovechó el breve silencio para inspeccionar los huesos que había sacado Arthur.

Comparados con el del paciente que estaban examinando, eran alargados y gráciles. El futuro médico tenía razón: parecían distintos. Incluso al comparar el peso de ambos había algo que no cuadraba, algo que no debía estar allí, pero tampoco Victoria era capaz de discernir qué estaban buscando.

—Entonces ¿hace mucho que os conocéis? El profesor Crowle y tú.

Victoria levantó la mirada hacia él, al imaginar el rumbo que seguiría la conversación.

—Creo que la primera vez que le vi yo tendría unos cinco o seis años, pero no le recuerdo mucho en esa época. —Hizo memoria—. Hasta que cumplí dieciséis creo que no fui muy consciente de quién era ni de su existencia.

—Sí, supongo que así es mucho más sencillo. Lo hace más fácil.

—¿La convivencia? Desde luego. —Se llevó los dedos a la cara, tratando de elaborar mejor su respuesta—. Otras cosas no lo son, pero supongo que con el tiempo acabas adaptándote a la otra

persona. Es raro pasar de vivir con tus padres a hacerlo con alguien que es casi un desconocido.

—¿Por eso te casaste con él? ¿Porque era amigo de tus padres?

Arthur evitó mirarla a la cara mientras se lo preguntaba.

La carcajada de la joven inundó la habitación.

—No es mi marido, Arthur Credge, el profesor Crowle es mi tío, el hermano de mi madre. No estoy casada.

La vergüenza recorrió cada centímetro de su cuerpo. Había dado por sentado que el profesor y Victoria tenían una relación romántica. O, al menos, que estaban unidos en matrimonio. Como todos los alumnos de Lyle Crowle, Arthur sabía que Victoria vivía en su casa, pero nunca se había imaginado que pudiera ser porque los unía un lazo familiar.

Si lo pensaba con frialdad, nunca había visto ninguna muestra de cariño entre ellos, pero eso no era determinante para asegurar que no estuvieran casados. Muchas parejas preferían no mostrar su afecto en público. Sin embargo, si Victoria hubiese sido su mujer, no le habría pedido que hiciese de intermediaria entre ellos ni que se quedase a solas con él.

—Discúlpame.

—No. —Sonrió aún más—. Estaba esperando a ver cuándo lo preguntabas. Has tardado más que la mayoría. Todos lo suelen descartar al conocerme.

—¿Por eso sabes tanto? —concluyó Arthur. No comprendía cómo no lo había visto antes—. ¿El profesor te da clases?

Arthur ya le caía bien, pero en ese momento le apreció mucho más.

—Lyle Crowle ha sido muy amable conmigo durante estos años y le ha importado lo suficiente mi interés por la medicina. Si hubiese sido un hombre habría hecho lo mismo por mí, de modo que le estoy muy agradecida. Me ha permitido acompañarle siempre que he querido y me corrige cuando es necesario. Le debo todo lo que sé.

—¿Y tus padres?

Victoria perdió la sonrisa, pero se recuperó enseguida.

—Mientras no les cueste dinero, les da igual —se sinceró—. Debería haberme casado hace años, pero como no vivo en su casa ni tienen una boca más que alimentar les trae sin cuidado lo que haga. No creo se acuerden siquiera de que existo.

Arthur no supo qué más decir. No sabía si debía consolarla o insultar a sus padres, así que decidió mantenerse callado, y ella lo agradeció.

—Sea como sea, el profesor Crowle está haciendo un gran trabajo contigo.

Otra sonrisa, pero tampoco se atrevió a continuar.

—¿Crees que puede ser culpa tuya? ¿Que no tienes la soltura suficiente para trabajar con restos óseos? Te dedicas a las consultas.

—Estoy más seguro de mi diagnóstico y de mis conocimientos que de los de cualquier otro compañero mío —se defendió, sorprendido por el cambio de rumbo repentino que había tomado la conversación —. Pero quizá se me está escapando algo. No suelo tratar con material en este estado de descomposición. Ninguno de nosotros lo hacemos.

—Mi tío te ha puesto en un gran compromiso —observó.

—Y que lo digas.

Victoria sostuvo el hueso que había identificado como un fémur y lo contempló a contraluz, dejando que la luz brillase sobre las estrías que habían aparecido por el paso del tiempo.

—Tengo una idea —dijo, y se apresuró a añadir—: Sobre el dimorfismo. Sé cómo podemos solucionar el problema de la muestra. Creo que puedo ayudarte.

—¿En serio? —Arthur no estaba muy convencido. ¿Qué podía hacer ella?—. ¿ Qué has pensado?

—Tú dame unos días. Te prometo que merecerá la pena esperar.

19
Silentium

29 de enero de 1857

Las noticias sobre el primer ataque llegaron de manera apresurada, como si todos estuviesen esperando que pasara.

Esa mañana Theodore se despertó temprano, tal y como acostumbraba a hacer, pero Arthur ya no estaba en la habitación. Trató de recordar si en algún momento del día anterior su compañero había manifestado sus intenciones de levantarse antes de lo habitual, pero fue incapaz. Si lo había planeado, se le había olvidado decírselo. Podía contar con los dedos de una sola mano las veces que Arthur se había despertado antes que él en los cinco años que hacía que le conocía. Era una anomalía, pero no tenía por qué significar nada.

«Tal vez no podía dormir y ha decidido bajar antes para continuar trabajando», se dijo a sí mismo contemplando la cama vacía, mientras luchaba por no volver a quedarse dormido. Al principio estaba bastante seguro de que eso es lo que había pasado. Theodore prefería despertarse temprano para poder disfrutar del silencio matutino, pero aquella mañana era todo menos tranquila. Un murmullo desordenado se colaba por las paredes de la habitación, causado por docenas de pisadas aceleradas que iban de

un lado a otro de Teviot Place. Si había tantos residentes despiertos, significaba que era tarde. Muy tarde.

Al mirar la hora, vaciló unos segundos.

Theodore se apresuró a bajar de la cama para mirar el reloj de bolsillo que Arthur había dejado olvidado en su mesa. Marcaba la misma hora.

Las 05.21.

Faltaban veintinueve minutos para que el despertador de Theodore sonara.

El ruido le había desvelado, otra mala señal. No podía ser casualidad que el caos se hubiese apoderado de los pasillos de la residencia el mismo día que Arthur había salido corriendo de la habitación. Se apresuró a vestirse con la ropa del día anterior, que había dejado doblada encima de la silla. Los pantalones seguían húmedos y el algodón del jersey le irritó el cuello, pero dejó el cuarto sin detenerse a cambiarse de nuevo.

Un chico de primero estuvo a punto de derribarle cuando puso un pie en el pasillo, corría como si estuviera escapando del fuego. Theodore sabía que ese no era el caso. Pagaban dinero suficiente cada mes para que en caso de evacuación pasasen por todas las estancias, una tras otra, para asegurarse de que nadie moriría achicharrado. Por no hablar de que estaba convencido de que su mejor amigo habría vuelto para avisarle si estuviera en peligro. Tal vez nadie más lo habría hecho, pero Arthur sí.

El chico, un mocoso pecoso de diecisiete años que se apellidaba Burton, se detuvo, para no llevárselo por delante.

—¡Eh! —le gritó Theodore, y después, molesto, se cruzó de brazos, en el mismo lugar en el que casi acababa de arrollarlo.

—Está en la cocina —dijo el muchacho.

Theodore se miró los pies y se ató los cordones de manera descuidada, sin llegar a hacer un lazo completo.

—Si te das prisa puedes escucharlo tú también —añadió el chico, y se marchó antes de que Theodore pudiese preguntarle de quién estaba hablando.

Bajó al comedor, por el camino se cruzó con un pequeño grupo de estudiantes de último año que debatían con alegría en la entrada del claustro, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Su lenguaje corporal distaba mucho de parecerse al de Burton, que estaba al borde de un ataque de nervios. Theodore fue capaz de oír parte de la conversación, que no le ayudó a comprender qué estaba pasando. Era como si todo el mundo hubiese tenido tiempo para vivir un día entero antes de que él se despertara.

Al final del pasillo, en la entrada de la cocina, Arthur estaba fumando una pipa y un denso humo oscuro, maloliente, le cubría el rostro.

La última vez que Theodore había visto a su amigo fumar estaban en época de exámenes y se había mentido a sí mismo diciendo que eso le ayudaba a relajarse. Ambos odiaban el sabor que el tabaco dejaba en la boca, y también detestaban que su olor lo impregnase todo, aunque ellos no lo consumieran. Era habitual que los pasillos de la universidad apestaran a tabaco proveniente de los despachos de los doctores, pero los alumnos solían controlarse en las zonas comunes. Por lo general, Arthur era también muy crítico con el consumo de sustancias como el alcohol, pero a veces no podía evitar ser tan hipócrita como todo el mundo.

—Estabas aquí.

El humo se disipó por un instante y pudo ver sus ojos inyectados en sangre, una mezcla entre la falta de sueño y la nube pétrea que había provocado él mismo.

—Tengo el sueño ligero.

Era cierto. A veces Theodore oía cómo daba vueltas sobre el colchón durante unas horas, tratando de conciliar el sueño.

—Me he desvelado en algún momento de la noche y no he podido volver a dormir —continuó diciendo—. Cuando pensaba que lo iba a conseguir he comenzado a oír ruido y he salido a ver qué pasaba. Si lo llego a saber, me habría levantado la primera vez que me he despertado.

Theodore siguió la mirada de Arthur hasta una de las mesas del comedor, donde varios estudiantes se agolpaban alrededor de un muchacho rubio que abrazaba una taza humeante que no parecía que hubiera salido de la cocina de la residencia. Wheeler estaba tranquilo, un poco despeinado tal vez, pero sus acompañantes no le permitían que dejase de hablar ni un solo momento.

Como él, llevaba puesta la misma ropa que recordaba haberle visto el día anterior, pero sucia. Aunque de por sí era pálido y ojeroso, el color había abandonado su rostro por completo, salvo por una pequeña costra de barro que se le había quedado adherida a la mejilla izquierda. Si se había dado cuenta de que estaba ahí, no había hecho nada para limpiarla.

Theodore no tuvo necesidad de hablar para que su compañero le leyera el pensamiento.

—Le han atacado. —Arthur volvió a absorber el humo de la pipa, como si quisiera consumir todo el tabaco. Reprimió una arcada al terminar, su expresión de asco era sincera—. Hace como unos

cuarenta minutos, en las escaleras de Teviot Place. La policía aún sigue por aquí, me sorprende que no te hayan despertado, han actuado como si fueran una fuerza militar y estuviésemos en peligro mortal. Creo que querían asegurarse de que no se dejaban ni un solo rincón por registrar.

—No me he enterado de nada, estaba durmiendo —repuso Theodore, preocupado. Mientras hablaba, Wheeler dio un corto sorbo a su bebida. Cada palabra que pronunciaba parecía opio para su público, que seguía animándolo para que no parara—. ¿Qué ha pasado? ¿Han intentado robarle?

Los dedos de Arthur estaban manchados de tabaco hasta las uñas, el tono parduzco que tenían presagiaba que le iba a costar deshacerse de él. Theodore no habría conseguido descifrar cómo se encontraba aunque se lo hubiese dicho él mismo. Parecía cansado pero alerta, dispuesto a saltar en el momento que se lo pidieran. Conocía perfectamente la ligera aversión que sentía Arthur por Wheeler, demasiado bocazas para él, sentimiento que Theodore también compartía de vez en cuando. Wheeler Halpine tenía la fama merecida de exagerarlo todo, incluso con sus amigos. Si Arthur lo tomaba tan en serio como para preocuparse por él, debía de tratarse de algo grave.

—Mejor que te lo cuente él —dijo, sin quitarle la vista de encima.

Tardaron al menos una hora en poder acercarse a él, seguía rodeado de curiosos que querían explotar al máximo su historia. Alphonso estaba entre ellos, no se separaba de su compañero, mucho más hablador que él. El contenido de la taza se había evaporado hacía ya varios minutos, pero Wheeler se negaba a dejarla en la mesa, como si temiera que alguien fuera a

arrebatársela. Cuando se pasó el susto inicial y quedó claro que el agredido no aportaría más detalles sobre el agresor, los chismosos desaparecieron, dejando a Wheeler y a Alphonso solos en la mesa, en silencio.

—Pensaba que no se iban a marchar nunca. —Alphonso agitó la mano al ver a sus amigos, quería que se acercasen. La tensión que se le había acumulado en los hombros se disipó tan rápido como la marabunta desapareció—. Creo que ni siquiera se han molestado en averiguar si Wheeler estaba bien o no. Solo han venido por el morbo.

—¿Deberían preocuparse? —preguntó Theodore, que ocupó el asiento frente a Wheeler.

De cerca tenía mucho mejor aspecto, se le veía menos enfermo, pero muy cansado.

—No sé qué es lo que ha pasado. —Wheeler hizo el amago de sonreír por un instante, pero las comisuras de sus labios volvieron a contraerse en una mueca—. Ayer me quedé tomando unas copas en el centro de la ciudad con los médicos del último turno de la tarde, siempre lo hacemos cuando nos toca, es una costumbre a la que no se puede decir que no.

Theodore lanzó una mirada furtiva a Arthur, que se la devolvió en una ligera muestra de burla.

—Tomé tanto whisky —continuó diciendo Wheeler— que no sé cómo conseguí pagar la cuenta cuando fue mi turno, me dolía muchísimo la cabeza. Solo pensaba en lo tarde que era y en que tenía que ir a clase hoy por la mañana. Me arrepentí en cuanto probé el alcohol, no sé por qué seguí bebiendo. Cuando logré largarme estaba seguro de que iba a amanecer antes de poder tocar

la cama. Llegué sobre las cuatro a la residencia e intenté dormir, pero entre los ronquidos de Alphonso y que la habitación no dejaba de dar vueltas no lo conseguí. Bebí por lo menos un litro de agua y decidí bajar a que me diese el aire. Si el frío no me ayudaba a despejarme se me acababan las opciones. Ya estaba planeando la excusa que iba a poner: fingiría una indigestión para no ir a la facultad.

—¿Te siguió alguien desde la taberna y esperó a que volvieses a salir?

Wheeler reprimió un escalofrío y todo su cuerpo se contrajo en una oleada de dolor.

—No creo que supiese que yo estaba allí, todo pasó muy rápido.

Una, la cocinera, se acercó a Wheeler con paso ligero, sorteando a los pocos curiosos que seguían llegando a esas alturas, le dejó una taza de té con leche y especias y se llevó la bebida reseca que descansaba en la mesa.

—Gracias —dijo Theodore dirigiéndose a Una, y volvió a observar a su amigo, que se calentaba las manos con el té recién preparado —. ¿Qué pasó entonces?

—Como os he dicho, seguía borracho, pero ya llevaba casi media hora dando vueltas alrededor del edificio y por fin era capaz de recordar a la perfección cualquier detalle de mi vida. Me veía con fuerzas de nuevo. Estuve a punto de entrar en la residencia, meterme en la cama y saltarme la primera clase para poder descansar, aunque solo fuese un par de horas, pero algo me detuvo.

Dejó que un silencio se apoderase del grupo, creando un momento de suspense. No iba a desaprovechar ese lapso de protagonismo absoluto de la conversación.

—Oí mucho ruido, algo así como un forcejeo. Creo que llovía, ahora no estoy seguro, pero estoy empapado. No sabía de dónde venía, pero sí que estaba cerca, tanto como para que fuese un problema para mí. De normal habría evitado el conflicto, pero supongo que el alcohol consiguió que mi cabeza funcionara de manera extraña. Vi a dos hombres peleándose, ninguno de los dos gritaba, lo que me acabó de acojonar del todo. ¿Por qué alguien no gritaría en mitad de una pelea? No tenía sentido, era como si dos fantasmas hubiesen llegado a las manos. Decidí largarme, pero no me dio tiempo a salir corriendo. Uno de los hombres se dio cuenta de que los había visto y me lanzó contra el suelo. He tenido suerte de golpearme la cabeza en el único lugar a varias yardas a la redonda que está hasta arriba de futuros médicos. Cuando me he despertado, y no han tenido que pasar más de cinco minutos, el hombre que me ha atacado había desaparecido. Solo estábamos el cadáver y yo.

Esa información pilló a Theodore por sorpresa.

—¿Ha muerto alguien?

—Según el jefe de la policía montada, era un viejo conocido del calabozo, un mendigo llamado Richards o algo así —añadió Arthur, que mordisqueaba la boquilla de la pipa, ahora sin rastro del tabaco.

—Un viejo borracho —confirmó Wheeler—. Ha debido de ser un ajuste de cuentas de dos miserables indigentes, una rencilla que se les ha ido de las manos y uno de ellos ha acabado muerto. Creo que he tenido suerte de no ver más, no sería capaz de reconocerlo ni aunque viniese a pegarme otra paliza. Pero mejor. Quizá habría acabado peor que el otro.

—Entonces ¿no has visto nada? ¿No sabes quién ha sido?

Wheeler se acabó el té mientras le sostenía la mirada a Theodore.

—No tengo ni idea. No le he visto la cara.

El reloj del comedor marcó las seis y media, y Arthur comenzó a impacientarse y a golpear con los dedos la mesa. Alphonso se levantó y acarició la espalda de su compañero de habitación para reconfortarle.

—Es mejor así —confirmó.

—La policía quiere tomarme declaración otra vez —continuó Wheeler, sin dirigirse a nadie en concreto. Tenía la mirada perdida en la nada—. Querían esperar a que todo el alcohol de mi cuerpo hubiese desaparecido, por si cambiaba de opinión sobre algún detalle de lo ocurrido, pero sigo manteniendo la misma versión que al principio. Dudo que lo encuentren, no soy un testigo de mucha utilidad.

Una vocecita en su cabeza le pedía a Theodore que cerrase la boca, pero no fue capaz de resistir el impulso. Aquella voz se parecía cada vez más a la de Hughie Buckman, tanto que costaba ignorarla.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Es difícil distinguir a un mendigo de otro —dijo Wheeler despacio, como si fuese obvio—. Ni aunque me pusieran a todos los sintecho de Escocia delante sería capaz de diferenciar quién ha sido el desequilibrado que me ha dejado tirado en el suelo.

La imagen de un hombre desconocido corriendo hacia Wheeler en mitad de la tormenta fue suficiente para que Theodore se despertara del todo. Comprendía por qué tanta gente había decidido tratar a su amigo como víctima de guerra aquella mañana. No solo Edimburgo era una ciudad tranquila, sino que ese tipo de ataques no ocurrían allí, tan cerca de los hijos de las familias más ricas de todo el Reino

Unido. Los ataques no les sucedían a personas como ellos, a pesar de ser el pan de cada día en los suburbios. Para muchos, aquello era lo más escalofriante que iban a oír en todo el año y exprimirían la historia hasta que no quedase nada más que teorizar. O hasta que pasase el tiempo suficiente para que la emoción se disipase.

—Entiendo.

Arthur se dio cuenta de que quería preguntar algo más, pero permaneció tan callado como su compañero.

El comedor había comenzado a retomar su habitual barullo, al margen del ataque de Wheeler. El olor al café espeso que Una preparaba todas las mañanas se apoderó del ambiente, opacando el aroma del té que todos preferían, y recordándole a Theodore que todavía no había tomado nada aquel día. Los residentes que no se habían despertado con las voces del resto de los habitantes de la residencia comenzaron a llegar y pidieron a sus compañeros que los pusieran al día. Las miradas se posaban en la mesa que compartían con el agredido, pero ya no se acercaban a preguntarle nada. Había pasado el momento.

Alphonso fue el primero en romper el silencio.

—Debo ir a la facultad.

Wheeler pareció ofendido, pero el veterinario le ignoró.

—No puedo perderme el seminario de hoy, si lo hiciera tendría que recuperarlo el año que viene. Reproducción de bonobos —informó, como si eso fuese suficiente para justificar que se marchase corriendo—. Vas a estar bien.

Su compañero de habitación asintió.

—Duerme un poco cuando te deje la policía, no puedes perder más clases, pero tampoco puedes ir así. Creo que esta vez no te va

a hacer falta una excusa para quedarte en la cama.

—Gracias por preocuparte, mamá.

Como siempre, Alphonso no pareció perturbarse lo más mínimo con su ironía.

—No te vayas muy lejos, nos vemos luego, ¿vale? Y dúchate.

Wheeler hizo una imitación perfecta del tono de reproche de su mejor amigo.

—Nosotros tenemos que marcharnos también. —Arthur estaba mucho más hablador que de costumbre, sobre todo con Wheeler—. ¿Te importa que te dejemos solo?

Wheeler se levantó, temblando ligeramente por el frío. Theodore comprobó que su ropa seguía empapada. El estado de conmoción después del ataque, supuso, le habría impedido hacer nada más que avisar a alguien para que le ayudase.

—En absoluto. No os preocupéis, estoy bien. Solo necesito dormir. —Parecía hablar en serio, en tono conciliador.

Theodore se dio cuenta de que tendía a olvidar lo joven que era debido a la seguridad con la que afrontaba todo

—Tendré dolor de cabeza y el cuerpo entumecido los próximos días, pero nada que no pase con calmantes e infusiones que cualquiera de mis compañeros me facilitará sin ponerme pegas. Me vendrá bien estar un tiempo a solas para poder ponerme al día, incluso.

—Si se enteran de algo más del desgraciado que ha hecho esto, avísanos —dijo Theodore.

Wheeler le chocó la mano, en señal de gratitud.

—Estaremos aquí mucho antes de que despiertes de la siesta —continuó diciendo.

—No lo dudo.

20
Venēnum

29 de enero de 1857

—El fundamento de todo buen antídoto es saber qué cantidad de veneno puede consumirse y evitar la muerte. ¿Cuántos de ustedes tomarían acónito por voluntad propia? Menos de los que conseguirán mantener su atención fija en mí durante toda la clase, eso desde luego. Pero puede ser la única oportunidad que tengan de sobrevivir a otro tipo de sustancias que desconozcan. Mi trabajo es intentar convencerlos de que no van a perder la vida por pegarle un pequeño mordisco a una *Amanita muscaria* que encuentren por el bosque.

Lewis Morrow impartía varios seminarios de botánica a lo largo de los seis años que duraba la carrera de Medicina, y Arthur había arrastrado a Theodore a todos y cada uno de ellos. Ambos sentían una profunda fascinación por la farmacología antigua y los cuentos de boticarios y alquimistas, algo que jamás habría logrado que Theodore Thorebourne confesase en voz alta, aunque le habría encantado sonsacárselo.

Por su aspecto, el profesor Morrow podría tener al menos ciento veinte años y todos juraban que se esforzaba en aparentar que era uno de los druidas que tanto le gustaba mencionar. El pelo canoso le llegaba hasta la cintura y la barba, sin retocar desde hacía meses, se

movía con cada una de las palabras que pronunciaba y cubría parte de su vientre como una cortina vieja. Aun así, vestía prendas que a primera vista parecían caras, hechas a medida. Arthur creía que tenía un claro conflicto entre quién quería ser y lo que le habían impuesto ser.

Pensaba que si un profesor como Hughie Buckman hubiese impartido aquella lección nadie se lo habría tomado tan en serio. Su éxito se debía en parte al personaje.

Sus clases se impartían en un aula estándar, de las que no estaban preparadas para lecciones prácticas. Era una habitación pequeña con paredes de ladrillo y yeso, y ventanas también pequeñas, demasiado altas para que alguien pudiese abrirlas sin la ayuda de una escalera o una mesa. Los pupitres blancos, dispuestos sin orden por la sala, podían albergar solo a una decena de personas, que tenían que apuntarse con anterioridad para reservar su plaza. La mesa principal, utilizada rara vez por el doctor, que prefería recorrer el aula con libertad para asegurarse de que todos le oían claramente, era de madera, como las de los despachos de sus compañeros.

La voz de Lewis Morrow sonaba pausada, solemne, perfecta para recitar fragmentos de obras en griego antiguo.

—No lo comprendo. —Sin necesidad de girarse supo Arthur que el que había hablado era Joshua Bonnet, famoso por no entender cosas—. ¿Puedo comerme cualquier cosa aunque no sepa qué es?

Theodore se tensó a su derecha, sentado en su asiento sin apartar la vista de la pizarra. Si no hubiesen estado en mitad de clase, sabía a la perfección qué le habría respondido.

—Señor Bonnet, agradecería que me escuchase antes de hacer suposiciones estúpidas. —Otra de las cualidades de Morrow era que no entendía el concepto de dirigirse con delicadeza a los alumnos, que en su humilde opinión eran adultos lo suficientemente maduros para recibir críticas. En eso estaban de acuerdo los tres—. Si usted decide hacerse un té de adelfa, no dude que seré el primero en reírme de su poco aprecio por la vida. Hablamos de probar, morder, saborear, de conocer dosis, no de envenenarnos a nosotros mismos. El veneno no mata por sí solo, lo hace la cantidad que usted decida consumir. Con el cuidado suficiente… incluso los venenos más poderosos pueden convertirse en antídotos. Pero dudo que usted sea capaz de entender la diferencia si pregunta esas bobadas.

Lewis Morrow se paseó por el aula en silencio observando los rostros de cada uno de sus alumnos, analizando una a una sus reacciones. Nadie se atrevió a rebatirle lo que decía, ni el propio Joshua.

—¿Alguien puede darme algún ejemplo de lo que acabo de decir? ¿Un veneno que también pueda ser medicina? —Sin esperar a que nadie respondiera, posó su mano firme sobre el hombro de Arthur—. ¿Señor Credge?

Arthur se incorporó y adoptó una actitud serena que no tenía segundos antes, cuando escuchaba a su compañero. Theodore, a su lado, hizo lo mismo.

—Siempre que se administre de forma correcta, se puede usar la dedalera para el tratamiento de enfermedades.

—¿Enfermedades que afecten a qué órgano? —prosiguió el profesor, saboreando el momento.

—Al corazón, doctor.

Lewis Morrow disfrutaba al escuchar a su mejor alumno hablar, no lo ocultaba en ningún momento. Theodore había bromeado alguna vez con que si le hubiese sido posible habría expulsado a todos los demás de sus seminarios y solo habría dado clase a Arthur.

—Excelente. Como de costumbre, perfecto, señor Credge. —Satisfecho, se volvió para observar a Joshua Bonnet, que no parecía darse cuenta de que su enfado iba dirigido únicamente a él—. Debería estudiar más antes de hacer preguntas, nos ahorraría mucho tiempo a todos.

El profesor Morrow retomó su discurso sobre venenos, y Arthur se acercó más a Theodore, recuperó la actitud taciturna que tenía antes y bajó la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible para los demás.

—¿Qué opinas de la historia de Wheeler?

En ese momento Lewis Morrow estaba recitando un monólogo sobre el *Tylopilus felleus*, un hongo conocido también como «chupasangres».

—¿De verdad crees que ha estado en algún momento en peligro real? ¿Piensas que está exagerando?

—Lo dudo. —Theodore lo imitó—. Ese hombre acabó con la vida de alguien a escasos metros de donde estaba. No digo que haya sido un simple susto, pero a las pruebas me remito. Si hubiese querido matarle, lo habría hecho.

Arthur se pasó el dedo pulgar por el cuello imitando un corte de lado a lado.

—Entonces no es que haya tenido un golpe de suerte, cualquiera se habría librado de haber estado en su lugar.

—Tal vez no —masculló Theodore—. Tal vez la suerte es que estaba borracho y sin ganas de pelear. Si el atacante hubiese pensado que era un peligro para él, lo más probable es que hubiese intentado callarle del todo. Ya le has oído, no se acuerda de su cara.

Pasaron unos segundos antes de que Theodore retomase la conversación.

—¿Y si creía que le había matado con el golpe y por eso no se quedó a comprobar si había terminado su trabajo? O puede que le golpease contra el suelo esperando que eso fuese suficiente para dejarle fuera de combate.

—¿Para que no le reconociese? —Arthur comenzó a comprender adónde quería llegar su amigo—. No crees que haya sido una simple pelea entre mendigos, ¿verdad?

Aquella molesta voz que se parecía a la de Hughie Buckman regresó para apoderarse de sus pensamientos, y le mandó cerrar la boca de nuevo.

—En realidad, no tengo razones para pensar lo contrario.

Por segunda vez en pocos días, Theodore estaba seguro de que Arthur sabía que le estaba mintiendo.

21
Passio

30 de enero de 1857

Wheeler sintió sus manos sobre el cuello antes de poder verle la cara.

Las luces estaban apagadas y su ropa seguía húmeda tras caminar bajo el temporal, notaba a la perfección cómo se pegaba a cada músculo de su piel, como si fuese una parte más de ella. Era curioso cómo funcionaban los demás sentidos cuando uno fallaba. Todo se magnificaba, se amplificaba. Wheeler creía que sería capaz de pillar una mosca en pleno vuelo incluso en la oscuridad. Estaba atento a cualquier movimiento, todo estaba a su merced.

El ambiente lo sintió cargado incluso antes de que él llegase, señal inequívoca de que todo iba bien. Había alguien más allí, no necesitaba luz para saberlo. No había estado solo en ningún momento.

Comenzó a sentir una presión en los oídos en forma de pitido agudo. En ese momento no podía ni oír ni ver, pero el cuerpo tibio de otra persona estaba tan presente como si fuese pleno día. Si se quedaba quieto el tiempo suficiente seguro que oiría cada uno de los latidos y podría seguir el compás del corazón de la sombra sin rostro.

Si hubiese querido, podrían haber acabado el uno con el otro con facilidad.

Alargó los brazos con un rápido movimiento y atrapó a quien se escondía entre las sombras. Wheeler no podía ver absolutamente nada, pero habría sido capaz de reconocer el tacto de sus manos.

Se aferró a su muñeca con fuerza y la acercó hacia él, sin pensarlo ni un instante.

Sabía que no había nadie más allí, solo podía ser ella. Eran alrededor de las seis de la tarde, hora que los médicos aprovechaban para cenar y las enfermeras tomaban el control del hospital. El ambiente era mucho más calmado a aquella hora, había una tranquilidad casi monacal, donde solo se oían los distantes quejidos de los enfermos que pasaban allí la noche. Además, Davinia no era tonta. Sabía con exactitud cuándo tenía que ir a buscarle.

Lo único que podía oír en ese momento era la respiración de la muchacha sobre el cuello de su camisa, mientras deslizaba sus labios entre los botones, que se había dado prisa en desabrochar. Estaban tan cerca el uno del otro que habría podido agarrarle del pelo, pero decidió deleitarse imaginando qué estaba haciendo. Los ojos de Wheeler se habían acostumbrado levemente a la penumbra, pero seguía sin poder ver más allá de un palmo de distancia, aunque no era suficiente. El cabello oscuro de Davinia, antes recogido, caía de manera desordenada por su espalda, envolviéndola con un tenue olor a lavanda. La cofia, que mantenía con cuidado sobre su cabeza durante sus turnos de trabajo, estaba en el suelo. Wheeler sintió que la urgencia se apoderaba de su cuerpo. La apartó con más cuidado del que se creía capaz y se sentó sobre la cajonera de madera, esperando a que se acercara.

Davinia se quitó las lazadas del largo vestido, que para Wheeler no era más que una mole oscura que le estorbaba, y lo dejó en el suelo. Luego se sentó a horcajadas sobre su regazo.

Los dedos de la enfermera se clavaron en los muslos de su pareja, tratando de quitarle los pantalones.

—Te he echado de menos. —Wheeler le bajó una media mientras susurraba en su oído—. Han sido unos días muy largos, en toda la semana no he dejado de pensar en ti.

En ese momento, como si sus palabras la hubiesen devuelto a la realidad, Davinia dejó de intentar quitarle la ropa y pegó su cuerpo al de Wheeler. Podía sentir cómo su pecho subía y bajaba de manera entrecortada. Estaba nerviosa.

—Eres un auténtico idiota, Wheeler. —Aunque intentaba aparentar que estaba cabreada, no lo lograba. No era enfado lo que transmitía, era miedo—. ¿Crees que es normal que me entere de que has estado a punto de morir por mis compañeras y no por ti? He pasado el peor momento de mi vida, fingiendo que me daba exactamente igual lo que te hubiese pasado. A veces me sorprende lo insensible que puedes llegar a ser. No he tenido más remedio que callarme y tragarme lo que estaba pensando. Con una carta habría sido suficiente, habría ido a buscarte yo misma para asegurarme de que estabas bien.

A pesar de sus palabras, siguió aferrada a sus hombros, aterrada por el hecho de que pudiese desaparecer de un momento a otro.

—Así que ¿han estado hablando de mí las enfermeras? —Wheeler no pudo evitar regodearse.

Ahora sí que estaba enfadada.

—Olvídate de mí, Wheeler Halpine. Largo. No me apetece aguantar estupideces ahora mismo. La próxima vez llama a otra persona para que te entretenga —le ordenó, al tiempo que recogía del suelo la ropa de trabajo.

Él la detuvo antes de que pudiera irse. El calor de sus cuerpos entrelazados había desaparecido y la habitación parecía inmensa de golpe, como si las paredes hubiesen retrocedido varios metros sin que ninguno de los dos se hubiese dado cuenta.

—Eh, vuelve. —Como había hecho tantas veces, la obligó a sentarse sobre sus piernas. Ella no intentó oponer ningún tipo de resistencia—. He sido un completo imbécil —admitió—. Tienes razón, debería haberte avisado mucho antes. No pensaba que alguien pudiese adelantarse. Las noticias vuelan por aquí, por lo que veo.

—La gente le cuenta todo al personal sanitario, no puede evitarlo. Hablan y nosotros escuchamos. Era evidente que acabaría por enterarme.

Wheeler había contado con eso. Había decidido esperar a que los rumores llegasen al Royal Infirmary, donde médicos, enfermeras, parteras, estudiantes se relacionaban. No quería tener que contar la historia una vez más, no a Davinia. Era muy distinto hacerlo con sus compañeros o la policía, personas que no le importaban lo más mínimo, pero con ella era distinto.

Le había mentido a la cara, pero lo había hecho por una buena razón, se justificaba.

—¿Saben quién ha podido ser?

Davinia le pasó los dedos por el cabello, peinándolo con delicadeza. Su comportamiento era confuso, pasaba del enfado al

cariño tan rápido que Wheeler no era capaz de seguirle el ritmo. Esperó, cauteloso, antes de continuar.

—Creo que la policía sigue en el mismo punto que la última vez que hablé con ella. —Apartó el pelo de su cuello y pasó la lengua con cuidado por él—. No te preocupes, no volverá. Dudo que quiera enfrentarse a mí de nuevo. Le di su merecido.

Otra mentira.

Davinia chasqueó la lengua, irritada.

—Es algo serio. De verdad que deberíamos tener cuidado a partir de ahora.

—Nadie se lo toma tan en serio como yo, te lo prometo. —Con fastidio, tomó el rostro de la muchacha entre sus manos—. Mira, no tiene ningún sentido preocuparse por alguien que lo más probable es que ni me haya visto la cara antes de golpearme. No volverá a por mí, no sabe quién soy. Estoy a salvo.

—Ha matado a un hombre.

—No. Ha matado a un mendigo, alguien con tan poco honor que no ha sabido ni buscarse una vida para sí mismo. —La conversación tomaba un ritmo que Wheeler prefería eludir—. Era inevitable que su vida acabara de esa manera. Yo no soy como él, tengo un futuro.

—Sigue siendo un asesino, Wheeler.

El joven titubeó durante lo que pareció una eternidad.

Entre todos los rostros de todas las enfermeras que iban y venían de las habitaciones del hospital, se había fijado en el suyo la primera vez que había puesto un pie en el Royal Infirmary. Llevaban meses viéndose a escondidas entre sus turnos, aprovechando los rincones vacíos y las noches tranquilas. Davinia era preciosa y muy capaz de sacarle de sus casillas sin esfuerzo alguno. También era la persona

más serena que conocía, por lo que su repentina desesperación consiguió perturbar los pensamientos de Wheeler.

Aún tenía el cuerpo entumecido y las sienes doloridas, un recuerdo perenne de que lo que había sucedido era real y que había estado más cerca de la muerte de lo que se habría imaginado jamás. Nadie está tan preparado para morir como cree que lo está y él, desde luego, lo estaba menos que nadie.

Era cierto que no creía que el ataque hubiese sido algo personal. Dudaba incluso de que el malnacido le hubiese visto bien antes de dejarle tirado en el suelo, pero no podía evitar dar vueltas a lo que había sucedido tras el golpe. ¿Recordaba su cara? ¿Se había quedado para averiguar quién era antes de marcharse, para poder volver y vengarse? ¿Tenía miedo de que lo delatase? No había mentido, no tenía ni idea de quién había podido ser su atacante, pero eso no lo tranquilizaba, más bien le producía la reacción contraria, por mucho que a todos les hubiese contado una versión distinta.

Aunque seguían a oscuras podía leer en la expresión de Davinia.

—Estás preocupada por mí.

La empujó y se incorporó.

—Estás preocupada por mí —repitió, sin poder contener una sonrisa.

—Por supuesto que lo estoy —proclamó ella, con el mismo tono de voz con que respondía a todo lo que Wheeler insinuaba—. ¿Acaso debería fingir lo contrario? No me da ningún reparo admitirlo. Me importas.

Aquella era con mucha probabilidad la conversación más sincera que habían mantenido en todo el tiempo que llevaban juntos. Sus

encuentros habían sido casi de forma exclusiva físicos. A ninguno de los dos les interesaba que se convirtiesen en nada más, ambos estaban de acuerdo. Davinia tenía veintiséis años, una carrera, planes para el futuro, y no le apetecía andar aguantando las chiquilladas de un médico de apenas veinte. Aun así, parecía que quien tenía más dificultades para confesar lo que se le pasaba por la cabeza era Wheeler, el que menos tenía que perder.

El futuro médico buscó sus labios otra vez en la oscuridad, disfrutaba del momento, de la suavidad de sus besos.

—Te prometo que la próxima vez que esté al borde de la muerte serás la primera en saberlo. Incluso antes que la policía.

Ella apartó las manos, pero las volvió a colocar sobre el pecho desnudo de Wheeler casi al instante.

—Más te vale —dijo.

—Si no me equivoco, aún te quedan al menos diez minutos de descanso, ¿no es así?

Se apresuró a acabar el trabajo que había comenzado ella y se desabrochó la camisa hasta dejarla en algún rincón de la infinita oscuridad.

Davinia se rio mientras volvía a besarle, aferrada a su cuello, obligándole a recostarse sobre el mueble para desnudarle por completo.

22
Humani nihil a me alienum puto

3 de febrero de 1857

Victoria apiló varias muestras de diáfisis rotas encima de la mesa, para compararlas con los restos que tenía delante.

Aquello era el fruto del trabajo que estaba realizando desde hacía varias semanas, rebuscando entre los individuos de Lyle Crowle. Si algo faltaba en las aulas de Medicina (como Arthur se había encargado de recordarle en varias ocasiones) eran huesos con los que poder hacer un análisis comparativo.

Los médicos, en su mayoría, poseían un pequeño inventario que utilizaban cuando querían confirmar sus hipótesis sobre lo que estaban viendo, pero no era más que un número reducido de muestras. No había variedad ni variabilidad, todo se comparaba con un mismo individuo. También se relegaba gran parte del peso de la investigación a los atlas y manuales. Aunque poseían representaciones bastante fieles a la realidad, nunca habrían sido suficientes para un caso como el que tenían delante.

Arthur había apuntado que aquello no era normal. Los valores y la forma de las piezas óseas distaban mucho de lo que podían encontrar en cualquiera de los recursos que tenían en su poder. Por eso Victoria había propuesto darle un nuevo enfoque.

—Creo que con esto tendremos suficiente para los próximos días. —Orgullosa, sacó los fragmentos de hueso plano que tenía en una bolsa y los colocó cerca del resto.

—¿Días? Podríamos estar aquí meses y no acabar nunca. —Arthur estaba contento, muy contento. Agarró una de las epífisis y la acercó al individuo de estudio—. ¿De dónde has sacado todo esto?

Victoria le devolvió la sonrisa.

—Tener contactos ayuda mucho en este tipo de cosas. El profesor me deja estudiar los desechos que no va a utilizar. Si no fuese por mí, estarían metidos de nuevo en una zanja. Al menos yo les doy una utilidad.

Conseguir cuerpos de recién fallecidos era mucho más complejo que conseguir huesos de los cementerios o de las colecciones antropológicas, pero muy pocos médicos admitían la importancia de conocer al completo el esqueleto humano.

—Es increíble.

—Ya me lo agradecerás cuando lleguemos a una conclusión real.

Arthur esperó a que ella continuase hablando, pero no lo hizo. Se le pasaron muchas cosas por la cabeza, todas y cada una de ellas opacadas por la visión de tener aquel material disponible para trabajar con él.

Las posibilidades eran interminables y se sintió agradecido de no saber por dónde comenzar.

—A primera vista te vuelvo a confirmar mi hipótesis anterior: nada de esto presenta una variabilidad normal, pero siempre hay dimorfismo entre poblaciones.

Victoria había llegado a la misma conclusión las dos veces que Arthur había lanzado su diagnóstico y en ambas había creído que

tenían que estar equivocados. Todas y cada una de las estructuras que habían inspeccionado eran únicas, patológicas. Todos y cada uno de los huesos mostraban signos que no deberían haber estado ahí.

—Sigo enfrascado en el problema del cráneo. —Con cuidado, Arthur levantó los fragmentos que habían amarrado con gasas y pegamento—. El resto de los huesos presentan diferencias, pero ninguna tan notable como esta. —Volvió a fijarse en la curvatura anómala con la que había llegado a obsesionarse—. Si ese individuo estaba enfermo, no da la impresión de que eso le impidiera hacer nada.

—Parecía una persona fuerte. —Victoria estaba de acuerdo.

—No tiene ningún sentido.

—Si de verdad sufría una dolencia tan grave como la que piensas, no habría sido capaz de sostenerse de forma tan rígida. Sus restos son los de una persona con movilidad y musculatura de atleta. —Victoria musitaba cada palabra, sin dejar de darle vueltas a la cuestión—. Se nos está escapando algo.

—Nunca he estado tan de acuerdo con nadie.

Victoria se acercó al puzle que por el momento eran todos los fragmentos del cráneo, y Arthur se lo dio al mismo tiempo que Lyle Crowle irrumpía en la habitación acompañado de un hombre de cabello canoso.

—¿Es estrictamente necesario? —preguntaba el profesor mientras abría la puerta.

—Si quiere que siga invitándole a jugar a las cartas, sí —dijo su interlocutor, con una voz que dejaba claro que era un fanático de los puros.

—Queridos. —El doctor Crowle lanzó una mirada alarmada hacia la mesa donde Victoria continuaba agarrando el cráneo, y Arthur vigilaba cada uno de sus movimientos—. No sabía que hoy estarían aquí.

Victoria reconoció de inmediato al hombre que había ido a buscar al profesor semanas antes a su despacho, el mismo al que le había faltado escupirle al encontrarla allí.

Su tío era un hombre noble, inteligente, una eminencia en su campo, la persona con más curiosidad que había conocido en su vida, pero no elegía bien a sus compañías. Ni en un millón de años llegaría a imaginarse qué podían tener en común, más allá de su trabajo, un hombre como Lyle Crowle y un individuo tan irrespetuoso y miserable como aquel. No lograba entenderlo.

—Vaya, vaya. —El hombre se acercó a ellos, y Victoria dejó el cráneo sobre la mesa y se alejó de allí. En otra ocasión tal vez habría dicho algo, pero en ese momento no pudo—. ¿En qué está trabajando ahora, mi querido amigo? Nada más y nada menos que con el joven Credge, sin ir más lejos. Debe de ser algo importante.

Lejos de sentirse adulado, Arthur tomó el lugar que había ocupado antes Victoria para vigilar los restos.

—No es nada, Byron. —El profesor trató de alejarle de allí, en vano—. Le estoy haciendo un favor a un viejo colega. Volvamos a mi despacho, los muchachos tienen que seguir trabajando.

—Déjeme ver qué tiene por aquí, sus proyectos siempre son de gran interés…

El tono de su voz fue menguando hasta casi desaparecer. Con un rápido vistazo, comparó el montón de huesos largos que Victoria había apilado tan solo unos minutos antes con el cuerpo

desmembrado que yacía delante de Arthur. Estiró la mano para agarrar uno de los fragmentos, pero algo le detuvo a mitad del camino.

Alford Byron pasó de la curiosidad al escepticismo en pocos segundos.

—¿Ha perdido usted una pelea, Crowle? Debe de ser algún tipo de broma.

—Los menesteres que me traigo entre manos con mis antiguos compañeros no son de su incumbencia, sabrá más cuando los demás lo sepamos.

—Es grotesco.

Arthur y Victoria cruzaron miradas durante un breve instante, pero fue suficiente para que ambos se apartaran de allí.

—Conoce usted a la perfección mi gusto por los casos complicados. No debería sorprenderle. —Crowle era conciliador pero asertivo. Victoria sabía que su tío estaba lejos de estar tranquilo—. Cuénteme lo de la partida de cartas fuera de aquí, me interesa conocer…

—No le tenía por necio, Crowle.

Algo se rompió en aquel momento.

—¿Disculpe?

—Le tomaba por un hombre de ciencia al que no le gusta perder el tiempo. —Alford Byron no estaba dispuesto a moverse de allí—. Me ha decepcionado.

—Como ya le he dicho, nada de esto le incumbe a usted. Es algo entre un viejo amigo y yo. No le he pedido su opinión.

—Sea lo que sea no es más que alguien con serios problemas. Están perdiendo el tiempo.

—Byron, debe marcharse.

—¿No se ha dado cuenta de que han intentado estafarle? —Había perdido los papeles, como si Lyle Crowle le hubiese pedido que participase en su proyecto—. Alguien se ha aprovechado de su trabajo y de su buena fe para sacar algo. No sé qué es, pero deben dejar esto antes de que afecte a su reputación.

Arthur había oído hablar de lo que sentían los católicos cuando la verdad se revelaba ante ellos. La llamada divina no se puede frenar ni se puede explicar, solo sucede. Eso era lo que debía de experimentar el doctor Byron, que en aquel instante parecía que estuviera comprendiendo algo que nadie más podía ver. Su rostro pasó del blanco más pálido al carmesí en apenas varios segundos. Su respiración se detuvo al mismo tiempo que comenzó a dar bocanadas de aire.

Si aquello era una revelación divina, Arthur se alegró de no tener que experimentarla.

—¿De dónde ha venido el cuerpo, Crowle? —Su mirada se posó en todos los rincones de la habitación, pero evitó dirigirse a la mesa donde descansaban clasificados los restos del muerto desconocido.

—Byron… —comenzó el doctor, pero no pudo continuar.

—Prusia, ¿verdad?

Victoria, que seguía sentada detrás de él, se sobresaltó al oírlo. El profesor Byron juntó cada pedazo de información que tenía en su cabeza e hizo una nueva conexión.

—¿Está loco? —preguntó.

Arthur se sentía lejos de la conversación, que había alcanzado un punto álgido y que nadie más aparte de ellos dos sería capaz de seguir.

—Usted mismo lo ha dicho. —Lyle Crowle esbozó una sonrisa burlona—. Soy un hombre de ciencia y busco reinventarme, si estuviera en mi lugar no habría sido capaz de decir que no.

—No tiene ni idea de lo que está insinuando.

Pero Lyle Crowle creía tenerla.

—Me apuesto todo lo que quiera a que esta discusión iría por un lado muy distinto si en lugar de habérmelo ofrecido a mí estuviéramos en su despacho.

—No me venga con tonterías. Comprende a la perfección por qué le estoy diciendo esto.

—Y tú sabes que deberíamos mantener esta conversación en otro lugar. —Hablaba con calma, como un profesor se dirige a un alumno problemático que no digiere bien las críticas—. Este no es el momento. Salgamos de aquí.

—No soy el único que querrá explicaciones cuando todo esto salga a la luz, Lyle. —Byron estaba nervioso, hasta tal punto que comenzó a tutearle delante de ellos, como había hecho Crowle—. Te vas a meter en problemas y nos vas a arrastrar a todos contigo. La universidad, el hospital… ¡Te lo llevarás todo por delante!

—Me parece que ahora exageras, amigo. No es, ni mucho menos, lo que piensas.

—Al contrario. El que está equivocado eres tú. —El sombrero de Crowle había perdido la forma entre sus manos. Se aferraba a él con fuerza—. Me darás la razón. Tarde o temprano, me la darás.

Lyle Crowle abrió la puerta y le invitó a abandonar la habitación.

—Discutamos esto fuera de aquí, por favor. —Estaba lejos de ser una petición calmada.

—Vamos. —Estudió a fondo por última vez la expresión de Arthur y luego la de Victoria, buscando un pretexto para seguir la conversación, pero no lo encontró—. Estás loco si piensas que voy a permitir que te suicides sin intentar antes que cambies de idea.

—Ya veremos. —Crowle apoyó la mano en la espalda de su colega, alentándole—. Cerrad cuando os marchéis, por favor, no quiero que entre nadie.

El estruendo de la puerta contra el marco de madera fue lo único que se oyó durante los segundos siguientes. El silencio acabó por apoderarse de todo. Los pasos de los dos médicos resonaron por el pasillo al alejarse, pero no el sonido de sus palabras. Aquella discusión solo parecía tener sentido en la burbuja del laboratorio, nada de lo que ambos dijesen fuera de allí iba a cambiar lo que ya estaba hecho.

—¿A qué demonios ha venido todo eso?

Arthur percibió cómo la tensión del ambiente se disipaba en el momento en el que ambos profesores pusieron los pies fuera del laboratorio.

Victoria tardó en responder, contemplaba los restos humanos delante del futuro médico, que se balanceaba sobre ellos mientras hablaba.

—No tengo la más mínima idea —dijo, y era sincera.

23
In occulto

30 de enero de 1857

Theodore se encontró en una situación en la que no estaba seguro de cómo había llegado.

Si quedaba alguna norma que le faltase romper esa tarde era porque el universo se lo había impedido. Que le pillaran allí ya habría sido razón suficiente para expulsarle y no volver a dejar que se acercase a varios metros del hospital. No solo eso, sino que tendría que olvidarse también de recibir formación como médico en cualquier lugar del país. La Universidad de Edimburgo tenía muchas ventajas, pero casi el mismo número de inconvenientes. Era una institución tan influyente que habría acabado con la buena reputación de Theodore en toda Escocia y quizá en el resto del Reino Unido. Incluso antes de haber tenido tiempo de labrársela.

El cuerpo que tenía delante se había descompuesto mucho antes de lo que debería en una situación normal. La piel, cuarteada como si se tratara de cuero viejo, amarilleaba en todo su perímetro y dejaba a la vista las muchas imperfecciones del desconocido. En muchas ocasiones, las enfermedades por ingesta de alcohol o mala alimentación no eran evidentes hasta que se abría el cuerpo. En

otras, como en el caso que tenía delante, solo era necesario ser un buen observador y fijarse en algunos detalles.

Aunque no habían pasado más de veinticuatro horas desde que el vagabundo había sido asesinado en la pelea callejera, su cuerpo presentaba un estado que invitaba a pensar otra cosa.

La calle estaba tranquila y solo sus pasos resonaban en los pasillos de la morgue. Sabía cuándo debía entrar para pasar desapercibido y encontrarse con el menor número de residentes posible. Aun así, Theodore estaba seguro de que podía haberlo hecho mucho mejor, que podría haberse asegurado de que estaba solo, pero no había tenido tiempo de pensar nada fríamente. La voz en su cabeza, que no le había dejado en paz en las últimas semanas, se había apoderado de sus piernas y le había hecho cometer aquella estupidez sin pararse a reflexionar sobre cuáles serían las consecuencias. Sabía que, si no confirmaba sus sospechas aquel día, se le haría tarde y acabaría arrepintiéndose.

Su maestro prefería hacer las autopsias de madrugada, cuando solo se oían los quejidos de los enfermos y nadie más quería trabajar, de modo que tenía aún unas horas por delante hasta que llegase. Se había alegrado al comprobar que el cuerpo seguía allí, intacto, tal como Wheeler se lo había encontrado el día anterior tras el golpe que le había hecho perder el conocimiento. Sin embargo, la alegría le duró poco.

Una parte de él había esperado que el desconocido ya estuviese en el osario, bien enterrado para que no pudiese levantar sospechas que inculparan a nadie, para que se hubiese llevado las respuestas a la tumba. Ese habría sido el mejor escenario: Theodore no podría haberlo encontrado y se habría largado por donde había llegado, sin

hacer un solo ruido y sin que nadie se preguntase qué hacía allí él solo. Jamás habría tenido respuesta y puede que su conciencia nunca volviese a estar tranquila, pero podría haber sepultado sus ideas bajo tierra. Sin embargo, no fue así.

No le hizo falta forzar la puerta del despacho del profesor Buckman, pero se sintió como si lo hubiese hecho. Allí, encima de la mesa de disección sobre la que tanto había trabajado, estaba el siguiente paciente del doctor, a la espera de que este llegase para atenderle. El tono amarillento de su piel y los bálsamos en los que ya había sido bañado para su conservación le daban un aspecto de maniquí, como si se tratase de un autómata que aguardaba a que le diesen cuerda para salir de allí.

—Pero ¿qué estoy buscando? —se preguntó a sí mismo mientras retiraba una sábana que apenas cubría las extremidades inferiores de la víctima.

En realidad, lo sabía.

Además de las marcas que evidenciaban la descomposición temprana, no había nada que indicase ningún comportamiento sospechoso. La cara del vagabundo se había contraído para siempre en un gemido de dolor, ocasionado por el tiempo que se había encontrado boca abajo contra los duros adoquines de la calle. Tenía la cara amoratada y el labio partido, pero la muerte no había sido tan violenta como se había imaginado.

Había un millar de motivos por los cuales un cuerpo podía estar en tan malas condiciones solo unas horas después de haber fallecido, pero esa no era la razón que lo había llevado allí. Sin protección alguna que le cubriera las manos, dio la vuelta al desconocido, dejando su espalda visible. Tenía un corte profundo que le había

perforado el riñón derecho, la clara causa de la muerte. Theodore volvió a pensar en la suerte que había tenido Wheeler: su atacante portaba un arma y estaba claro que no lo había pensado dos veces antes de utilizarla.

Aún no habían limpiado la piel más superficial de la zona por donde penetró la hoja, y una pasta oscura (una mezcla entre sangre, barro y suciedad) cubría casi la totalidad del flanco derecho de la víctima. No podía manipular mucho más el cuerpo, pero estaba seguro de que no encontraría lo que buscaba.

Allí no había ninguna marca.

Si quien había estado robando cadáveres y manipulándolos en las narices de la Universidad de Edimburgo había pasado por la morgue, había hecho caso omiso de aquel cuerpo. Tal vez fuese una corazonada o quizá se tratase de su complejo de salvador, pero cuando escuchó la historia de Wheeler todo pareció encajar en la mente de Theodore sin mucha dificultad.

¿Qué mejor manera de conseguir material de trabajo que siguiendo con los asesinatos y robando los cuerpos? El ataque había causado el suficiente revuelo para que media ciudad estuviese al tanto de lo ocurrido. No solo había habido una pelea y un fallecido, también habían atacado al hijo de una de las familias más acaudaladas de Edimburgo, en un barrio que la gente frecuentaba sin temor alguno. Si había alguien siguiendo las noticias en busca de cadáveres, aquel le habría resultado conveniente, sin lugar a dudas.

No solo sabría dónde encontrar un cuerpo que pudiese examinarse con facilidad, sino que también era seguro que nadie lo reclamaría para darle digna sepultura cristiana. Cuando alguien acaba en la calle, su familia reniega de él, de lo que han compartido

en el pasado. Nadie se habría acercado al hospital para preguntar por él, menos aún si había perdido la vida en una trifulca entre borrachos. Desamparado y dado a la bebida, aquel pobre diablo lo tenía todo para ser olvidado incluso al final de sus días.

Sin embargo, allí solo estaba el cuerpo de un hombre que había pasado sus últimos minutos de vida en la más absoluta miseria. Nadie aparte de él se había molestado en intentar llegar hasta allí. O, al menos, él era el único que lo había conseguido.

Theodore contempló la habitación en silencio, preguntándose si su obsesión había llegado demasiado lejos.

¿Había dejado que su imaginación tomase las riendas de su vida? ¿Se había permitido romper la única regla que acabaría con el camino que tanto le había costado alcanzar, solo por comprobar que no estaba equivocado? ¿Se había vuelto loco?

Cerró la puerta tras de sí lo más rápido que pudo, sin comprobar que todo estuviera en orden. Una vez que saliera de allí sería complicado que alguien le pudiese relacionar con cualquier detalle fuera de lo común en el despacho. No solo eso, sino que se había esforzado en tocar solo el cuerpo, lo único en lo que el doctor Buckman no se habría fijado, ni siquiera cuando lo llevaron desde Teviot Place.

Dispuesto a abandonar el hospital, Theodore atravesó el pasillo que conectaba con la salida, pero algo le hizo detenerse en seco.

Uno de los cuerpos que estaban en el depósito, colocado en una fila a la espera de que Hughie Buckman llegase para hacerle una autopsia no prioritaria, llamó su atención. Apenas recordaba las caras de los pacientes una vez que abandonaba el hospital, aprendió a hacerlo para sobrellevar mejor el trabajo. Eran personas con una

vida detrás, pero Theodore creía que verlos como una pregunta que resolver le convertía en mejor profesional. No sentía pena mientras estaba trabajando, sentirla empañaría su capacidad de análisis. Cuando terminaba, se permitía sentir, pero nunca durante el tratamiento. Por esa razón, las caras de los pacientes eran tan solo una característica más en el mosaico de respuestas y, en la mayoría de las ocasiones, el detalle que menos aportaba al diagnóstico, por eso no las retenía. Aun así, si volvían a ponerse delante de él, era capaz de relacionar cada uno de los rostros con la causa de la muerte.

Por esa razón estaba bastante seguro de que aquel no era uno de sus pacientes.

La mujer rubia tendida sobre la mesa le devolvía una fría mirada con sus párpados magullados, entre la maraña desordenada en que se había convertido su pelo. Era joven, más que él. No podía pasar de los veinte y su cuello presentaba una brutal marca de asfixia, que le habría causado su muerte.

—Hay algo que no cuadra aquí. —Theodore ignoró que estaba hablando en voz alta, aunque no había nadie más—. ¿Por qué?

No era la causa de la muerte lo que le había llamado la atención, aquello no le habría impulsado a detenerse cualquier otro día, sin embargo, la voz incesante que no le dejaba en paz gritó en el interior de su cabeza. La luz en aquella zona del hospital era tenue, pero fue suficiente para entender por qué se había quedado helado.

Si el cuerpo del fallecido en la pelea no tenía ni una sola marca, ese tenía todo lo que había esperado encontrar al allanar la morgue.

Contuvo una carcajada nerviosa. Había estado a punto de perder su puesto, su educación y la cabeza para ver un cuerpo que no le

había dado ninguna respuesta, mientras que aquella desconocida había estado allí, a su alcance, durante todo ese tiempo. Solo habría tenido que ir un día normal al trabajo y habría podido ayudar al profesor a examinar y procesar el cadáver, no necesitaba infringir ninguna ley para verlo.

No obstante, no tardó en darse cuenta de lo equivocado que estaba.

El cuerpo de la joven presentaba marcas de haber sido abierto, como los otros, pero las suyas eran distintas. Sí, alguien que estaba aprendiendo le había hecho una autopsia, pero habría reconocido las incisiones limpias de su maestro en cualquier lugar del mundo.

El ladrón de cuerpos no era el único que había tratado aquel cuerpo, Hughie Buckman también lo había hecho y guardó silencio sobre lo que había visto. Los cadáveres continuaban reapareciendo en el hospital y su tutor seguía fingiendo que no era más que una casualidad.

Theodore habría preferido que su primera sospecha se confirmase y haber obviado para siempre esa evidencia. Si la conversación con Arthur le había disipado alguna duda, ese encuentro había vuelto a cubrirlo todo con una densa nube de confusión. El olor cítrico del embalsamamiento se apoderó de su olfato y Theodore se dio la vuelta, convencido de que, si no abandonaba aquel pasillo, vomitaría.

Y esta vez no se detuvo.

24
Salus aegroti suprema lex

5 de febrero de 1857

—Tienes un aspecto espantoso.

—No estoy de acuerdo. —Wheeler señaló el hematoma que se le había formado en la mejilla izquierda al día siguiente de la pelea, mientras Arthur le sostenía la mirada—. Creo que me da carácter.

—¿Cuántas personas se han acercado a preguntarte hoy por el ataque? —inquirió de nuevo Arthur, alargando la mano para tocarle la magulladura; Wheeler no se lo impidió.

—No las suficientes.

Arthur sintió la contusión de su amigo bajo sus dedos, caliente al tacto.

—¿Te pones gasas frías? —El joven asintió—. Deberías pasarte al calor, necesitas relajar los músculos. Sentirás menos el dolor.

—Vale, señor doctor —Wheeler se apartó y cubrió el hematoma con sus manos para que dejase de tocarlo—, lo que usted prescriba.

—Cierra la boca y hazle caso a Arthur. —Theodore mordisqueaba la cuchara del té mientras se recostaba en la butaca—. Es un consejo que te sirve para ahora y para siempre. Además, lleva razón: tienes un aspecto horrible. ¿El resto del cuerpo está igual?

Wheeler se levantó de su asiento, que hizo un ruido desagradable al arrastrarse por el suelo. Inclinándose como en una reverencia, se desabrochó los botones de la camisa blanca, uno tras otro.

A su alrededor, el resto de los alumnos que estaban en la biblioteca se giraron para mirarlo. Desde hacía al menos cuatro días Wheeler había sido el bufón de la corte de toda la Facultad de Medicina y Veterinaria, a la espera de que otro evento más interesante ocurriera y le quitase el protagonismo. La mayoría de las personas que conocían el ataque ni siquiera se molestaban en hablar con él, tan solo se limitaban a observarle y dar su opinión sobre lo que había ocurrido a quien se dignase a escucharlos, pero no importaba. Los que se detenían a preguntarle sobre los hechos, aunque solo fueran una minoría, eran suficientes para molestar a todo aquel que se encontrase cerca de Wheeler.

El hecho de haberse quedado en la residencia el día del ataque también había tenido una influencia en su público, que odiaba haber tenido que esperar un día entero para hacerle preguntas y contemplarlo. De una manera u otra, todos parasitaban la historia de Wheeler y absorbían hasta la última gota para su entretenimiento personal. En un primer momento habían tenido tacto al acercarse a él, pero eso ya había quedado atrás.

Nadie ocultaba que le estaba observando, y a Wheeler tampoco pareció importarle.

Con la camisa desabrochada, se quitó el chaleco negro reglamentario de la universidad, que descansaba sobre sus hombros. Sin desnudarse por completo, apartó una de las pecheras de la camisa, dejando a la vista las magulladuras provocadas por el golpe contra el suelo. Toda la gama cromática, desde el azul hasta un

pálido color ocre, podía verse en su piel. Aunque la contusión no había sido grave, el atacante lo había inmovilizado con la suficiente fuerza para que cada centímetro de su cuerpo hubiese quedado marcado por el suceso.

Arthur le había notado que cojeaba cuando pensaba que nadie le veía, de modo que estaba seguro de que no fingía.

—¿Quieres que le eche un ojo? —le preguntó a su amigo, que giró sobre sí mismo para que le viesen mejor.

En la mesa de su derecha, dos alumnos de primero comentaban en voz alta el aspecto de Wheeler.

—No te preocupes, tengo que pasarme mañana por el hospital. —No se molestó en volver a abrocharse la camisa, ignorando la temperatura de la habitación—. Lo único que tengo herido de verdad es el orgullo.

—¿Por qué? —Theodore se reclinó en la butaca y apoyó los codos sobre el reposabrazos—. ¿Querías batirte en duelo contra el que te atacó?

—Estoy seguro de que podría haberle dejado mucho peor de lo que él me dejó a mí.

El olor a menta de la infusión de Theodore fue lo único que se interpuso entre los tres en ese instante.

—No lo sé, yo no estoy seguro de poder tumbar a alguien que viene ya cabreado y que acaba de matar a otra persona. —Arthur reflexionó sobre su respuesta mientras con los dedos se despeinaba su propio cabello—. El impulso del momento no sería suficiente para detener a alguien que ya se ha calentado.

—No deja de ser una persona sintecho, Credge —repuso Wheeler —. No creo que tuviese tanta fuerza en un ataque de frente y sin el

factor sorpresa.

—Una buena dieta es imprescindible para desarrollar musculatura, pero estas personas están acostumbradas a sobrevivir en las peores condiciones imaginables. —Theodore asintió con su propia reflexión —. Un animal salvaje está mucho menos cuidado que uno de granja, pero hará todo lo posible por conseguir un trozo de comida. Ese hombre no tenía mucho que perder, le daba igual todo.

—¿Nos apostamos algo?

Arthur le escudriñó el rostro como si se hubiese vuelto loco.

—¿Vas a ir a buscar pelea a la calle? —preguntó Theodore—. ¿Podemos apostar dinero si lo haces?

—¿Tan seguro estás de que voy a perder?

—Al contrario. Arthur apostaría a que acabarías muerto en menos de cinco minutos, así que daría dinero por ti solo para llevarle la contraria.

—A mí me sirve. —Wheeler sonrió, complacido con su respuesta —. Una victoria con pena sigue siendo una victoria, mi buen amigo.

25
Naturam pingere

8 de febrero de 1857

Alphonso estaba sentado de espaldas al gran almohadón de plumas de Arthur, sobre el que descansaba un volumen de la enciclopedia que la mañana anterior había sacado de la biblioteca. El título apenas era legible, pero las páginas estaban intactas. El lomo del libro era dorado y, como la cubierta, estaba desgastado por el paso de los años y la falta de ventilación. Toda la información que necesitaban aparecía en los ejemplares de la universidad, pero era difícil encontrar uno en buen estado. Los alumnos se aferraban a los volúmenes nuevos y brillantes, temerosos de que alguien más pudiese utilizarlos y perdiesen su magia. Daba igual que los libros de cuero ajado tuvieran la misma información, había una guerra constante y Alphonso la había perdido.

Justo en frente de él, ocupando la cama de Theodore, Arthur leía.

Era domingo, y los días festivos la biblioteca estaba muy concurrida, así que habían decidido quedarse en un lugar más tranquilo. Si Arthur hubiese podido escoger un compañero de estudio perpetuo, Alphonso habría sido el elegido, y el sentimiento era recíproco. Theodore respetaba sus tiempos, pero no le hacía falta esforzarse tanto como a él, por lo que a veces podía pecar de

impaciencia. Necesitaba hacer diez cosas al mismo tiempo, de lo contrario, se aburría. Alphonso no.

—A veces creo que este trabajo acabará conmigo antes de terminarlo. —Arthur no pretendía quejarse en voz alta, había sentido un impulso incontrolable.

—¿Aún sigues con el proyecto del doctor Crowle?

Cumpliendo su promesa, no había dado muchos detalles de lo que estaba estudiando, pero le había resultado complicado seguir dando largas cuando se lo preguntaban. Pasaba muchas más horas de lo normal en el laboratorio, aislado, con la compañía ocasional de Victoria y del profesor.

Sus amigos desconocían por completo el origen y la naturaleza de los restos con los que estaba trabajando, pero les había contado lo mínimo para desahogarse con ellos cuando lo necesitaba. Era mucho más sencillo tener a alguien con quien hablar de lo preocupado que estaba si lo hacía fuera del laboratorio. Victoria le ayudaba a pensar, pero también estaba contaminada por la necesidad de terminar aquello cuanto antes.

Por esa misma razón se había decidido a hablar, aunque no todo lo que sabían Theodore, Wheeler y Alphonso era lo que veía él cada día. No era necesario.

—Siento que llevo años estancado en el mismo punto —le confesó Arthur a Alphonso, arrugando las sábanas recién lavadas de Theodore. No llevaba las zapatillas puestas, pero, aun así, sabía que al dueño de la cama no le habría hecho ninguna gracia encontrarle allí—. No debería ser tan difícil, pero no estoy acostumbrado a trabajar solo con huesos y nada más. Algo me dice que ya tendría

un diagnóstico si quedase algo de carne que inspeccionar. Supongo que ahí está el verdadero reto del profesor, ver más allá.

Tardó tanto tiempo Alphonso en responder que Arthur pensó que no le había escuchado, que estaba demasiado concentrado para seguir conversando.

—Los antiguos habitantes de Roma no representaban la muerte como un esqueleto humano, porque nunca veían cadáveres. Durante la mayor parte de la historia clásica, se cremaba a los fallecidos, así que apenas daba tiempo a que la carne se pudriera. Creo que los huesos son muy importantes —declaró Alphonso, sin levantar la mirada de su libro—. No solo nos hablan de los muertos, también muestran cómo nuestro pensamiento ha evolucionado desde que existimos. Lo encuentro poético.

Era poético, sin lugar a dudas, pero eso no era suficiente.

—Aun así, creo que estaría bien tener algo más para poder comprender lo que me falta. —Cerró los ojos con fuerza hasta que una imagen clara del rostro de Lyle Crowle apareció en ellos—. Si tan solo pudiese ver un poco de piel y tejidos. Solo un poco…

Alphonso se giró para recoger el volumen sobre la almohada, que se había adaptado a la forma de su peso. Una pluma había escapado del rectángulo de tela por un descosido y volaba por la habitación llevada por una mano invisible.

—Puedes hacerlo, ¿no? —Pasaba las páginas sin fijarse en los números ni en el índice—. Reconstruir lo que había antes, digo. No es tan utópico, hay formas de lograrlo.

Arthur estaba dispuesto a llevarle la contraria, pero se contuvo al darse cuenta de algo.

Si la respuesta que buscaba estaba en los huesos que quería estudiar, tal vez el problema era que no miraba donde tenía que hacerlo. Estaba pensando todo el tiempo como un científico, pero tal vez tenía que tratar de ser más erudito. A veces la ciencia no tenía todas las respuestas, a veces necesitaba un poco más de poesía.

—Alphonso, eres un genio. —Arthur se levantó de la cama en un estallido de felicidad y lo abrazó. El volumen de la enciclopedia quedó apresado con las páginas dobladas, dada la sorpresa del gesto—. Gracias, gracias, gracias.

—¿Sí? —Aunque Alphonso le abrazó a su vez, su comportamiento repentino le impactó—. ¿Me vas a explicar por qué?

—Solo si consigo lo que espero.

26
Occulta revelare

9 de febrero de 1857

Esa mañana, lo único que se oía en el piso de abajo era papel rasgándose. Arthur ocupaba el frío suelo de la habitación rodeado de hojas y láminas esperando que llegase su momento. El carbón ennegrecía sus dedos con cada uno de los trazos que hacía. Una a una, cada vez que el lapicero pasaba sobre el papel iba dibujando figuras completas. Siempre comenzaba con garabatos, imágenes que nadie más que él era capaz de comprender a primera vista. Podía crear estampas perfectas desde el primer intento, pero prefería no hacerlo.

Comenzar desde cero y llegar al cien por cien de golpe no le llevaba a ninguna parte. Necesitaba construir los dibujos como si se tratase de un edificio, ladrillo a ladrillo, sillar a sillar. Solo de esa manera conseguía entender qué estaba mirando, a qué le tenía que prestar atención.

Era en momentos como ese cuando más lo necesitaba.

Cada una de las láminas que tenía delante correspondía a cada uno de los huesos del cuerpo humano, que no había logrado terminar. Se había centrado en los restos que ya habían identificado en el paciente. Junto a ellos, los que había dibujado tomando como

modelo el osario que le había cedido Victoria. Había comenzado por el cráneo. Lo había dibujado tantas veces que conocía de memoria cada una de las curvas e imperfecciones del hueso, pero quería tenerlo delante mientras lo inmortalizaba. Necesitaba estar seguro de que todas las representaciones eran perfectas, fieles a la realidad. Solo así podría ver lo que lo recubría antes.

Cada uno de los músculos, tendones, venas, todo dejaba una marca en los huesos. Podría ver la imagen original si su idea funcionaba.

—¿Ocupado? —La voz de Victoria le obligó a incorporarse. Hasta entonces no se había percatado de lo incómodo que estaba en aquella posición.

Hacía varias horas que había perdido la noción del tiempo. Durante las clases de la mañana, el tiempo había pasado demasiado despacio. La tinta de su pluma no había llegado a consumirse en toda la jornada y Theodore no le había dirigido la palabra. Cada momento del día parecía el prefacio de ese instante en el que había conseguido perderse por completo.

Tan solo había terminado tres de las láminas que tenía delante, pero se sentía satisfecho. En anatomía no había sitio para la urgencia, pero tampoco permitía malgastar el tiempo.

—He tenido una idea para sacar el máximo partido de tus muestras y rellenar los huecos de información que todavía tenemos. —Conservaba restos de carboncillo en la camisa y en el pómulo derecho, difuminado sobre la palidez de su piel—. En cada uno de los espacios dibujaré el ejemplar que más se parezca a nuestro individuo y los compararé directamente. Creo que estamos pasando

por alto algo importante viendo solo el hueso. Puede que esto nos ayude.

Arthur le mostró uno de los ejemplos y Victoria asintió, impresionada.

—Es increíble. —Acercó el boceto a la mesa mientras Arthur se levantaba. En sus manos, el fragmento de cráneo era la viva imagen de la pieza real—. Tienes un gran talento. ¿Has tomado clases?

—Me he pasado la vida dibujando. Creo que solo era cuestión de tiempo que se me acabase dando bien. Solía ayudar a mi padre en su trabajo, llevándole la documentación y dejando las cosas por escrito. De vez en cuando también le ayudaba con su diario de patologías. —Los faldones de la camisa se le habían salido del pantalón y tenía el cuello subido—. Aún no está acabado, cuando termine será mucho mejor.

—No lo dudo. —Victoria dejó caer el papel sobre la mesa de trabajo—. He venido para hablar contigo.

—Claro. —Arthur se deslizó entre las mesas para acercarse a la pila de agua. Si tocara algo con las manos sería difícil de limpiar—. ¿Qué ocurre?

—Creo que tenemos que hablar de lo que sucedió el otro día.

La expresión de puro desconcierto de Alford Byron no se había borrado del recuerdo de ninguno de los dos. Ver a un hombre adulto tan fuera de sus cabales había sido razón suficiente para que ambos supieran que algo estaba sucediendo, pero el profesor Crowle le había quitado importancia y ni él ni ella se habían atrevido a preguntar nada.

—¿Has hablado con tu tío? —Victoria chasqueó la lengua, incómoda.

—Apenas le he visto estos días, creo que prefiere no hablar del tema. —Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera protegerse de algo—. Tal vez no sea nada, pero no entiendo por qué me evita. ¿Tampoco ha hablado contigo?

—Ni una sola palabra. —Arthur terminó de secarse las manos, el carboncillo había desaparecido por completo—. Ni siquiera esta mañana. Creo que está empezando a impacientarse.

—¿Y ha montado todo ese numerito para que le des un diagnóstico?

—Si algo sé de Lyle Crowle —afirmó el joven—, es lo mucho que disfruta de los espectáculos. El efecto sorpresa siempre ha sido algo de lo que se ha sentido orgulloso. ¿No se dedica a enseñar cadáveres a los alumnos de primero nada más cruzar las puertas de la universidad? Con nosotros lo hizo.

Victoria sabía que tenía razón, pero no por ello iba a dejar la conversación ahí. Alford Byron no le gustaba, no era ningún secreto, pero tampoco le creía dispuesto a hacer algo así por el profesor. Tal vez se equivocaba, pero no podía asegurarlo. Al fin y al cabo, confirmar las preocupaciones del doctor Crowle no era su trabajo, sino el de Arthur Credge.

—¿Has llegado a alguna conclusión, entonces?

—Estoy en blanco —admitió el joven—. Hay algo que no estoy viendo, pero aún no he podido llegar hasta ahí.

—Para eso están los dibujos. —Victoria tomó de nuevo la obra de Arthur y pasó la yema de un dedo por ella, emborronando ligeramente el carboncillo de uno de los bordes—. Lo conseguirás.

—Más me vale. No podría aguantar…

—Shhhh. —Victoria le cortó—. Deja de hablar un momento. ¿Qué ha sido eso?

Ambos permanecieron en silencio, lo único que se oía era el ligero viento golpeando las ventanas en algún rincón del edificio.

—Hay mejores maneras de pedirme que acabe con la conversación.

Molesto, Arthur se puso delante de ella.

—No ha sido ninguna broma. Estoy segura de que he oído algo —insistió Victoria.

El sonido de un objeto pesado al caer al suelo confirmó las palabras de Victoria.

—No, en serio, ¿has oído eso? —Victoria contuvo el aliento por un instante. Había sido un ruido demasiado seguido del anterior para ser casual—. Creo que viene de arriba.

Un grito enfurecido, acompañado de las pisadas apresuradas de un grupo de gente, interrumpió el poco silencio que quedaba. Arthur miró el reloj de pared, marcaba las siete pasadas. En ese momento de la tarde no debería quedar más de una decena de personas en la facultad, incluyéndolos a ellos. Aquel alboroto no era normal.

Arthur asintió. Lo había oído.

—Vamos. Quiero saber qué está pasando.

Cerraron la puerta tras ellos y subieron las escaleras del sótano hasta llegar a la planta principal, donde una imagen tétrica los recibió: en mitad del corredor de suelos de mármol había un cuerpo sin vida.

Lewis Morrow, el profesor que impartía los seminarios de botánica, era quien daba voces, rodeado de tres alumnos y el mismo número de profesores. Estaba fuera de sí y nada de lo que decían sus

acompañantes era suficiente para calmarle. El cadáver se encontraba boca abajo, con la cara contra el suelo. Le habían arrebatado todo signo de identidad: le habían rapado el pelo y quitado las ropas, no era más que un manojo de partes del cuerpo humano sin vida. Se trataba de un hombre joven, delgado hasta el extremo y con las venas azuladas salpicando cada espacio de su cuerpo visible.

—Alguien tendrá que darme una explicación de esto, y va a tener que hacerlo ya —exigió el doctor Morrow, dirigiéndose a los alumnos que estaban junto a él—. ¿Quién lo ha visto?

Arthur reconoció a Ernest, un veterinario que vivía en su mismo pasillo en Teviot Place, pero nunca le había visto de esa manera. Lewis Morrow había perdido el norte, pero Ernest iba a vomitar en cualquier momento si abría la boca. El chico que tenía al lado, vestido con la misma camiseta blanca y el mismo chaleco oscuro que los demás, tomó las riendas, llevando toda la atención hacia él.

—Estaba aquí cuando hemos llegado —prometió con hastío—. Hemos avisado en cuanto lo hemos visto, no nos ha dado tiempo a hacer nada más.

—¿Lo han tocado ustedes? ¿Lo han levantado? —La saliva escapaba de su boca con cada palabra que pronunciaba.

—Le juro que no, señor. No hemos sido nosotros.

—No han hecho nada malo, Lewis. —Uno de los doctores se interpuso entre ellos, apaciguador—. Dicen la verdad, yo estaba en mi aula cuando han llegado. Los gritos se oían desde allí, no han podido ser ellos.

—No es suficiente explicación —rugió Morrow.

—Pero es la verdad. —En cuanto la frase abandonó su boca, Ernest se arrepintió de haberla dicho.

Arthur creyó ver cómo algo explotaba en el centro de la habitación y colapsaba la poca paciencia que aún les quedaba a los presentes. El botánico se giró, malhumorado, hacia el cuerpo sin vida, que yacía entre ellos, ajeno a todo lo que estaba sucediendo a causa de su mera existencia. Victoria tiró de la manga de Arthur para pedirle que regresasen, pero él la ignoró y no movió ningún músculo. Aún nadie había reparado en ellos y prefería que siguiese siendo así.

—Márchense ya. —Marrow tomó una bocanada de aire, como si se preparase para saltar al mar—. Hablaré con ustedes más tarde, déjenme tranquilo ahora.

Los tres alumnos, obedientes, abandonaron el corredor de la facultad. Huían de una escena en la que ninguno había querido acabar envuelto.

—¿Qué ha ocurrido, Morrow? —Otro de los profesores se dirigió a él, desconcertado—. ¿Qué es esto?

—No es nuestro, Finnerty, ya lo he comprobado. —Lewis Morrow le dio la vuelta al cadáver, que le resultó frío al tacto—. No me habría puesto así sin una buena razón. Si se trata de una broma mataré a esos críos yo mismo.

Finnerty se arrodilló junto a su compañero. Los otros dos profesores los observaron desde su altura, en silencio.

—¿Tiene también una respuesta para el hecho de que haya aparecido así? —Arthur y Victoria no podían ver a qué se refería desde las escaleras, tapado por los cuerpos de los hombres—. Me encantaría oírla.

—Sí, pero no va a gustarle.

—Vamos, Morrow, ha tenido que ser un juego de los alumnos. —Hasta ese momento ese profesor no había intervenido en la conversación. Arthur no sabía quién era—. No saquemos conclusiones precipitadas.

—¿Precipitadas? —El doctor señaló el cuerpo inerte—. Dígame, ¿de dónde cree que han sacado un cadáver? ¿Cree que han asaltado el cementerio y lo han traído aquí solo para hacer una broma? Es un delito penado con algo más que la cárcel, ¿dónde ponemos la línea entre la crueldad y el chiste?

El profesor levantó las manos en señal de derrota, aceptando la sentencia.

—Estoy tratando de buscar una solución que no implique lo que todos están pensando ahora mismo.

—Pues hágalo rápido.

Los cuatro hombres intercambiaron tensas miradas silenciosas, sin necesidad de continuar con la conversación.

—Ustedes dos —Lewis Morrow miró a Arthur y a Victoria, que seguían analizando la escena desde la seguridad de la escalera del sótano. Ambos se prepararon para un estallido que nunca llegó—. ¿Han estado aquí toda la tarde? ¿Alguno de ustedes ha visto algo de lo que ha sucedido?

Ambos negaron.

—Nada, señor. —Arthur se adelantó a Victoria—. Hemos oído un ruido y hemos subido. Hemos estado en los laboratorios toda la tarde.

—¿No han visto nada fuera de lo normal?

—No, señor. —Victoria habló para volver a negar con decisión—. Nada.

Al contrario de lo que ambos esperaban, el doctor Morrow se mostró satisfecho.

—Hay que traer a Hughie Buckman lo más rápido posible, tiene que llevarse esto antes de que alguien más lo vea aquí tirado. —Se limpió las manos con el pañuelo del bolsillo de su chaqueta—. Mandaremos limpiar la facultad entera antes de las clases de mañana.

—¿No llamamos a la policía? —preguntó uno de los doctores, pero Finnerty se negó.

—¿Para qué? No van a encontrar nada y van a pedirnos que nos deshagamos de él nosotros mismos. Su presencia solo va a complicar las cosas, nos harán rellenar papeleo innecesario. Buckman será más eficiente.

Todos los hombres manifestaron su conformidad con la decisión, como un consejo de sabios de la Edad Antigua.

—Pues no se hable más, señores. A trabajar.

—No sé qué hay en el agua de esta facultad, pero no me gusta nada. —Aunque Victoria no hubiera hablado en susurros, nadie habría reparado en ella—. ¿Tus profesores están tan nerviosos siempre?

—No tanto como esta semana.

Arthur echó un último vistazo al cuerpo tendido en el suelo, demasiado pálido para haber perdido la vida unos días antes. Veía cadáveres humanos con mucha frecuencia, en clase, en el trabajo, y se había criado en una casa de médicos, pero aquel cuerpo le provocó un sentimiento de repugnancia que ningún otro había podido arrancarle hasta ese momento.

No tenía clara la razón.

27
Patefacere

9 de febrero de 1857

Cuando Theodore abandonó el hospital, estaba lloviendo.

No era llovizna, tampoco una gran tormenta. Caía lo justo para saber con certeza que llegaría a la facultad calado hasta los huesos por no haber sido previsor y haber cogido un paraguas por la mañana. Muchas veces, vivir en un lugar con lluvias frecuentes no ayudaba a ir preparado, insensibilizaba. Uno dejaba de pensar en ello como un gran evento, como algo que había que planificar. Salir a la calle y que estuviese lloviendo no era una novedad, tampoco un incordio, solo era una característica más del día, como elegir qué zapatos ponerse.

Theodore había pasado un turno tranquilo, en el horario que más detestaba. Las autopsias solían realizarse por las mañanas, pero la documentación debía completarse después, a lo largo del día. Como parte de su formación tenía que cubrir todas las tareas asociadas al tutor que le había tocado, y el doctor Buckman tenía mucho que rellenar.

Sin embargo, no odiaba sentarse a escribir. Había una paz inexplicable en no hacer más que completar huecos y copiar datos de pacientes. Para su pesar, Hughie Buckman no atendía solo a

personas que habían perdido la vida, también tenía otras ocupaciones. Theodore le ayudaba en todas. Por suerte, no eran muchos los días que trabajaban fuera de la morgue, pero también los había.

Disfrutó de la sensación que le producía la lluvia cayendo sobre su cara, le procuraba el mismo alivio que al lavarse el rostro por las mañanas. Le gustaba el frío porque luego apreciaba más el calor. Llegaría a Teviot Place, se quitaría la ropa empapada y se secaría junto al fuego de la biblioteca con un té caliente entre las manos. Era el final perfecto para un día mediocre. Le gustaba tenerlos. Un día sin pensar, sin agobiarse.

Salió del hospital a paso ligero, el edificio quedó enseguida a su espalda. El casco histórico de Edimburgo le dio la bienvenida cuando la lluvia comenzaba a arreciar. Aun así tomó la impulsiva decisión de serpentear por sus calles y alargar el momento un poco más.

—¡Theodore! ¡Espera un momento! —una voz familiar irrumpió en sus pensamientos.

Aunque no podía verle, la llamada de Arthur hizo que se detuviese a la altura de la Royal Mile. Su amigo estaba empapado. Cada centímetro de su cuerpo goteaba como si hubiera decidido ducharse con la ropa puesta. Theodore no sabía de dónde había salido, pero estaba fatigado, había llegado corriendo.

—¿Qué te ha pasado?

Arthur estaba sin resuello.

—¿Puedes hacer el favor de explicarme qué demonios está pasando en esta facultad? —La pregunta desconcertó durante unos instantes a Theodore, que no se esperaba la brusquedad con que le

habló su amigo—. ¿Hay algo más que deba saber antes de llegar mañana a clase? ¿Algún club secreto al que apuntarme?

—¿A qué te refieres? —«Confusión» era un término demasiado leve para lo que estaba sintiendo Theodore en ese momento.

—La otra noche, cuando me preguntaste por las leyes de Escocia y los cadáveres robados —continuó—, ¿tenías pensado cometer algún delito o ha sido tan solo una casualidad? Y quiero que me digas la verdad.

—Arthur, ¿de qué estás hablando? ¿Qué has visto? —le pidió.

Arthur se inclinó, apoyó las manos en sus rodillas y respiró profundamente hasta recuperar el aliento. El agua seguía cayendo sobre sus cabezas, pero ninguno de los dos hizo el amago de caminar en busca de refugio.

—Estaba con Victoria en el laboratorio cuando hemos oído algo y hemos subido para ver qué era. En el primer piso nos hemos encontrado con un cadáver en el suelo y varios profesores histéricos. —Arthur acompañaba su explicación con movimientos exagerados de las manos—. Estaba tirado en el pasillo.

—¿Cómo ha llegado hasta allí?

—Eso era lo que quería que me dijeras.

Theodore sabía que Arthur sospechaba de sus movimientos desde hacía unas semanas, pero era demasiado respetuoso para meterse en sus asuntos. Si en ese momento abordaba el tema de forma tan directa era porque había visto algo.

—¿Lo han sacado de los laboratorios?

—Lewis Morrow confirmó que no era ninguno de los cuerpos de la universidad, no debería encontrarse en la facultad. —Arthur acababa de confirmarle lo que Theodore no quería escuchar—. Lo cual es

mucha casualidad teniendo en cuenta tus preguntas del otro día. Cuéntame qué sabes, Theodore.

—¿Lo sabe Hughie Buckman?

—Iban a avisarle cuando nos hemos marchado. Querían que se hiciese cargo del cuerpo.

Las piezas del puzle de su mente comenzaron a encajar de forma frenética, aunque no le permitían ver cuál era la conclusión a la que su amigo estaba llegando. Arthur no le acusaba de nada, no estaba cabreado por eso, lo que le molestaba era no saber lo que estaba sucediendo. Había sido culpa suya por entrometerle a medias, pero sabía que se habría acabado enterando tarde o temprano. Siempre lo hacía.

—Cuando hablamos en el claustro —comenzó a decir—, te mentí. Sabía que el cuerpo que había encontrado el doctor Buckman no era un caso aislado, porque había sucedido otras veces. Han aparecido varios cuerpos mutilados que no están relacionados con la universidad y no sabemos de dónde vienen. No son simples cadáveres a los que han golpeado, todos están abiertos, Arthur. Es como si alguien les hubiese realizado una autopsia y luego los hubiese desechado.

—¿Cuántos has visto?

—Al menos cuatro.

—Por todos los infiernos.

Arthur pensaba deprisa, mucho más rápido de lo que Theodore era capaz.

—No puedo asegurarlo, pero juraría que el del pasillo también tenía algo similar. —Su amigo maldijo por lo bajo—. No he podido verlo bien, pero concuerda a la perfección con la actitud de todo el

mundo. ¿Para qué hacer algo así? ¿Para que sea más fácil deshacerse de ellos?

—Eso creo.

—Pero no tiene sentido, Theo. —En raras ocasiones su amigo se dirigía a él así—. Si están volviendo a robar cadáveres para venderlos, ¿por qué los abren antes? No sirve de nada un cuerpo corrupto, la universidad no los querría para nada. Sí, puede que alguien los comprase, pero se cargaría a casi todos los clientes potenciales. ¿Por qué alguien se autosabotearía de esa manera?

Theodore comprendió que Arthur tenía razón. En todo momento había visto aquella situación como una repetición de la historia, como una señal inequívoca de que el negocio del robo de cadáveres volvía a retomarse en la Universidad de Edimburgo. No obstante, estaba claro que había algo más detrás de aquello, algo que estaba delante de sus narices.

—Alguien está haciendo autopsias clandestinas. —Algo se iluminó dentro de Theodore como una candela prendida.

—¿Qué?

Arthur no comprendió las palabras de su compañero.

—Piénsalo. —Le tomó de los brazos con firmeza. En ese punto de la conversación ambos estaban empapados—. Tal vez no esté buscando dinero, lo que quiere es otra cosa.

—¿Y qué ganaría abriendo en canal cadáveres de completos desconocidos?

—¡Conocimiento! Por eso la universidad se pasó años financiando saqueadores. La única manera de conocer a fondo a los hombres es estudiándolos y no todos se lo pueden permitir.

Los pocos habitantes que caminaban a paso ligero por la Royal Mile no se detenían a mirarlos, ajenos a la conversación que estaban manteniendo los dos estudiantes a tan solo unos metros de ellos. Si alguien se hubiese detenido a escucharlos, habría sido todo muy distinto.

—Pongamos que eso es cierto. —Arthur necesitaba escuchar el proceso deductivo de Theodore en voz alta—. Pongamos que alguien roba cuerpos para estudiarlos. ¿Quién lo hace? ¿Cómo los consigue?

—Tiene que ser alguien que tenga relación directa con la universidad, no podría hacerlo de otra manera —reflexionó—. Tal vez es uno de los alumnos o incluso uno de los profesores.

—Se me ocurre una docena de razones por las que cada uno de esos grupos de sospechosos querría hacer algo similar. —Arthur se vio forzado a admitir que su amigo tenía razón—. Y ninguna me gusta un pelo.

—¿Alguien más ha visto lo que ha sucedido en la universidad?

En ese momento fue el turno de Arthur, de maldecir.

—Había varios alumnos, todos estaban allí. —Recordó la reacción de Ernest al ver el cabreo de Lewis Morrow—. Mañana todo el mundo estará hablando del tema, no lo van a mantener en secreto. En unas horas todos sabrán lo que ha pasado, si no lo saben ya.

—Vale, no hagamos nada entonces. No merece la pena. Aunque intentásemos denunciarlo no tendríamos pruebas de lo que está pasando. Un solo cuerpo no es un caso, es una casualidad.

—Espero que el malnacido se haya arrepentido de no ser más que un vil ladrón. —Las manchas de carboncillo de la camisa de Arthur habían desaparecido con la lluvia—. ¿Quién puede ser tan estúpido para abandonar un cuerpo en mitad del corredor?

—Tal vez esa no era su intención. Quizá algo le ha asustado y no ha tenido más remedio que dejarlo allí.

—Volvamos a la residencia. —Arthur contempló el cielo, como si acabase de reparar en la lluvia—. Pongamos fin a este día de una vez.

28
Cadaver

10 de febrero de 1857

Tal y como había profetizado Arthur, a la mañana siguiente todos hablaban del cadáver encontrado en la universidad.

Theodore y él salieron de la residencia juntos y se dirigieron a la facultad andando, antes de que la mayoría de los alumnos hubiese bajado de la cafetería para desayunar. Cuando llegaron, todo estaba impoluto, perfecto, más limpio de lo que lo había estado en mucho tiempo. Los suelos de mármol reflectaban la luz y a cada paso que daban se veían reflejados en ellos, como fotografías nítidas recién reveladas. Si alguien hubiera llegado sin conocer lo sucedido, le habría resultado imposible saber que hacía tan solo unas horas el cuerpo de un hombre yacía allí mismo sin vida, tendido en mitad del pasillo. Pero, por supuesto, todos lo sabían.

Antes incluso de comenzar la primera clase, Guillem les interceptó para hablar de lo que había sucedido.

—Vaya fiasco, ¿verdad? —dijo, ajeno al desagrado de sus dos compañeros—. Alguien va a perder su trabajo, seguro. Perder un par de dedos es una cosa, pero ¿perder un cuerpo entero? No me gustaría estar en su pellejo ahora mismo.

Sentados en sus asientos habituales, Arthur apoyó la frente en el escritorio y dio un golpe con la cabeza con más fuerza de lo que pretendía.

—Todos piensan que ha sido algún tipo de broma o que se trata de mala praxis de alguien de la facultad. —Theodore le confirmó lo que ambos pensaban—. No creen que haya nada más.

—Tampoco tienen motivos para creerlo —dijo Arthur quitándole importancia.

Su amigo sabía que tenía razón. Se abstuvo de continuar la conversación.

La noche anterior había compartido con Arthur los detalles más importantes de todo lo que había descubierto durante las últimas semanas, incluido el episodio de los restos de cerdo en la clase de cirugía. Theodore creía que el ladrón habría comenzado con algo pequeño, con animales, antes de armarse de valor y comenzar con los cadáveres humanos. No creía que fuese una coincidencia que, casi en el mismo momento en que los modelos de trabajo aparecían mutilados, hallasen cuerpos en el mismo estado. Las casualidades no funcionaban así.

Sin embargo, no se lo había contado todo a Arthur. Había obviado su pequeña incursión en la morgue después del ataque a Wheeler. Le había hablado del cuerpo que había encontrado mientras estaba allí, pero como si hubiera ocurrido en un día normal de trabajo. Aún no entendía qué le había llevado a cometer una falta de ese calibre, pero prefería mantenerlo en secreto. Tampoco le había contado que Hughie Buckman le había pedido que mantuviese la boca cerrada, entre otras cosas, porque ya había roto su promesa.

A lo largo de la mañana se hizo evidente que todos continuarían hablando del macabro descubrimiento que habían hecho en la universidad, pero también que nadie había oído las palabras del doctor Morrow cuando confirmó que el cuerpo no pertenecía a la universidad. Tal vez había alumnos que sí estaban al tanto, pero no lo consideraron digno de mención. Un cadáver era un cadáver, punto. Lo más interesante era dónde había acabado, no el lugar de dónde venía.

Aunque parecía imposible, por la tarde la cosa empeoró.

Cuando todos los residentes estaban reunidos en Teviot Place, la conversación llegó a un punto álgido, parecía que a nadie le estaba permitido escapar de ella. Aunque varios alumnos trataban de aprovechar el tiempo trabajando en la biblioteca, el ambiente no los acompañaba. Era como intentar estudiar en el interior de un bar irlandés a altas horas de la madrugada. No había música, pero el ruido de las voces era incluso más eficiente a la hora de mantenerlos a todos entretenidos. Arthur y Theodore se habían apartado del resto, estaban sentados a la mesa más cercana a la chimenea, que aquel día a nadie le había interesado ocuparla. Había pocos lugares donde poder huir de aquello, por lo que se habían resignado a esperar a que la fiesta se apaciguase.

Con Wheeler a la delantera, Alphonso y él esquivaron como pudieron a los presentes para llegar hasta ellos. Como todos los demás, habían pasado la mitad de la jornada escuchando conversaciones sobre lo sucedido y la otra mitad hablando de lo mismo.

—Venga, soltadlo, ¿qué sabéis? —Wheeler sonrió como un niño pequeño que hubiera conseguido encontrar el alijo secreto de azúcar

de sus padres—. ¿Algo interesante? Estáis muy callados para no saber nada.

Alphonso se sentó junto a Arthur, tan impaciente como su compañero de habitación. Tenía el rostro sonrosado hasta el nacimiento del pelo y llevaba la corbata torcida.

—¿Nosotros? ¿Por qué íbamos a saber nada?

—Ernest ha dicho que estabas allí —respondió Alphonso, señalándole con la cabeza.

En ese momento Ernest se encontraba apoyado en una de las estanterías, hablando con su grupo de amigos en susurros.

—Su versión me interesa más que la mía. —Arthur lanzó una mirada furtiva a Theodore, que también observaba al fututo veterinario en el fondo de la biblioteca—. Fue él quien encontró el cuerpo, yo llegué cuando ya todos se marchaban. No puedo deciros nada más de lo que él seguro que ya le ha contado a todo el mundo.

—No quiere hablar con nadie. —Alphonso se desperezó para acomodarse mejor—. Ha dicho tu nombre para ver si le dejan en paz, no ha sido él el que ha difundido la historia del muerto encontrado en el pasillo.

—Tampoco la ha negado.

El grupo entero se dio la vuelta para mirarle. Tenía los labios blanquecinos y la tez amarillenta, como si estuviera suspendido boca abajo a mucha altura. No parecía cómodo rodeado de tanta gente, pero tampoco hacía ningún esfuerzo por marchase de allí. Mantenía la mirada perdida, clavada en una de las paredes de la habitación, mientras la conversación fluía ante él, atravesándole.

—Los veterinarios son muy blandos —masculló Wheeler al mismo tiempo que Alphonso se sacudía el bajo de los pantalones, que

habían quedado cubiertos por una fina capa de barro—. Ven un cadáver y sienten que ha llegado el fin del mundo. Solo están acostumbrados a ver perros y ratas.

—Y hurones, no te olvides de los hurones.

Alphonso asentía para sí mismo, mientras Wheeler arrastraba otra de las butacas vacías para cerrar el círculo improvisado alrededor de la mesa.

—Así que habla, Arthur Credge —insistió el muchacho rubio de nuevo—. ¿Estás seguro de que no viste nada de nada? ¿Algo mínimamente interesante? No nos puedes dejar así, creía que éramos amigos.

—Sé lo mismo que cualquiera de los que estuvieron allí. Había un cuerpo en un lugar donde no suelen aparecer cadáveres. Se acabó. No vi nada ni a nadie moviéndolo. Por lo que a mí respecta —añadió —, pudo haber sido Ernest o cualquiera de sus amigos.

—¿Le ves capaz? —Wheeler se dirigió a Alphonso, que hizo una mueca para mostrar su desacuerdo.

—Negativo, pero eso haría mucho más interesante la historia.

—Estoy de acuerdo. Continúa, por favor.

No iba a parar hasta que le diese lo que quería, aunque no existiese. A Theodore se le pasó por la cabeza que, si pusiese ese empeño en otras facetas de su vida, como la propia universidad, sería imparable, pero dudaba que Wheeler estuviese dispuesto a aceptar ese tipo de consejos de su parte. O de la de cualquiera, para ser honestos.

—Estaba desnudo y en un estado lamentable. El pasillo apestaba a conservante y sudor, como todas las salas de disección de la maldita facultad. —Hasta ese momento, Arthur no había reparado en

el olor. Un olor dulzón que se había quedado grabado en su memoria sin que él se diera cuenta—. Me encantaría contaros más, pero no tengo ni idea de lo que sucedió ni antes ni después. Nos echaron de allí en cuanto nos interrogaron a todos.

—Me habría encantado ver la cara de los profesores cuando se dieron cuenta de que les habían robado un cadáver en mitad de sus narices, en la propia universidad.

—Apuesto lo que quieras a que se están echando las culpas los unos a los otros por no haber podido evitar que todo el mundo se enterase de lo sucedido. —Era la primera vez que Alphonso se emocionaba con el mismo tema que interesaba a Wheeler. Había un equilibrio sano en su amistad, en la que cada uno podía tomar el papel del pragmático y del rebelde en distintas ocasiones, pero ese día ambos se dejaron llevar por la misma historia—. Los testigos hacen mucho más complicado negar los agujeros en su plan de seguridad.

—Ojalá alguien decida ir más lejos y dejarles un regalito en uno de los despachos, solo para ver cómo reaccionan. Seguro que ahora mismo hay alguien planeando cómo robar otro cuerpo sin que le cacen.

—La competitividad es el defecto fatal de los mejores hombres. —Aunque había estado en silencio durante toda la conversación, Theodore no se había perdido ninguna de sus palabras—. A veces también se define como «ego».

En algún rincón de la biblioteca alguien contaba de nuevo la historia del hallazgo, adornándola con más detalles de los que ninguno de los que estuvieron presentes podía dar. Como una bola de nieve, la historia iba ganando poco a poco más peso por sí

misma, sin la ayuda de nadie. «Así comienzan a formase las leyendas de la universidad», pensó Theodore. En el curso siguiente, todos los nuevos alumnos habrían oído hablar del hombre muerto que apareció en mitad de los pasillos de la Facultad de Medicina y Veterinaria, y se lamentarían por no haber estado allí para verlo. En diez años, los estudiantes seguirían hablando de lo ocurrido, pero se preguntarían si era cierto o tan solo un rumor que otra generación se había inventado.

Poco a poco, la historia tendría más peso como folclore que como anécdota y formaría para siempre parte de los muros de la Universidad de Edimburgo, aunque nadie supiera qué había de realidad en la leyenda.

29
Monstrum

13 de febrero de 1857

La medicina no solo se centra en salvar vidas. A veces, parte del trabajo como médico consiste en ver los mayores horrores de la humanidad.

—¡Apártense! ¡Vengan de uno en uno! Tenemos tiempo para que lo vean todos, caballeros. Mantengan la calma —clamaba el profesor Crowle. Sus alumnos lo ignoraban—. Hay que aprender a cultivar la paciencia. Los hará mejores hombres y a mí no me quitará años de vida.

—Es asqueroso. —A sus espaldas, el pelirrojo Joshua Bonnet y un grupo de alumnos menos valientes hacían muecas de desagrado.

—Debería abrir usted más su mente, señor Bonnet. —El doctor estaba tan molesto con los estudiantes que se agolpaban para mirar como con los que rehuían la clase—. Si cree usted que esto es lo más complejo y desagradable que va a encontrarse en una consulta, le sugiero que vaya pensando en formarse en Derecho o Literatura y hacer algo más útil con su vida.

Arthur y Theodore se habían puesto a la cola para contemplar el raro ejemplar que Lyle Crowle les había llevado ese día, pero a

ninguno de los dos le corría prisa competir con sus compañeros para ser los primeros en verlo.

La consulta de Lyle Crowle era conocida por tratar todo tipo de patologías, síndromes, enfermedades y desperfectos. De hecho, más disfrutaba el doctor cuanto más raro era el caso que le llegaba. No solo le permitía observar los misterios más grandes del Creador, sino que también le daba la oportunidad de llevarlo como ejemplo en sus clases.

Desde el primer día del curso demostró que prefería que los alumnos trabajasen con las manos a que lo hicieran con los libros. Un manual enseñaba muchas cosas nuevas, términos, causas, consecuencias, pero el trabajo de campo era lo que realmente forjaba a los grandes médicos, en su vieja opinión. De nada le servía que los estudiantes supieran que algún día tendrían que enfrentarse a situaciones que no sabrían resolver, quería que las viviesen delante del profesor, solo así tendrían un ojo experto que los guiase. Cualquier otro escenario sería injusto, no solo para los futuros médicos, sino para los pacientes. El pueblo se merecía alguien que supiera cómo tenía que curar, no solo que hubiese leído.

Esa mañana, un hombre yacía en la mesa del profesor, de costado, para que todos pudiesen ver mejor lo que le sucedía. Por aquella aula había desfilado multitud de personajes con dolencias distintas, desde una mujer que estaba convencida de que la habían decapitado y ahora vivía sin cabeza, pasando por un hombre con gusanos que se alimentaban de la planta de su pie, hasta un anciano que no podía soportar el sol y juraba ser una monstruosa criatura nocturna. Todos los casos eran fascinantes para el doctor Crowle, le gustaba tomarse su tiempo con cada uno de ellos. No solo

coleccionaba objetos de diversos lugares del mundo, también recopilaba diagnósticos.

—¿Crees que le dolerá más de lo que dice? —preguntó Theodore a su compañero, aún de pie en mitad del aula.

—Desde luego.

El buen señor, un hombre de mediana edad apodado Goose, tenía una gran protuberancia en el oído izquierdo. En un inicio no fue más que un ligero grano de consistencia dura, pero había crecido hasta llegar a absorber por completo su oreja.

—Ha ocurrido en el periodo de varios meses, casi años —contaba Goose al presentarse y exponer su caso. Se mostraba aliviado, como si llevase tiempo deseando estar en mitad de una clase universitaria para que lo diseccionasen—. Todos los médicos me dijeron que no me preocupase, que no había nada que hacer. Hasta que apareció esto.

Justo en el punto más alto del bulto, donde debería haber estado la parte superior de la oreja, había un diente.

No era la sombra de un incisivo, ni siquiera algo que se le asemejara si se miraba de lejos, aquello era un molar casi perfecto, con la textura y la consistencia de una muela de leche. La revelación despertó una ola de interés en los alumnos, que no pudieron resistir el impulso de levantarse de los escritorios para ver mejor al invitado. El profesor les había dado permiso para tocar, inspeccionar y opinar sobre lo que tenían delante, sin cortarse en absoluto.

Le encantaba recrearse en lo que había logrado con sus estudiantes.

—¿Es obligatorio tocarle?

Joshua Bennet mantenía las manos lejos de la cabeza del paciente, como si temiese que pudiera pegársele algo contagioso.

—Está en su pleno derecho a abstenerse de hacerlo. Pero también yo tendré total libertad para suspenderle. Todos somos adultos, ¿no es así?

El pelirrojo muchacho contuvo el aliento y su mano palpó el tumor a lo largo y se detuvo en el diente menos de lo que dura un instante.

—No ha sido tan complicado, ¿verdad?

Cuando por fin les llegó el turno a Theodore y Arthur, Goose se removía incómodo en su posición. No había ninguna camilla en la que tumbarse, solo la fría madera del escritorio de Lyle Crowle.

—Es fascinante. —Arthur se tomó su tiempo para examinar la protuberancia que ocupaba el lugar donde debería haber estado la oreja—. ¿Ha tenido problemas de oído?

—Leves —respondió entusiasmado Goose, contento de que alguien se dirigiese a él para conocer su experiencia—. Mi oído izquierdo es como el de un murciélago. Puedo oírlo todo sin necesidad del otro.

—¿Extirpará el diente? —Theodore se dirigió al profesor, que hacía guardia para asegurarse de que todos pasaran por la mesa para inspeccionarlo.

—Ya lo creo, señor Thorebourne. —Una enorme sonrisa le iluminó el rostro—. Tengo mucha curiosidad por ver de qué se trata en realidad, y si hay algo que podamos hacer con él una vez extraído de su cuerpo. Son grandes planes, desde luego. Será complicado, pero el resultado merecerá la pena, estoy seguro. Esperaba que su compañero me ayudase en este trabajo, por supuesto, si le interesa.

A Arthur le cogió por sorpresa su propuesta, pero aceptó tan rápido como un autómata.

—Desde luego, será un placer, señor.

—Estupendo, entonces.

El profesor dio una palma sonora al aire y varios estudiantes se acercaron para intentar incluirse en la conversación.

—Le avisaré cuando vayamos a llevar a cabo la intervención —concluyó.

Arthur tomó ese momento como la señal que estaba esperando para hablar con su tutor. En ese momento estaba obligado a escucharle, no podía escaquearse con la excusa de tener que ir a algún lugar.

—Profesor —se apresuró a decir Arthur—. ¿Le importa si hablamos un momento?

Una sombra de comprensión pasó por el semblante del doctor, que sabía adónde iba a llegar aquella petición.

—Claro, lo que necesite.

Dejaron a Theodore examinando el cuerpo del invitado. El único espacio del aula que no estaba abarrotado de alumnos era la puerta de salida. El profesor tomó la delantera y hacia allí se dirigieron.

—Si le preocupa saber si Alford Byron volverá a molestarle mientras trabaja —Crowle se adelantó a su pupilo, que se quedó con la palabra en la boca—, puedo asegurarle que no es necesario que lo pregunte.

—No es eso, señor. Solo es que no entiendo lo que sucedió.

—No me oirá nunca hablar mal de mis colegas, mucho menos de mis amigos, pero Alford tiene un temperamento difícil de controlar —dijo con el mismo tono de voz que empleaba en sus consultas

cuando tenía que dar un diagnóstico—. Estaba cansado después de un largo día de trabajo y esperaba encontrarme en el laboratorio para charlar. Mi querido compañero tampoco acepta de buen grado que los demás tengamos proyectos en los que no se le involucra. En este mundo la ambición es peligrosa, Arthur, ya ha visto lo que hace incluso con los buenos profesores.

—Daba la impresión de que había algo más.

—No debería preocuparse tanto por cosas que escapan a su entendimiento, señor Credge. Ahora lo único en lo que debería centrarse, más allá de sus estudios, es en el favor que le pedí que me hiciera. No había prisa, pero ahora se nos acaba el tiempo.

Arthur quedó a la espera de que desarrollase más aquello, pero no lo hizo.

—Me gustaría tener una respuesta en mi mesa cuanto antes. Espero que lo comprenda —se limitó a decir.

—Señor…

—No me habré equivocado con usted, ¿verdad, Arthur? No me gustaría haber cometido un error.

Fue como si un chorro de agua fría hubiera caído sobre el ego del discípulo. El profesor le estaba dando una orden bastante clara: si quería seguir en su equipo, tendría que mantener la boca cerrada.

—Por supuesto que no.

—Eso me parecía. —Lyle Crowle escudriñó el rostro de Arthur, buscando algún resto de desafío en él, pero no lo encontró—. Lo que sí que le pediría, señor Credge, es que, si Alford Byron o cualquier otra persona anduviesen haciéndole preguntas, me lo comunicara lo más pronto posible.

—Claro, señor.

—Es muy importante que lo entienda… —continuó, agarrándolo por los brazos, sin importarle que alguno de los demás alumnos los viera. Estaba tan cerca de él que podía ver sus ojos inyectados en sangre—, para el bien de la investigación. No quiero problemas ni más numeritos. ¿De acuerdo?

Arthur asintió y el agarre del profesor se fue aflojando, hasta liberarle.

—De acuerdo. ¿Eso es todo?

—Sí, profesor. No hay nada más.

Crowle no estaba satisfecho, pero se dio la vuelta, dejando a Arthur con una sensación de vacío en el pecho. Debería haberse imaginado una reacción de ese estilo, no solo no había querido tratar el tema con él, también rehuía a su propia sobrina.

Arthur le había ofendido y él había sacado las uñas, como un animal salvaje que defiende su guarida.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Theodore golpeó el brazo de Arthur cuando este regresó a su lado, pero su compañero se quedó en completo silencio.

No podía decirle la verdad a Theodore porque no la conocía.

Había llegado a un límite desconocido y no sabía cómo recuperar la confianza que un día había tenido en él. Necesitaba darle una respuesta pronto, quizá así las cosas volvieran a su lugar, a donde siempre habían estado.

—Bueno, se acabó la inspección. —Lyle Crowle había recuperado el buen humor que mostraba en sus clases, como si aquella conversación no hubiese tenido lugar—. ¿Alguien tiene un plan de ataque? Quiero oírlos. Si alguno de ustedes se encontrase con un caso así en la clínica, ¿qué haría para tratarlo?

30

Adeste amici, fruamur tempus bonum, epulemur laeti, vita dum parva manet

18 de febrero de 1857

La ciudad de Edimburgo se levantó con la noticia de otro asesinato días después de la aparición del cuerpo en el pasillo de la facultad, pero no consiguió despertar tanto interés como el primero.

Los periódicos de la ciudad reportaron el ataque a una mujer en el interior de la abadía de Holyrood, un edificio del siglo XII que ya había comenzado a fenecer por el paso del tiempo. Nadie estaba dispuesto a financiar la restauración de aquella hermosa construcción, pero que en ese momento acababa de sentenciarse para siempre. La espesa marca de un crimen era difícil de borrar, aun cuando durante siglos haya sido testigo del devenir de la historia de una gran ciudad.

Sin embargo, había dos razones por las cuales ese asesinato, aunque había ocurrido en un edificio emblemático, no había causado el mismo impacto en los ciudadanos que el primero, que tuvo lugar a las puertas de Teviot Place.

La joven de larga cabellera rubia era una prostituta huraña y solitaria que frecuentaba las calles de la periferia y evitaba cualquier conversación más allá del intercambio necesario para cumplir con su

trabajo. Estaba sucia y su aspecto era descuidado, desagradable. Nadie le habría prestado atención de haber pedido ayuda en mitad de Auld Toun, lo que la convertía en la víctima perfecta. No obstante, alguien había dado la alarma poco después de que ocurriese el ataque y las autoridades habían llegado cuando aún le quedaba un hilo de vida, aunque no la suficiente para que pudiera señalar a su asesino. Si el desconocido no hubiera corrido a notificarlo, habrían tardado días en encontrarla.

Por otro lado, estaba el factor Wheeler. Una pelea entre mendigos no era noticia, como tampoco lo era el asesinato de una persona que ponía su vida en peligro de forma constante. Sin embargo, el primer asesinato había tenido una víctima colateral, un hombre de alta cuna escocesa que estudiaba en la universidad más prestigiosa de las islas Británicas. La verdadera tragedia había sido que lo hubieran atacado a él, en la entrada de su lugar de residencia, rodeado de otros compañeros hijos de las familias más ricas de Escocia, no el asesinato a un indigente. Había víctimas que podían evitarse y muchas otras que habían firmado su destino incluso antes de nacer. Se podía proteger a las primeras, pero nadie se preocupaba por las segundas.

No se trataba de una cuestión de doble moral, era tan solo el reflejo de una sociedad tan acostumbrada a la violencia y la injusticia que era incapaz de ser crítica con los sucesos.

Fue una suerte que se encontrase el cuerpo antes de la nevada. Las lluviosas mañanas otoñales dejaron paso a un temporal de nieve y hielo que asoló todos los rincones de Escocia, y dio lugar a una bajada de la temperatura que muchos juraban no haber experimentado en años. En el tiempo que tardó el sol en volver a

salir, la ciudad entera había quedado sepultada por la borrasca, que se extendía por todo lo largo y ancho de Edimburgo. La abadía de Holyrood, el escenario del crimen, apenas era una silueta horas después de que las autoridades se llevasen a la fallecida, cubierta por una gruesa capa de nieve. Todo rastro del episodio violento habría desaparecido con el deshielo, como si nada de aquello hubiera sucedido.

De boca en boca, el rumor del hallazgo se fue extendiendo hasta penetrar en cada uno de los hogares de Edimburgo, hambrientos de nuevas historias.

Si alguien sospechaba que ese asesinato tenía algo que ver con los demás, no lo dijo en voz alta.

—¿Un cuchillo? ¿En un ojo? ¿De verdad? —Con sorpresa, sentado en su butaca habitual de la biblioteca, Theodore hizo un repaso mental de los casos similares que habían llegado a sus oídos—. ¿Así es como murió?

Los asesinatos de prostitutas siempre tenían una naturaleza violenta, pasional, pero los agresores preferían acabar con sus vidas de una manera menos sangrienta. La asfixia con las manos era su método predilecto, lo veían tan a menudo en la morgue que Theodore se había insensibilizado. Era un horror ver a mujeres tan jóvenes en una posición tan indefensa, destrozadas por la decisión que alguien había tomado por ellas.

Theodore recordó la imagen del primer cuerpo mutilado que le había mostrado el doctor Buckman. Una mujer, muy parecida a aquella, desnuda: otra prostituta a la que le habían robado la vida.

Los cuatro amigos ocupaban una mesa abarrotada de papeles en la biblioteca de la residencia. Esa mañana las clases se habían

cancelado por culpa del temporal, pero ninguno de ellos volvió a la cama para continuar durmiendo.

Un ejemplar de *The Scotsman* traído por un adolescente cubierto de nieve le llevó la noticia. Una, la cocinera de la residencia, le había hecho entrar con rapidez y no le permitió marcharse hasta que el té le hizo efecto y regresó a una temperatura corporal normal.

Aunque las carreteras eran transitables a pie les pidieron a los residentes que se resguardaran en Teviot Place y evitaran desplazamientos innecesarios. Los estudiantes no tenían más remedio que esperar hasta nueva orden, por lo que el periódico fue el único contacto con el exterior que tuvieron.

—¿Murió rápido?

—Le clavaron un cuchillo en el ojo, Alphonso —respondió Wheeler, molesto—. Seguro que no le dio tiempo a hacerse una infusión antes de caer fulminada en el suelo de la abadía.

—En el siglo XVI, un noble húngaro fue atacado y empalado con una lanza que le penetró por un ojo. Consiguió sobrevivir al menos un año entero antes de fallecer. —Arthur, muy interesado en su propia historia, hablaba más para sí mismo que para sus amigos—. No afectó a ninguna vena importante, ni siquiera al cerebro. Lijaron por ambos lados de la cabeza los extremos de la lanza para que le fuese más sencillo convivir con ella, y no le pasó nada más.

—El ejemplo perfecto de que, si te atraviesan con un objeto punzante, debes dejártelo dentro. Si intentas sacarlo, será mucho peor —dijo Theodore.

Alphonso silbó, impresionado.

—La próxima vez que alguien me empale con una lanza, haré caso de tu consejo, Theodore. Muchas gracias.

Wheeler hizo una reverencia, sentado en el reposabrazos de su asiento, con las piernas colgando de la butaca.

—Es siempre un placer ayudar a mis amigos con mi inmenso conocimiento.

—¿Sabemos algo más de lo que ha pasado? —preguntó Alphonso, devolviendo la conversación a su cauce inicial.

Theodore pasó las páginas del periódico buscando un reportaje más extenso, pero no lo encontró. Si habían descubierto algo más en la investigación, aún no lo habían hecho público.

—Solo que la policía llegó cuando aún seguía con vida. Así que, respondiendo a tu pregunta anterior, Alphonso, no, no murió con rapidez. Permaneció viva al menos un rato después de haber sido apuñalada.

—¿Se puede definir como apuñalamiento si ha sido en un ojo?

Wheeler tenía la boca llena de pan y lo preguntó cómo pudo.

—Creo que se puede llamar «apuñalamiento» cualquier cosa que implique clavar un cuchillo en el cuerpo de alguien, independientemente de si se trata de una extremidad o la cuenca ocular izquierda.

—¿Fue en la izquierda?

—No tengo ni la más remota idea.

La nieve había cubierto el alféizar de la ventana y la poca luz que se veía tras las nubes no llegaba a la biblioteca. En tan solo unos minutos, el espesor de la nieve había aumentado varios centímetros.

Un grupo de alumnos del primer curso de Veterinaria observaba la calle desde el interior, entre expresiones emocionadas. Los más valientes habían tomado la entrada de la residencia y la habían convertido en su campo de batalla personal. El hielo se había

apoderado de la acera y resultaba fácil resbalar al poner un pie en ella, pero era perfecto para la guerra de bolas de nieve.

—¿No os apetece disfrutar del estupendo día de hoy? —El joven rubio se incorporó en la butaca y se desperezó.

—Ya estoy disfrutando de él. —Arthur le mostró uno de sus dibujos, una cabeza de fémur realista. Había comenzado a pintarlo con ceras y completaba el boceto en carboncillo—. ¿Qué opinas?

—Es increíble.

—Ahora estoy disfrutando mucho más, muchas gracias.

Theodore se acercó a su compañero de habitación y examinó el dibujo por encima de su hombro.

—¿Vas a hacer eso con todos?

—Con todos y cada uno de ellos —afirmó Arthur. Había elegido un color anaranjado para sombrear su trabajo—. Si nos quedamos encerrados aquí varios días, pienso sacarles el máximo provecho posible.

—Arthur Credge no descansa, ni aunque el mundo esté a punto de acabarse. —Theodore pasaba aburrido las hojas de su trabajo—. ¿Creéis que pese a la tormenta seguirán trayendo el periódico?

Alphonso dejó el ejemplar que habían estado ojeando y lo estudió como si fuera la primera vez que veía un diario.

—¿Por qué? ¿Quieres saber si encuentran más información sobre la mujer asesinada?

Su amigo reaccionó con desgana.

—Es una manera de pasar el tiempo. —Recogió su abrigo, que descansaba sobre el respaldo de su asiento, y se dirigió hacia Wheeler—. ¿Salimos?

Un brillo de emoción se apoderó de él y se levantó antes de responderle.

—Me acabas de hacer muy feliz ahora mismo —dijo, ya en pie.

31
Officia feci pluribus

18 de febrero de 1857

Al otro lado de la ciudad, Victoria leía junto a la chimenea mientras la ventisca golpeaba los cristales del gran salón.

Hacía varias horas que Lyle Crowle había salido de su casa, se negaba a perder un día de trabajo a causa del temporal de nieve. En mitad del invierno era cuando más le necesitaban sus pacientes, le dijo a su sobrina, antes de pedirle que mantuviese la casa caliente. Todavía faltaban horas para que cayera la tarde, pero la joven había llenado la sala de velas para poder ver mejor.

«La nieve da una claridad extraña», pensó mientras pasaba las hojas del libro que tenía en su regazo. Toda la calle estaba iluminada, pero esa luz no era suficiente para que penetrara a través de las ventanas. Era como si la noche se hubiera apoderado del interior de la casa del profesor, sin previa invitación.

No había truenos que rompiesen el silencio, ni rayos que iluminasen el cielo, solo una claridad insuficiente.

Aunque estaba tranquila, Victoria esperaba que su tío llegase antes de que fuera noche cerrada. La ventisca no era peligrosa a la luz del día, y caminando, a fin de cuentas, el hospital no estaba muy lejos de allí, sin embargo, cuando cayera la noche, sería muy

distinto. Desde luego, había lugares peores que el Royal Infirmary de Edimburgo para quedarse encerrado durante varios días, pero conocía bien a su tío. Intentaría hacer todo lo posible por regresar a casa, incluso estando a merced de los elementos. No esperaría a que la tormenta amainara.

Odiaba el libro que estaba leyendo. Ni siquiera era un volumen encuadernado, sino uno de aquellos folletines que publicaban los periódicos dentro del número semanal. El doctor Crowle los había recopilado, paciente, arrancando las páginas del diario. Después, en lugar de esperar a que imprimiesen la historia completa, creó su propio ejemplar. Luego repitió el proceso hasta en cinco ocasiones más, con relatos diferentes. No era un trabajo sencillo, pero Victoria le agradecía el esfuerzo. Así podía releer las historias cuando quisiera, sin tener que buscar los folletines de cada uno de los capítulos en los periódicos.

No le gustaba lo que leía. Odiaba a los personajes y odiaba no poder visualizar el escenario en su cabeza. Detestaba cada una de las páginas sin que tuviera una razón de peso para ello. Solo sabía que las aborrecía.

Aún sumida en sus pensamientos, no prestó atención al sonido de la puerta al abrirse, así que, de pronto, vio a Lyle Crowle en la habitación, cubierto por una densa capa de nieve y mascullando debajo de la bufanda.

—¿Harías el favor de echarme una mano?

La voz del profesor la devolvió al plano consciente y dejó el libro sobre la repisa de la chimenea.

—Ten cuidado con eso, que no se queme —le advirtió el tío.

—No pasará nada —replicó la sobrina mientras le ayudaba a quitarse el pesado abrigo de piel de visón—. Confía en mí, viejo gruñón.

—Solo me ha molestado lo de viejo.

Al desprenderse del abrigo, la nieve acumulada que cayó sobre la alfombra del salón se derritió a gran velocidad.

—¡Seré idiota! No, no te preocupes, niña. —Crowle interrumpió el amago de Victoria de ir a por una escoba—. Ya lo hago yo, ha sido culpa mía.

Mientras su tío limpiaba, Victoria se acurrucó de nuevo cerca de la chimenea.

—¿Qué tal ha ido la mañana?

—He hecho bien en acercarme allí el día de hoy, mucha gente no ha podido hacerlo. —Recogió todo el hielo que pudo antes de que acabara de descongelarse. Al quitarse el sombrero tenía el pelo erizado, lo que le daba aspecto de gato enfadado—. He atendido a pacientes que en una situación normal no me hubieran correspondido y también nos han traído el cuerpo de aquella chica, para que le echásemos un vistazo.

—¿De qué chica estás hablando?

Lyle Crowle se desabrochó el chaleco y tomó asiento delante de su sobrina, con la mirada dirigida hacia el fuego.

—Claro, no has salido y no te has enterado. Han encontrado el cuerpo de una chica en Holyrood.

—¿En la abadía?

—Sí, en su interior. —También los bajos de los pantalones del profesor goteaban sobre la alfombra—. Una verdadera tragedia, era muy joven. La trajo la policía antes de que yo llegase, antes incluso

de que comenzase a nevar. Me gustaría saber cómo se han enterado tan pronto los periódicos, en todos y cada uno de los que he leído hoy publicaban la noticia.

«Si hay algo rápido en esta ciudad son los rumores», pensó Victoria, a quien no le sorprendía que los medios hubiesen sido los primeros en enterarse de lo ocurrido, incluso antes que el hospital.

—Primero el ataque en la puerta de la residencia de estudiantes y ahora dejan un cuerpo en pleno centro de Edimburgo —apuntó la muchacha, pensativa—. Tal vez sea mejor que no salgamos de casa por la noche.

—Vivimos tiempos violentos, Victoria. —El profesor se lavó las manos en el cuenco de agua helada que tenía delante del asiento y los dedos se le entumecieron—. Acabo de ayudar a dos madres a parir, pero ambos bebés han nacido muertos. No ha habido nada que hacer. Tiempos oscuros, desde luego. Muy oscuros.

—¿Y las mujeres?

—Han sobrevivido, pero no sé por cuánto tiempo. Espero que aguanten lo suficiente hasta que pase el invierno. Después, todo será mucho más fácil.

Para otro médico, habría sido una prioridad salvar a las criaturas, pero no para Lyle Crowle. Una mujer joven y viva podía tener más hijos, pero una criatura sin madre no era gran cosa. Si la madre moría, lo más probable es que el bebé lo hiciera también al poco tiempo. No obstante, muchos no estaban de acuerdo con ese planteamiento.

—Has hecho lo correcto al ir esta mañana, entonces.

—Yo también lo creo, aunque mañana no sé si tendré tanta suerte.

—¿Te apetece que prepare un té?

Antes de que pudiera responder, Victoria se dirigió a la cocina, encendió el fuego y colocó una tetera para hervir el agua. Su tío se lo agradeció en silencio.

—Te vendrá bien para recuperar el calor del cuerpo —dijo la sobrina.

Esperó a que la bebida burbujeara antes de servir las tazas y echó un chorro de leche a cada una de ellas. Al olerlo, Victoria sintió que se calmaba. Era como si la temperatura de la estancia hubiera subido de golpe con solo sostener la delicada taza entre las manos.

Al dársela a su tío, derramó unas gotas sobre su pantalón.

—Gracias, querida.

—Entonces ¿crees que no podrás ir al hospital mañana?

Victoria se mojó los labios con la bebida caliente, pero no bebió de ella.

—Imposible —negó el profesor con firmeza—. La tormenta no hará más que empeorar en las próximas horas. Nos esperan duras jornadas de nieve.

Aunque el viento seguía golpeando las ventanas, no había rastro de la tormenta de nieve, que parecía haberse tomado un descanso en aquel preciso instante. A Victoria no le pasó desapercibido.

—¿Cómo puedes estar seguro?

El profesor Crowle se limitó a dar un sorbo a su taza de té.

—Siempre sucede lo mismo, Victoria. Una vez que se desata la tormenta, es muy difícil que se detenga.

32
Regio posterior cruris

24 de febrero de 1857

—¿Otro más? ¿De verdad? —Hughie Buckman se hizo a un lado para que la camilla pudiera entrar sin problema a la habitación. También Theodore se apartó de la puerta.

El hombre le respondió con un gruñido que podía significar muchas cosas, pero no especificó a qué se refería con su falta de modales. El traqueteo de ruedas sobre el suelo era un sonido familiar en ese pasillo, pero aquellos días se dejaba oír con mucha más frecuencia de lo habitual.

El temporal de nieve había paralizado la ciudad durante seis días seguidos, al colapsar las carreteras e impedir la circulación por las calles del sur escocés. Los alumnos de la Universidad de Edimburgo, en especial los que habitaban en Teviot Place y las residencias cercanas al campus, no habían tenido la necesidad de abandonar la calidez de sus habitaciones durante la semana que iba durando la ventisca. Las clases continuaron canceladas y las prácticas que realizaban en el hospital y en los laboratorios se aplazaron hasta que llegara la calma. Los negocios también cerraron, en vista de que su clientela habitual no podía desplazarse para ir a los comercios.

Edimburgo se había convertido en una ciudad fantasma en tan solo unos pocos días, sin rastro del jaleo que la caracterizaba.

Por fortuna, había dejado de nevar todos los días, algunos simplemente llovía. Era un verdadero alivio para profesores y estudiantes, que anhelaban abandonar las cuatro paredes de las que no habían podido escapar. El poco agua que cayó, sumado al esfuerzo de algunos ciudadanos con las palas, sirvió para que empezaran a despejarse las calles de la ciudad.

A medida que la nieve fue desapareciendo, los cuerpos comenzaron a aparecer en las calles de Edimburgo.

La mujer encontrada en la bahía de Holyrood volvió a convertirse en un tema candente para todos los ciudadanos, gracias al hallazgo de otros dos cadáveres, un hombre y una mujer, también apuñalados y sin señales de forcejeo. Aunque ninguno de ellos fue encontrado en el interior de un edificio histórico, sino en el centro de la ciudad, abandonados a su suerte en mitad del temporal.

—Es difícil estimar la fecha de la muerte con el temporal que acabamos de atravesar. —El doctor se apresuró a ponerse manos a la obra, sin tiempo que perder en saludos y nimiedades—. El hielo es el mejor conservante que conoce el hombre. Podemos discutir sobre si han pasado horas o semanas desde que han fallecido y jamás sabremos cuál de las dos es la opción correcta, por mucho que nos propongamos averiguarlo. Es un caso perdido, me temo.

—¿Quiere que los llevemos directamente al cementerio? —El sepulturero, un anciano de brazos fuertes y nariz aguileña, visitaba con frecuencia a Hughie Buckman. Aquellos días más de lo que habitual.

Sentía una verdadera curiosidad por el trabajo del profesor y siempre trataba de hablar con él. A fin de cuentas, ambos solían pasar más tiempo con los muertos que con los vivos. Se comprendían el uno al otro.

—No, déjenlos aquí. Pueden ser útiles para cualquier otra cosa. No estamos en condiciones de rechazar cuerpos en tan buen estado.

—Tres cuerpos sin reclamar en una semana es una suerte poco habitual para ustedes. Deben de estar contentos —remarcó el recién llegado.

—Agradezcamos que este sea un acontecimiento poco común por aquí, mi buen señor —le rectificó el profesor—. Que haya pocos cadáveres en la universidad solo significa que hay mucha gente muy querida ahí fuera por la que alguien vela.

Condujeron las camillas hasta el centro de la habitación y cerraron la puerta tras ellos.

—¿Les ha pasado lo mismo que a la otra? —El sepulturero estiró el cuello para ver mejor los cuerpos bajo las sábanas.

—Sí, eso parece. La causa de la muerte ha sido un ataque frontal con un cuchillo o un objeto similar.

—¿Y aun así les resultan útiles?

—Una herida punzante no es suficiente para malograr un cuerpo entero. Nuestros alumnos aceptarán de buen grado a cualquiera de estas dos pobres almas para su aprendizaje, y también el que tengo aquí. —El profesor masajeó la pierna derecha del primer desconocido, el hombre—. Aunque… puede que haya pasado usted algo por alto.

El doctor Buckman regresó a su escritorio para recoger sus herramientas de trabajo. Con el bisturí y un martillo en la mano,

Hughie Buckman se apresuró a tirar al suelo la sábana que cubría al individuo que estaba estudiando.

—Ayúdeme, Theodore. Vamos a darle la vuelta.

Haciendo caso a su tutor, Theodore colocó las manos en la lumbar del desconocido para ponerlo de espaldas. La lividez del cadáver, como había aventurado el profesor, no les daría ninguna respuesta sobre su asesinato. No importaba lo que dijese el estudio visual, nunca llegarían a una conclusión satisfactoria.

El bajo de la espalda presentaba el mismo tono oliváceo que el resto del torso, consecuencia de la exposición al frío y del hematoma que podría haber aparecido tras recibir un golpe poco antes de fallecer.

Theodore siguió examinando el cuerpo despacio, sin dejarse un solo centímetro de piel, hasta que lo vio. De su boca no salió ningún grito, pero su expresión de sorpresa fue suficiente para alertar de que algo sucedía.

—¿Qué es eso? —preguntó, a pesar de que la respuesta era evidente.

Detrás de la pierna derecha, en el lugar donde el músculo se une con el tobillo, el desconocido tenía una costura. No una pequeña puntada para cerrar una herida, sino un gran cosido quirúrgico que lo atravesaba de arriba abajo.

Hughie Buckman no sintió la necesidad de volver a acercarse al cuerpo postrado en la mesa.

—Esto —dijo— es un trabajo burdo, ejecutado por un carnicero. Quienquiera que se lo haya hecho merecería estar en la cárcel y no acercarse nunca más a un ser humano.

—Es una salvajada.

—Está vacío. No hay nada dentro —observó el doctor, sorprendiendo a Theodore—. Compruébelo, señor Thorebourne. Coja la cuchilla, hágame el favor.

El sepulturero siguió con atención los movimientos del joven al atravesar la habitación. Theodore sabía que tenía todas las miradas sobre él, pero no comprendía la petición del doctor. Sobre el escritorio del médico descansaba su colección de bisturís, no obstante, la urgencia de Hughie Buckman le hizo pensar que aquel caso demandaba algo de mayor tamaño. Las cuchillas de barbero se utilizaban en los procedimientos quirúrgicos casi con tanta frecuencia como los instrumentos pensados para el trabajo más minucioso. Los cortes limpios solo podían permitirse en momentos de calma, una mala cicatriz era un precio más que justo que pagar por continuar con vida.

—Hágalo usted, Theodore. Me gustaría verlo desde aquí.

El estudiante realizó el recorrido contrario hasta regresar de nuevo a la mesa. A su espalda, el cuerpo de la mujer parecía observarlo con curiosidad, tan pendiente de él como lo estaban los dos hombres que le acompañaban aquella mañana.

—De acuerdo.

Había una gran diferencia entre cortar la piel con una cicatriz y deshacer puntadas. No importaba si estaba arrugada, si era tersa y firme o si, como aquella, había pasado tiempo expuesta al frío, la piel siempre era fácil de trabajar. Tenía una cadencia específica, un tacto que solo los que estaban familiarizados con ella conocían. Como muchos estudiantes, Theodore había comenzado sus incisiones en cuero, pero no acababa de asemejarse a la piel real,

fresca. Una vez que se experimentaba lo que significaba tocarla, era complicado olvidarlo.

Cuando puso las manos sobre la pierna del desconocido, comprendió a qué se refería su tutor.

Levantó la cabeza buscando una respuesta, pero el profesor Buckman negó con un gesto que le indicaba que siguiera. La cuchilla se enganchó con el hilo que habían usado para cerrar la herida, aunque no hacía falta tocarlo para darse cuenta de que era de mala calidad. No era material pensado para hacer ese tipo de intervenciones.

Theodore liberó por completo la pierna del hilo que mantenía la herida cerrada y descubrió una maraña de hueso, madera y algodón en su interior.

—¡Por todos los demonios del infierno! —El sepulturero se había aproximado a él con sigilo, y Theodore no se había dado cuenta de que estaba tan cerca—. ¡No hay nada!

No había una mejor manera de describirlo.

El lugar donde deberían haber encontrado los músculos de la víctima estaba hueco. No había músculos, ni tendones, ni grasa. Solo quedaba el hueso, rodeado de basura que no debería haber estado allí. La habían usado para darle forma de nuevo al cuerpo.

—Si la costura ya era una carnicería, esto debería mandar a quien lo hubiera hecho directo a la horca sin un juicio justo. —El profesor parecía impresionado, no solo porque su discípulo tenía razón. No había necesitado más que unos segundos para comprender que allí faltaba algo—. Le han dejado limpio, la pierna es solo una carcasa. —Retiró con cuidado parte del algodón—. En este caso, el remedio ha sido mucho peor que la enfermedad. Me sorprende que no haya

signos de infección, el pobre hombre debió de perder la vida justo antes de que su cuerpo se volviese contra él.

«O ha sido después». Un reguero de sudor frío se apoderó de la espalda de Theodore. Ese trabajo se había tenido que realizar justo antes de que el fallecido muriese… o justo después. No había sangre en la herida, pero podrían haberla limpiado antes de introducir todo lo demás. Aunque el doctor Buckman parecía seguro de qué era lo que había sucedido, él no lo estaba.

Tenía razones firmes para creer que a aquel pobre hombre lo habían cosido nada más perder la vida. Dudaba de que aquello hubiera sido un intento de curarle o ayudarle, lo había hecho alguien que practicaba con seres humanos como si fuesen material universitario.

Theodore estaba convencido de que tenía razón, pero decidió mantener la boca cerrada. Si el profesor Buckman no había querido escucharle cuando le manifestó sus miedos e inquietudes, tampoco lo haría allí, delante del público que los observaba mientras trabajaban.

—Con médicos así sueltos —el invitado observó—, es mucho más sencillo mi trabajo.

—Desde luego, tiene usted un trabajo envidiable, mi buen señor. Jamás se morirá de hambre. Los demás no podemos decir lo mismo.

La idea de pasar una solitaria noche en el cementerio de Edimburgo superaba con creces todo lo que Theodore estaba dispuesto a hacer, incluso las ilegalidades.

—Tampoco yo me cambiaría por usted.

—¿Cree de verdad que nos quedaremos alguna vez sin trabajo, señor? —Theodore supo la respuesta antes siquiera de plantear la

pregunta, pero necesitaba desviar la atención de la pierna y de todo lo demás.

—Creo que siempre encontrarán una manera de darnos material con el que trabajar, querido señor Thorebourne. Los médicos somos uno de los pilares de la sociedad civilizada. Sin nosotros, la gente moriría y nadie haría nada por evitarlo. Además, no todos tienen la suerte de que alguien se preocupe por ellos después de su muerte. Creo que no me equivoco cuando afirmo que siempre habrá un cuerpo esperándonos en esta mesa, de una manera u otra.

El pesado silencio se apoderó de la habitación, cubriéndola con un manto de pesadumbre.

—Hemos acabado por ahora —anunció el doctor—. Lleve el cuerpo de la mujer a la universidad, lo dejaremos tal como está. Creo que mis compañeros lo preferirán de una sola pieza. Será más útil que en mi mesa.

—Como usted quiera. —El sepulturero se aferró a la sábana que cubría el cuerpo de la paciente desconocida—. Es un buen ejemplar.

—Desde luego, lo es. Espero que no tengamos que vernos en mucho tiempo, caballero.

—Todo depende de la nieve, es más fácil encontrar cadáveres en esta época del año.

Conmocionado por su teoría, Theodore no prestó atención a sus propios movimientos y con un estruendo se le cayó de las manos la cuchilla que había usado para abrir la herida. Hughie Buckman y el sepulturero conversaban ya en el pasillo, ajenos a su torpeza.

El joven se limitó a observar el filo del instrumento, que le devolvía una mirada juzgadora pidiéndole ayuda.

33
Salix

24 de febrero de 1857

Aunque el temporal había amainado, las calles seguían siendo difíciles de transitar.

La consulta de Arthur estaba sumida en un silencio nada habitual en los días de trabajo. Los pocos pacientes que habían acudido al hospital habían preferido una visita rápida, deseosos de regresar al calor de sus casas. No obstante, quienes podían permitírselo habían optado por pedir que un médico fuera a atenderlos a sus domicilios. En menos de una hora, Arthur había recetado todos los fármacos que le habían pedido y curado todas las heridas abiertas que le esperaban tras la ventisca, así que había tenido que salir.

En días como aquel habría preferido aburrirse. El gélido viento, que no había abandonado Edimburgo, le cortaba la piel de la cara mientras se dirigía a la morada del primero de sus pacientes. Durante toda la mañana, los familiares habían ejercido de mensajeros y, desesperados, habían pedido la visita de un profesional en sus casas. El frío repentino encontró la ciudad con las defensas bajas y el número de enfermos se había desbordado en la semana que habían permanecido encerrados. Por esa razón, a Arthur le encargaron hacer trabajo de campo.

—Aguanta, campeón. Solo será un momento.

El paciente asintió, con lágrimas en los ojos. Había comenzado a llorar antes de que Arthur pudiera acercar la aguja a su piel.

No tardaría más de treinta segundos en coser la herida, si el niño se mantenía quieto. La familia vivía a las afueras de Auld Toun, en una de las casas antiguas recién reformadas. Con su apellido, podría pagar todas las visitas del médico que fuesen necesarias.

El pequeño se había hecho un profundo corte en la pierna derecha jugando en el salón, dos días atrás. Su madre, embarazada de nueve meses y a punto de explotar, había intentado contener la herida. Los remedios caseros, si se administraban bien, podían ser útiles en situaciones como aquella, en la que no podían desplazarse hasta el hospital. Aunque todavía no era capaz de sentir sus manos, entumecidas por el frío, Arthur inspeccionó el corte. No tenía un aspecto terrible, pero si no se curaba como debía acabaría por infectarse.

—¿Qué edad tienes?

—Cinco años, señor. —A Arthur le gustaba que los niños se dirigieran a él de manera tan formal.

Era demasiado pequeño para arriesgarse con una dosis grande de opio o un derivado de este. Una infusión de corteza de sauce era mucho menos efectiva y sabía mucho peor, pero los efectos secundarios no eran tan frecuentes en niños. Puede que se quejase, pero estaba dispuesto a correr el riesgo y a trabajar con más incomodidad.

Su paciente se bebió la infusión sin pestañear y sin una sola queja. «Un niño muy bien educado», pensó.

—Aguanta la respiración todo lo que puedas y mira por la ventana —le indicó, e introdujo la aguja en la pierna del chico, que soltó un quejido—. ¿Qué ves? ¿Sigue nevando?

Como si le hubiesen encargado la misión de un gran explorador, el pequeño analizó todos los puntos del ventanal, para comprobar que no quedaba ni rastro de la nieve.

—Ya no, señor.

Por suerte, la herida, aunque profunda, no era muy grande. Con un par de puntadas estaría cerrada por completo y sería difícil que se infectase. Su diminuta pierna se contraía al ritmo de los movimientos de Arthur y temblaba ligeramente.

—Listo, campeón. ¿Verdad que no ha sido para tanto?

—¡No me ha dolido nada! Muchas gracias.

Arthur se dijo a sí mismo que era muy afortunado por que esa fuera la última consulta del día. Un trabajo rápido, aunque el resto de la jornada hubiera resultado más dura, le permitía regresar a casa con la sensación de que todo estaba bien.

Además, la casa del pequeño paciente se encontraba cerca del hospital. Era obligatorio que todos los alumnos en prácticas que tomasen material del Royal Infirmary lo devolvieran a su lugar al final del día. La universidad no podía permitirse invertir en reemplazar todos los productos perdidos, así que, en caso de que eso ocurriera, multaba a los estudiantes. La mayoría tenía dinero, no suponía un problema para ellos, pero sí un golpe bajo para su orgullo.

Arthur dejó sobre la mesa del escritorio el maletín de trabajo. La consulta estaba a oscuras, de modo que encendió la única lámpara

de gas que había en toda la habitación. Antes incluso de que pudiera deshacerse de su abrigo, alguien golpeó a la puerta.

Sorprendido, se apresuró a abrir. No se había cruzado con nadie conocido en todo el camino.

—Hola…, no sabía si habrías vuelto. —Theodore apareció por la puerta en mangas de camisa, sin chaqueta ni chaleco.

—Si llegas a llamar dos minutos antes, no me habrías encontrado. —Arthur le hizo pasar, no sin antes colgar el abrigo en el perchero—. ¿Qué haces aquí?

—Acabo de terminar la sesión con Hughie Buckman.

—¿Ahora? —Se apresuró a mirar el reloj, confuso—. Pero ¿qué hora es?

—Tarde. Llevo aquí desde primera hora de la mañana.

Arthur se sentó sobre la mesa, junto a su maletín.

—¿Para qué? ¿Tantos cadáveres se han acumulado por el frío?

—Has dado justo en el clavo. Hasta que nos hemos puesto al día no ha dejado que me marchara. —Tenía las manos rojas, pero no por el frío—. ¿Quién iba a decir que el inventario era mucho más complicado cuando nadie pone un pie allí en una semana? Jamás lo hubiera adivinado.

El sarcasmo con el que pronunció estas palabras no era impostado, estaba cabreado, se le notaba.

Theodore se sentó en la silla destinada a los pacientes, justo delante de la mesa.

—Y yo que pensaba que había tenido un mal día.

Su compañero de habitación parecía haber envejecido diez años de golpe.

—¿Quieres hablar de algo? —inquirió Arthur, sin apartar la vista del ceño fruncido y la expresión socarrona de su amigo.

Creyó que Theodore analizaría su propuesta, pero este la desechó al instante, casi molesto.

—Para nada, necesito largarme de aquí cuanto antes.

—No tienes buen aspecto —apuntó Arthur.

—Creo que de momento puedo vivir con ello.

Theodore se arrepintió de sus palabras nada más pronunciarlas. Sabía que su amigo no tenía la culpa de nada de lo que le había ocurrido, pero no supo cómo controlar sus emociones, embriagadas de cansancio.

—Perdona.

—Hazme un favor, ¿quieres? Cuando te decidas a contarme qué te pasa, hazlo. Pero no te entretengas fingiendo que no pasa nada. Te conozco demasiado para que te salga bien. —Su tono era severo, pero mantenía la calma. Le costaba enfadarse con él, incluso cuando se comportaba así—. Venga, vámonos. Me gustaría estar en un lugar donde nadie me pregunte nada ni se atreva a levantarme la voz.

Arthur se puso en pie y cerró el maletín tras comprobar que todo estaba en orden. Devolvió la llave a su bolsillo después de guardarlo en el armario, junto con el resto de las pertenencias del hospital. El calor de la lámpara le daba solo en un lado del rostro y se había sonrojado.

Theodore se revolvió en su silla.

—¿No nos íbamos? —dijo.

—Lo más rápido que podamos —respondió Arthur.

34

Ut ignis aurum probat, sic miseria fortes viros

25 de febrero de 1857

—¿Quema?

Wheeler estaba sentado justo delante de Alphonso, que acababa de hacer una mueca de dolor.

—Arde —le confirmó su compañero, dejando la taza de café sobre la mesa—. Y está asqueroso.

—No hay una forma mejor de comenzar bien el día.

Con un tono de voz aniñado y cantarín, Wheeler se aferró a la taza de té con leche. A pesar de lo dicho, ya habían pasado varias horas desde que el día había comenzado; las butacas vacías de la biblioteca eran un recordatorio de ello. Muchos de los alumnos aún estaban en clase, mientras que otros, como Wheeler, Alphonso y Theodore, ya habían terminado.

Alphonso bajó su taza de café al suelo, no tenía intención de darle un sorbo más. La expresión de desagrado en el rostro no respondía tan solo al pésimo sabor de la bebida. Estaba intranquilo, se tocaba el pelo sin descanso y garabateaba en su cuaderno sin apartar la mirada del papel.

—¿Todo bien? —Theodore posó la mano sobre las hojas en las que estaba trabajando su amigo, con cuidado de no romper nada.

El estudiante de Veterinaria asintió, sin quitar la vista de los dedos de Theodore.

—Sí, no te preocupes. Creo que, si me doy prisa, antes de la primavera podré acabar algo de todo lo que se me ha acumulado. Es pan comido.

—¿Tanto trabajo atrasado tienes? —cuestionó Wheeler, curioso.

—¿Estás trabajando a deshoras? —intervino de nuevo Theodore.

—La verdad es que no duermo mucho. —Alphonso se alejó todo lo que pudo de sus amigos, llevándose consigo la libreta—. Tampoco es un buen momento para ponerme al día con la maldita nevada pisándonos los talones.

Theodore y Wheeler aguardaron a que su compañero continuase hablando.

—Las heladas han fulminado a muchos animales callejeros y tenemos que ir a recogerlos por toda la ciudad.

—¿No hay nadie más que se encargue de eso? —Wheeler no podía imaginarse peor manera de pasar las horas muertas—. ¿No hay barrenderos o basureros para hacerlo?

—Claro que los hay, pero la universidad no quiere desaprovechar la oportunidad de obtener material en buenas condiciones —repuso, azorado—. No solo para nosotros, para vosotros también. Si se pueden ahorrar la compra de cerdos durante unos meses, lo van a hacer. Hay todo tipo de animales silvestres ahí fuera.

Theodore tuvo una espantosa sensación de *déjà vu* por culpa de su amigo. Le vino a la mente la clara imagen de la pierna magullada, seccionada y corrupta, aún tensa por el tiempo que había pasado expuesta al repentino frío hibernal.

—Si te sirve de consuelo, nosotros estamos igual en el hospital. —Un corte firme, el chasquido del hilo al romperse, la tibieza de la piel que ha desaparecido—. En los últimos días han llegado más cuerpos de los que había visto acumulados jamás. No damos abasto con todo.

—¿Por el frío o también ha habido asesinatos como el de la mujer de Holyrood?

—Ambas cosas. —Receloso, Theodore se lo pensó un momento antes de responder a Wheeler, pero sabía que no merecía la pena tratar de ocultar nada. La gente hablaba, sobre todo los alumnos, y él no era el único estudiante que trabajaba en los sótanos del Royal Infirmary—. El otro día llegaron dos cuerpos. Un hombre y una mujer, apuñalados.

Un brillo de interés que ya había visto en otras ocasiones apareció en los ojos de Wheeler.

—Con el frío aumentan los casos de violencia, ¿no es así? —preguntó Alphonso.

—Sí, pero nunca tanto como este año. Supongo que ha sido por la nevada, demasiado imprevisible. Demasiada… gente encerrada a solas con sus pensamientos.

—No todos tienen la suerte de haberse quedado atrapados en un edificio de lujo sin preocupaciones y con sábanas limpias.

Wheeler sorbió el té haciendo un ruido desagradable. Sus amigos se giraron hacia él, molestos.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto.

—¿A qué te refieres? —Theodore notaba una mala sensación que provenía de las palabras de Wheeler, había algo que no le gustaba en absoluto.

—A ver, es obvio, ¿no? —dijo Wheeler, como si fuera evidente—. Igual que todas las veces anteriores, las víctimas han sido vagabundos y prostitutas, ¿no es así?

—Sí.

—Por eso no es ninguna tragedia. —Wheeler no terminaba de comprender por qué sus amigos no decían nada—. No merece la pena preocuparse, es mejor para nosotros. Más cuerpos con los que trabajar. Al menos son útiles para algo.

Alphonso se estremeció en su asiento, como si alguien le hubiese golpeado con fuerza en el estómago.

—Eh. Ten un poco más de respeto —advirtió a su compañero de habitación.

Wheeler enrojeció hasta la coronilla, repleta de pelo rubio.

—No lo dirás por mí, McMillan. —Su tono de voz daba señales de peligro.

—¿No se supone que quieres ser médico?

—Sí.

—Pues ya está. ¿Qué clase de médico pone la vida de unos por debajo de la de otros? No dejan de ser seres humanos y has prometido salvarlos, creo que no se especificaba la clase social en el contrato.

—En ningún momento he defendido el asesinato, solo creo que a nadie puede sorprenderle que estas cosas sucedan —insistió, con un deje de desprecio. Alphonso no sabía si era por él—. Esta gente malvive en la calle, no tiene escapatoria. Por eso digo que tal vez sea mejor así, ellos dejan de sufrir y nosotros tenemos trabajo. Todos ganamos.

Normalmente Alphonso era un chico calmado, la mayoría estaba de acuerdo en eso. En ese momento, sin embargo, no era este su estado, más bien al contrario, tensaba los puños y contraía los dedos con tanta fuerza que los nudillos eran solo una imagen difuminada blanquecina. Todo su cuerpo estaba rígido, desconectado del mundo que le rodeaba, pero no de Wheeler.

Su mejor amigo no estaba allí. Delante de él solo había un necio egocéntrico que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Wheeler, ¿te estás escuchando? ¿Has perdido la cabeza?

—Creo que eres tú el que no quiere oír lo que estoy diciendo, Alphonso. —El hilo de voz de Wheeler se transformó en sorna.

—¿Ah, no? Pues explícamelo.

—Lo haré encantado.

Hay señales de lo que va a ocurrir antes de que se desate una tormenta. En el mar, las olas viran inquietas, indicio inequívoco de que algo está a punto de pasar; en el bosque, se oye el rumor de los árboles, el zumbido incesante de todas las criaturas que habitan en él, a la espera de que llegue el temporal. Eso mismo sintió Theodore que iba a suceder entre sus dos amigos, demasiado absortos el uno en el otro para darse cuenta de lo que estaba a punto de desencadenarse.

A veces, solo pasan unos segundos entre el momento en que se notan las señales y el instante en que comienza la tormenta. A veces, es demasiado tarde cuando te das cuenta de que está descargando toda su furia sobre ti.

Hay cosas que no pueden evitarse, pero Theodore creía con firmeza que podía detener aquello.

—Vale, calmaos los dos ahora mismo. —Theodore se levantó de la butaca y los pocos residentes que estaban allí se giraron para mirarlos—. Se acabó.

Las últimas semanas todos los observaban más de cerca, era como si atrajeran los problemas. Primero el ataque de Wheeler, luego Arthur delante del cuerpo del pasillo y ahora esto.

—Solo estamos hablando —se defendió Wheeler.

—A mí no me lo parece —Theodore le mantuvo la mirada, desafiante—. Hablo en serio. No me hace ninguna gracia.

—¿Quién se está riendo?

—Cierra la boca, Wheeler —volvió a intervenir Alphonso.

—Solo si podemos tener una conversación civilizada.

—¿Sí? ¿Y quién va a venir para hacerlo? —Con movimientos exagerados, Alphonso simuló que buscaba a alguien por la habitación. Si vio a sus compañeros mirando, no le importó—. Porque está bastante claro que tú eres incapaz de ello.

—¿Te están pagando para ser moralista? ¡Si te dedicas a desollar bestias, por el amor de Dios!

Wheeler flexionó sus rodillas hasta quedar a la altura de su compañero de habitación. Alphonso se contuvo para no escupirle en la cara.

—No quiero seguir manteniendo esta absurda conversación —zanjó Alphonso, separándose de él.

El murmullo en la biblioteca comenzó de nuevo.

—Estás siendo ridículo, Al. Habla conmigo.

—Nos vemos en la cena, Theodore —ignoró a su amigo con toda la dignidad que le fue posible. La tormenta seguía allí, Theodore

podía verla, pero algo la había aplacado—. Necesito echarme un rato.

Cuando las pisadas de Alphonso se alejaron, Wheeler se derrumbó en el asiento. Volvía a parecer un niño, demasiado pequeño para defenderse y rectificar.

—No ha sido para tanto, ¿no crees? —Wheeler no parecía percibir la poca paciencia que le quedaba a Theodore—. Está exagerando.

—No me parece que haya sido algo demasiado acertado por tu parte —confesó.

—¿Tú también?

No sabía por qué se sentía tan atacado, pero no lo pudo evitar.

—Ha sido una verdadera bestialidad, Wheeler.

—Me da igual lo que digáis. —El muchacho rubio imitó a su compañero de habitación y decidió marcharse—. Sé que pensáis lo mismo que yo, pero os da miedo confesarlo en voz alta. En el fondo sabes que es algo bueno para nosotros tener a nuestra disposición tantos cuerpos servidos en bandeja sin tener que ir a buscarlos. No lo admitirás, pero sabes que tengo razón. Incluso Arthur estaría de acuerdo conmigo.

Ambos dejaron a Theodore a solas en la biblioteca, mientras el resto de los alumnos le despedazaban con la mirada, preguntándose qué había ocurrido para que las cosas hubieran acabado tan mal.

35
Ab imo pectore

3 de marzo de 1857

Transcurrida una semana tras el fin de la ventisca seguían limpiando la nieve del camino. Para decepción de todos (en especial de Arthur, que tuvo que seguir con las visitas a casa de los pacientes), el frío no se marchó con las nevadas; no solo se quedó en la ciudad, sino que congeló los restos de ella que quedaban, lo que dificultó el retorno a la normalidad.

En un abrir y cerrar de ojos, todos habían visto cómo sus vacaciones se convertían en un aumento de la carga de trabajo, que apenas conseguían retomar. En las entradas de Edimburgo se acumulaban grandes cantidades de nieve sucia y helada que ni las lluvias intermitentes habían podido fundir, lo que otorgaba a la ciudad entera una sensación de inmundicia. Incluso parecía más deshabitada que los días en los que nadie había abandonado la seguridad de sus casas.

Arthur nunca creyó que vería a tanta gente deseando que lloviese a mares, con fuerza.

Un aguacero habría facilitado la limpieza de la ciudad: la nieve y el hielo se derretirían y el hedor putrefacto de la muerte que

acompañaba Auld Toun se iría con ellos, abandonando la capital escocesa para siempre.

La mayoría estaba de acuerdo en que la ventisca tuvo la culpa de todo lo que había mantenido despierta a Edimburgo durante aquellas semanas. Al menos tres cuerpos más fueron encontrados en las inmediaciones del Royal Infirmary, que no conseguía dar abasto para procesarlos con sus empleados. Uno de ellos pertenecía a una mujer de poca altura y con la piel cubierta de verrugas, que había sido degollada y despiezada con una violencia impropia incluso de los ataques más feroces. Según los periódicos, cuando llevaron el cuerpo desconocido al cementerio, les dijeron que ya había estado allí. Alguien había abierto su tumba y había depositado sus restos en el patio trasero del hospital; no había testigos que pudieran dar testimonio de lo ocurrido.

Arthur se preguntó en varias ocasiones por qué, de todos los hospitales que había en la ciudad, el suyo era el único que recibía ese tipo de mensajes macabros.

—Será por el cuerpo de la facultad —sugirió una mañana Alphonso mientras desayunaban, después de que sus amigos le pusieran al día de lo que estaba sucediendo en el mundo de la medicina—. A alguien le habrá parecido gracioso imitarlo y ha decidido dar un paso más.

—¿Y era necesario despiezarlo? —preguntó Arthur frotándose los ojos.

—Todo el mundo ha visto ya un cadáver. Necesitaba algo más para que se hablase de él.

No se había molestado en preguntárselo, pero Arthur estaba bastante seguro de que Theodore tenía una respuesta distinta.

Su compañero de habitación se había mantenido de mal humor desde la conversación que había presenciado entre Alphonso y Wheeler, a quien habían dejado de hablar desde entonces. Aunque su amigo no les había pedido que se posicionasen y ninguno de los dos estaba en realidad cabreado con él, creían que su comportamiento se asemejaba al de un crío caprichoso más que al de un hombre hecho y derecho.

No le habían retirado la palabra en un principio, pero el simple gesto de que se acercaran a hablar con Alphonso lo había interpretado como una prueba de que estaban contra él, y no importaba lo que le dijesen sus amigos. Para Wheeler, ellos habían tomado su decisión, y Arthur y Theodore no estaban dispuestos a andarse con tonterías.

Alphonso, por su parte, había compartido con ellos su intención de no volver a hablarle hasta que al menos se dignara a disculparse.

—Estoy harto de tener que ir detrás de él como un idiota siempre que se cabrea. Por una vez merezco ser el que no decide perdonar primero. Si no es capaz de hacerlo, no me interesa ser su amigo.

Dormían en la misma habitación todas las noches, eso no había cambiado ni iba a hacerlo a esas alturas del curso, pero ni viviendo a escasos centímetros uno de otro habían logrado reconciliarse.

Aun así, Arthur sospechaba que lo que sucedía con Theodore iba más allá de una simple discusión, por muy fuerte que hubiera sido, en la que ni siquiera él había participado. Sabía que había mucho que no le había contado, incluso desde el día que había ido a verle a su consulta. También estaba convencido de que Theodore sabía que él lo sabía, pero estaba demasiado ocupado fingiendo que no se daba cuenta para evitar hablar de ello con seriedad.

Si había un momento en el que su grupo de amigos dejaría de serlo, desde luego iba a ser ese.

Mientras tanto, Arthur había seguido con su plan de dibujar hasta el último resto humano del laboratorio, buscando una respuesta. Tal vez el comportamiento de sus amigos no fuese más que un misterio para él, pero entendía de medicina. Era bueno en lo que hacía e iba a demostrarlo, aunque se pasase haciendo bocetos hasta Pascua.

Por su parte, Victoria cada vez pasaba más tiempo en el laboratorio, incluso cuando él no estaba. Al regresar Arthur, todo se encontraba en su lugar, a excepción de los huesos que pidió prestados a su tío. Después de varios días, se dio cuenta de que la muchacha siempre repetía el mismo patrón: llegaba por la mañana cuando todos ya habían entrado en clase, abría el armario donde guardaban el osario y se iba mucho después que él. Sin embargo, nunca tocaba los restos de la mesa si no estaba Arthur presente. Cuando se dio cuenta, decidió preguntarle al respecto.

—Sabes que puedes examinarlos, ¿verdad? —le dijo una tarde después de recoger. Llegaba tarde a cenar, pero ella no mostró apuro por marcharse—. Confío en ti, sé que no les va a pasar nada. Si quieres estudiarlos, no me enfadaré.

No había sabido interpretar qué se le estaba pasando por la cabeza en aquel momento, pero los pensamientos de Victoria no cesaban.

—No es eso. —Sentada en el suelo, con el vestido negro cubierto de polvo de hueso, parecía que meditara—. No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

La muchacha había señalado el montón de folios que Arthur acababa de recopilar.

—No sé muy bien en qué momento accedí a trabajar en esto contigo, pero lo he hecho, así que supongo que ahora no tengo escapatoria. Tú te estás esforzando en encontrar nuevos métodos para dar con el diagnóstico, lo más justo es que yo haga lo mismo. Si uno de los dos debe ponerse al día en sus conocimientos, no eres tú, Arthur. Soy yo.

La tristeza en su voz le había desconcertado, pero también le sorprendió la firmeza con la que lo dijo. Aquella mujer era distinta a todas las personas que había conocido hasta entonces, era una suerte que los dos estuvieran trabajando juntos. Sin ella, quizá habría rechazado la oferta del profesor hacía unos cuantos intentos.

Tampoco había hablado con Lyle Crowle de lo sucedido en la clase ni de nada más. La respuesta a su pregunta era muy clara: hasta que puedas darme un diagnóstico firme, no vuelvas a molestarme con tonterías.

Su mundo parecía sumido en la más profunda incertidumbre, todas las personas que creía conocer se evitaban entre sí y, para complicarlo todo mucho más, le evitaban a él. Arthur quería que las cosas retomasen su curso, así la vida universitaria sería mucho más fácil.

Esa mañana, sin embargo, no se esperaba que sus deseos se cumplieran. Quizá, si se lo hubiesen consultado, tampoco habría elegido ese suceso para marcar el antes y el después. Tal vez habría preferido quedarse atrás, regresar a la duda y al recelo, aunque nunca llegase a tener respuestas a todo lo que se preguntaba.

Puede que no hubiese sido más fácil, pero las certezas, en muchas ocasiones, empeoran todo lo que tocan.

Aquel día regresó de la universidad con Theodore y Alphonso, una de las pocas ocasiones en las que los tres volvían a Teviot Place a la misma hora. El sol de la tarde aguantaba con fiereza contra la oscuridad de la noche, señal inequívoca de que la primavera se acercaba y los días eran cada vez más largos. «El invierno ha durado ya suficiente», le había dicho Theodore, mientras dejaba que el sol le besara el rostro. Puede que la tibieza del cambio de tiempo solo los acompañase durante unos días, pero estaban dispuestos a exprimirlo hasta la última gota. En caso de que regresara el frío, al menos habían recordado lo que era el calor.

—No he dicho que quiera que vuelva la peste —estaba diciendo Theodore. Los tres amigos cruzaban la calle sin comprobar si alguien más caminaba por ella—. Simplemente, creo que, puestos a elegir, tratar una enfermedad a la que se denomina «muerte negra» es mucho más emocionante que ver solo a pacientes con traumatismo craneal.

—Creo que no voy a apoyarte en esto, estás solo. —Arthur sacudía la cabeza con firmeza, seguro de su juicio.

—¿Y tú, Alphonso? ¿Cómo afectaría esto a los veterinarios?

El más joven meditó su respuesta. Seguía taciturno, pero trataba de que no se le notase.

—No, yo tampoco estoy de acuerdo contigo. La gente aún cree que los gatos tienen algo que ver con lo sucedido y que en la Edad Media mandaron cazarlos y matarlos. Prefiero no tener que repetirle a la gente que es mentira y que su mascota no acabará con sus hijos por las noches.

—Vale. —Theodore lo sopesó—. Acepto tu argumento. Pero no el de Arthur.

—¿Tantas ganas tienes de que me exponga a una enfermedad infecciosa incurable?

—No es incurable, pondría a prueba tu capacidad como médico.

Arthur se mordió la lengua, divertido. El sol había devuelto el calor al cuerpo y el ánimo de sus amigos. Por un momento pensó que todo iría bien, que nada empeoraría.

—Empiezas a parecerte a Wheeler, Theodore. ¿Tanta envidia me tienes que no solo te conformas con sacar más nota que yo? ¿Qué tienes en mente? ¿El último que quede en pie es el mejor?

—Si tienes miedo del juego, no seas jugador, Credge.

Theodore se dispuso a continuar la frase, pero algo le detuvo. Como una aparición, Wheeler estaba en lo más alto de la escalinata de entrada a la residencia de Teviot Place. Arthur se preguntó por un momento si le habría oído decir su nombre o si los estaba esperando.

—Si quieres damos una vuelta y esperamos a que se vaya —le ofreció Theodore a Alphonso, al notar que su amigo se tensaba en presencia de su compañero de cuarto.

—No, no te preocupes —le aseguró—. Yo no soy el que le está evitando, es él.

Los tres amigos caminaron hacia la residencia, sin decir una sola palabra más. Según se acercaban, sin embargo, se dieron cuenta de que algo iba mal. Muy mal.

Wheeler palideció al verlos. Tenía los ojos hinchados y era evidente que había estado llorando antes de salir allí. El pánico se reflejaba en su cara como un libro abierto, como si estuviera a

escasos segundos de ponerse a vomitar. Sus compañeros jamás lo habían visto en aquel estado. No estaba al borde del derrumbe, era evidente que ya había tocado fondo.

—¿Wheeler? —Alphonso corrió sin importarle nada. Su enfado no era importante, tampoco lo era su orgullo. Detrás de él, alarmados, Arthur y Theodore alcanzaron la residencia lo más rápido que pudieron—. ¿Qué ha pasado, Wheeler? ¿Estás bien? ¿Están todos bien?

El muchacho intentó hablar, pero la presión de su pecho le impedía articular frases completas.

—Yo…

—Tranquilo —le aseguró Alphonso, agarrándole ambos brazos—. No pasa nada, estamos aquí.

Esas palabras fueron suficientes para que Wheeler explotara.

No lo hizo de manera desordenada. Tampoco chilló ni maldijo a todos los dioses que una vez habían poblado la Tierra. Solo comenzó a llorar y la amargura se apoderó de él, llevándoselo todo por delante como un huracán.

—Está muerta, Alphonso. —Las lágrimas caían silenciosas por su rostro, embargado por la más profunda tristeza. Bajó uno de los escalones y Arthur tuvo que sujetarle—. Davinia ha muerto.

36
Actio damni infecti

5 de marzo de 1857

Después de la muerte de Davinia instauraron un toque de queda.

El asesinato de la enfermera en su puesto de trabajo, en el Royal Infirmary de Edimburgo, obligó a poner en alerta a todas las autoridades sanitarias y universitarias. Habían encontrado su cuerpo en lo que los estudiantes conocían de forma coloquial como el área *peri mortem*, un nombre que no mencionaron cuando comunicaron la noticia a los medios y a los familiares. Según habían podido ver en los registros, Davinia Bent no tenía aquel día turno de noche, pero le había hecho el favor a una de sus compañeras, una anciana partera llamada Albertine Oshea, que le pidió el cambio. La señora Oshea desconocía qué hacía la joven allí, en un lugar donde solo se acumulaban cadáveres, a altas horas de la madrugada.

—Estamos trabajando para tratar de esclarecer qué es lo que ha ocurrido, pero tal vez nos lleve un tiempo. —El jefe del consejo de doctores se paseaba por el auditorio, donde habían reunido a la totalidad de los trabajadores del Royal Infirmary, incluidos los estudiantes de la Universidad de Edimburgo que frecuentaban sus consultas y servicios—. Ahora necesitamos la colaboración de cada uno de ustedes para asegurarnos de que todo sigue en orden y que

el atacante no se haya llevado nada de valor o que pueda suponernos algún problema. —El hombre se atragantó con sus propias palabras—. Quiero que peinen sus puestos de trabajo y las zonas comunes hasta dar con lo que haya podido sustraer o cualquier evidencia de lo sucedido. Confío en que nadie mejor que ustedes conoce el hospital, al que muchos consideramos nuestro segundo hogar.

Todo el personal, los estudiantes y varios profesores ocupaban al completo los asientos de la sala, que, sin embargo, parecía vacía.

El habitual revuelo emocionado que suscitaba la noticia de un asesinato no parecía manifestarse en esa ocasión. Muchos de los presentes conocían a la víctima, incluso habían trabajado codo con codo con ella. Otros, no obstante, solo la conocían de vista o habían oído su nombre, lo que bastaba para que formase parte del rostro visible del Royal Infirmary. Los reunidos sentían algo distinto, mucho más allá de la curiosidad, la rabia o la atracción de lo morboso. Esta vez sentían respeto.

Y el respeto es un gran amigo del silencio.

Wheeler llevaba varios días sin salir de la cama. La tragedia había sido razón suficiente para que Alphonso declarase una tregua entre ellos, y no se había separado de su lado un solo instante cuando estaba en la residencia. La breve conversación que había mantenido con Theodore, Arthur y él en la escalinata de Teviot Place seguía siendo la única vez que su amigo había mencionado lo ocurrido.

Aunque Wheeler fue incapaz de hacerlo, no pasó mucho tiempo antes de que alguien los informase del suceso.

Arthur y Theodore desconocían por completo la existencia de una relación entre Wheeler y Davinia, pero a ninguno de los dos les

sorprendió al enterarse. Theodore adivinó que la insistencia de su amigo para que le preparara una reunión con Hughie Buckman perseguía el objetivo de pasar más tiempo en el hospital sin levantar sospechas. En teoría, eran dos adultos disfrutando de su tiempo común. En la realidad, todo era más complejo. La enfermera se habría enfrentado a un despido por humillación si los hubieran pillado, además de ver su reputación destrozada por intimar con un alumno. Era más seguro para ambos mantenerlo en secreto, pero era Davinia quien habría perdido mucho más si se hubiesen enterado.

Tampoco les sorprendió que Alphonso lo supiese. Si alguien podía guardar un secreto, ese era él, más aún si se lo había pedido Wheeler. Lo que no sabía su amigo era hasta qué punto le importaba la enfermera y cuánto podía llegar a afectarle su muerte. Tal vez habían subestimado la capacidad emocional de su compañero o quizá la habían obviado para que encajase mejor en la idea que tenían de él: un atolondrado imprudente.

El resto de los residentes había tenido la decencia de no molestarle. No se habían cortado con las preguntas cuando el afectado fue él, pero pronto se dieron cuenta de que no iban a sacarle nada sobre Davinia. Todos sabían lo que había ocurrido y su relación con ella era evidente en ese momento; eso era suficiente para que lo dejasen tranquilo.

Además, tenían otras cosas en la cabeza.

Se impuso a todos los alumnos de la Universidad de Edimburgo un toque de queda para evitar problemas. Aunque tan solo afectaba a aquellos que vivían en alguna de las residencias que ofrecía la institución, la mayoría de ellos lo hacían. Nadie podría abandonar la

seguridad de sus paredes a partir de las ocho de la tarde, sin ninguna excepción. Esta nueva realidad obligaba también a modificar los horarios del hospital y los laboratorios, que debían permanecer cerrados y sin rastro de alumnos antes de que comenzase el toque de queda.

—Todas las medidas que entren en vigor serán pocas, así que vamos a acatarlas hasta la mínima pulgada. Solo así evitaremos más muertes innecesarias en nuestro hospital de miembros de nuestro equipo —continuaba explicando el jefe del consejo de doctores para justificar las medidas aprobadas—. Sé que muchos de ustedes no estarán de acuerdo con esta manera de actuar, pero es la única eficaz por el momento. Debemos llegar al fondo del asunto antes de estar en condiciones de garantizar la seguridad de todos y cada uno de los presentes, por no hablar de la de los estudiantes de nuestra querida universidad.

Si estaban de acuerdo o no, no importaba.

La conmoción había sido tan grande que las protestas tardaron demasiado en llegar. Aun así, sabían que la batalla habría sido inútil. Aunque hubiesen llegado a tiempo para impedir que se proclamara el toque de queda, no habrían conseguido frenarlo. De hecho, los alumnos no recordaban la última vez que una de sus quejas había llegado a alguna parte. Su trabajo era oír, ver y callar.

—Una vez que el inventario esté actualizado, procederemos a retomar la normalidad poco a poco, siempre y cuando tengamos la situación bajo control. —El jefe del consejo de doctores fue consciente del murmullo que provocaron sus palabras, pero lo ignoró con elegancia—. Es imprescindible que cada miembro del Royal Infirmary tenga claro cuál es su papel y que no se salga de las

pautas marcadas. No servirá de nada todo el trabajo realizado si no seguimos un orden básico. Está en sus manos.

Un suspiro comunitario llenó el silencio que dejaron esas palabras.

—Las autoridades estarán en constante comunicación con nosotros, así que no duden en contactar con ellas si ven o recuerdan cualquier detalle que pueda ser relevante para la investigación. Les agradezco la atención y la confianza depositada en nosotros. No los defraudaremos.

En una de las esquinas de la sala, y con la atención puesta en el público, Hughie Buckman rezumaba tensión por todos los poros de su cuerpo. Se encontraba alejado de sus compañeros, tanto profesores como médicos. Parecía que mantuviera una distancia de seguridad con respecto a ellos. Mientras su superior hablaba no pestañeaba, tenía los ojos abiertos, como un búho acechando a su presa en plena noche.

—¿Sabemos algo más de la chica? —se aventuró a preguntar el doctor Finnerty desde la primera fila.

Si alguien hizo amago de abandonar la sala, desistió después de esta intervención.

Los labios del director de la cámara formaron una mueca por la tensión.

—No hay nada que podamos afirmar hasta que tengamos los resultados de la autopsia, pero estamos seguros de que la causa de la muerte fue un apuñalamiento.

Como había hecho con el discurso que acababa de dar, se había preparado la respuesta que debía dar para calmar a los asistentes.

—¿Se resistió? —continuó preguntando otro compañero del hospital.

—No. Parece que la pillaron por sorpresa. —Aunque era inútil intentar ocultar lo que todos los periódicos en la ciudad ya habían afirmado, se le pedía más información de la que estaba dispuesto a soltar—. Aun así, queridos señores, es una imprudencia afirmar nada antes de dejar hablar a los expertos. Pueden confiar en que estamos haciendo todo lo posible por recuperar lo que nos han robado y que el culpable pagará por lo que ha hecho. Recuerden que no se trata de un simple hurto, han atacado la integridad de nuestra institución, y eso no lo vamos a perdonar. Si me disculpan, tenemos mucho trabajo que hacer. Muchas gracias, señores.

El jefe del consejo no permitió que nadie más hiciera ninguna pregunta y salió de la sala con paso firme, seguido por su séquito habitual de doctores que lo acompañaban en el cumplimiento de sus compromisos. Nadie más tomó la palabra, pero la tensión explotó en la cara de todos los presentes. Nadie gritó, nadie armó escándalo, pero todos tenían su propia versión sobre lo que había ocurrido.

El grupo de alumnos que había sido llamado a asistir se limitó a compartir sus impresiones con voz acelerada y el pulso a punto de desbordarse.

Todos tenían algo que decir. Todos menos el profesor Buckman. Theodore siguió su mirada dirigida al lugar donde los profesores, de los que se mantenía alejado, se habían congregado para dialogar. Al instante, como si hubiese notado que alguien le observaba, desvió la vista hasta él.

No le hacía falta a Theodore hablar con su tutor para comprender que aquello era una advertencia.

37
Animus laedendi

5 de marzo de 1857

—No van a encontrar nada. —Theodore se dejó caer sobre la cama con más fuerza de lo acostumbrado. El colchón cedió bajo su cuerpo, con un desagradable quejido.

Acababan de volver de la asamblea junto con el resto de los estudiantes que trabajaban en el hospital. No habían compartido una sola palabra durante el trayecto, temerosos de que alguien escuchase más de lo debido. Antes incluso de que Arthur pudiese cerrar la puerta del todo, su compañero decidió que no aguantaba más.

—¿A qué te refieres?

—Digo que no van a encontrar nada porque no se han llevado nada. Davinia no ha muerto por culpa de un ladrón con mala suerte y escasa paciencia, la han asesinado porque ha visto algo.

—Theodore… —Su amigo intentó que parase, pero él no tenía fuerzas para hacerlo.

—Piénsalo, Arthur —le pidió, quería que le diese la oportunidad de escuchar lo que tenía que decir—. La encontraron en la morgue, donde es evidente que no debería haber estado. Por Dios, si la gente evita ayudarnos cuando tenemos problemas solo por no pasar un

segundo allí. No imagino una sola razón por la que una enfermera pudiera estar allí, y menos en el turno de noche. No ha sido casualidad que hayan encontrado su cuerpo ahí, quienquiera que la atacó iba a hacer algo muy distinto de robar.

Theodore esperó a que su compañero de habitación le llevase la contraria, pero no lo hizo.

—¿No crees que hayan robado nada? Los dos sospechábamos que alguien estaba poniendo en marcha el tráfico ilegal de cadáveres en el hospital. —Se desabrochó los botones de la camisa, comenzando por los del cuello—. Es posible, ¿no?, que alguien entrase para robar en mitad de la noche, Davinia le oyera y por eso hubiera decidido ir a la morgue pese a que no lo habría hecho por ningún otro motivo. Tal vez lo descubriera tratando de llevarse un cuerpo y por eso tuvo que matarla, para que no diese la alerta.

—Sí, yo también creo que Davinia se vio envuelta en una situación de la que no pudo escapar y que alguien la atrajo a las salas de disección, pero no creo que el asesino fuese a robar nada allí. Creo… creo que quería dejar algo.

—Explícate.

Tragar su propia saliva le costó tanto como si fuera mercurio. Había leído en un libro que Qin Shi Huang, el primer emperador de China, buscó durante toda su vida el elixir de la eterna juventud, y murió intoxicado por el mercurio que contenían los preparados que le ofrecieron. Theodore no pudo evitar pensar en él y en lo que debió de sentir antes de perder la vida, envenenado por algo que tenía que salvarle.

—No creo que alguien esté robando cadáveres del Royal Infirmary. —Un hormigueo desagradable le subió por los dedos—. Creo que

alguien los está ocultando allí.

La incredulidad de Arthur se reflejó con claridad en su rostro, pero dejó que su amigo continuase hablando.

—Uno de los cuerpos que aparecieron tras el deshielo, los que fueron asesinados durante la nevada, tenía marcas de haber sido abierto. Alguien le cosió parte de la pierna como si hubiera tenido una intervención de urgencia. —La imagen de la piel y el algodón removió algo en el fondo de la mente de Theodore, así que decidió que los detalles se los guardaría para él—. El profesor Buckman pensó que alguien se lo había hecho justo antes de morir, pero creo que se equivocó. Estoy seguro de que se lo hicieron poco después de perder la vida. Tal vez incluso le mataron para hacerlo.

El corazón le bombeaba en el pecho como si hubiera corrido una maratón en tan solo unos segundos. Oía el fluir de la sangre en sus oídos, que le pedían auxilio ante aquel estruendo. Sabía que tenía razón, pero decirlo en voz alta le ayudó a estar seguro de ello.

Cuando Arthur le respondió, el hechizo se desvaneció, y la euforia que le había embriagado se convirtió en solo adrenalina. Se había alegrado de haberlo resuelto, pero no existían razones para estar feliz si era cierto. De repente, la comodidad de su cama se desvaneció por completo.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes eso?

Una vez más, Arthur conocía mucho mejor a Theodore de lo que este se conocía a sí mismo.

—Desde hace unas semanas —admitió, liberando una parte de él que estaba a punto de morir asfixiada—. Le he dado muchas vueltas, pero lo que ha sucedido con Davinia me confirma que no voy desencaminado. Cuando estuve hablando con el doctor

Buckman hubo algo que no entendí. —Era como si aquel día estuviera muy lejos en el tiempo—. Él pensaba que alguien había intentado hacer negocio con las muertes accidentales, pero no pareció perturbarse ni un ápice cuando aparecieron más cuerpos corruptos. Él sabía que los cuerpos estaban de una manera u otra relacionados con la universidad, pero creo que nunca pensó de verdad que aquello fuese importante. Tenía miedo de que estuvieran traficando con cadáveres porque eso señalaría de forma directa a la universidad y él perdería su trabajo. Sin embargo, ha dejado de lado la evidencia más clara de todas.

—Que alguien está practicando con ellos. Es lo que pensábamos, ¿no? Después de ver el cuerpo en el pasillo, era lo más evidente.

—Exacto —asintió. La presión de sus oídos seguía jugando con su paciencia—. Puede que la persona que roba los cuerpos no sea la misma que la que manipula los cadáveres y los usa como material de prácticas, pero, sea quien sea, ha empezado a matar gente. Y está utilizando la universidad y el silencio de los profesores para deshacerse de las pruebas.

Una a una, las piezas del rompecabezas se afianzaban.

—¿Insinúas que Hughie Buckman oculta lo que está sucediendo? —Arthur no estaba sorprendido, pero sí decepcionado. Se hablaba con tanta frecuencia de no repetir los errores del pasado que era un insulto que algo así se tapara.

—Sí, pero no de manera consciente. Creo que la universidad ha atado cabos y sabe que se ha puesto en marcha el mercado oculto de cadáveres de nuevo. También sabe que eso significa que alguien los está recibiendo, lo que pondría en muy mal lugar a la facultad si llega a descubrirse. Fíjate en lo que pasó hace unos años.

—Eso explica también por qué solo ocurren estas cosas cerca del Royal Infirmary —coincidió Arthur—. Es el único hospital que acepta alumnos para formarse. Es una locura, Theodore.

—Además de que encaja con la posibilidad de que Davinia viera más de lo que debía. De haberse tratado de un simple robo, solo tenía que dejar el cuerpo allí y tal vez nunca habrían atrapado al ladrón. Tiene que haber algo más. —De nuevo, la vehemencia de sus palabras le impresionó incluso a él —. Siento haberte arrastrado a esto. Si no te hubiera preguntado nada desde el principio…, puede que no te hubieras dado cuenta nunca de qué estaba sucediendo.

—Olvídate de eso ahora, ¿quieres? Céntrate —recorrió el pequeño espacio del cuarto que compartían en unas pocas zancadas—. Si de verdad están matando gente para obtener cuerpos, estamos en una situación incluso más complicada que nunca. De los robos en cementerios han pasado directamente al asesinato.

Theodore no sabía cómo ni cuándo, pero había comenzado a estrangular el cojín que tenía entre las manos, que le observaba, deforme, en su regazo.

—¿Crees que nos van a escuchar?

—Si lo que dices es cierto y hay dos o más personas actuando en paralelo, nadie nos va a tomar en serio. Si no tenemos pruebas de que esto va mucho más allá de la compraventa de cuerpos, la universidad no va a arriesgarse a que la acusen y destapen la obtención ilegal de cadáveres por parte de los médicos.

—¿Y si hubiera una forma de demostrarlo?

Ambos se sostuvieron la mirada, cada uno en un lado de la habitación.

—¿A qué te refieres?

—Si estoy en lo correcto y Davinia acabó siendo asesinada porque vio algo que no debía, falta un elemento muy importante en esa historia.

—El cuerpo.

—Exacto.

Theodore saltó de la cama, poseído por una fuerza sobrehumana que le decía lo que tenía que hacer. Encima de su mesa, junto a la pluma que había utilizado tan solo unas horas antes, se encontraba uno de sus cuadernos. Arrancó una página del encuerado diario y garabateó unas palabras en ella, bajo la atenta mirada de su compañero.

—He hecho una lista de todos los cuerpos que han pasado por mis manos que creo que están relacionados con este caso, comenzando con el que llegó al hospital a principios de año, el día 9 de enero. Ese fue el primero que vi. —Le mostró la lista a Arthur, que no pudo evitar envidiar una vez más la capacidad de memoria de su amigo—. Con la excusa del inventario, no me costará compararla con las listas del profesor, y con esto será más que suficiente. Creo que no me equivoco si afirmo que tarde o temprano aparecerá en la mesa de Hughie Buckman el cuerpo a medio descomponer de un mendigo o una prostituta que ha sido asesinado.

—Cuentas con que tenga miedo.

—No. Cuento con que el hospital estará tan hasta arriba de gente que le será muy difícil pasar desapercibido y volver a entrar.

—Vale. —Arthur temió que en cualquier momento su amigo se desmayase, víctima de su propia emoción—. ¿Y qué pasará si aparece de igual manera un cuerpo en mitad de la patrulla? Puede que aproveche la confusión para volver a deshacerse del cadáver,

con la esperanza de que lo procesemos como uno más. No sería raro que sucediera.

Theodore dio un paso atrás sobre la alfombra. En todos los años que llevaba viviendo en Teviot Place, nunca había deseado regresar a su casa ni había echado de menos su habitación. Le gustaba vivir con Arthur y sentía que allí tenía todo lo que necesitaba. A pesar de ello, en ese momento notaba que le faltaba espacio para estirar los brazos, que aquel cuarto no era suficiente para los dos, que necesitaban más.

—Si eso acaba pasando, nos dejaría clara otra cosa.

—¿Cuál?

—Que el culpable pertenece a la universidad o el hospital.

38
Immunis culpae

9 de marzo de 1857

La primera vez que Wheeler había abandonado la seguridad de Teviot Place fue para ir a declarar a la comisaria, días después de la muerte de Davinia.

Tras firmar su declaración, Wheeler había regresado a la residencia y le había contado a Alphonso lo sucedido. Se negaba a hablar con nadie más.

—No han encontrado nada nuevo —dijo Alphonso—. Tampoco creen que Wheeler tenga nada que ver, solo querían saber si conocía a alguien que pudiera estar interesado en hacerle algún daño.

—¿Y qué ha contestado él? —Theodore estaba sentado junto a Arthur, espalda contra espalda, en un banco del parque que se encontraba cerca de la residencia.

—No tiene ni idea de quien ha podido ser. Todo el mundo la quería, nunca se metía en problemas.

Si quedaba algún rastro del enfado con su amigo, la tragedia lo había disipado hasta convertirlo en un amargo recuerdo que ninguno de los dos quería volver a mencionar.

—¿Están estudiando la posibilidad de que se tratase de un crimen planeado? —Arthur se había quitado la chaqueta, y la camisa que

llevaba, llena de manchas de tinta, quedó al descubierto—. Pensaba que estaban seguros de que había sido un robo que salió mal.

—¿Quieres la verdad? Creo que se están poniendo nerviosos.

—Desarrolla —le pidió Theodore.

—¿Cómo vais con la búsqueda y el inventario?

—Mal.

Arthur pensó que su amigo se había quedado corto.

Mantener el orden tenía un significado muy distinto para cada una de las personas que tenían poder de decisión. Los profesores querían retomar las clases con prontitud, mientras que el hospital les había pedido que hicieran horas extras para acabar el trabajo pendiente, lo que interfería con el toque de queda. Cuando llegaba el momento de marcharse de nuevo a casa, solo habían podido atender a la mitad de los pacientes y ni siquiera habían empezado a redactar las largas listas del inventario.

Tratar de abarcar todo les traía más problemas que soluciones, pero nadie se atrevía a contradecir las órdenes contradictorias. Sabían que, en cuanto alguien comenzase a señalar culpables, sería imposible detenerlos.

—Supongo que están preparando una versión distinta por si el escenario del robo les falla. —El más joven de los tres hablaba mientras caminaba—. Yo solo espero que dejen a Wheeler en paz el tiempo suficiente para que se recupere.

—¿Qué piensa él que ha sucedido?

Theodore giró la cabeza para mirar a su compañero de habitación, intrigado. También él se había preguntado hasta qué punto su amigo sabía lo que sucedía en el hospital y si alguien, además de ellos,

sospecharía lo que estaba pasando con los cadáveres que aparecían y desaparecían por toda la facultad.

Le habría gustado saber que Wheeler tenía una mejor explicación para lo que le había pasado a Davinia, una que no pasara por dejar de confiar en todos sus conocidos, compañeros y profesores.

—No cree que haya sido algo personal contra ella. Davinia no tenía que estar trabajando esa noche, así que poca gente sabría que se encontraba en el hospital. Ni siquiera Wheeler lo sabía. —Alphonso dio una patada al suelo y se levantó una oscura polvareda —. Espero que lo que hayan robado valga lo suficiente para justificar el asesinato de una pobre mujer. Ojalá los culpables ardan en los infiernos.

—Al menos es bueno que no sospechen de Wheeler. Eso significa que le dejarán en paz, si no tienen más preguntas.

—Ese imbécil tiene muchos problemas, pero no es ningún asesino.

Aunque el tono de voz de Alphonso era tranquilo, ambos detectaron el tinte amargo de la amenaza.

—No lo dudamos ni por un momento.

El vaivén de sus propios pasos había conseguido irritarle. Detuvo su caminata y se derrumbó en el suelo.

—Han confirmado que fue apuñalada, por la espalda. No tuvo muchas oportunidades de defenderse ni de gritar.

—Al menos eso significa que fue rápido.

—¿Crees que es buena idea si vamos a verle? —preguntó Arthur, dejando de apoyarse en la espalda de su amigo.

—Creo que todavía necesita tiempo. —La carga de mantener a su compañero a flote le pesaba, pero no se atrevía a quejarse en absoluto—. Apenas habla conmigo siquiera, todo lo que os he

contado me ha costado horas sonsacárselo. Sabe que estáis preocupados por él, se lo he recalcado muchas veces. No es estúpido, es consciente de que no le vais a dejar solo después de esto.

La mirada azul de Alphonso era fría, estaba cansado de esa conversación.

—La única parte positiva de lo sucedido es que parece que ha bajado la ola de criminalidad de las últimas semanas —observó Theodore, contento de tener una excusa para desviar la atención de la conversación sobre Wheeler—. No sé hasta qué punto tiene que ver con que haya crecido el control policial, pero en el laboratorio de Hughie Buckman estamos menos desbordados. No ha habido nuevos asesinatos.

Arthur entendió con rapidez que su amigo no solo intentaba calmar a Alphonso, sino que era también un mensaje para él. Los dos habían estado atentos a todos los movimientos del hospital, pero Theodore era el que tenía un puesto privilegiado para averiguar si sus sospechas eran correctas o no. No había tenido noticias de nuevos asesinatos, lo que significaba que el cuerpo desaparecido no estaba aún en el Royal Infirmary.

—Es una buena noticia —coincidió con él el futuro veterinario—. Además, el buen tiempo frenará también las muertes causadas por el frío. Espero que todo esto acabe pronto.

—Citando a Percy Shelley, «Si llega el invierno, ¿puede la primavera estar tan lejos?».

Arthur se despidió de sus amigos al poco rato, antes de que se pusiera el sol.

El toque de queda había sido una molestia en muchos sentidos. Creía con firmeza que las horas frenéticas de trabajo y la falta de tiempo para reaccionar acabarían pasando factura a los diagnósticos, que dejarían de ser certeros si no les permitían detenerse a observar. Aunque el número de horas que Arthur debía permanecer en el hospital y la universidad había bajado, la carga de responsabilidades había aumentado, lo que se traducía en que no podía cumplir la promesa que le había hecho a Lyle Crowle. Si no tenía tiempo para llevar a buen término sus obligaciones, mucho menos lo podía invertir en actividades extracurriculares.

Si el toque de queda había traído algo bueno, eran las ganas de vivir de los estudiantes. Al reducir las horas que podían pasar en la calle, habían comenzado a apreciarlas como si fueran a acabarse en cualquier momento. Esos días no era raro ver en las plazas contiguas a la Royal Mile, en los parques que bajaban hasta el palacio de Holyrood y en el antiguo barrio de Canongate a alumnos de la Universidad de Edimburgo, desde teólogos hasta veterinarios. Lo mismo sucedía con las facultades.

Al llegar a las puertas del edificio donde se impartían las clases de Medicina, Arthur tuvo que abrirse paso entre los estudiantes que se agolpaban en el pequeño campo de césped de la facultad. Estaba seguro de que si entraba en ese momento en la biblioteca de Teviot Place la encontraría vacía y habría sitio de sobra donde trabajar.

Las animadas conversaciones de los alumnos, los libros colocados en el suelo del campus y los primeros rayos de sol que anunciaban, temerosos, el final del invierno contrastaban con la tragedia que se había vivido tan solo unos días antes.

—Lo has acabado —observó Victoria cuando Arthur terminó de extender todas las láminas en el suelo del laboratorio. La noche comenzaba a caer y las lámparas de aceite proyectaban sombras sobre su obra, como criaturas amenazantes—. Te creía capaz de perder la cabeza solo para hacerlo, pero aquí estamos. Estás vivo y lo has culminado.

Los días cortos y las noches largas habían resultado perfectos para acabar su proyecto. Con la ayuda de Victoria, que tenía menos responsabilidades en aquel momento, había conseguido copiar sin problema todos los restos que custodiaba el laboratorio.

—Créeme, no eras la única que lo pensaba. —No había ocultado a sus amigos a qué se dedicaba últimamente, pero todos estaban demasiado ocupados con sus propios problemas (Wheeler con Davinia, Alphonso con Wheeler y Theodore con Hughie Buckman) para preguntarse qué estaba haciendo él—. ¿Qué te parecen?

—Son excelentes.

Los dibujos de Arthur eran una fotografía perfecta de todos los huesos que componen el cuerpo humano. Cada uno de los trazos, aunque desordenados al principio, se unían en sintonía para crear una imagen nítida. Una vez acabado el atlas humano, había dibujado cada uno de los restos que descansaban en la mesa del profesor Crowle y, junto a ellos, su equivalencia dentro de los parámetros antropológicos normales.

Pero los bocetos no se limitaban a reflejar los huesos, también mostraban dónde fijarse.

Arthur había señalado en cada una de sus reproducciones los detalles que las diferenciaba del paciente desconocido llegado de Alemania. Alrededor de cada pieza había anotaciones, flechas y

medidas, un cóctel impecable de información que reflejaba todas las preguntas que se había hecho durante las semanas anteriores. A primera vista, parecía evidente que aquellos restos eran una anomalía, pero si no hubiera dedicado tiempo a examinarlos nunca habría sabido qué era con exactitud lo que no encajaba.

—Son tan similares y al mismo tiempo tan distintos… —simplificó Victoria, definiendo a la perfección la idea que había tenido Arthur.

—Solo viéndolos no seríamos capaces de captar todas las diferencias, mucho menos con solo un individuo que sufre esta condición, pero eso no sucede con los dibujos. En cada uno de los modelos he señalado todas las disparidades que he identificado, aunque puede que haya más. —Cualquiera que se hubiera puesto junto a él no habría tenido problema en notar un fuerte aroma a tinta y hollín—. Es como echarle un vistazo al interior de mi cabeza.

—Espero por tu bien que no sea así todo el tiempo.

—No voy a llevarte la contraria en esto.

Arthur se permitió recrearse en su obra unos minutos antes de comenzar de nuevo a recogerla. Todo su cuerpo vibraba, sentía el final acercarse, aunque todavía no era capaz de rozarlo ni con la punta de los dedos.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —Victoria apiló los dibujos que tenía más cerca—. ¿Vas a enseñárselos al profesor así?

—No, dudo que esto le resulte útil, no propongo nada nuevo para su investigación. —La conversación que había mantenido con Alphonso le había ayudado a entender qué era lo próximo que debía hacer. Solo había dado un primer paso—. Quiero comprobar algo antes de hablar con él.

—Te escucho.

—Cuando le hablé a un amigo del problema que teníamos, me dio una respuesta que no esperaba recibir. Si estoy acostumbrado a trabajar con carne y tejidos, y no con huesos, ¿por qué no lo hago? ¿Por qué no miramos atrás en el tiempo y vemos más allá de esto?

—Creo que me he perdido.

—No, lo vas a comprender en cuanto te lo enseñe.

Arthur dejó a medio recoger la pila de dibujos y se acercó a su maletín, del que sacó una pluma y un trozo de papel, que puso delante de Victoria. La mujer le observó, intrigada.

—Vale, confía en mí. —El estudiante rebuscó entre el montón de dibujos hasta dar con lo que quería mostrarle: la imagen de los fragmentos de los huesos largos de la pierna—. Teniendo en cuenta cómo se verían los restos de tu osario en la vida real, quiero que dibujes la forma que tendría la pierna del cadáver de la mesa.

—No sé dibujar tan bien como tú.

—Eso es lo que menos importa ahora. Haz lo que te pido, por favor.

Victoria comprendió que hasta que lo hiciera Arthur no pararía de insistir.

Los trazos de carboncillo del dibujo apenas se veían bajo las pinceladas de color que completaban la imagen de las piezas. A simple vista no parecía un trabajo delicado, pero cada uno de los movimientos sobre el papel tenía una clara intención. No eran solo dibujos, eran maquetas anatómicas perfectas construidas desde cero. Cuanta más atención se les prestaba, más detalles aparecían. Un fragmento roto que parecía completarse por sí mismo, una curva que llegaba hasta el punto exacto donde debía terminar, la inserción donde en algún momento debió haber un músculo. No eran trazos al

azar, todos contaban la historia de quién había sido en vida el extraño enfermo.

Sin embargo, también podía ver a qué se refería Arthur.

Si uno pasaba el tiempo suficiente rodeado de restos que en algún momento habían sido seres humanos, acababa reconociendo patrones incluso en los huesos. Un fémur era un fémur en todas las especies de mamíferos, pero no en todas se reconstruía de la misma manera. Teniendo eso en cuenta, Victoria podía intentar hacerse una idea de cómo se habrían visto aquellos restos cuando el sujeto vivía. Y eso era lo que le estaba pidiendo su amigo.

Aferrando la pluma con firmeza, Victoria tradujo la imagen que había creado su cabeza y la plasmó en un boceto a tinta sobre el papel. Comparándola con la representación del atlas, la pierna que había dibujado la joven no distaba mucho de ser una extremidad normal, pero había algo que no terminaba de encajar. Era tosca, musculosa y demasiado ancha.

—Tal vez me he equivocado con las proporciones —se disculpó, mientras le devolvía el pedazo de folio a su dueño.

Con un movimiento casi imperceptible, Arthur lo negó.

—Te he dado ese ejemplo porque es el único que he hecho yo también y mi resultado es muy similar al tuyo. —Pasó el dedo por el papel con cuidado de no emborronarlo—. No podemos estar equivocados los dos.

—Pero… —En la cabeza de Victoria se agolpaban tantas preguntas que no supo por dónde comenzar—. ¿Vas a hacerlo con todos los huesos antes de presentárselo al profesor?

—Sí, esa es la idea. Si no consigo establecer un diagnóstico plausible para el caso, al menos creo que será útil para trabajar en

una respuesta junto con él.

En la mente de ambos, la nítida imagen de la cara de Lyle Crowle los observaba con decepción.

—O quizá —aventuró Arthur— él cambie de opinión con respecto a mí y decida elegir a una persona distinta para el trabajo.

—No lo dirás en serio. —Victoria hablaba despacio, casi con un hilo de voz—. Nadie, aparte de ti, habría conseguido hacer esto. Le va a encantar.

—Eso no es del todo cierto. Como te he dicho, no lo habría podido llevar a cabo sin la ayuda de mi amigo.

—Es necesario mucho más que tener una idea para ejecutarla —le cortó. Volvió a agacharse para continuar recogiendo del suelo los dibujos que quedaban por apilar—. Hace falta tener mucha formación en distintos campos para hacer lo que tú has conseguido. No deberías menospreciarte a ti mismo. Mi tío va a quedar impresionado.

—Me parece que te equivocas. —Una gran sonrisa iluminaba su cara. Toda la vida le habían hecho cumplidos por su inteligencia, pero nunca le habían dicho algo así—. No creo que ninguno de mis avances en la investigación sea memorable, cualquier otro podría haberlo conseguido. Incluso tú has sido capaz de reconstruir el hueso.

La magia del momento se disipó tan rápido que era como si nunca hubiera estado allí.

Todo el aire de la sala pareció desaparecer en tan solo unos segundos, dejando en su lugar un ambiente pesado, pegajoso y grasiento. Victoria tensó la espalda, seguía recogiendo el desorden que había causado Arthur en el suelo del laboratorio. No fue

necesario que dijese nada, tampoco que le mirase a la cara. El joven supo al instante que había hablado sin pensar y que ya no podría remediarlo.

—Es tarde. —Los dibujos a mano alzada se mecieron al entregárselos—. Si no sales ahora violarás el toque de queda.

—Tienes razón. —Arthur no podía identificar con exactitud qué le había molestado de sus palabras, pero no le hacía falta para comprender que estaba enfadada—. Debería marcharme.

—Bien.

Metió sus ilustraciones en el maletín con la premura que le fue posible. La noche había caído en el rato que habían estado hablando y la estancia se había cubierto de un aire melancólico. El fantasma de sus palabras seguía agazapado en las sombras, esperando para saltar de nuevo.

—La próxima vez que venga espero traer conmigo una respuesta.

—La tendrás —corroboró Victoria sin levantar la voz—. Hasta la próxima, Arthur Credge.

—Adiós.

Cuando abandonó el laboratorio, Arthur creyó ver que una lágrima recorría el rostro de la joven.

39
Conticuere omnes, intentique ora tenebant

10 de marzo de 1857

—¿He hecho algo que te haya molestado?

Con estas palabras Theodore se dirigió a Arthur, al verle sentado en el aula, al menos un cuarto de hora antes de que comenzase la clase.

Cuando Theodore se había despertado esa mañana, no quedaba ni rastro de su amigo en la habitación.

Se vistió en silencio, como hacía todos los días para no despertarlo, y pensó que le vería en la cafetería de la residencia, pero no fue así. Como no se había quedado dormido ni llegaba tarde, supuso que Arthur habría tenido alguna razón para irse sin avisarle. A primera hora tenían lección de Cirugía con Lyle Crowle, el tutor de su amigo, de modo que seguro que lo encontraría allí.

—¿Qué? No. No tiene nada que ver contigo. —Su tono le dejó claro que era mejor que no preguntara—. Quería estar solo. He visto a Wheeler esta mañana —le informó.

—¿Sí? ¿Cómo está?

Theodore no había conseguido cruzar más de un par de frases breves con él desde la puerta de su habitación.

—No me ha dirigido apenas la palabra, pero hemos desayunado juntos. Creo que no esperaba encontrarme allí y por eso ha bajado la guardia.

—Lo que quiere decir que oficialmente nos está evitando.

—¿Acaso puedes culparle? —No se había molestado en quitarse la ropa de calle antes de llegar a su asiento—. Todos hablan del toque de queda y, seamos realistas, no es de gran ayuda para dejar de pensar en su novia muerta.

Puede que le faltase tacto al decirlo, pero estaba en lo correcto. El toque de queda no existiría sin la muerte de Davinia, así que el día entero de alumnos, profesores, enfermeros y médicos se había visto afectado en alguna medida por lo sucedido. Nada de lo que hiciera le ayudaría a olvidarse de ello, eso estaba claro, pero ni siquiera podía retomar su rutina habitual para empezar a aprender a vivir sin ella.

—¿Te ha contado algo interesante?

—No, pero tampoco tendrá mucho más que contar. Me he ofrecido a ayudarle a llevar al día los trabajos y me lo ha agradecido, pero no creo que le veamos pronto por nuestra habitación pidiéndonos apuntes.

—Pobre muchacho —se lamentó Theodore—. Casi me arrepiento de haberle gritado la última vez que estuvimos juntos antes de lo que sucedió.

—No te preocupes. Estoy bastante seguro de que se lo merecía.

Mientras hablaban, el aula magna se había llenado de los alumnos que asistían a la lección del doctor Crowle. La marea de estudiantes vestidos de tonos tierra y telas oscuras, que acostumbraban a evitar llegar pronto en la medida de lo posible, tomaban asiento. Si lo

hacían después que el profesor, no podrían pasar, pero retrasaban su entrada todo lo que podían.

—¿Qué significa este revuelo, caballeros?

Theodore no fue consciente del ruido que había hasta que Lyle Crowle lo mencionó. La voz de sus compañeros rebotaba en las paredes cóncavas de la sala, como si fuera un gran teatro. Era el espacio perfecto para las clases, pero también para que el estruendo perdurase.

—¿Es esta la primera clase que tienen desde que estamos en estado de alerta? —Varios estudiantes contestaron negativamente a la pregunta del profesor Crowle—. Si ya están alterados sin que haya motivo, lamento decirles que la clase de hoy los va a agitar mucho más, señores.

Lyle Crowle había entrado por la puerta más cercana al encerado, acompañado por uno de sus ayudantes, y no había dado siquiera los buenos días. Los alumnos callaron de inmediato al percatarse de lo que significa que hubiese dejado esa puerta de servicio abierta. Solo la usaba cuando tenía algo que mostrarles.

—Les traigo una sorpresa que sé que no van a dudar en agradecerme. —Alentó al muchacho que le acompañaba a salir de nuevo por el mismo lugar—. Viene directo del Royal Infirmary y no he podido resistirme a presentárselo. Muchas gracias, señor Lamb. Ya puede regresar de nuevo a su clase.

El estudiante llamado Lamb colocó en el centro de la escena una camilla con un cuerpo humano sobre ella cubierto con una sábana. Las disecciones eran la razón por la que los alumnos elegían las clases de Lyle Crowle por encima de las de otros profesores, pero no era común que las realizara.

«Si venía directo del hospital —pensó Theodore—, habrá sido un regalo de parte de Hughie Buckman. Tal vez incluso ha pasado por sus propias manos antes de llegar aquí».

—Como muchos habrán adivinado, el día de hoy van a ser testigos de una cirugía en vivo y en directo.

La audiencia no pudo evitar los murmullos al oír sus palabras. No era lo mismo una disección que una cirugía, mucho menos frecuentes aún.

—Cuando me dieron permiso para traer el cuerpo a la facultad me puse a dar vueltas a qué podría mostrarles, pero no necesité pensar en ello mucho tiempo. Unos segundos con él y enseguida supe con exactitud qué intervención necesitaba en primer lugar, y creo que estarán de acuerdo conmigo cuando lo vean.

Con aquel movimiento rápido de muñeca que lo caracterizaba, algo que sorprendería a todos los dramaturgos de las islas, Lyle Crowle retiró la sábana para dejar al descubierto el cuerpo desnudo del desconocido.

Un desconocido al que le faltaba una pierna.

Arthur golpeó con tanta fuerza las costillas de Theodore que este tuvo que reprimir un quejido. Sin embargo, no hacía falta que su compañero le llamase la atención, él también lo había visto. Por salvaguardar la privacidad del desconocido, el profesor había dejado en su lugar el pedazo de tela que le cubría el rostro, pero no era necesario mirar lo que había debajo para saber qué escondía. Theodore no sabía qué aspecto tendría el cadáver que estaban buscando, podría haber sido un hombre o una mujer, podría haber muerto a causa del frío o apuñalado como todos los demás. Lo que sí sabía era que podría reconocerlo cuando lo tuviera delante.

Y ahí estaba la certeza, en todo su esplendor, burlándose de él desde el centro del aula magna.

—Como pueden ver, y espero que ustedes sean capaces de distinguirlo, no es una casualidad de la naturaleza que nuestro sujeto sea cojo, fue sometido a la misma intervención que vamos a realizar hoy, una amputación.

El desconocido presentaba un muñón desgarrado y en carne viva, una obra burda pero eficiente que había respetado todos los huesos de la extremidad inferior derecha.

—Espero que comprendan —prosiguió el profesor— lo extraordinario de esta clase y que estén atentos a lo que voy a mostrarles. En la medida de lo posible, siempre preferimos desglosar el cuerpo entero, no solo una parte, pero hoy están de suerte. Son alumnos muy privilegiados. Señor Credge, ¿puede venir a ayudarme?

Arthur se dio por aludido, pero se contuvo antes de levantarse.

—Lo has visto, ¿verdad? ¿Qué hacemos? ¿Le digo algo al profesor? Está claro que hay un patrón evidente.

Theodore estaba de acuerdo. El desgraciado que estaba profanando los cuerpos había pasado de hacer exploraciones internas a deshacerse de extremidades enteras. No obstante, detuvo a su amigo antes de que este pudiera hacer lo que estaba pensando.

—No hagas nada de nada, Arthur. —Si tuviera que describir cómo se sentía en ese momento, habría usado la palabra «desesperado»—. Lo único que vamos a conseguir es que nos tachen de desequilibrados delante de todo el mundo.

—¿Y qué pretendes? ¿Que baje y finja que no pasa nada?

—Eso es.

—Todo esto fue idea tuya. —Arthur se dirigió a él como si fuera un niño pequeño con dificultades para comprender normas básicas de civismo—. Tal vez pueda hacer algo que nos ayude.

—Ya se me ocurrirá algo para destapar lo que está pasando, pero no aquí. Este es el peor escenario de todos los posibles.

—Señor Credge, ¿hay algún problema?

Desde el centro de la clase, varios pisos de pupitres más abajo, Lyle Crowle le llamó de nuevo.

—No, discúlpeme, profesor. Ya voy. —Al notar la mirada de alguno de sus compañeros sobre ellos, bajó de nuevo la voz para que solo le oyera Theodore—. Sea lo que sea, date prisa. Si vamos a meter al doctor en todo esto, debemos estar muy seguros de lo que está pasando. No puedo perder la poca confianza que todavía tiene en mí.

—No suelo hacer nada sin pensarlo antes —adujo.

—¿Ah, no? Luego podemos discutir eso. —Desenrolló la bufanda que llevaba al cuello—. Tengo mis propias opiniones al respecto. ¿Estás seguro de que es el cuerpo que estamos buscando?

—Necesito que me confirmes el estado en el que está cuando vuelvas. Si lleva varios días muerto, es el que estamos buscando.

A Arthur no le hizo falta decir nada para que su amigo entendiese que creía que estaba en lo cierto. Se alejó de él y bajó de dos en dos los escalones que le separaban de la mesa del profesor.

La desagradable sensación que se apoderó del cuerpo de Theodore se apaciguó al comprender que, dentro de lo malo, contaba con una ventaja. De haber sido cualquier otro profesor, tal vez nunca se hubiera enterado de que existía. Por no hablar de que Lyle Crowle rara vez pedía a otro alumno que no fuese Arthur que le

ayudase. Y si Theodore se fiaba de alguien para darle un informe claro sobre el cadáver que estaba en aquella mesa, ese era Arthur Credge.

40
Hic et nunc

10 de marzo de 1857

«Si nunca llegas a morir en sueños, ¿cómo puedes estar seguro de que te has despertado de la pesadilla?».

Ese fue el primer pensamiento que se dibujó en la mente de Theodore cuando se levantó en mitad de la noche. Escuchó los suaves ronquidos de Arthur y su respiración acompasada hasta que fue capaz de calmar los latidos desbordados de su corazón. Recordaba la clase de esa mañana con el profesor Crowle, pero no el momento en que se había quedado dormido.

El doctor había tomado como referencia la pierna amputada del desconocido para llevar a cabo la cirugía en la que le quedaba. Incluso desde los pisos superiores del aula pudo ver que el corte había sido limpio, hecho a conciencia, a pesar de que a primera vista no lo pareciera. La carne desgarrada, los músculos magullados y la ausencia de hueso podían hacer creer que todo se había hecho sin pensar, pero esta suposición no podía estar más lejos de la realidad.

Lyle Crowle había seccionado cada capa, cada parte orgánica que quedaba del cuerpo hasta llegar al lugar escogido. En un cadáver, siempre lo advertía, ese proceso era mucho menos complejo que en

un cuerpo con vida, pero si no se practicaba con el de un difunto nunca se estará preparado para asistir a los pacientes.

Cada movimiento del profesor simulaba a la perfección la cirugía a la que ya había sido sometido.

—La única diferencia entre lo que acabamos de hacer y la intervención con la que ya venía es que hemos tenido todo el tiempo necesario para realizarla. —Con un paño se secó los dedos manchados y volvió a tomar el bisturí para ayudarse a señalar—. No ha habido un solo error en la amputación que se le realizó, todos los pasos son correctos, pero apresurados. Limpios, pero trémulos. Es un trabajo propio de quien está más centrado en seguir la teoría que en aplicar la práctica. Técnicamente es implacable; no obstante, podría haber obtenido un resultado mejor de haberlo pensado menos. La medicina no es solo conocimiento bruto, también es práctica y constancia.

«Práctica».

Esa era sin duda la palabra que le había llevado a despertarse cubierto de sudor a las dos y doce minutos de la mañana.

La clase había durado dos largas horas, en las que Lyle Crowle había descrito, manipulado y explicado todos y cada uno de los elementos que le iba arrebatando al cuerpo. Dos horas de las que, en cualquier otra circunstancia, Theodore habría disfrutado. Sin embargo, su mirada no paraba de buscar la de Arthur, que estaba ayudando al profesor en el centro del aula. Se había manchado la camisa blanca de una sustancia que le costaba identificar y no apartaba la vista del cadáver, como si tuviera miedo de que en cualquier momento se levantara.

Aunque esperaba que le hiciera una señal para confirmarle que todo estaba bien, sabía que eso no sucedería. La expresión de disgusto en el rostro de su amigo era la única respuesta que necesitaba para confirmar que estaba en lo correcto. Había sido inútil pedirle a Arthur que estuviera atento al cuerpo, los dos fueron conscientes desde el primer momento de que era justo lo que se habían temido encontrar allí.

—Si alguno de ustedes tiene alguna pregunta, puede proceder.

No conocía con exactitud qué le había llevado a frenar las intenciones a su compañero y le había impedido hablar con su tutor de lo que estaba sucediendo, solo sabía que no era el momento. Sí, podía mostrarle que todas las pruebas parecían contar una misma historia, pero ¿y luego, qué? ¿Echaría a los lobos al resto de los profesores de la universidad? ¿Se atrevería a señalar con el dedo a alguien cuando no estaba seguro de quién tenía la culpa? Mentir y ocultar pruebas no es un delito tan grave como el asesinato o el robo de cadáveres, pero nada podía hacer si no contaba con un culpable real.

Ya tenía la prueba que necesitaba para asegurarse de que no había perdido la cabeza, ahora solo le faltaba darle un rostro al autor del delito.

Tumbado de espaldas sobre el colchón, Theodore no entendía por qué todo aquello le afectaba hasta el punto de perder horas de sueño. El tráfico ilegal de cadáveres podría incumbir a la universidad, ya lo había hecho, pero ¿de verdad pensaba que él no podría ir a cualquier otra escuela? Tenía un expediente excelente, incluso mejor que el de su mejor amigo. Ni siquiera había acabado la formación y ya tenía más experiencia hospitalaria que muchos

doctores respetados a su edad. Y también estaba el dinero. Si no hubiera sido admitido en la universidad, su familia podría haber comprado su acceso y su título. No, el problema estaba en otro lado.

Y le aterraba tan solo pensar en ello.

Claro que había dado vueltas a quiénes podían ser los culpables. El conocimiento es poder, y cualquier médico que tuviese acceso a un número ilimitado de cuerpos que estudiar tenía garantizada la superioridad con respecto a sus colegas de profesión. En la primera ola de compraventa de cadáveres el objetivo había sido la búsqueda de sabiduría y entendimiento. Se arrancaba a los fallecidos del camposanto y volvían a aparecer en las mesas de disección de universidades y hospitales sin que nadie pusiera coto a lo que estaba sucediendo. En ese momento, los cuerpos habían vuelto a usarse como moneda de cambio, pero quienes perpetraban el delito habían aprendido de los errores del pasado. Ya no se allanaban cementerios, se asesinaba a mendigos y prostitutas.

No solo eso, los cuerpos habían dejado de mostrarse en clase delante de los alumnos. Alguien los manipulaba, los abría, los corrompía, de ese modo controlaba el acceso al saber en beneficio propio. El culpable estaba privando a personas de vivir para consumir sus cuerpos muertos.

Sí, por supuesto que le había dado muchas vueltas a quién podría ser el culpable. Cada paso que avanzaba, cada nombre que anotaba, cada cuerpo que acababa encima de su mesa. Todos los caminos llevaban a Hughie Buckman.

Si iba a la policía y contaba lo que pasaba, en el mejor de los casos podría quedar como un mentiroso. En el peor, su mentor le arrastraría con él. Daba igual el dinero o lo lejos que huyera, su

reputación le precedería y ni siquiera se la habría labrado él mismo. Puede que ni siquiera importase que fuera él quien lo destapara, todo el mundo le recordaría como el ayudante del hombre que jugó a ser Dios y acabó en la cárcel por ello. Todo lo que hiciese a lo largo de su carrera palidecería comparado con el escándalo al que estaría ligado para siempre su nombre. Theodore Thorebourne no sería un gran médico, sería el ayudante de un asesino.

No recordaba si el orgullo era un pecado capital, pero creyó que desde luego se trataba del suyo.

La única forma de escapar del destino que se había escrito para él era detener lo que estaba haciendo Hughie Buckman, fuera lo que fuese…, o encontrar la manera de que apareciese otro culpable.

No le fue necesario ver la hora para saber que estaba dentro del toque de queda. Aun así, se planteó si merecía la pena forzar la puerta y salir. Sentía que le faltaba el aire. Tampoco era una opción quedarse en la cama y esperar a que llegara la hora de librarse del cautiverio o dar un paseo por el claustro. Quería marcharse lejos, muy lejos, a un lugar que no le recordase la encrucijada en la que él mismo se había metido.

Antes de ponerse las botas y el abrigo sobre la ropa de cama ya había decidido que correría el riesgo de que le pillaran rompiendo el toque de queda. Ningún castigo que le impusieran podría ser peor que la presión que sentía en el pecho y le golpeaba desde hacía semanas. Un ritmo que no cesaba, que nunca terminaba de abandonarle.

Solo oía el eco de sus pasos sobre el frío suelo del pasillo. Detrás de las puertas de las habitaciones, sus compañeros dormían ajenos a su huida. Le sorprendió no notar resistencia al tratar de abrir la

puerta principal. Si habían echado la llave, alguien debía de haberla abierto. Todas las noches sin excepción el personal del servicio cerraba al menos uno de los cerrojos, más después del toque de queda. Sin embargo, esa noche nadie había asegurado la entrada.

El vaho que salía de su boca era tan denso como el humo de las fábricas en los meses de invierno. El viento gélido que alborotó su pelo le confirmó que se había apresurado al proclamar el principio de la primavera y deseó haberse puesto más prendas para cubrirse. El pijama que usaba para dormir en la residencia, donde siempre mantenían la lumbre encendida, no era suficiente para proteger sus piernas y se había puesto a temblar antes incluso de comenzar a bajar las escaleras.

No tenía un rumbo fijo, pero no tuvo tiempo siquiera de tomar ninguna decisión.

Delante de él, como una exhalación, apareció una silueta humana.

Creyó que se trataba de un hombre por la manera en que caminaba, pero en medio de la penumbra podría haberse tratado también de una mujer. Andaba a paso ligero por la acera contigua a Telfer Wall, en dirección a la puerta de Teviot Place. «Tiene que ser un estudiante», pensó Theodore, pero consideró que no era conveniente que se quedase para averiguarlo. Si en lugar de uno de sus compañeros se trataba de un profesor, no le sería tan sencillo justificar por qué había decidido violar el toque de queda.

Se subió la bufanda hasta que lo único que quedaba al descubierto eran los ojos y bajó con toda la rapidez que le fue posible las escaleras. En mitad de la avenida seguía notando aquella presencia tras de sí, una molesta sombra que le recordaba que estaba haciendo de nuevo cosas que no eran legales. Parecía que le

perseguía. Si su idea había sido regresar a Teviot Place estaba claro que había cambiado de opinión.

¿Debería correr? Desde luego, eso llamaría la atención del sujeto y lo convertiría en sospechoso de ser el culpable de los crímenes, pero también tendría más posibilidades de darle esquinazo y quedarse solo. Reflexionó sobre ello tan solo un instante, porque cuando se dispuso a acelerar el paso lo sobresaltó un grito.

—¡Theodore! —La figura encapuchada y sin aliento se acercó a él en la oscuridad de la noche—. ¿Qué estás haciendo aquí? Es muy tarde, ¿estás bien?

El desconocido se descubrió la cara despacio antes de llegar a su lado, como si tuviera miedo de que esa vez sí saliera corriendo.

—¿Alphonso? —Él no figuraba en la lista de personas que podría haberse esperado encontrar allí—. También yo me lo pregunto. ¿Qué haces aquí fuera? ¿Has violado el toque de queda?

—Sí, pero tengo una buena razón para ello. —La expresión de su cara parecía decir: «Espero que tú también la tengas»—. Se trata de Wheeler, Theodore. No está bien.

—¿Wheeler? ¿A qué te refieres? ¿Qué ha sucedido?

—Hace varias noches que oigo que se marcha cuando cree que estoy dormido, muy tarde. Las primeras veces lo dejé estar, no merecía la pena enfrentarme a él cuando está pasando por el peor momento de su vida. Pensé que necesitaba tiempo para sí mismo, para poder volver a ser el que era antes. Luego, cuando vi adónde iba, comencé a preocuparme.

El eco de unas pisadas sobre la grava los alertó y Theodore arrastró a Alphonso hacia los soportales de la plaza, donde las sombras podían ocultarlos.

—Me pudo la curiosidad y decidí seguirle hasta las afueras de Auld Toun, muy pasada la Royal Mile. —Señaló un punto lejano a la espalda de Theodore—. No sé en qué etapa del duelo está, pero es la peor de todas. No se escapa de la residencia para que le dé el aire y poder pensar, se está juntando con tipos peligrosos que no me gustan nada y hacen cosas de las que va a arrepentirse.

—¿Qué…?

—¡No podía dejar que hiciera una tontería! Es un crío con más dinero del que necesita en una situación de extremo dolor. Es más peligroso para sí mismo que para nadie, pero está usando su poder para conseguir cosas que no le convienen.

Su amigo temblaba a causa de la excitación y la ira, que se reflejaban en la inmensidad de su rostro.

—¿Te refieres a drogas?

Wheeler acostumbraba a beber de más y a disfrutar del tabaco con demasiada frecuencia, que hubiera comenzado a consumir opioides no habría sido nada sorprendente. Cerca de los médicos siempre había ingredientes para formular remedios, pero en cantidades excesivas también podían convertirse en drogas.

—En cierta manera lo es.

Las evasivas de Alphonso en aquel ambiente clandestino, ocultos los dos tras un pilar de piedra maciza, no ayudaban a que su compañero se sintiera mejor. Los pasos que hacía tan solo unos minutos parecían acercarse ya no se oían. Theodore notaba que toda la ciudad estaba conteniendo el aliento.

—Sabes que en cualquier otra circunstancia no te pediría ningún favor en lo que respecta a Wheeler, pero esta vez es diferente. Las cosas han cambiado.

—¿Y crees que yo voy a ser útil? Wheeler no escucha a nadie más que a sí mismo y a ti, con un poco de suerte.

—En mí confía ciegamente, pero preferiría tragar agujas antes que seguir cualquiera de mis consejos. Necesito tu ayuda, Theodore. A ti te respeta, te admira, te ve como un hermano mayor. Tienes que ir con él.

—¿Acompañarle? ¿Adónde?

—Quiere invocar a los muertos, Theodore. Está tan desesperado por volver a hablar con Davinia que le dan igual las consecuencias. Va a ir a la Mansion Home para hacerlo.

41
Responsum I

19 de marzo de 1857

Los ojos vacíos de la criatura le devolvieron una oscura mirada desde el cuaderno de la mesa.

Tenía la amarga sensación de que esa tarde no encontraría a Victoria en el laboratorio, aunque esperaba equivocarse. Había dejado pasar varios días desde su última conversación, con la esperanza de que no siguiese tan enfadada con él, pero no había ni rastro de la muchacha. Sabía que había pasado por el aula, el osario estaba colocado en un orden distinto de como lo habían dejado la última vez. Eso quería decir que había aprovechado los momentos en los que él estaba en clase para ir a trabajar allí.

Si lo pensaba bien, lo peor no era que Victoria hubiera preferido tomarse unas vacaciones de su relación de trabajo, sino que no estaba seguro de si continuaban siendo amigos o no. Le sorprendió que la joven hubiera reaccionado de aquella manera al oír sus palabras, aunque la realidad era que no podía imaginarse otra diferente. Su relación se limitaba a verse en la facultad, fuera de su horario académico y laboral, y conversar sobre aquel montón de huesos sin parar. De hecho, lo más probable era que nunca hubieran coincidido o que no se hubieran llevado bien más allá de aquellas

cuatro paredes. No le pasaba lo mismo con Theodore, del que creía que en todos los escenarios en los que hubiera podido conocerle habrían sido grandes amigos. Con Victoria, la amistad era una incógnita.

Apenas sabía nada de su vida personal aparte de quién era su tío. No sabía dónde había nacido ni cuándo era su cumpleaños, tampoco si tenía pareja o si contaba con amigos fuera o dentro de la universidad. Por su parte, Arthur tampoco había compartido información con ella más allá de la estricta y necesaria, de modo que no podía echárselo en cara. ¿Debería haber tomado la iniciativa? Tal vez, pero se dijo a sí mismo que a Victoria le habría molestado que lo hiciera.

¿Cómo lo sabía? En realidad, no tenía ni idea.

Existían las mismas posibilidades de que ella le hubiera escupido en la cara que de que se hubiera reído de él. A fin de cuentas, lo único que sabía de ella era que se trataba de la inteligente sobrina del hombre más brillante que conocía.

No obstante, la razón por la que esperaba encontrarla allí aquel día era egoísta. Quería pedirle disculpas, sí, pero sobre todo necesitaba que viera una cosa.

Los días anteriores, mientras dejaba pasar un tiempo prudencial antes de regresar y hablar con ella, continuó trabajando en el boceto que le iba a mostrar a Lyle Crowle. Todos los restos con los que había trabajado seguían un patrón muy claro que había sido capaz de identificar desde las primeras veces que se sentó delante de ellos: habían pertenecido a un individuo fuerte, de complexión ancha. Pero nada podía asemejarse a lo que sucedía cuando trataba de reconstruir su cráneo.

Dibujaba rápido, incluso cuando quería fijarse en todos los detalles. Nunca le había parecido que esta fuera una habilidad destacable hasta que tuvo que rehacer el mismo boceto incontables veces en tan solo unos días. Al principio creyó que había cometido algún error. Sus cálculos y medidas debían de estar mal, por eso no dejaba de dibujar aquel rostro una y otra vez. Después, pensó que tenía que haber tomado mal la referencia de los huesos y debía solucionarlo antes de proseguir. Un fallo como ese podría costarle el diagnóstico entero, así que no lo dudo y volvió al laboratorio.

No le hacía falta dibujar de nuevo los restos para saber que el resultado iba a ser el mismo. Aun así, volvió a repetirlo, esperando que algo cambiase.

No lo hizo.

La cara que sus manos habían dibujado no era el rostro de un hombre ordinario, un caballero que pasea por las calles de la ciudad y se mimetiza con los cientos de distinguidos habitantes con los que se cruza a diario. Tampoco era la cara de alguien a quien él pudiera mantenerle la mirada. Cada palmo de su rostro era exacto a los bocetos que había comenzado en su habitación, convencido de que estaba equivocado. Sus manos no dejaban de dibujar aquel rostro, incluso con los huesos delante de él. Con los fragmentos, sin ellos, con el estudio anatómico, daba igual. Siempre acababa viendo a la misma persona.

La criatura deforme tenía un cráneo descomunal y las órbitas de los ojos redondeadas. Donde debía haber una cabeza con una forma cercana al círculo perfecto había un óvalo desmesurado y tosco, pero no enfermo. Todos los rasgos del rostro tenían una extraña armonía no humana, con facciones que encajaban a la perfección en su

rareza. Los pómulos altos y angulosos casi distraían de la falta de mentón del desconocido. No, no parecía enfermo, pero tampoco un alemán corriente. Cuando juntaba la ilustración del cráneo con las que había dibujado de las extremidades, una criatura monstruosa se revelaba ante él en su máximo esplendor.

Ninguna de las patologías que conocía se asemejaba a la imagen que había creado. No existía adulto que pudiera sobrevivir ni siquiera al parto con una deformidad similar. Aquello, admitió, escapaba por completo a su entendimiento. Había dado con su talón de Aquiles, con algo para lo que no tenía respuesta alguna.

—¿Me permite que le moleste un momento?

Arthur terminaba de darle los últimos toques de carboncillo al rostro del paciente desconocido cuando Lyle Crowle entró en el laboratorio.

Iba ataviado con sus mejores galas y un alto sombrero de copa que reflejaba la luz de las lámparas de aceite. Al oírle pasar, Arthur tuvo la esperanza de que fuese acompañado de Victoria, pero se le disipó cuando cerró la puerta tras de sí.

—Por supuesto, profesor.

—No queda mucho para el toque de queda —observó, consultando el reloj de la pared del aula—. No le robaré demasiado tiempo. Solo quiero hablar con usted.

—¿Va a alguna parte después?

Arthur dejó una pequeña mancha de carbón sobre la mesa en la que estaba trabajando y se apresuró a limpiarlo bajo la mirada del profesor.

—Tengo un compromiso semanal a las afueras de la ciudad. —Le mostró el traje que había escogido para la velada—. Me gusta

disfrutar de otros ambientes. Me recuerdan que soy un hombre, además de médico.

—Debe de ser fantástico, señor.

—La verdad es que no me cambiaría por uno de ustedes ahora mismo. No es una situación fácil la que están viviendo.

—Pero sí necesaria.

—Coincido con usted.

El profesor Crowle paseó por el laboratorio, dándole la espalda a Arthur.

—La pregunta que me trae aquí no es tampoco agradable, me temo. —Se agachó delante de una pila de libros y retiró una densa capa de polvo—. Necesitaba hablar con usted.

—¿Quiere saber cómo avanza la investigación?

—Me gustaría, sí. Como le dije, se me está agotando el tiempo y estos restos tienen su hogar bastante lejos de aquí. —El cráneo que tenía delante evidenciaba lo que Arthur había estado haciendo tan solo unos minutos antes—. No querría que mi compañero pensase que estoy abusando de su generosidad para un fin personal.

«Así es como acaba esta incursión en el mundo científico», se lamentó Arthur en su fuero interno. Temía que ese momento llegara, pero también lo deseaba con fervor. Si tenía que terminar era mejor para ambos que fuese pronto, para no seguir humillándose con su más que evidente estupidez. No estaba preparado para asumir tal responsabilidad.

—Lo he intentado, señor. —No recordaba la última vez que había llorado en público, no era habitual en él. No obstante, deseó tener las agallas para dejarse llevar en esa ocasión. No lo hizo—. He consultado bibliografía científica, he tratado de darle un sentido a

todo lo que he anotado en los cuadernos. He medido, manipulado, observado y analizado cada uno de los fragmentos, y la respuesta ha sido siempre la misma: no hay nada que se le parezca.

—Entiendo.

—Tuve una idea que creí que resolvería todos los problemas que planteaban los huesos, un material con el que no estoy acostumbrado a tratar, pero ha resultado inútil. —Le puso en las manos el manojo de papeles y el doctor no pudo negarse a agarrarlos—. ¿Ve? He malgastado el tiempo haciendo el estudio anatómico de cada una de las partes que teníamos, con la esperanza de ver algo más allá del hueso.

—¿Y lo ha conseguido?

El doctor miraba, aburrido, el trabajo de su alumno.

—Estoy haciendo algo mal, pero no sé qué es. Cada vez que intento recrear cómo habría sido el hombre en vida, me encuentro con esto. —Recuperó los folios que le había entregado y los cambió por la imagen de la cara de la criatura, que el profesor Crowle tomó con una ligera expresión de curiosidad—. Todas las veces que lo he hecho, todas y cada una de ellas, me llevan siempre a lo mismo. Tal vez lo haya calibrado mal o haya sobrestimado mis capacidades de artista, pero el resultado es siempre ese. Un engendro deforme.

Lyle Crowle pasó cada una de las páginas para observar lo que Arthur acababa de explicarle, y observó que el rostro aparecía representado de la misma manera. Trató de verlo a contraluz y alejado de ella, antes de dejarlo junto a los restos de cráneo que descansaban sobre la mesa.

—Es casi como si no fuera humano —explicó Arthur.

—¿Cómo ha dicho?

Lyle Crowle se dio la vuelta de forma brusca, golpeándose una de las piernas contra la esquina de una mesa. Tenía los ojos inyectados en sangre y parecía haberse olvidado de la hora que era.

—Nada, no es nada. —Se disculpó Arthur, avergonzado. El cambio en su actitud era leve, pero estaba allí, había aparecido sin previo aviso—. Me refiero a que hay algo raro en él. Tiene características que le hacen parecer no humano. Supongo que se trata de algo propio de la enfermedad que sufría, pero nunca había visto nada igual. Por eso no he podido identificar qué le ocurrió.

—Ni usted ni nadie, mi querido Arthur. Usted es una de las primeras personas de la historia en ver algo así, espero que sepa valorar lo afortunado que es.

Todo lo que quedaba del profesor desinteresado era tan solo una bruma que se alejaba en el aire. Lyle Crowle se retiró los guantes de cuero oscuro para sostener con más firmeza los dibujos de Arthur, a quien contemplaba con el mimo que se tiene por un hijo que aprende a decir «papá».

—La primera vez que se vio algo similar fue en Gibraltar, un territorio inglés en el interior de España, pero fue desestimado con rapidez, sin tener en cuenta que podrían ser reales. Estos restos tienen cientos de miles de años de antigüedad, pero la salud del sujeto era excelente. El único inconveniente que tienen… es que no son humanos. —Pronunció las últimas palabras con la solemnidad de un sermón religioso, consciente de cada uno de los movimientos de su discípulo.

—¿Señor? —Se notaba la boca seca y el pulso acelerado.

—A los restos de Gibraltar no se les dio nombre alguno y, como es natural, acabaron expuestos en la colección privada de un

coleccionista de objetos curiosos. Algo que nuestro desconocido alemán no tendrá por qué vivir gracias a su diagnóstico.

—¿El mío? —La habitación había comenzado a rodar sin que Arthur pudiera detenerla—. No he hecho ninguno, no he podido saber qué es lo que le sucede.

—Oh, claro que lo ha hecho, señor Credge. Todos los investigadores y médicos que lo han visto desde que salió del valle de Neander han llegado a la misma conclusión que usted: estamos delante de una extraña criatura, un antepasado de los seres humanos.

42
Umbra I

19 de marzo de 1857

En los suburbios de Edimburgo abundaban las mansiones de piedra.

Hacía unos años, con el aumento de la población, se había llevado a cabo una reforma de las afueras de la ciudad. Cuando vivir dentro del núcleo urbano ya no estaba reservado solo a unos pocos que se lo podían permitir, comenzaron a construir casas alejadas de los comercios, las tiendas y los bares, con lo que se inauguró una nueva vida fuera de los límites establecidos por los antepasados.

Las casas, cada vez de mayor tamaño debido a la falta de limitaciones, se vendían por un precio desorbitado. Aun así, una a una, aquellas grandes mansiones encontraron compradores antes incluso de ser habitables. Así se creó un ecosistema solo accesible para unos pocos. Sin embargo, eso no fue suficiente para ninguno de ellos.

El sueño de la soledad y la privacidad no tardó en disgustar a los buenos señores con títulos nobiliarios escoceses, quienes se dieron cuenta de que no estaban dispuestos a malgastar el tiempo viajando para hacer cosas tan simples como beber una cerveza o atender a sus ocupaciones. Poco a poco, los barrios que habían prometido una nueva vida residencial solo para los más privilegiados se convirtieron

en un lugar al que escapar solo en ocasiones especiales y ocupado por grandes residencias que nadie quería comprarles.

Los suburbios estaban repletos de mansiones de piedra, pero ninguna como la Home.

En los palacetes pensados para las grandes familias adineradas solo había polvo y posesiones de las que querían deshacerse, lugares que invitaban a que personas sin recursos se afincasen allí y los convirtiesen en su hogar temporal. Los nuevos habitantes iban y venían por las calles como entes a los que nadie sabía cómo evitar. Tan silenciosos que en muchas ocasiones la única manera de saber que habían estado allí era a través de la limpieza de los suelos y los muebles. A veces incluso las familias agradecían que alguien viviera en sus moradas, ya que evitaban que ratones o ladrones menos inofensivos entrasen en ellas.

Era un secreto a voces que los suburbios de Edimburgo se habían convertido en uno de los peores lugares para vivir, y nadie se molestó en luchar por recuperar la vida que un día les habían prometido. En los barrios en los que debía reinar el silencio era donde tenía lugar gran parte de la vida nocturna de la ciudad. Y la Home podía atribuirse el mérito de ello.

Si el resto de las mansiones parecían no tener alma, criaturas atrapadas en el purgatorio que se habían olvidado de cómo era estar vivo, la Mansion Home suponía un recuerdo constante de que la bonanza había existido en algún momento.

La arenisca rojiza de las paredes contrastaba con la teja oscura de la techumbre y las enredaderas abrazaban los muros como si tratasen de fundirse con ellos. En cada una de las ventanas de la

casa se veía un haz de luz que nunca se apagaba por las noches, un aviso para todos los que estuviesen cerca.

Pero ¿de qué?

Aunque se consideraba a sí mismo un hombre inteligente, Theodore no era capaz de recordar el momento en que le había prometido a Alphonso que acompañaría a Wheeler allí. Podría hacer muchas cosas por su compañero, pero se preguntó si valía la pena saltarse el toque de queda e insultar a su intelecto yendo a aquel lugar. Aunque, como se temía, ya era tarde para arrepentirse.

Su amigo fingía que estaba bien, pero no era necesario conocerle para darse cuenta de que estaba destrozado. Si creía o no que era una buena idea tratar de contactar con su novia muerta en una casa de espiritismo, había decidido guardárselo para sí mismo. Wheeler no parecía una persona supersticiosa o crédula, pero la desesperación hace débiles a los hombres. Su padre siempre se lo repetía a Theodore.

—¿Estás seguro? —le preguntó una última vez.

En la entrada de la Mansion Home había una fila de hombres que esperaban, pacientes, a que les llegase el turno para pasar a su interior. No eran los más jóvenes entre los presentes, pero Theodore se sintió el más perdido de todos, y no solo por el hecho de que no podían estar allí.

Wheeler no había dicho una sola palabra en todo el camino, se había limitado a escuchar cómo su compañero repasaba en voz alta la materia de una asignatura a la que todavía le faltaban varios años para llegar. «Es un descanso —se dijo Theodore— saber que al menos no está enfadado conmigo». No dudó ni un momento en

aceptar que le acompañase ni tampoco puso ningún inconveniente en que Alphonso hubiera decidido desvelar su secreto.

En un primer vistazo a Wheeler se le veía sereno, muy bien arreglado, aseado, seguro de su decisión. Sin embargo, cuanto más le miraba Theodore, más cambiaba esa impresión.

—Nunca he estado tan seguro de algo —sentenció.

Theodore no se molestó en insistir.

—De acuerdo. Dime, ¿cómo consigues que te dejen pasar?

Wheeler no dudó en rebuscar en el bolsillo de su abrigo, idéntico al de todos los estudiantes. Un pequeño grabado en papel de seda apareció entre sus dedos, en él se veía la silueta de un ave encerrada en un círculo deforme. A Theodore le resultó familiar aquella representación, pero no estaba seguro de dónde la había visto antes.

—Es una dracma ateniense. —Se quedó en silencio varios segundos antes de continuar—. La lechuza es el símbolo de la antigua diosa Atenea, la patrona de la ciudad de Atenas. Me explicaron que se entra enseñando este dibujo, en cada sesión es distinta la imagen, así se aseguran de que solo acceden quienes tienen invitación. —Era el mayor número de palabras que le había oído pronunciar en todo aquel tiempo.

—¿Y nosotros tenemos invitación?

—¿Me crees tan estúpido de venir hasta aquí sin ella?

Theodore se abstuvo de responder.

Alphonso le había dejado muy claro que su amigo había comenzado a tener encuentros con personas que no le convenían, de modo que el malgasto de dinero era algo con lo que ambos contaban. No quería saber cuánto costaba guardar el silencio de la

Mansion Home, ni tampoco por cuánto se vendían sus misterios. Wheeler le mostró el grabado a un hombre canoso con aspecto de mayordomo inglés que guardaba la puerta. La entrada no tenía más seguridad que aquel miembro del servicio y Theodore no dudaba de que se largaría corriendo de allí si las cosas se ponían muy feas. Parecía más bien un cochero, no un gran guerrero que pudiera impedirle huir.

El hombrecillo inglés les franqueó el paso sin hacer ni un comentario y la Mansion Home se abrió ante ellos, sin que Theodore acabase de comprender cómo habían conseguido formar parte de los afortunados invitados.

El interior de la morada se asemejaba a cualquiera de las grandes casas escocesas que había en la ciudad, pero allí, en los suburbios, contrastaba, era como un cielo encapotado al que le faltan nubes en una zona: a pesar de que el exterior prometía mucha luz, el recibidor era oscuro, pero no lo suficiente para ocultar lo que había allí expuesto.

Al menos media docena de armarios rodeaban la entrada de la mansión, todos tapados con encajes oscuros, cada uno con motivos diferentes. Mirasen adonde mirasen, no solo en los muebles, había telas para evitar las miradas de los curiosos. El suelo de la primera estancia no tenía moqueta, sino que estaba cubierta por un tejido que imitaba una gran tela de araña de color blanquecino, manchada por las pisadas de los invitados a la casa.

Un gran tenebrario daba la bienvenida en el corredor principal, donde los asistentes aguardaban antes de entrar en el primer salón de la casa, decorado a imagen y semejanza del recibidor. Las velas colocadas en el tenebrario titilaban animando a los hombres a

avanzar, a no quedarse rezagados en la entrada. Tres puertas distintas, todas ellas talladas por la misma mano maestra, daban acceso a tres habitaciones cerradas. Theodore no pudo evitar fijarse en el comportamiento de los hombres, que paseaban la mirada de una puerta a otra, preguntándose por cuál tendrían que entrar.

La congregación de hombres de alta cuna se evidenciaba con cada paso que daban. Fingir seguridad es uno de los rasgos más característicos de las personas que han nacido en un entorno privilegiado. El público estaba nervioso, excitado, tanto si era la primera vez que acudían a aquel lugar como si eran conocedores de la casa. No importaba, todos se repetían a sí mismos una y otra vez que debían estar allí, que merecían haber sido invitados al espectáculo.

—Los abrigos, por favor. —Una niña vestida con ropa masculina se acercó a ellos y les pidió sus prendas. Tenía un ligero acento que Theodore no logró identificar—. No se puede entrar con nada a la *séance.*

Wheeler, que había regresado a su voto de silencio, asintió a la pequeña, que se sonrojó cuando le entregó lo que estaba buscando.

—Muchas gracias.

—Oye. —Theodore sostuvo el brazo de su amigo durante más tiempo del que parecía oportuno. Uno de los hombres de la sala le había llamado la atención y sus manos comenzaron a transpirar—. ¿Ese no es…?

—Alford Byron —confirmó Wheeler—. Parece que no vamos a estar solos hoy.

Aunque Theodore tardó apenas unos instantes en tratar de buscar una excusa que les permitiese pasar inadvertidos o que justificase su

presencia allí tras el toque de queda, el profesor Alford Byron ya los había visto. Su expresión se tornó desesperada, también calculadora. Parecía tan poco contento de verlos allí como ellos de encontrarse con él. Había muchos alumnos en la facultad, pero ellos dos no se habían esforzado por pasar desapercibidos, de modo que en ese momento debían lidiar con las consecuencias. El doctor se debatía entre llevarlos de vuelta a la residencia él mismo o fingir que no los había reconocido.

Theodore no se lo pensó dos veces y se acercó a él, mostrando tanta seguridad como cualquiera de los allí presentes.

—Caballeros. —El profesor Byron los saludó con un movimiento de cabeza—. Es una sorpresa verlos aquí hoy.

—Lo mismo podría decirle, señor. —Theodore no sabía cómo evitar aquella conversación y salir ileso—. ¿Ha venido usted solo? No me esperaba que a los profesores les interesara este mundo.

—Le sorprendería, mi querido muchacho. Estoy esperando a que Lyle Crowle se digne a aparecer, fue él quien me arrastró hasta aquí la primera vez y hoy quería repetirlo. ¿Y ustedes? Este no es un buen lugar para jóvenes.—El profesor Byron los observó con curiosidad, sorprendido de que se hubieran atrevido a ir allí—. ¿Cómo han conseguido invitación?

—Los hombres de ciencia siempre son bien recibidos en esta casa. —La voz femenina, que venía de su espalda, les provocó un escalofrío—. Es un placer verte de nuevo, Alford Byron. ¿Son alumnos tuyos? —dijo tuteándole la dama, con una sonrisa en el rostro.

Los rasgos de aquella mujer se asemejaban a los de un gran felino: ojos rasgados, nariz recta y labios finos y sinuosos que se

movían con lentitud mientras hablaba. Una gran cabellera negra, salpicada por las primeras canas y recogida en trenzas, le caía por la espalda. Podía tener veinte años o cincuenta, pero Theodore solo pudo fijarse en lo hermosa que era. Su voz, casi un silbido, no abandonaba su cabeza pese a que la desconocida no había vuelto a pronunciar una sola palabra.

Un largo vestido escarlata, confeccionado con metros y metros de tela de primera calidad, envolvía su elegante cuerpo. El color de su traje brillaba junto al ardor de las velas que decoraban la estancia y bailaba con cada una de sus llamas.

Dos guantes de piel gruesa cubrían sus manos hasta que se mostró ante ellos. Los retiró despacio mientras continuaba hablando, irrumpiendo de lleno en la conversación de los tres hombres.

—Cuantos más mejor, Alford. Sabes que nunca me canso de los médicos.

—Halpine, Thorebourne, les presento a madame Margaret Home, la dueña de la casa. —Toda la tensión del cuerpo del profesor se disipó en el momento en que la vio—. Señorita Home, querida, estos dos jóvenes son alumnos de la Facultad de Medicina.

El profesor quiso continuar hablando, pero le fue imposible.

—Jóvenes brillantes, supongo —ronroneó.

—Los mejores del país.

¿La dueña de la Mansion Home era aquella mujer? Theodore buscó rápidamente en su cabeza algún recuerdo que conectase la existencia de la casa con aquella hermosa mujer. Todos sus compañeros, incluso los que se jactaban con orgullo y alegría de que habían estado en una de las sesiones de espiritismo en la Mansion Home, hablaban siempre del dueño, de un hombre.

Habría puesto la mano en el fuego al afirmar que alguno de ellos estaría mintiendo, que había fingido presenciar un fenómeno sin explicación solo por dar algo que hablar al resto, pero no esperaba que todos fuesen culpables de lo mismo. A su lado, Wheeler luchaba contra los mismos pensamientos, en absoluto los ocultaba.

—¿Ocurre algo? —Margaret Home ocupaba el centro del grupo y los tres dirigían su atención hacia ella.

—No, es solo que no es usted como esperábamos, supongo.

Theodore no sabía cómo continuar. En su mente, la casa que estaban visitando pertenecía a un millonario estafador que se dedicaba a sacar dinero a inocentes como él. Sin embargo, la mujer que tenía delante le causaba una sensación distinta. Sí, quizá intentaba estafar a todos los presentes, pero a él le costaría acusarla de hacerlo.

—Esperaba que la Mansión Home fuese de…

—¿Un hombre? —Su risa contagió al doctor Byron, que la siguió con gusto—. El espiritismo es un menester propio de las mujeres, los hombres no tienen la sensibilidad necesaria para llevarlo a cabo. Esta es mi casa y todas las *séances* que aquí se dan están bajo mi control y conocimiento. Aquí no sucede nada sin que yo me entere o tenga algo que decir al respecto.

—Espero que acepte mis disculpas, señora Home. —Cada paso que daba le alejaba más del punto de partida. ¿Por qué había ido allí?—. Lo último que quiero es ofenderla.

—Con un rostro como el suyo sería difícil enfadarme. —Sus ojos de gata examinaron a Theodore, pero Wheeler captó enseguida su interés—. Espero que hoy logres escuchar la voz de tu novia, mi querido niño. Sé que está deseando hablar contigo.

Wheeler palideció como si delante de él hubiese aparecido un espíritu gritando su nombre.

—¿Cómo lo sabe? —El niño que llevaba dentro salió a la luz tan solo un instante y se dejó llevar por el pánico más puro.

Margaret Home estaba satisfecha consigo misma y no se molestó en ocultarlo.

—Como bien he dicho, no ocurre nada en mi propiedad sin que yo lo sepa. —Uno de sus dedos se deslizó por la pechera de la camisa del futuro médico—. Y menos si se trata de un alma en pena que quiere algo de mí. ¿Quieres algo de mí, muchacho?

El terror se veía reflejado a lo largo y ancho de su rostro.

—Creo que necesito respuestas —contestó Wheeler a la médium, con más templanza de la que Theodore lo creía capaz.

—Estás en el lugar correcto para conseguirlas… y para formularlas.

La niña que había retirado sus abrigos apareció en el centro de la sala, con ropa masculina en sus manos, del mismo tono escarlata que el vestido de Home. Estaba inmóvil delante de una de las puertas, la que se encontraba a la izquierda del corredor. Nada distinguía esa entrada de las demás. Si no hubiese estado ella delante, los invitados no habrían sabido cuál elegir.

—Señora Home, ya está todo listo. —Con el tono propio de niña que aún no ha cumplido los diez años, logró que todos se girasen para mirarla—. Comenzamos cuando usted quiera.

Wheeler seguía paralizado por las palabras de la mujer, que no dejaba de estudiar la reacción del joven.

—Sed bienvenidos a vuestra primera *séance*. —Madame Margaret Home abrió la puerta de la habitación—. Espero que este sea el

principio de algo nuevo para todos.

43
Responsum II

19 de marzo de 1857

—Si tan equivocado estoy, ¿por qué no se atreve a negarme lo que está viendo?

Arthur había dejado de procesar sus palabras, tan solo oía la sangre bombeando en sus oídos, un ruido ensordecedor que le invitaba a imaginarse que estaba muy lejos de allí, en la antigua casa de su infancia. Lyle Crowle se mantuvo firme en su sentencia, sin preocuparse de que su alumno respondiese.

—Yo tampoco podía creerlo la primera vez que lo vi, aunque solo me hicieron falta un par de horas para darme cuenta de que mi viejo amigo tenía razón: había dado con uno de ellos, solo era cuestión de tiempo que todo saliese a la luz. —Agarró uno de los fragmentos del cráneo y lo meció—. Sabía que llegaría a la misma conclusión que yo desde el momento en el que se lo propuse; necesitaba una confirmación más, unos ojos inocentes —repetía una y otra vez, como un mantra—. Los suyos eran perfectos, Arthur Credge, usted era perfecto para el trabajo. Al venir aquí hoy temí que no hubiera sido capaz de encontrar el camino, pero lo ha hecho. No me he equivocado con usted.

Volvía a escucharle, pero cada frase carecía más de sentido que la anterior. Habría dado lo que fuese porque se tratase de una broma, pero Lyle Crowle no era de los que las gastan. No, aquello era real. O, al menos, uno de los dos creía que lo era.

—Mi querido compañero pensó que había perdido por completo la cabeza cuando hizo su diagnóstico. ¿Se imagina, Arthur? ¡Encontrar un ser humano más antiguo que las pirámides! No, esto se trata de algo aún mejor. La ciencia evoluciona, eso no se puede negar. Y usted está haciendo historia, de eso no puede dudar. Es usted un joven privilegiado que pasará a los libros de texto y las nuevas generaciones estudiaran su nombre. —Para él, la imagen de la grandeza prometida no era un sueño, sino una realidad—. Si en anteriores ocasiones no se logró confirmar la existencia de estas criaturas, fue por una buena razón, estoy seguro. ¿Sabe de qué se cumple un siglo el año que viene?

—¿Qué tiene que ver…? —comenzó a decir, pero Crowle le interrumpió en mitad de la frase.

—Sabe de sobra por qué lo hago. Responda, Arthur. —El brillo de su mirada se había apagado de golpe. Si quedaba en él algo del profesor que recordaba, se había desvanecido junto con su paciencia —. No pierda el tiempo con tonterías. Sé que lo sabe. En 1758, Carlo Linneo nombró por primera vez a nuestra especie como *Homo sapiens*, y la encasilló taxonómicamente dentro del reino animal. —Arthur se derrumbó en una silla, tan conmocionado estaba que le faltaba el aire—. Y esto de aquí no pertenece a nuestra especie.

—Pare —suplicó Arthur. La rabia volvió a apoderarse de él y no supo cómo acallarla—. No siga con lo mismo. No quiero oír más mentiras.

—Usted mismo ha dicho que tiene características que parecen no humanas. Y hay una gran razón por la que eso es cierto.

Arthur se aflojó el nudo de la corbata, pero el aire no regresó a sus pulmones. Respiró hondo como pudo y habló:

—Existe una gran diferencia entre decir que alguien no parece humano y admitir que no lo sea. Jamás he admitido tal cosa. —Trató de suavizar el timbre de su voz, pero todo su cuerpo dejó de responder a las señales de calma que le enviaba su cerebro—. Siempre se han contado historias de gigantes e híbridos, las oímos desde que empezamos a ir a la escuela, pero eso no significa que crea que son ciertas. En su propia clase hemos sido testigos de los mayores engendros de la sociedad, todos diferentes entre sí. Todos humanos.

—¿Alguna vez ha ido a un mercado y ha visto escamas de sirena? ¿Cuerno de unicornio? ¿Huesos de gigante? —Escupió las preguntas como un torbellino sin rumbo—. Cada sustancia cura un mal, algunas incluso los curan todos. *Mumiya*, polvo de huesos de santos, brebajes de brujas, mandrágoras chillonas.

—Sí, claro, pero…

—Está tan cerca de la respuesta que ni usted mismo es capaz de ver lo que tiene delante. —El profesor estaba furioso, decepcionado. Esperaba mucho más de él, y mucha menos resistencia—. No existen las criaturas mágicas, los trasgos y los gigantes, pero eso no significa que lo que venden sea falso. He pasado toda mi vida pagando a gente para que me traiga los objetos más maravillosos de cada parte del mundo y puedo asegurarle, por el dios que nos esté escuchando desde allí arriba, que son muy reales, aunque ninguno se nombre como lo que verdaderamente es. No hay monstruos

ocultos, pero sí criaturas muertas que poblaron la Tierra antes que nosotros. Y tiene la prueba delante de sus narices, aunque intente negarlo.

En las últimas semanas toda su vida había girado en torno a aquellos huesos, a describir lo que tenía delante. En más de una ocasión tanto él como Victoria habían comentado su aspecto ensañándose con sus rarezas y diseccionando cada una de sus partes para encontrar una respuesta que no había llegado. Aquel individuo no tenía ningún desperfecto, el problema lo tenían ellos. Arthur había sido el primero en mencionar que no parecía humano, pero solo en ese momento supo hasta qué punto se había creído sus propias palabras.

—¿Alford Byron lo sabía? —Su pregunta provocó de nuevo la curiosidad del profesor—. Cuando vino al laboratorio…, ¿el profesor sabía lo que teníamos? Hasta ahora había pensado que era un simple ataque de nervios, pero hay algo más, ¿me equivoco?

—Mi querido compañero estaba muy al tanto de lo que Hermann Schaaffhausen creía haber encontrado. El don de mi colega no ha sido nunca la discreción. —Acariciaba su barba con expresión ausente—. Un buen científico, eso sí. Uno de los más excelentes anatomistas con los que he tenido la oportunidad de coincidir. Pero nunca le podría definir como discreto. Si me lo había contado a mí, pudo habérselo consultado a cualquier otro antes. Cosa que, como Alford Byron evidenció, y como era de esperar, sucedió.

Lyle Crowle cruzó el laboratorio y se dirigió a la pila de agua, de la que bebió hasta saciarse. Las gotas le caían por la pechera de la camisa, iba demasiado elegante para aquella habitación.

—Una historia fascinante la del hallazgo, sí, señor. Creo que debería escucharla, Credge. —Retomó su asiento, no sin antes arrastrar una silla para que el joven se pudiera sentar delante de él. Sin esperar respuesta, le indicó que lo hiciera—. El año pasado, si no me falla la memoria fue en el mes de agosto, un grupo de trabajadores de una cantera cercana a Düsseldorf dio con un montón de huesos que identificó como humanos. No fue Schaaffhausen el que los recibió, sino Johann Carl Fuhlrott, quien desde el primer momento creyó que se trataba de algo mucho más complejo. Sin lugar a dudas, como ha podido usted comprobar, era un individuo antiguo, muy antiguo, los restos estaban ya fosilizados. Lo que tenemos aquí está más cerca de ser una piedra que un ser vivo, pero ese es el destino que tiene preparado para nosotros la Tierra. Si tenemos suerte, los anatomistas del fututo observarán nuestros huesos y narrarán nuestras hazañas a partir de ellos. Sería poético, ¿no lo cree así, Arthur Credge?

Un parpadeo y un suspiro fueron la única respuesta del alumno.

—Fuhlrott es lo que a algunos científicos les gusta denominar un naturalista, un experto en tantos temas que en ocasiones no lo es en ninguno. No obstante, Fuhlrott sabía lo que hacía, y solo necesitaba que un médico le confirmase las sospechas. Ahí es donde en esta historia entra Hermann Schaaffhausen, y donde comienza esta investigación para nosotros. Para usted y para mí. —Arthur no levantaba la mirada del suelo, pero Lyle Crowle sabía que estaba atento a todo lo que decía—. Como le conté, Schaaffhausen es un viejo conocido al que quizá le debía un favor y no había nadie mejor que yo para darle una respuesta. No solo por mi trabajo, en el que a lo largo de los años he demostrado mi valía, sino por el renombre de

la universidad en la que trabajo. Que una institución como la Universidad de Edimburgo, uno de los mayores templos del estudio anatómico del mundo civilizado, avale la investigación supone un antes y un después. Un solo sí de nuestra parte podría cambiar la idea que el mundo tenga sobre la criatura. Solo es necesario un diagnóstico. Solo uno. Y nosotros le hemos dado dos.

Inteligente. Era un plan digno de una mente maestra. Todos y cada uno de los detalles encajaban a la perfección en las incógnitas que las anteriores semanas estaban en el aire. Arthur no pudo evitar sentirse estúpido. ¿Cómo no se había dado cuenta de aquello? Incluso la discusión con el doctor Byron habría sido suficiente para comprender que le habían obligado a participar en un experimento sin su consentimiento.

—Si era tan excelente oportunidad, ¿por qué el profesor Byron reaccionó de aquella manera?

Lyle Crowle no era de la clase de hombres que bromean, pero tampoco de los que permiten que se les cuestione de manera tan abierta. No obstante, pareció complacido porque la conversación siguiera y Arthur continuara interesado en lo que tenía que decir.

—Alford Byron puede proclamarse a sí mismo científico, pero no deja de ser un hombre temeroso de Dios, seguidor de las Escrituras. Cuando comienzan a cuestionarse las bases de sus creencias, incluso los mejores hombres son incapaces de aceptar un cambio de pensamiento. En las últimas décadas hay una palabra que ha resonado en los muros de esta universidad y que los profesores han temido como si se tratara del mismo diablo: «evolución». —Las manecillas del reloj de pared que había en la sala iban al mismo ritmo que los latidos de su corazón—. Es un término que solo se

invoca en voz tenue en estos pasillos, por temor a que alguien lo oiga y cuestione tu integridad religiosa. Debo admitir, mi querido Arthur, que no soy de la opinión de que creer en la evolución te haga un peor devoto.

—¿Por qué?

—Los misterios de Dios son más grandes de lo que imaginamos. Que unas criaturas puedan nacer de una forma y terminar convirtiéndose en otras, al igual que las mariposas en las crisálidas, habría complicado mucho más el trabajo de nuestro Creador.

—Entonces ¿cree en la evolución?

—No estaba seguro de ello hasta este mismo momento.

Si cualquiera de los dos se hubiera fijado en la hora que era, quizá habrían dado la conversación por terminada, pero ninguno hizo amago de marcharse.

—Soy un hombre de mundo —le confesó, mostrándose mucho más cercano que hasta ese momento—. Muchos me llamarían también naturalista. He viajado y he tenido en mis manos los mayores misterios de toda la humanidad. Algunos incluso descansan en vitrinas en los salones de mi casa. He visto todo lo que se puede ver, he comprado todo lo que permite el dinero. Aun así, nada importa. Soy más parecido a Alford Byron de lo que me gusta pensar. Ambos somos hombres cobardes, temerosos de las represalias, que no se atreven a pronunciar en voz alta sus inquietudes.

La bilis comenzó a asomarse a la garganta de Arthur, que no sabía cómo contenerla.

—Me convencí a mí mismo —continuó diciendo Crowle— de que todos los demás cuerpos eran falsos y que no podía existir tal cosa

como el eslabón perdido de nuestro pasado. Y, sin embargo, míreme, Arthur. He ayudado a hacer un hallazgo excepcional y me aterraba equivocarme. Pero usted me ha dado las fuerzas que necesitaba para darme cuenta de la realidad. Su dibujo no muestra el rostro de un individuo enfermo, sino que representa el primer retrato del hombre que cambiará nuestra vida.

44
Umbra II

19 de marzo de 1857

El salón de espiritismo de Margaret Home era un espacio tan sobrio que Theodore no dudaba de que, cuando lo construyeron, estaba destinado a hacer las funciones de despacho.

Se adentraron en una pequeña habitación cuyas paredes estaban decoradas con papel verde. En el centro, una mesa como las que se usan para servir el té estaba cubierta con un cobertor tejido a mano, una gran telaraña que ocultaba el color real de la mesa y llegaba al suelo, rozando incluso el parquet. A su alrededor dos decenas de sillas creaban un círculo perfecto para que los invitados tuvieran una visión privilegiada del escenario donde ocurriría todo. En el suelo y parte de los muros, una congregación de candelabros iluminaba el salón y permitía apreciar todos los rincones de la estancia. Si uno de ellos hubiera caído y alcanzado la tela, la habitación había ardido a los pocos segundos y el fuego se habría propagado rápidamente por toda la mansión.

Theodore no había asistido jamás a un evento como aquel, pero podía imaginarse cómo se desarrollaría. Un juego de manos seguido de un juego de luces y mucha palabrería, todos los ingredientes necesarios para engañar a los presentes. Una sesión rápida, alguna

lágrima derramada y muchos ojos que no podrían explicar nada de lo que acababa de pasar. Era una fórmula sencilla, todos la conocían. Aun así, esas reuniones siempre estaban concurridas, siempre encontraban adeptos para continuar con sus juegos y estafas. Las personas desesperadas anhelaban reunirse con alguien o darle un nuevo sentido a su vida.

Los salones como los de la Mansion Home prometían mucho y pedían poco a cambio, por eso lograban prosperar.

Theodore tomó asiento en una de las butacas más cercanas a la pared, esperando que su amigo le siguiese. Wheeler vagaba como un alma perdida por la habitación, embriagado con cada detalle de la mansión y del salón.

—Algo me dice que no puedes esperar a que finalice la noche, médico.

El quejido de la voz de Margaret Home volvió a tomarlo por sorpresa. Theodore había estado tan concentrado en su compañero que había dejado de ver el resto de la estancia.

—No sé a qué se refiere, señora Home. —No se le daba bien fingir que era estúpido.

—No hace falta invocar a una fuerza mayor para saber que no estás aquí por ti mismo. —Si eso la ofendía no lo dejó ver—. Desde que has puesto un pie en mi casa estás incómodo, no sabes dónde meterte. Has venido a acompañar a tu amigo para que hable con su novia muerta, pero no te interesa lo más mínimo nada de lo que hacemos aquí.

—¿Cómo sabía lo de Wheeler?

Un brillo de curiosidad se encendió en sus ojos, tan oscuros que reflejaban la luz de los cientos de velas que iluminaban la sala.

Delante de él apareció la figura de Alford Byron, que se recostó en su butaca como si estuviera en su propia casa y posó las piernas sobre otra.

—La respuesta que voy a darte no te va a gustar. —La pesada tela de su vestido se arrastraba con cada uno de sus movimientos—. ¿Quieres darme la tuya?

—Estoy bastante seguro de que nadie puede conseguir una invitación si no es aceptado por usted. Como bien ha dicho, nada sucede en la mansión sin que lo sepa. —No tenía ninguna duda de que aquello era una prueba—. No sé con quién ha hablado Wheeler, pero le habrá hecho el favor de meterle en la lista porque está pasándolo mal y usted no podía perder la oportunidad de admitir a un joven tan vulnerable en una de sus sesiones. El resto parece más complicado, pero no lo es. Nos han presentado como estudiantes de Medicina y Wheeler tiene un aspecto horrible, lleva días sin dormir. No le ha resultado difícil sumar dos más dos, era evidente que él está pasando una mala racha. Ni siquiera le ha hecho falta preguntar nada más ni indagar, se lo ha puesto muy fácil.

Fue como si algo se hubiese roto en la mente de la médium. Agarró con fuerza los guantes de piel que aún sostenía entre sus manos, pero no sentía rabia. No, la dueña de la mansión estaba encantada con su presencia, era un desafío para ella. Theodore había reconocido sus ganas de jugar en el momento en que la había visto por primera vez, y ella había encontrado en él un buen competidor que no era capaz de mantenerse al margen de lo que iba a suceder.

Había encontrado su punto débil, su talón de Aquiles. A madame Home solo le habían hecho falta unos minutos. Eso, entendió

Theodore, es lo que le hacía especial.

—Serías un gran sabueso, tienes alma de investigador y mucha imaginación, chiquillo. —Theodore deseó que no hubiese dicho eso. Margaret Home se relamió los labios—. ¿Cuál era tu nombre? ¿Thorebourne?

—Theodore Thorebourne —confirmó él.

—De acuerdo, Theodore Thorebourne. —Se retorció como si hubiese oído el chiste más gracioso de su vida—. ¿Sabes por qué me gusta tanto invitar a científicos a mis sesiones?

Él negó con la cabeza.

—Porque quiero que alguien se atreva a desacreditarme. —Un rugido felino abandonó su boca—. Quiero que alguien me trate como una mentirosa y que explique al mundo cómo hago que suceda todo lo que ocurre entre estas cuatro paredes.

—¿Por qué querría eso? —preguntó, pero ya conocía la respuesta.

—Porque nadie lo ha conseguido aún.

Una multitud de hombres trajeados fueron ocupando cada una de las sillas de la sala. Todos en un estado eufórico, nervioso. Los primerizos contemplaban la sala absorbiendo cada pedazo de información que les otorgaba ese nuevo paisaje, tomando nota mental de una historia que no dudarían en contar en cuanto salieran de allí. Los que repetían mostraban un tono rojizo en su rostro, similar al del traje que había elegido madame Home aquella noche, y se regocijaban de lo que estaban a punto de revivir.

Sin embargo, todos evitaban la mesa, nadie quería estar cerca de ella.

Theodore sintió una punzada de compresión al escuchar a la médium, que no se había apartado aún de su lado.

—Todos los que se dedican a la ciencia —continuó diciendo, ignorando el murmullo creciente en la sala—, no importa si se trata de un matemático o un matasanos, buscan una cosa: desacreditar a los demás. No desean hacer grandes descubrimientos, tan solo ser capaces de demostrar que el resto miente. Que sus investigaciones no sirven para nada, que ellos son los únicos que merecen relevancia. Y yo les doy lo que buscan.

—¿Está admitiendo que lo que se lleva a cabo aquí no es más que una gran mentira?

—El mundo de los espíritus es real, Theodore, y así seguirá hasta que alguien consiga demostrar su existencia o negarla con pruebas. —Estaba tan cerca de ella que podía ver latir una de las venas de su cuello—. Mientras exista gente como yo, personas a las que no nos pueden desacreditar, aunque muchos lo intenten, este oficio seguirá vivo. Y el más allá también.

—¿Qué le hace diferente a usted? —insistió.

Wheeler ocupaba el asiento de su derecha y escuchaba con gran curiosidad la conversación que estaban manteniendo los dos.

—¿Qué le diferencia de los cientos de impostores que están ahí fuera buscando fama y dinero? —remachó Theodore.

Madame Home aplaudió tres veces y la sala enmudeció al instante. Wheeler se aferró a la silla como si temiese que fuese a escaparse corriendo bajo su cuerpo.

—Bienvenidos una noche más a una *séance* de la Mansion Home. Es un honor ver tantas caras conocidas. —La precisión felina de sus pasos la llevó con rapidez al centro de la sala, donde tomó asiento frente a la mesa de té. Todos los asistentes atendían a su discurso y seguían sus movimientos. Ella no necesitaba gritar para hacerse

escuchar—. Lo que están a punto de observar es la comunión entre el alma y la materia, entre la vida y la muerte. Son afortunados de poder contemplar un fenómeno tan extraordinario con sus propios ojos. Tan solo tenemos tres normas que deben seguir si quieren regresar.

Theodore sintió la rasgada mirada de Margaret Home sobre él.

—Todo se puede ver, todo se puede tocar, todo se debe contar —recitó.

—¿Cómo? —susurró Theodore, y su amigo le mandó callar.

—Es el único lugar de toda Europa en el que se celebran sesiones de espiritismo a plena luz —dijo Alford Byron entrometiéndose en la conversación—. La señorita Home invita a cualquiera que dude de su poder a comprobar por sí mismo si está mintiendo. Convierte a todos los escépticos en creyentes en una sola noche.

—Te lo dije —respondió Wheeler—. Teníamos que venir aquí.

El sudor frío cubrió la espalda de Theodore.

¿Qué le sucedía? Él era un hombre de ciencia, había visto cosas maravillosas a lo largo de su vida. Sabía lo que el conocimiento lograba, lo importante que era buscar la verdad. Aquello, sin embargo, era mucho incluso para él.

—¿Temen la muerte? —preguntó la médium, colocando las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba—. Háganse esta pregunta, mis queridos invitados. Vean más allá.

¿Temía Theodore la muerte? Estaba claro que no, trabajaba día a día con ella. Veía la carne y su descomposición como parte esencial de la vida, como el primer paso hacia la eternidad. Era creyente porque todo le había llevado a pensar que había algo más. Estudiar

la muerte no solo significaba comprender el final de la vida, también era una forma de darle un sentido a la pérdida.

No la temía, pero tampoco quería jugar con ella. Solo los necios se enfrentan a lo que no conocen.

—Permitan que los acompañe en este viaje. Mi nombre es Margaret Home, sean bienvenidos a mi hogar. Espero que pasen una gran noche.

Y en ese momento, como si la noche se hubiera apoderado de todo, la luz de todas las velas se apagó.

Luego, como una exhalación, la estancia volvió a iluminarse, sin que nadie se hubiese ocupado de prender de nuevo las llamas.

45
Responsum III

19 de marzo de 1857

—Necesito más tiempo para procesar esto.

—¿De verdad? No sé qué necesita pensar. —El sudor recorría las sienes del doctor Crowle y reflejaba la agitación de su rostro—. Creo que todo ha quedado bastante claro. He sido sincero con usted, ahora solo tiene que darme una respuesta.

—No puedo dársela. Es demasiado repentino. Hasta hace unos minutos ni sabía que la evolución era un concepto que usted acepta, mucho menos conocía su plan de humillarnos ante toda la comunidad científica.

—La humillación es solo el primer paso para la grandeza. ¿Cuántos hallazgos que se pusieron en duda han acabado siendo los nuevos paradigmas que ahora seguimos? El mundo no es estático, tampoco lo es el conocimiento. Si no nos arriesgamos a hacerlo, otros lo harán por nosotros. Tenga un poco de fe.

—Me parece que la fe es lo último en lo que está pensando al hablar así, señor.

En ninguna otra circunstancia Arthur se habría visto con valor suficiente para dirigirse de esa manera a su tutor, pero había traspasado unos límites y no sabía adónde podía llevar aquello.

Procesar todo lo que había ocurrido en la última hora le llevaría mucho más tiempo del que el profesor Crowle estaba dispuesto a darle, y no era una decisión que debiera tomar a la ligera.

Podría presentar sus dibujos a la comunidad científica, y después, ¿qué? ¿Le adularían? ¿Pedirían que lo expulsaran de la facultad? ¿Esperarían más pruebas antes de aceptar su diagnóstico? La evolución no era una idea nueva, aunque estaba lejos de contar con suficientes adeptos para ser tomada en serio. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que las últimas semanas hubiera estado encerrado en una habitación con una criatura extinta, y eso era suficiente para que perdiera la paciencia. Se sentía traicionado y solo.

Un momento, ¿Victoria lo sabría también? ¿Le había informado su tío de lo que sucedía? ¿Era consciente de lo que estaba pasando y le había ayudado a llegar hasta el final? La chica era inteligente, de eso no le cabía duda, sin embargo, él no podía negar que ella estaba demasiado familiarizada con el mundo anatómico para que fuera una casualidad. Y, lo que era peor, ¿la había mandado Lyle Crowle para vigilarle? ¿Se había ganado su confianza con el fin de prepararlo para la gran revelación que le haría el profesor? Había comenzado a dudar no solo de que fueran amigos, sino también de que ella quisiera saber algo sobre él más allá de ese estúpido engendro deforme.

¿Que tuviera fe? No le estaba pidiendo que confirmase que era ateo y que estaba en contra de las creencias de su familia y de Occidente, quería que le diera una patada a todo lo que creía conocer y empezase de cero sin ninguna certeza.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que no es un engaño? —En su cara habían aparecido manchas rojas debido a la presión de sus dedos sobre ella—. ¿Cómo sabe que no es un error de cálculo de ambos y que el alemán no le ha tendido una trampa para reírse de usted?

—Por la misma razón por la que puedo dar clases de Anatomía y Cirugía en esta facultad, Arthur. He trabajado con restos humanos desde que tengo memoria y puedo reconocer cuándo algo es real y cuándo no lo es. Los huesos son reales y también su malformación, ya la había visto antes en otros seres. Todos iguales y todos hallados en lugares remotos, alejados los unos de los otros. Para mí es más fácil creer en la magia que en este tipo de casualidades. Schaaffhausen conocía a la perfección mi gusto por las cosas raras, pero no tenía forma de saber si había visto criaturas con mis propios ojos. Tuvo un golpe de suerte, pero estuvo acertado eligiéndome a mí. Puedo confirmar sus sospechas.

Sentado en el borde de la silla y con las piernas en tensión, el doctor Crowle parecía un niño travieso, más que un académico respetable. Era la perfecta imagen del ego apoderándose de los grandes hombres, de vivir a través de lo que otros piensan de uno mismo. Arthur no estaba seguro de dónde encajaba él dentro de aquello, ni de si el profesor le estaría escuchando, en realidad. Aquella criatura era un ente que casi podía tocarse, una tercera persona que aportaba su voz en la conversación que mantenían.

A fin de cuentas, estaban hablando de él.

—¿Cómo…? ¿Cómo se llama?

Arthur había caído en la cuenta de que, si se trataba de una especie recién descubierta, sus descubridores no habrían podido

evitar la tentación de ponerle un nombre. Los científicos tenían rasgos que podían reconocer en sus iguales, y marcarlo todo era uno de ellos.

El profesor Crowle desvió toda su atención hacia los ojos de Arthur, inyectados en sangre.

—En nuestra última correspondencia hablamos largo y tendido sobre la fonética y la lírica, acerca de cómo los nombres no son simples términos que usamos, sino que son un reflejo del mundo en el que vivimos. —Estaba esperando esa pregunta—. Los nombres son poderosos. Podemos tomarlo a usted de ejemplo: todos conocen su apellido, Credge, y lo relacionan con una familia de médicos. Detrás de cada palabra hay una intención, por lo que esta no podía ser elegida al azar. ¡No todos los días se da nombre a una especie humana extinta! Puede que incluso seamos los únicos en toda la historia capaces de hacerlo.

Se incorporó en su asiento y le mostró uno de los fragmentos de hueso largo, el que estaba más íntegro.

—Hablaba de fe, Arthur Credge, y su nombre tiene mucho que ver con ella. El valle de Neander es uno de los pocos que no toma el nombre del río que lo ha formado, sino que procede de la leyenda del lugar. Joachim Neander fue un gran poeta en el siglo XVII y un pastor evangélico que tomó este territorio como escenario de su trabajo. ¿Sabe usted cómo se dice «valle de Neander» en alemán? *«Neanderthal».* El hombre de Neandertal. Ni yo mismo habría sido capaz de encontrar uno más apropiado.

—Neandertal. —Arthur comprendió lo poderoso que es un término la primera vez que se pronuncia. Solo con hacerlo se volvía real.

—Espero contar con su discreción otra vez. Este es un pequeño obsequio de mi parte, pero sería mejor que nadie más lo conociera por el momento.

—Supongo que Alford Byron estará deseoso de saber más.

—Oh, desde luego que lo está. —El profesor se regocijó en su propio secreto, saboreando su pequeña victoria—. Pero también pagaría mucho dinero por ser capaz de decirme «Te lo dije». Está aguardando para saber cuál será nuestro próximo movimiento, si alguien se atreve a anunciar el descubrimiento o si lo enterramos de nuevo en lo más profundo de esa cantera. Disfrutaría de ambas posibilidades, estoy seguro de ello.

Era peligrosa la ambición. Saliese bien o no el plan que el profesor tenía, sería demasiado tarde para echarse atrás. La ambición lo consume todo.

—¿Ha tomado entonces una decisión o prefiere que sigamos hablando toda la noche de ello? —volvió la cabeza hacia Arthur, esperando encontrar una respuesta que le satisficiera.

No fue el caso.

Arthur se preguntó por qué le estaba costando tanto tomar una decisión respecto a aquello. Sabía lo que había visto y sabía que no se equivocaba. Confiaba en su método y en su capacidad de resolución, así que estaba seguro de que había dibujado un retrato realista del individuo. ¿Qué había del diagnóstico? La realidad era que a Arthur le habría encantado creerle y dejarse llevar, pero su cinismo se lo impedía.

Aquello era atroz, irracional, absurdo.

No obstante, era la única explicación que tenía.

—No me siento preparado para asumir las consecuencias que esto va a tener —admitió el alumno, esperando apelar al sentido común del profesor—. Todo ha sido demasiado repentino. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, yo… no creo que sea la persona adecuada para ayudarle en eso.

Solo había una palabra que pudiera describir el sentimiento que le causó la reacción de Lyle Crowle a su respuesta: temor. La serena expresión del profesor se tornó en la furia más profunda y honesta que jamás había contemplado, un efecto desmedido que no casaba con su naturaleza estoica.

—Me parece que no entiende la verdadera gravedad de la situación. No termina usted de comprender que la elección que debe hacer es mucho más grande que decidir si cree o no en la historia que le estoy contando. Se está jugando mucho más que una reprimenda de un profesor o un comité de evaluación. —Su voz había tomado un cariz peligroso, suave como el satén, pero rígido como el mármol—. Es usted un necio, Arthur. ¿No lo ve? El favor no me lo está haciendo usted a mí ni a Schaaffhausen, se lo estamos haciendo nosotros a usted.

Sintió que el discurso caía como una losa sobre su tumba al sentenciar el final de su faceta comprensiva. El doctor Crowle se había cansado de esperar a que él tomase una decisión.

—Mi viejo amigo no necesitaba el diagnóstico de un estudiante que aún no puede denominarse a sí mismo médico, con el mío era más que suficiente. —Otro golpe, esta vez pensado para acabar con él en un solo asalto—. Su presencia en este laboratorio no ha sido nunca necesaria, ni siquiera están al tanto de que usted existe ni de que estaba realizando su propio diagnóstico sobre la criatura. Yo le

estoy dando la oportunidad de dar un paso más y aferrarse a un futuro que puede llegar a ser suyo. Una propuesta así solo se presenta una vez en la vida y nunca regresa. Tome la decisión que tome, debe tenerlo en cuenta.

—Entonces ¿por qué yo? Si no era necesario, ¿qué hago aquí?

La furia del profesor lo atravesó y no fue capaz de disimular su propia incomodidad.

—Vi algo en usted que me recordaba a mí mismo de joven. Una ambición que no había identificado nunca en ningún alumno, ni siquiera en Thorebourne. La primera vez que los vi pude percibir en usted algo que no encontré en él. Esa fue la razón por la cual le elegí y le permití aprender conmigo, y lo volví a hacer cuando se me presentó la ocasión de formar parte de esto. Espero que no se lo tome como una tontería lo que le estoy confesando hoy, porque no volveré a repetirlo. Cuando salga de aquí, si su respuesta ha sido negativa, nuestra relación profesional habrá terminado. Mi trato con usted será el mismo en las clases, le doy mi palabra. Seguirá siendo mi ayudante en el aula y le seguiré tratando como se merece. No obstante, tendrá que buscarse otro tutor para continuar trabajando en el hospital. Esta es mi última palabra.

Era una amenaza, no existía una forma mejor de describirlo. Le tenía agarrado tan fuerte por el cuello que el joven pensó que podría asfixiarse aun sin que las manos del profesor lo presionaran. Como si no fuese necesario tocarle para acabar con su vida.

Tenía opciones, se las había mostrado, pero ninguna era real. El profesor le había dejado claro desde el primer momento que le hizo llamar para que fuera al laboratorio qué respuesta esperaba de él. Considerar que tenía la posibilidad de elegir era una falacia

disfrazada de oportunidad. Jamás había sido libre para hacer lo que quisiera, estaba jugando a un juego cuyas reglas se iban inventando sobre la marcha y él no las conocía.

—¿De verdad lo creyó? —La pregunta vibró en la garganta de Arthur, otorgándole un momento de desahogo.

—Y lo sigo creyendo, señor Credge. —Aunque tan solo estaba a unos metros de él, su voz sonó distante, como en un sueño—. En mis años de trabajo, jamás había encontrado a un joven con tanto potencial como usted.

La criatura formaba un muro impenetrable entre ellos, una fortaleza que parecía lejos de desquebrajarse. Aunque Arthur trató de mirar al doctor a los ojos, el profesor evitó el contacto visual. Las manecillas del reloj con su ritmo pausado marcaban la cadencia de sus pensamientos.

Tic.

Tac.

Tic.

Tac.

Arthur deseó detener el *tempo* con sus propias manos, no quería que siguiera corriendo descontrolado.

Incluso antes de pronunciar la respuesta, sabía que todo cambiaría en el mismo momento en que lo hiciera.

—Dígame qué quiere que haga.

46
Umbra III

19 de marzo de 1857

Si esperaba que la habitación se llenase de humo y truenos, estos nunca llegaron a aparecer. Sin embargo, la experiencia que vivió en el interior de aquella sala no fue menos perturbadora.

Todas las cabezas se volvieron hacia la figura de madame Margaret Home, que ocupaba el centro del salón con las faldas de su vestido escarlata. Las luces volvieron, pero la visión clara de la habitación se había perdido para siempre. Si alguien hubiese jurado que una ventana abierta había permitido que la niebla entrase a la habitación, Theodore le habría creído sin cuestionárselo. La bruma que rodeaba las piernas de los caballeros provenía de ninguna parte y de todas al mismo tiempo, era un denso humo blanco que no se disipaba.

La señora Home levantaba las manos abiertas hacia los altos techos del salón. Sus largos dedos se mantenían inmóviles sobre las faldas de la mesa. Podría pensarse que estaba dormida, de no ser por el ligero temblor que se había apoderado de su cuerpo.

Murmuraba algo que Theodore no alcanzaba a entender. Detrás de ella, la niña, su pequeña ayudante, le sujetaba los hombros, temerosa de que pudiera escapar.

Un chasquido rompió de nuevo la calma de la habitación.

—Ya está aquí. —Margaret Home sonrió, manteniendo con fuerza los ojos cerrados—. Es la hora.

En ese momento el caos se desató.

La ayudante de la médium dio un salto atrás y tropezó con el caballero que estaba allí sentado. El hombre, que era pelirrojo, corrió a ayudarla. Sin embargo, no tuvo tiempo de disculparse.

La caída de la niña fue opacada por el vuelo de madame Home.

La mujer vestida de rojo se mantenía suspendida a varios centímetros del suelo, en posición de rezo. Mantenía las manos quietas y los temblores habían cesado. Era tan solo una figura flotando, rodeada por el humo de la habitación.

Theodore sabía que nada de lo que estaba viendo era real. No podía serlo. Aun así, no supo discernir dónde estaba el truco en aquella actuación. Sus ojos le mostraban una realidad que no podía negar. Creía en la ciencia porque podía tocarla, era algo tangible, no como los espíritus. Sin embargo, allí estaba, sentado en un asiento que no podía abandonar, viendo cómo una mujer que acababa de conocer se elevaba del suelo de la habitación, envuelta en una bruma fantasmal.

Los veteranos en el mundo del ocultismo celebraron una noche exitosa más, gritando por encima de los murmullos de la médium, que no hablaba en su idioma, pero tampoco en ninguno que Theodore pudiese reconocer. No era latín ni otra lengua muerta que hubiese estudiado, aquello era diferente.

A su lado, Wheeler comenzó a llorar. Un llanto silencioso, de dolor. Si quería respuestas las conseguiría esa noche, Home se lo estaba demostrando.

Poco a poco, el calor de la habitación fue subiendo y la bruma que cubría los suelos se elevó, rodeando el cuerpo de la espiritista. Margaret Home bajó a tierra con un fuerte estruendo y la luz volvió y se fue al menos tres veces más, hasta regresar por completo. Theodore aborreció el juego de luces y sombras que le impedía pensar con claridad. Nadie más, aparte de él, parecía estar preguntándose qué era lo que sucedía. Los invitados no podían dejar de observar a madame Home, ebrios de su poder, de su imagen, de su don. Se sentían privilegiados por poder contemplar algo tan único como aquello.

Se oyó otro quejido humano y Theodore no pudo evitar taparse los oídos con las manos. Sin embargo, en esta ocasión la médium se mantuvo en el suelo, no volvió a levitar.

—Pregunten, mis queridos invitados —imploró Home—. Ha llegado el momento de que pregunten lo que quieran conocer. ¿Quién de ustedes desea comenzar?

Varios hombres abandonaron sus asientos para acercarse a la dueña de la casa, pero la niña se interpuso entre ellos.

—¡Paciencia! ¡Tengan paciencia!

Wheeler se revolvía. Estaba tan obnubilado como todos tras lo que acababan de presenciar, pero había logrado salir del trance. Sentado en el borde de su asiento, golpeando el suelo con el pie, se había preparado para hablar, pero no lo hacía. Estudiaba con cuidado los movimientos de la médium, esperando el momento perfecto para hacer su petición. Sabía que se lo merecía más que cualquiera de los presentes, nadie tenía más interés que él en contactar con el otro lado. Si era preciso pagar más dinero, lo haría. Necesitaba hablar

con Davinia y, si esa era la única oportunidad que tenía de hacerlo, la aprovecharía al máximo, costara lo que costase.

Theodore no podía aguantar más.

Las manos le temblaban y no porque estuviera sobrecogido por lo que acababa de ocurrir. Sentía una frustración profunda, uno de esos sentimientos que es imposible describir con palabras exactas. Odiaba ver a su amigo en esas condiciones, tan fuera de sus cabales. Odiaba ver a tantos hombres respetables perdiendo el juicio, aceptando lo inexplicable. Y se odiaba a sí mismo por no poder descifrar lo que realmente había sucedido. Ser más crédulo le habría salvado la noche, pero Theodore Thorebourne estaba lejos de serlo. Así que decidió levantarse.

No sabía con exactitud si alguien le detendría por intentar marcharse. Ni siquiera sabía si se lo permitirían o si rompería la magia del embrujo. La sala estaba iluminada y no había visto a nadie cerrar la puerta, a no ser que lo hubiese hecho desde fuera. Ya era suficiente, no necesitaba quedarse más tiempo.

Si alguien tenía algún inconveniente con lo que estaba haciendo, no se lo dijo. Tampoco le impidió nadie salir de la habitación, pero no era tan sencillo como se había imaginado. Cuando se hubo incorporado, la sala daba vueltas. No sabía si era algo real o si se lo estaba imaginando, pero el salón de espiritismo giraba a una velocidad vertiginosa, al mismo tiempo que la bruma subía hasta ocultar todos los asientos bajo su espeso manto. Los gritos de los presentes y el murmullo de la médium se tornaron violentos, siniestros, un circo de los horrores.

La cabeza de Theodore rodaba a la misma velocidad que la habitación y apenas fue consciente de que por fin pudo aferrarse al

picaporte. Los ojos le ardían, pero no se detuvo hasta que logró abrir la puerta lanzándose tan largo como era contra la madera. Aunque no habían pasado más de unos segundos desde que se había puesto en pie, el peso del esfuerzo amenazó con derribarle.

Fuera de la sala, todo estaba apagado, había perdido la vida que tenía a la llegada. Una niebla menos densa y asfixiante había viajado también hasta allí. No esperó a que se despejara, Theodore echó a correr para alejarse, pero cayó al suelo. Oyó un grito femenino que le erizó el vello de los brazos. Había tropezado con alguien en la semioscuridad y ambos estaban tumbados en el pasillo enmoquetado y cubierto del barro que las botas de los asistentes habían soltado.

Con un quejido, la mujer se levantó como pudo y se apartó de él. Una expresión de asombro y un atisbo de terror recorrían su rostro. Theodore creyó reconocerla pese a las circunstancias en las que se habían visto envueltos. El pelo rizado caía a mechones desordenados sobre el cuello de su sencillo vestido grisáceo, nada parecido a la prenda que había elegido Margaret Home para aquella velada.

—¡Espera! —Theodore intentó detenerla, pero ella fue más rápida y no permitió que le agarrase el brazo—. Eres la amiga de Arthur, ¿verdad? Eres la chica de los huesos, la que trabaja con él en la universidad. ¡Mi nombre es Theodore!

Victoria frenó en seco al reconocerle, aun en pleno estado de confusión. Aunque el corredor estaba bien iluminado la densa niebla había afectado a sus ojos y no era capaz de detener el llanto incontrolado. Las lágrimas se deslizaban por su rostro y mojaban sus mejillas sonrosadas por la carrera.

—Victoria —dijo, todavía algo recelosa. Theodore comprendió que ella también le había reconocido—. ¿Qué demonios haces aquí? No se me ocurre un lugar peor en el que estar ahora mismo. ¿Estabas ahí dentro? ¿No deberías quedarte encerrado en la residencia por el toque de queda? —Detrás de ellos, la oscuridad reinante no permitía ver la puerta del salón que él acababa de dejar atrás.

—Podría preguntarte lo mismo. —Como a ella, también sus ojos le molestaban—. ¿Por qué ha venido todo el mundo esta noche? ¿Hay algo que me estéis ocultando?

La muchacha atravesó el corredor con Theodore a su espalda hasta llegar a la entrada de la mansión, donde se recostó contra uno de los armarios ocultos tras las telas. Estaba intranquila.

—He venido a buscar a mi tío. —Al ver la confusión en su cara, se sintió obligada a dar más detalles—. Lyle Crowle. Suele frecuentar este lugar. Viene aquí al menos la mitad de las noches que pasa fuera de casa.

—¿Lyle Crowle? ¿De verdad? —recordaba las palabras del doctor Byron, pero no le había creído. Si alguien se ocultaba tras el nombre de otro para evitar la humillación, ese era el profesor—. ¿Quién decidiría venir aquí en su sano juicio?

Theodore trató de limpiarse lo que parecía ceniza en sus pantalones, pero solo consiguió extender aún más la suciedad.

—Tú, al parecer.

Los ojos castaños de Victoria estudiaron el vestíbulo sin éxito. Theodore estaba seguro de que ya había estado antes allí, aquel espacio le resultaba hasta cierto punto familiar. Se movía con la seguridad de quien sabe lo que ha ido a buscar.

—El profesor Crowle no está aquí. —El joven volvió a abrocharse el cuello de la camisa, que se había aflojado durante la *séance*—. Alford Byron le estaba esperando, pero no ha entrado a la sesión con nosotros. No le he visto esta noche, no puedo serte de ayuda.

—¿Alford Byron está aquí? —Theodore se lo confirmó con un gesto, y ella sopesó sus palabras con una expresión ilegible en el rostro—. Eso sí que es extraño.

—¿Por qué?

Victoria parecía incómoda. Sus pensamientos estaban muy lejos de aquella casa y del salón de espiritismo, Theodore se percató de ello. El hedor del humo apestaba, tenía un olor similar al del alquitrán.

—Es demasiado cobarde para venir aquí él solo, así que le estaba diciendo la verdad. —No era una burla, sino una sentencia. Tampoco era su opinión, solo un hecho contrastado—. Si el profesor no está aquí…, tendrá alguna razón para haberle dejado plantado.

—Tal vez tu tío se ha retrasado por algún motivo.

—Tal vez.

Era evidente que ocultaba algo, pero Theodore sabía cuándo dejar de preguntar. Los rizos encrespados de Victoria seguían todos sus movimientos como un halo bíblico sobre su cabeza. Las palabras del futuro médico habían confirmado algo que la muchacha temía decir en voz alta, algo que ni siquiera se veía capaz de echar en cara a Lyle Crowle. Notaba una presión en las sienes que apenas le permitía articular con fluidez pensamientos coherentes.

En la distancia, los gritos ahogados de los invitados del salón continuaban floreciendo como pequeños hongos en época de lluvias, incansables y emocionados. Cada expresión de sorpresa, cada

hombre embelesado por los poderes de Margaret Home, era alimento para el ego de la madame, que parasitaba a los incrédulos para fortalecer su legado. Disfrutaban pese a que les hiciese dudar de la realidad, pese a que les mintiese a la cara. Se dejaban influir por ella sin oponer resistencia alguna. Una vez más, ella había salido vencedora. Theodore no veía el momento de largarse de allí y no regresar nunca más.

—He venido a acompañar a un amigo. —Theodore se sentía obligado a justificarse ante Victoria—. Su novia acaba de fallecer y no sabía qué hacer para sentirse mejor, por eso estoy aquí después del toque de queda. Mi amigo quería hablar con ella una última vez. Ha sido un error por mi parte, pero no podía dejarle solo. No se lo merecía.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Su novia fue asesinada. —Había un regusto extraño en comentar lo que había sucedido. Él no había hablado nunca con Davinia, pero experimentaba una pena casi irracional por su muerte. Todas las pruebas apuntaban a que tenía que ver con los hallazgos que él mismo había encontrado—. Ocurrió en el hospital, hace unas semanas.

Victoria unió con rapidez la información que Theodore le había dado.

—¿Tu amigo conocía a la enfermera del Royal Infirmary? —Su coraza se rompió para mostrar una faceta dulce que contrastaba con el ambiente cargado de la Mansion Home.

Los dos dudaban de que existiese una sola persona en toda la ciudad de Edimburgo que no hubiese oído hablar de aquel caso. En su momento, la noticia del ataque a Wheeler se había exprimido

hasta el último aliento, pero aquello había quedado reducido a una simple anécdota tras la muerte de Davinia. Una paliza a un niño rico es motivo de habladurías, una muerte violenta es una conmoción popular.

A fin de cuentas, ¿qué era peor que una mujer de buena familia asesinada mientras ayudaba en el hospital? ¿Qué atraía más la atención que la belleza arrebatada con violencia?

—No imagino a tu tío como un habitual de esta casa —confesó, tratando de cambiar el rumbo de la conversación, que comenzaba a pesar sobre sus hombros. El hedor de la sala había empezado a disiparse, pero Theodore seguía notando el regusto agrio del vapor en su garganta—. Todos parecen… encandilados, fuera de sí. Nunca había sido testigo de nada similar.

—No lo es, el profesor no es como ellos. —Victoria recordaba a la perfección la primera vez que el doctor había acudido a una *séance* en aquella casa—. Madame Home insistió varios meses hasta conseguir que el profesor le diera la oportunidad de sorprenderlo. Él no pudo resistirse a la propuesta, pero no por las razones que tú crees. Esa mujer está obsesionada con que alguien la desacredite, que alguien la pille en una mentira.

—No me digas. —Aunque la burla no iba dirigida a ella, Victoria se apresuró a responder con cautela.

—Mi tío siente fascinación por las causas perdidas. Haría cualquier cosa en nombre de la ciencia, incluso exponerse a la más ridícula muestra de magia negra.

Algo en sus palabras le resultó familiar, el convencimiento de que lo que decía era cierto, no una mera exageración. Theodore esperaba que alguien pudiese hablar de la misma manera sobre él

algún día, con el orgullo de quien sabe que no se equivoca en su juicio.

—¿Ni siquiera él lo ha conseguido?

—Larguémonos de aquí. —Alisándose el vestido e ignorando la pregunta de su interlocutor, Victoria se dirigió a la puerta—. No aguanto un segundo más entre estas paredes. Necesito salir, me falta el aire.

—No puedo marcharme. —Theodore sabía que no podía hacerlo, aunque eso significase rendir cuentas ante Alford Byron sobre la razón por la que estaban fuera de Teviot Place a esas horas de la noche, en mitad de un toque de queda obligatorio—. Tengo que esperar a Wheeler, no puedo dejarle aquí solo. He prometido que le vigilaría y me aseguraría de que vuelve a casa. No quiero que le pase nada malo.

La joven pulsó la manija de la puerta y esta se abrió con facilidad. Fuera, la noche era tan cerrada como cuando habían llegado, y el hombrecillo inglés contemplaba las estrellas desde su lugar privilegiado, en lo alto de las escaleras. No se giró para mirarlos. Ni siquiera dio señales de haberlos oído, tan solo observaba el firmamento y su rostro se empapaba de la luz de la luna.

—Me alegra comprobar que aún queda alguien cuerdo en esta ciudad —dijo Victoria antes de despedirse de Theodore. El mero contacto con el frío enrojeció más aún su rostro—. Ha sido un placer. Espero que no tengamos que encontrarnos nunca más aquí.

47
Sic parvis magna

20 de marzo de 1857

Al regresar a la residencia no sabía con qué se encontraría. Si el caos se hubiera apoderado de todo y hubieran mandado a una patrulla para hacerlos regresar, no le habría sorprendido. Si la puerta de Teviot Place hubiera estado abierta y les hubieran prohibido regresar, lo habría aceptado sin levantar la voz ni tratar de justificarse. Incluso si Arthur o Alphonso los hubieran denunciado por asistir a aquella estupidez lo habría entendido. Todos los escenarios pasaron por su cabeza mientras atravesaban la ciudad, a pocas horas del amanecer, con el gélido viento golpeándoles las mejillas. Si no fuese porque el frío le calaba los huesos, tampoco le habría sorprendido que todo lo vivido no hubiera sido más que un sueño. Lo que no esperaba a la mañana siguiente era observar un cambio tan evidente en el comportamiento de Wheeler.

Quizá definirlo como una persona feliz se alejaba demasiado de la realidad, pero todo en él tenía un aroma distinto. Cuando Theodore se reunió con él al salir de la sesión en el salón de la madame, Wheeler tenía lágrimas en los ojos y no quiso decir una sola palabra de lo que había ocurrido allí dentro. Habían recorrido las calles con el tufo avinagrado del humo y la fragancia dulzona de las velas

impregnados en la ropa y los cabellos, como si hubieran asistido a una procesión silenciosa y solemne. Al principio, Theodore pensó que era la manera que tenía de castigarle por haberle abandonado durante la *séance*. Sin embargo, su preocupación se esfumó en el mismo instante en que le vio sentado a su mesa habitual, cerca de la chimenea, al regresar de las clases, tomando té especiado y conversando con Alphonso, que estaba tan sorprendido como él.

Aunque tomó asiento con cautela, no hizo falta esperar mucho para que Wheeler le hiciera una crónica de lo que había sucedido mientras él huía del salón.

—Oí su voz, Theodore. —Los ojos de Wheeler volvían a derramar lágrimas, aunque poco se parecían a las de la noche anterior. No había ni un rastro de amargura en ellas, solo el eco de la comprensión—. Un sonido claro que reconocería en cualquier parte y en todas mis vidas. Estoy seguro de que se trataba de ella, la señora Home jamás podría imitarla así, no la conocía. —La seguridad rezumaba a través de sus poros, incontrolada bajo la mirada expectante de sus amigos—. Sé lo que oí. Nada podrá convencerme de lo contrario.

—¿Habló delante de todos los que estabais allí?

—No estoy seguro de que los demás la oyeran, pero Margaret Home sí lo hizo. Supo en qué momento exacto apareció y en cuál cesó de hablar. No puede tratarse de una casualidad.

Theodore cruzó una mirada impregnada de preocupación con Alphonso.

Estaba convencido de que se trataba de un evidente caso de autosugestión. No obstante, todo en Wheeler había dado un giro notable. No fingía que estaba bien, su aspecto lo mostraba. La

palidez de su rostro se había desvanecido y su rojez habitual, propia de un hombre sano que cuida de sí mismo, había regresado. Las ojeras habían desaparecido casi por completo, señal de que había conseguido conciliar el sueño por primera vez después de muchas noches. Su pelo, sus labios y su olor corporal, todo rezumaba tranquilidad, como si hubiera vuelto a su antiguo ser. Algunos males de la mente pueden llegar a ser peores que los del cuerpo, pero no conocía ningún caso de recuperación tan repentina, y él temía por su amigo. Si su actitud había virado de forma tan brusca, en cualquier momento podría caer de nuevo en la más profunda miseria. Solo era cuestión de tiempo que sucediese.

¿Oír su voz había sido suficiente para sanarlo? Theodore no lo creía, tenía que haber algo más. ¿Tal vez Margaret Home le había dado algo de beber cuando él se marchó? Al evocar la última imagen que tenía de Wheeler lo veía llorando sobre su regazo sentado en plena *séance.* ¿Tanto habían cambiado las cosas entre ese momento y cuando le volvió a llevar a casa? ¿Habría pasado algo mientras dormía? Se le ocurría una lista de drogas de acción retardada que podría haber empleado la madame para engañarle.

—Puedo jurar por mi madre que Margaret Home no me dio nada que pudiera afectar a mi estado mental —respondió Wheeler cuando Theodore se lo insinuó—. Nunca he estado tan despierto como anoche. Gracias por venir conmigo. No sé qué puedo hacer para agradecértelo.

—No tienes que hacer nada. Para eso están los amigos.

—También tengo que agradecértelo a ti, Alphonso. —Los ojos azules de ambos se encontraron—. Tengo que darte las gracias por todo, en realidad. No sé cómo supiste lo que iba a hacer, pero…

—Eso es lo de menos. —Le impidió seguir hablando, tenía las mejillas color escarlata—. Lo importante es que estés bien y que no vuelvas a hacer ninguna tontería.

—Ya tengo todo lo que necesito —aseguró, y dio un largo sorbo al té. En él todavía había un vago recuerdo del olor de la mansión, demasiado denso para eliminarlo incluso después de ducharse—. No creo que comprendáis lo insólito y asombroso que fue. Quería una señal de que estaba bien y eso es lo que obtuve. —Soltó la taza humeante y alargó los brazos para posarlos sobre los hombros de sus dos amigos—. Todo gracias a vosotros. Sé que Davinia os habría gustado. Solo desearía haber pasado más tiempo con ella y poder presentárosla. Sois los mejores hombres que conozco, soy un afortunado. ¿Dónde está Arthur? ¡Me gustaría darle las gracias a él también!

Todos y cada uno de sus gestos eran exagerados, como si hubiera tomado un bote entero de estimulantes. Theodore paseó su mirada por la sala deseando que Arthur estuviera allí y hablase con él.

Era el único que tenía agallas para ser desagradable cuando la situación lo requería.

—¿Qué te dijo? —Theodore pudo identificar la incredulidad en las palabras de Alphonso, pero Wheeler parecía ajeno al escepticismo de su amigo. Iba con cuidado, como hacía cuando alimentaba a un animal al que no había visto nunca: le mostró la mano para que no le atacara—. ¿Pudiste hablar con ella o solo escucharla?

—No creo que pudiese oírme, la sentía muy lejos de allí. Aun así, estoy seguro de que era ella, pronunció mi nombre.

—¿Y ya está? ¿Eso fue todo?

Algo se removía en la cabeza de Wheeler, como si el simple recuerdo de lo que había sucedido fuese suficiente para ponerle en alerta.

—No parecía asustada, su voz era clara y firme, como lo había sido en vida —volvió a asegurarles. Para él era imprescindible que lo comprendieran antes de que continuara hablando—. Fue todo demasiado rápido, hay partes que no logré escuchar porque toda la habitación daba vueltas. Estaba mareado, no tenía manera de sostenerme, aunque no fue necesario para seguir comunicándome con ella. Dijo…

—¿Sí? —le animó a seguir Alphonso.

—Dijo que le había visto la cara a su asesino. —El simple esfuerzo de pronunciar esas palabras hizo mella en su coraza, y Theodore pudo observar en toda su grandeza el niño asustado que era en realidad—. Ella sabía que estaba muerta, recordaba todo lo que había pasado y también la cara del desgraciado que la había matado.

En un acto reflejo, Alphonso puso la mano en la pierna de Theodore, en busca del apoyo de su amigo. Estaba tan inmóvil que lo habrían podido confundir con parte del mobiliario.

—¿Te dijo de quién se trataba? —le preguntó, olvidándose por completo de su recelo sobre todo lo que tenía que ver con el espiritismo—. ¿Le conocía?

—Si me lo dijo no pude oírlo. Como os he dicho, hubo momentos en los que parecía que la habitación fuera a caerse sobre nosotros. Lo único que sé es que le vio la cara antes de morir. —La rabia le consumió como una vela arrojada a la lumbre—. Los últimos

segundos de su vida los pasó conociendo la identidad del cabrón que se la arrebataba.

No había nadie en la morgue cuando fue para cubrir su turno.

Como de costumbre, Theodore tomó la entrada más alejada del hospital para evitar la marea de gente. Sin embargo, se encontró con la sala vacía, sin rastro de Hughie Buckman ni nadie que pudiera decirle dónde estaba. Cada segundo que pasaba se sentía más cómodo con la idea de que su profesor podía ser el culpable de todo lo que estaba sucediendo. Aceptaba esa realidad porque era la única pieza que encajaba en su cabeza, aunque eso no hacía el asunto más sencillo. No había ningún cuerpo en el despacho, tampoco en la sala de disección, solo Theodore a solas con la convicción de que había descubierto algo que no debería.

La experiencia en la Mansion Home le había servido para no darle más vueltas a aquello. Tan absorto estaba que solo había sido capaz de centrarse en Wheeler y Margaret Home. La actitud de su amigo había cambiado, pero la suya también. Había conseguido pasar una noche entera sin que en su cabeza aparecieran Hughie Buckman, los cadáveres ni la fría imagen de la más profunda nada que no dejaba de perseguirle. Por primera vez en semanas, había podido preocuparse por alguien que no fuese él mismo, alguien que necesitaba su ayuda, a pesar de los sentimientos que le suscitaban las sesiones de espiritismo. En ese momento lo veía todo desde una perspectiva distinta, mucho más profunda. Si tenía que hablar con el doctor, lo haría. Pediría una explicación, le contaría todo lo que sabía y no tendría más remedio que admitir lo que ambos sabían: que algo

estaba sucediendo delante de sus narices y que el profesor Buckman era el culpable.

No obstante, Hughie Buckman no estaba allí.

Theodore tomó asiento en su despacho y aguardó a que regresara. La impuntualidad no era una cualidad que el doctor apreciase, pero a aquellas horas de la tarde no solía hacer autopsias con él. Su cometido consistía en rellenar papeleo, nada más. Sin embargo, los minutos pasaron y el profesor Buckman no llegó. La firme madera de la silla comenzó a clavarse en cada punto de contacto con su cuerpo, como si estuviera hecha de astillas. Ni una conversación, ni un susurro, nada. No podía comenzar a trabajar, el profesor guardaba sus informes bajo una llave que no tenía y que debía haberle llevado alguno de sus ayudantes. Sin éxito esperó al menos veinte minutos a que alguien pasara por allí.

Aquellos días en el hospital tenían una cadencia a la que no estaba acostumbrado. Meses atrás habría llegado, le habrían dado permiso para continuar trabajando y luego se habría marchado a la biblioteca de Teviot Place a esperar la cena con sus compañeros. En ese momento, en cambio, estaba aguardando a un tutor que creía que estaba relacionado con los asesinatos y que había dejado de prestarle atención de un día para otro. Su vida giraba alrededor de los hechos que no era capaz de ignorar y que le habían convertido en un agente pasivo dentro de su propia existencia. Solía ser más inteligente que nadie, tenía a su alcance unas oportunidades que otros muchos matarían por conseguir y se había acabado convirtiendo en un necio que no había logrado identificar las señales de alarma a su alrededor. Harto de continuar esperando, salió de la

morgue y se adentró en el edificio principal del Royal Infirmary, sabiendo con exactitud adónde quería ir.

Llamó a la puerta de la consulta de Arthur. En ella había un cartel con el apellido Credge escrito en perfecta caligrafía cursiva. Siempre que tenía la oportunidad de ir a esa ala del edificio se detenía a apreciar las diferencias que había con la *peri mortem*. La primera y más evidente, el ruido. Eran raras las ocasiones en las que se mantenían más de dos conversaciones paralelas en la morgue, por lo que en ella reinaba el silencio. En los pasillos del área de visitantes, todo era muy distinto: se oían pasos que venían de cualquier parte, gritos procedentes de las diferentes habitaciones y un zumbido perenne que permanecía allí incluso fuera de las horas de consulta. Aunque, si había algo que le llamaba especialmente la atención, era el olor. El olor a enfermedad se hacía más evidente en aquel lugar que en cualquiera de las salas de disección. El tufo de la orina, el sabor metálico de la sangre, el regusto salado del sudor. De una forma u otra, todos los rincones estaban marcados por la tragedia, pero también por la esperanza. Lo que más le gustaba era notar cómo el hedor de la dolencia se ocultaba tras los aromas de los fármacos. Remedios importados, creencias medievales, medicina recién inventada, daba igual. Todo tenía espacio en mayor o menor medida tras esas puertas. El olor característico del tomillo, el de la hojarasca seca, el de los hongos con propiedades calmantes, cada uno de ellos luchaba para sobresalir por encima del resto.

Estaba tan centrado en navegar por sus pensamientos que no fue consciente de que Arthur no le había abierto la puerta.

Sabía que estaba allí por el cartel y porque conocía sus horarios. Por la mañana había salido de casa y le había dicho que pasaría en

el Royal Infirmary toda la jornada. Volvió a llamar golpeando con los nudillos la puerta. No se oía nada en el interior de su consulta, de modo que debía de estar solo. Quizá estaba haciendo tiempo para no atender a nadie más o prefería no ver a más pacientes ese día. Ninguna de esas opciones concordaba con la personalidad de su amigo, aunque tuviera un mal día.

No, eso era lo contrario de lo que cabía esperar de él.

Se aferró al pomo de la puerta y lo hizo girar. No encontró mucha resistencia. La consulta estaba abierta, pero allí no había ni rastro de Arthur. Aunque Theodore pensó en la posibilidad de que su amigo hubiera tenido que salir para visitar a algún paciente, la idea se esfumó de su cabeza con tanta rapidez como había aparecido: su maletín estaba sobre la mesa, cerrado. Se acercó al escritorio esperando encontrar una respuesta y lo palpó para confirmar lo que había visto desde lejos: estaba lleno. Arthur no se lo había llevado, así que no estaba trabajando. Era la segunda persona ese día a la que esperaba encontrar, pero de la que no había obtenido respuesta alguna.

¿Le habría sucedido algo que le había obligado dejar de aquella forma su puesto de trabajo? Theodore solo era capaz de ver peligro en todas partes. Su compañero podría estar en el baño o tal vez había salido un momento en busca de aire fresco, nada apuntaba a lo contrario. Le habría gustado hablar con él aquella mañana y contarle lo que había visto en la Mansion Home. Quería que viese el cambio en Wheeler con sus propios ojos y que dijera lo que los demás estaban pensando, que tratara de poner orden en un momento en el que todos estaban a un paso de perder la cabeza. Además, no había podido discutir con él aún sobre lo sucedido en la

clase del profesor Crowle, cuando habían diseccionado la única prueba que tenían delante de todos sus compañeros.

Sentía que estaba cerca de desmoronarse, que la seguridad con la que había irrumpido aquella tarde para hablar con el profesor se había esfumado por completo. No quedaba ni rastro del Theodore Thorebourne valiente que pensaba que cambiaría algo.

—Aquí está, Thorebourne.

Lewis Morrow, el profesor de Botánica, carraspeó en el umbral de la puerta. Su mera presencia había sido suficiente para devolverle a la realidad del hospital. Iba acompañado de un enfermero de mediana edad que le sonrió, complacido.

—Ahora iba a buscarle. Necesito su ayuda para encontrar al doctor Buckman. ¿Le interrumpo? —dijo Morrow.

Theodore había dejado abierta la puerta, así que cualquiera podría haberle encontrado allí, a solas con las cosas de Arthur.

—Estaba buscando a un amigo, pero no se preocupe, puedo atenderle. —En ese momento tuvo una imagen clara de lo que debía de sentir su compañero cuando recibía a los pacientes en la consulta —. El profesor no está en el hospital en estos momentos. Creo que ha salido, ¿le sirvo yo o esperamos a que regrese?

—Con usted será suficiente, muchacho. Verá, varios alumnos han encontrado un cuerpo descomponiéndose en los laboratorios de la facultad, en la planta baja.

Una fuerte alarma explotó en los oídos de Theodore y cada rincón de su cuerpo se tensó.

—Debe de llevar ahí por lo menos un par de semanas, aunque nadie lo había visto hasta ahora —continuó diciendo—. Alguien ha desatrancado una puerta para comenzar con el inventario y se ha

encontrado con la desagradable escena. Ya hemos limpiado todo lo que hemos podido sin manipular el cadáver, pero necesitamos que alguien le eche un vistazo antes de mandarlo al cementerio para que se encarguen de él.

—Puedo hacerlo yo, si necesitan quitárselo de encima. —Theodore no reconoció el tono agudo que salió de su boca. Sabía que había sido imprudente ofrecerse con tanta rapidez, sin apenas permitir que el profesor acabase de explicarse—. Sé que no soy Hughie Buckman, pero llevo años trabajando con él y domino su técnica, soy uno de sus mejores alumnos, como bien sabe. Usted conoce mis certificaciones, puedo hacerlo si no quieren esperar a que regrese.

Deseó que el doctor Morrow confundiese su desesperación con entusiasmo por impresionar a la universidad. Nunca se habría definido como un lamebotas, pero anheló que en ese momento le considerasen como tal. Tenía que aprovechar esa oportunidad. Si Hughie Buckman no tenía nada que ver con todo aquello, el cuerpo estaría intacto, ¿verdad? Cabía la posibilidad de que hubiera sido él mismo el que lo hubiera ocultado allí días antes y hubiera esperado a que otro lo encontrase y lo dejase en su mesa. ¿Era así como estaba actuando? ¿Había pagado a los alumnos para que hicieran el numerito y así parecer menos culpable? ¿Había dejado alguna prueba que lo incriminase? Debía comprobarlo.

El profesor dejó escapar toda la presión acumulada con un suspiro emocionado.

—¿Haría eso por nosotros? —Lewis Morrow compartió un gesto emocionado con el enfermero—. No necesitamos un estudio exhaustivo, tan solo que alguien rellene el informe para poder procesarlo con rapidez. Usted serviría a la perfección para el trabajo,

desde luego. Estos días nos cuesta dar con el profesor Buckman más de lo que nos gustaría.

—No es ningún problema para mí —aseguró, y no ignoró la pulla final de su comentario.

—Entonces venga con nosotros, creo que agradecerá comenzar lo antes posible.

El camino entre el Royal Infirmary y la facultad nunca se le había hecho tan largo como ese día. Lewis Morrow conversaba con el enfermero con tanto ánimo que, de no haber estado allí Theodore, nada habría cambiado. Cuando, al tomar las escaleras que llevaban al sótano, oyó el eco de sus pisadas, comprendió lo que estaba a punto de hacer. Pasó de largo el aula en la que solía trabajar Arthur, aunque la puerta estaba cerrada. Se dijo a sí mismo que cuando terminase la revisión del cuerpo iría a ver si estaba allí para retomar la conversación. Sin embargo, esa idea abandonó su cabeza al acercarse a lo más profundo del sótano.

El hedor dulzón de la muerte impregnaba cada palmo de aquel pasillo y Theodore se preguntó cómo había podido transcurrir tanto tiempo sin que nadie lo notase. Era cierto que el número de clases había caído en picado por culpa de la investigación que tenía lugar en el hospital, pero eso no era excusa para justificarlo. No era raro encontrar en las entrañas de la facultad los cuerpos que iban a usarse para las lecciones guiadas de los alumnos, no obstante, nunca se hubiera permitido que se convirtiera en aquello, un espacio impenetrable que llamaba a la tragedia.

—¿Nadie se había dado cuenta del olor?

—Solemos ventilar varias veces al día por el bien de todos los que trabajan aquí abajo, de modo que ha podido pasar desapercibido

con facilidad —le explicó. No trataba de justificarse, él también parecía furioso—. Que haya ocurrido justo ahora, con el poco personal activo con el que contamos… Todo empeora siempre cuando hay menos tiempo para buscar soluciones.

Tenía razón, aunque Theodore consideraba aquel su día de suerte.

—Le aviso de antemano de que no es una imagen agradable. —Por el rictus de sus labios al contraerse, Theodore adivinó que no podía sacárselo de la cabeza—. Tiene que saberlo antes de entrar.

—De acuerdo. —El crujido de la madera vieja al abrir la puerta le erizó el vello de la nuca.

Postrado en el suelo, sobre un rectángulo de tela y cubierto de insectos había uno de los cuerpos en estado de descomposición más avanzado que había presenciado nunca. A simple vista era complejo discernir siquiera si se trataba de los restos de un hombre o una mujer, demasiado putrefacto para que se distinguiera cada una de sus partes con propiedad. La temperatura de aquella habitación debía de ser la culpable del charco de residuos biológicos que empapaba la sábana sobre la que estaba tumbado. Resultaba evidente que el cadáver había sido movido, ya que estaba en una posición antinatural, en decúbito supino, con todas sus extremidades apuntando hacia el techo. Parecía un mártir sobre una cruz, una imagen católica como las que había en el continente. El cabello corto y despeinado le hizo creer que debía de tratarse de una mujer o de un muchacho joven, aunque Theodore se decantó por la primera opción. Su rostro era desagradable, cubierto de contusiones, y le faltaban al menos los incisivos.

—¿Por qué hace tanto calor aquí?

—La habitación fue construida como una sala de calderas, un lugar por donde pasan todos los tubos y desagües para centralizarlos en un solo sitio. ¿Ve? —El profesor señalo un punto a la espalda de Theodore, en el que un amasijo de tuberías de latón se apilaba—. Por aquí circula el agua y el gas de toda la Facultad de Medicina y Veterinaria, es prácticamente un horno.

Un lugar perfecto para deshacerse de un cadáver con rapidez, si no se sabe qué hacer con él, pensó Theodore. Un espacio conveniente, muy conveniente.

—¿Lo han limpiado antes de ir a buscarme?

—Sí, pero no deja de supurar. Ya hemos conseguido traumatizar a varios estudiantes de primero. ¿Qué opina usted, señor Thorebourne? ¿Algo importante?

Aquella era una pregunta excelente. Theodore se arrodilló ante el cadáver y lo manipuló con las manos sin protección alguna. La rigidez del cuerpo había desaparecido casi por completo, cosa que, junto con la negrura característica de la descomposición, le confirmaba lo que había dicho el profesor: la persona había fallecido en un periodo de entre diez y veinte días atrás. No se le escapó que coincidía a la perfección con el asesinato de Davinia y que tal vez se había equivocado. La posibilidad de que el cuerpo de la clase de disección no fuese el único candidato a formar parte del crimen le incomodó, pero apartó esa idea de su cabeza. No podía dejar que su hipótesis manchara su buen juicio, necesitaba todos los sentidos alerta para encontrar lo que estaba buscando.

Inspeccionó ambos costados y el pecho del cadáver, y comprobó que se trataba de una mujer. El tono verde de la vesícula biliar captó su atención de inmediato, entre el mar de órganos que se había

abierto en el vientre. Con el paso de los días, las paredes del cuerpo habían comenzado a ceder y las bacterias y los insectos habían empezado a ejercer su trabajo sobre él, abriendo un canal que atravesaba desde el esternón hasta los genitales. Era una zona infestada de deterioro, jugos digestivos y purga cadavérica nada agradable de ver, oler o manipular. Theodore reconoció en ese mismo instante un corte que seccionaba el hígado y que no habría visto de no haber centrado allí su atención. Su cabeza iba tan rápido que no le habría sorprendido obviarlo.

—Dígame que vamos a poder cerrarlo como una muerte natural y que no se trata de nadie importante. —El profesor volvió a carraspear como lo había hecho en la puerta del despacho de Arthur —. He visto sus manos al moverla, no puede tener familia. Si lleva semanas aquí, la policía la estaría buscando, ¿no es así?

Theodore estaba seguro de lo que aquel corte significaba. Con el estado de conservación tan malo en el que se encontraba era difícil establecer la causa de la muerte. Era muy sencillo pasar detalles por alto en un caso como aquel, en que la premura se oponía al diagnóstico. No obstante, ningún proceso de descomposición del cuerpo era capaz de hacer una incisión tan limpia, perfecta y profunda. Alguien tenía que haber usado la fuerza para clavarle un objeto punzante. De hecho, estaba seguro de que, si limpiaba la zona, sería capaz de ver el punto exacto por donde habían fraccionado la dermis. Aun así, no lo hizo.

No existía ninguna duda de que aquella mujer había sido asesinada. No había nada natural en su muerte, le habían seccionado el hígado y sufrió una hemorragia interna, lo que

explicaba que no hubieran encontrado ríos de sangre en la habitación. Por no hablar, claro, de los dientes.

Theodore colocó un dedo sobre los labios de la fallecida para examinar su boca. Le faltaban los incisivos, sí, pero no era lo único, también varios molares y tres caninos. El resto de las piezas estaba en buenas condiciones. Sucias, pero nada indicaba que las hubiera perdido. Al principio deseó contar con más luz para verle las encías, pero enseguida lo encajó todo: se los habían arrancado. Era sin lugar a dudas un trabajo a medias, muy diferente de la amputación de la pierna del otro cadáver, aunque con certeza llevaba la misma firma. No solo era víctima de un asesinato, sino que también le habían robado los dientes después de muerta.

¿Sería una prueba de que Hughie Buckman era inocente? Theodore creía que eso le hacía parecer más culpable. Un cuerpo había aparecido en la universidad donde él daba clases, en un espacio que estaba bajo su jurisdicción. A fin de cuentas, era el único que efectuaba autopsias de forma sistemática. Quizá, lo que había fallado en esa ocasión es que no había tenido en consideración a su más brillante alumno. Ni siquiera tenía la certeza de que aquello significase nada ni confirmase sus sospechas. No era necesario. Era el punto incriminatorio exacto para no arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

El pulso de Theodore permaneció en un ritmo normal cuando dijo:

—Estaban en lo cierto. Debe de tratarse de una mendiga que allanó la universidad buscando algo de calor y falleció aquí. Calculo que debió de suceder hace unos quince días, aunque es difícil atribuirle algo más que una fecha aproximada. No hay nada en ella que indique lo contrario, puede llevársela a la fosa común.

48
Acta, non verba

20 de marzo de 1857

La sensación de calma que se había apoderado del cuerpo de Theodore le resultó ajena, como si no fuera él quien la sentía.

Alguien con tan solo el mínimo conocimiento de anatomía patológica que hubiera observado el cuerpo habría visto que estaba mintiendo y habría acabado con su reputación mucho antes de que la policía atrapase a Hughie Buckman. Algo se había apoderado de él, el espíritu del embustero en el que se había convertido. Sin embargo, no tenía miedo. Tampoco se arrepentía de su decisión. Había tenido el poder en sus manos, había sentido el control y saboreado el dominio de su vida. Por una vez, las malas decisiones le definían tanto como las buenas. Había conseguido darle la vuelta a todo a su gusto, antes de que las cosas empeoraran de nuevo. No se había quedado de brazos cruzados a la espera de que alguien le diera el cadáver perfecto en bandeja, sino que se había deshecho de lo que le estorbaba. Así que sentía tranquilidad.

Y le habían creído. No solo había contado una mentira, también había colado. Tenía la suficiente autoridad para resultar convincente, y nadie había pedido una segunda opinión para contrastarla con la suya. Theodore Thorebourne era alguien, no solo un simple

ayudante. Podía manipular el presente para asegurarse un futuro. Ningún maldito asesinato se lo impediría, ni uno solo. Fuera quien fuese el culpable.

Había observado cómo se llevaban el cadáver de vuelta al cementerio, sin despegar la vista de él. Una sensación de pura euforia se había apoderado de cada palmo de su cuerpo, transformada luego en serenidad absoluta.

No lo dudaba.

Volvería a hacerlo de nuevo.

Este efecto perduró mientras regresaba a la residencia, poco antes de que comenzase el toque de queda. La noche caía tan rápido que era fácil perder la noción del tiempo y de la realidad, cuando todas las horas se asemejaban entre sí. No obstante, la ausencia del barullo habitual de Teviot Place era más que suficiente para saber que era tarde. La chimenea se había convertido en un montón de ascuas que luchaban por mantenerse prendidas en un mar de ceniza. Las cuatro paredes de la biblioteca rezumaban el aroma suave del pergamino y la humedad del ambiente, y solo se oía el sonido de una pluma al rasgar el papel.

Podía haberse ido a la cama, pero Theodore sabía que su única oportunidad de dar con Arthur era aquella. Si no estaba en la biblioteca, sería difícil encontrarlo en otro lado. No se equivocaba.

Sentado a su mesa habitual, estaba enfrascado en la lectura de un manual, ensimismado. No le habría sorprendido en absoluto a Theodore que ni siquiera se hubiera dado cuenta de que estaba solo y que los habitantes de la residencia se habían ido ya hacía rato a dormir. Estaba tan absorto que el crujido del suelo de madera bajo el peso de su amigo le asustó y se incorporó al acercarse. Cerró con

tanta fuerza el volumen que tenía en las manos que las hojas se tambalearon en el lomo.

—Estás aquí. —Theodore dejó el abrigo en el respaldo de una butaca vacía a la derecha de Arthur—. Te he estado buscando.

—Pues aquí me tienes. ¿Para qué me buscabas? ¿Tenías algo que decirme?

—No. —Se le pasó por la cabeza una infinidad de cosas que quería contarle: la mentira, sus sospechas, todas y cada una de las pruebas que apuntaban a Hughie Buckman, pero no dijo nada—. Solo quería verte. Pensaba que tenías consulta hoy.

Arthur pasó las páginas de su agenda hasta llegar al día en el que estaban.

—Sí, sí tenía consulta —confirmó.

—¿Y dónde te has metido? —insistió Theodore—. Estuve en el Royal Infirmary esperándote un buen rato hasta que tuve que marcharme.

—No fui hoy al hospital.

Theodore no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿A qué te refieres? ¿Fuiste a visitar a los pacientes a sus casas?

—No. Simplemente se me olvidó ir.

Estaba seguro de que si le hubiese confesado que había decidido largarse al campo a criar gallinas le habría sorprendido mucho menos que lo que le estaba diciendo. ¿Arthur Credge? ¿Saltándose un día de trabajo? Tenía que tratarse de una broma de mal gusto.

—¿Se te olvidó ir a trabajar? Pero ¿en qué estabas pensando? —Theodore no pudo evitar sentirse como su padre al regañarlo—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—No le des tanta importancia, solo ha sido un día.

—¿Qué diablos te ha pasado y dónde está el amigo que no soporta llegar un minuto tarde a clase?

—Déjalo, ¿vale? —Depositó el libro sobre la mesa con un golpe. Si no hubieran estado solos, todos los presentes se habrían girado hacia ellos para mirarlos—. No hagas de esto algo reseñable. Necesitaba descansar.

—Deduzco que no quieres hablar del tema.

—Deduces bien.

—Vale.

Esa era, de lejos, la conversación más incómoda que había mantenido con Arthur en los años de universidad. Su amigo no estaba interesado en seguir hablando del tema, incluso si tenía una buena razón para no haber ido a trabajar ese día. Quiso insistir, pero sabía que si lo hacía solo empeoraría las cosas. Durante los últimos meses todo había cambiado tanto que ni siquiera discutir con su mejor amigo le sorprendía. Formaba parte de una nueva realidad que no llegaba a comprender o que quizá siempre había estado allí, oculta a la vista, y él no se había dado cuenta.

—¿Has hablado con Wheeler hoy? —tanteó Theodore.

El cuerpo de su compañero pareció relajarse tras escuchar la pregunta, satisfecho de que le hubiera dado una excusa para no continuar hablando del hospital.

—No, ¿por qué? ¿Está bien?

De nuevo, el poco interés de su amigo por lo que sucedía a su alrededor le provocó a Theodore una leve incomodidad.

—Ayer fuimos a la sesión de espiritismo, ¿recuerdas? —Arthur abrió mucho los ojos, rememorando la conversación que había mantenido los días anteriores con Theodore y Alphonso sobre ello.

Sus amigos le habían puesto al día de las intenciones de Wheeler y había coincidido con ellos en que alguien debía ir con él para evitar que se descarrilara aún más de lo que ya lo había hecho.

—Por todos los infiernos. Sí, claro, claro. Por supuesto que me acuerdo. No sé dónde tengo la cabeza. ¿Qué pasó? ¿Salió todo bien?

—¿Todo bien? ¡Tuve que largarme corriendo de allí! —Aunque Arthur se lo estaba preguntando, Theodore no creía que su amigo estuviera interesado de verdad en lo que le contaba—. Si puedes perderte la experiencia de vivir algo así, te invito a que lo hagas. No quiero oír hablar nunca más de esa mujer ni de su maldita casa. Vimos al doctor Byron allí —recordó—. Parecía ser íntimo de la médium.

—¿Alford Byron estaba allí? ¿En la mansión?

La actitud de Arthur cambió, aunque no perdió la tensión que lo controlaba todo. Ahora estaba vigilante, calculador, muy alejado de la postura de indiferencia de solo unos segundos atrás.

—Sí. —Theodore, por el contrario, estaba sorprendido de su repentino interés por la historia—. Va allí con mucha frecuencia, al parecer. No le molestó que nos hubiéramos saltado el toque de queda, parecía que era irrelevante para él. Nos contó que estaba esperando a Lyle Crowle, pero no se presentó, así que permaneció solo durante toda la velada.

—¿Anoche?

—Sí, claro. —No entendía qué podía extrañarle a su amigo—. Anoche estuvimos allí.

—El profesor Crowle estaba conmigo, por eso no fue al encuentro con Byron.

—¿Ah, sí? ¿Después del toque de queda? —Su compañero de habitación se limitó a asentir—. ¿Qué hacíais juntos tan tarde?

—Trabajar —dijo, como si fuera evidente la respuesta—. Hemos acabado de analizar los huesos. Ayer fue el último día.

—¿De verdad? ¿Y cuál ha sido el resultado?

—No concluyente.

Tampoco Theodore se animó a continuar preguntándole por aquello. Todo lo que le decía era una carga para Arthur esa noche.

—Estaba también su sobrina. La de Lyle Crowle, me refiero.

Allí estaba de nuevo la expresión de Arthur que indicaba que quería saber más de lo que preguntaba.

—Ella también le estaba buscando. Pensaba que trabajabais juntos. ¿No estaba ella en la reunión anoche? —continuó diciendo Theodore.

—¿Viste a Victoria?

El doctor Crowle había ido a verle sin decirle nada, comprendió Theodore, por eso no estaba allí el día anterior.

—No, ella no vino. Todo fue muy rápido, tal vez se olvidó de pasarse —contestó Arthur.

—Como tú del hospital esta tarde.

—Sí, exactamente igual. —No era desafiante su tono, pero le estaba pidiendo que cesase de intentar forzarle a hablar.

—¿Quieres que te detalle qué es lo que Wheeler creyó ver en la Mansion Home? De verdad que no tiene desperdicio, te va a encantar…

—Mejor mañana, ¿vale? Me está comenzando a doler la cabeza y necesito dormir.

Desde luego, si alguien necesitaba descansar, era él.

—Por supuesto, no te preocupes.

Aunque él sí lo estaba, y tenía razones para ello, quería hablar con Arthur, contarle todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas. Necesitaba que le pusiera los pies en la tierra y le acusase de irresponsable y lunático por haber mentido de forma descarada a la universidad. Había hecho algo ilegal, algo mucho peor que saltarse el simple toque de queda. Había roto todos los juramentos médicos posibles por su propio interés, por egoísta. Necesitaba contárselo, que alguien tuviera las agallas que él no había tenido para denunciarlo y poner fin a aquel delirio.

Sin embargo, ese día no conseguiría lo que precisaba de su amigo. Por ello, decidió, una vez más, cerrar la boca.

Ambos cogieron sus pertenencias, Arthur el cuaderno, la pluma y el libro que había tomado prestado de la biblioteca, y Theodore el abrigo. Lo seguía notando fresco, aunque había pasado un buen rato desde que había vuelto de la calle. La perspectiva de descansar y dejar de pensar durante unas horas le parecía atractiva, pero también utópica. Estaba tan lleno de energía que sentía una vibración por todo su cuerpo. Sabía que, si le volvían a poner en aquella situación, actuaría igual.

Ambos salieron de la biblioteca de Teviot Place tratando de hacer el menor ruido posible. A esas horas, casi todos los alumnos ocupaban las habitaciones y dormían desde hacía rato. O eso creía Theodore.

De pronto una figura encapuchada pasó rauda por el pasillo que llevaba a la puerta de la calle, a tal velocidad que a Theodore el corazón se le aceleró, antes incluso de darse cuenta de lo que había visto. No cabía duda de que alguien más estaba despierto en la

residencia y que intentaba escapar de ella. Por la dirección de la que procedía, tenía que venir del claustro. ¿Se había escondido allí? ¿Estaba tratando de huir? O peor aún, ¿era Wheeler? ¿Debía avisar a Arthur de que tenían que detenerle? No era más que una sensación, pero algo le decía que no era él, y su interés creció. Además, su amigo estaba tan ido que tendría que hacerlo él solo de igual manera. No merecía la pena molestarle con sus hipótesis. Pero ¿quién podía tener tanto empeño en saltarse el control a aquellas horas de la noche? Si era Wheeler no podía deberse a nada bueno, si se trataba de otra persona… podría ser algo mucho peor.

—Ahora voy, ¿vale? —Las palabras salieron de su boca antes de saber que había tomado la decisión de seguirle—. Necesito dar una vuelta y respirar aire fresco.

—¿Vas a salir ahora?

—Solo será un momento —aseguró, tratando de mantener la calma—. Volveré antes de que nadie se dé cuenta de que me he ido.

—Le has cogido gusto a romper el toque de queda —observó Arthur, pero no intentó detenerle—. Estaré dormido cuando vuelvas.

«Eso espero», se dijo Theodore mientras su compañero se despedía con un gesto de la cabeza y regresaba a la habitación. Solo la había visto un momento, pero estaba seguro de que la figura abandonaría de inmediato la residencia.

49
Hic iacet

20 de marzo de 1857

La figura se desplazó rauda por los pasillos hasta perderse al salir de Teviot Place. Theodore no estaba seguro de que lo hubiera visto, y se había mantenido en silencio todo el rato. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse, pero no el sonido metálico de la llave en la cerradura, y se apresuró a ir tras ella. Se notaba las pulsaciones en la garganta cuando se asomó a la puerta y seguía sintiéndolas cuando se cerró tras él. Su corazón bombeaba con tanta fuerza que ensordecía todos sus pensamientos.

La parte de él que creía que era Wheeler escapándose de nuevo desapareció cuando vio a donde se dirigía. Aunque el desconocido iba con paso ligero, no le hacía falta seguirle de cerca para alcanzarle. La figura giró por la calle Forrest y, siguiendo una corazonada, Theodore tomó la calle George IV Bridge, adyacente a la misma, hasta llegar a las puertas del cementerio Greyfriars.

El camposanto estaba tan cerca de la residencia que era difícil escapar a su presencia, incluso al mirar por la ventana. Siendo sincero, Theodore sabía que tomando aquella dirección había una multitud de destinos que no pasaban por el cementerio. Sin embargo, la actitud evasiva del residente de Teviot Place no le había

pasado desapercibida. «Nadie se salta el toque de queda y se arriesga a una expulsión si no tiene un buen motivo para hacerlo, ¿verdad?». Se lo repitió varias veces hasta que estuvo convencido de sus propias palabras, mientras aguardaba tras las puertas del Greyfriars. No había movimiento tras los muros, ni siquiera en las inmediaciones de la George Heriot's School, una academia con la que compartía el espacio. Tan solo se oía el viento arrancando las hojas de los árboles que cubrían el terreno junto a las lápidas. Como el resto de Auld Toun, todos los edificios, criptas y panteones estaban construidos en estilo gótico y neogótico, con piedra oscura en sus paredes. A pesar de que sabía que se trataba de un cementerio del siglo XVI, los nichos y las tumbas situados junto a la entrada eran modernos.

No sabía si había llegado tarde o demasiado pronto. Existía la posibilidad de que se hubiera equivocado, pero Theodore decidió ignorarla, de modo que se adentró en Greyfriars, deseando que nadie siguiera sus pasos.

Anduvo al menos unos diez minutos, enseguida perdió la noción del tiempo y el espacio. Las lápidas aparecían y desaparecían ante él sin que fuera capaz de reconocerlas. Aunque aquel era uno de los cementerios más cercanos al Royal Infirmary, el osario donde enterraban los cuerpos que dejaban de serles útiles no estaba en aquella parte del camposanto, así que Theodore nunca había estado allí a la luz del día. No conocía el camino y mucho menos sabía con exactitud adónde quería llegar. Hasta que oyó las voces.

La respiración nerviosa de un caballo fue lo primero que le llamó la atención, después vio a los hombres. Los dos equinos pastaban hierba, ignorantes de lo que ocurría detrás de ellos. Un individuo de

espalda ancha sostenía un pesado fardo sobre el hombro, envuelto en una mortaja de color tierra. Incluso desde allí, oculto en la semioscuridad de la noche, Theodore reconoció la mano del cadáver que se escapaba entre los pliegues. Con el corazón en la garganta, se ocultó tras la pared de una cripta, esperando que la luna no reflejara su sombra. Al oír el sonido de unas monedas, un escalofrío le recorrió la espalda desde la nuca. Aun así siguió mirando lo que ocurría. El cuerpo ya estaba en el coche y un desconocido forcejeaba para estabilizarlo sobre el asiento, mientras la segunda figura, la que había abandonado Teviot Place, guardaba en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta el dinero que acababa de recibir.

Estaba tan cerca de ellos que tuvo que controlarse para no salir de su escondite y reventar su cara a puñetazos. ¿Era ahí donde ocurrían los intercambios? ¿Era posible que todo sucediera a tan solo unos metros de la residencia? Un simple paseo nocturno podía haberlo llevado a pillarlos en plena transacción. La gente evitaba el camposanto, no había un lugar mejor para conseguir cadáveres que vender y sin peligro de que alguien los molestara mientras lo hacían. Estaba claro que el que había recibido el dinero, quienquiera que fuera, vivía en Teviot Place. No iba a dejar que se escapara. Aguardó unos instantes a que el coche se alejara. En él solo iban el conductor, que no había bajado, y el comprador, que no parecía un hombre de muchas palabras. No había visto su rostro, pero era tarde para perseguirlo. Ese cuerpo acabaría en sus manos de todos modos, y no podía echarse a la carrera y esperar una explicación de quienes huían en un vehículo en marcha. Si tenía que ir a por alguien, iría a por el que se había quedado solo.

Se atrevió a deslizar la cabeza por el borde de la pared que le ocultaba. El desconocido de la residencia miraba al cielo, impune, ajeno a todo.

Aprovechó su posición privilegiada para correr cuanto su cuerpo le permitía y se acercó a él. Antes de que el desconocido se diera cuenta de lo que sucedía, Theodore se tiró caer sobre él y lo derribó. Sin tiempo a reaccionar, el cuerpo esbelto del asaltado cayó con gracilidad al suelo. Allí, en medio de la confusión, le arrancó el pañuelo que le cubría la cara y unos grandes ojos azules que había visto tantas veces que podría reconocer en cualquier parte quedaron al descubierto.

—No, no, no, no, no, no, no. —Desesperado, Theodore se apartó del joven, evitando que alguna parte de sus cuerpos se tocasen—. No puede ser. Dime que es una broma.

Un quejido ahogado salió del cuerpo de Alphonso, que trató de ponerse en pie sin perder la compostura.

—¡Puedo explicártelo, te lo juro!

—¡No! —Un crujido inundó la noche cuando el puño de Theodore chocó con el pómulo de su amigo. Un fino hilo de sangre le recorría la mejilla y se deslizaba hasta el suelo—. Ni se te ocurra acercarte a mí. La siguiente será mucho más fuerte si te atreves a hacerlo. ¡Eres un maldito asesino!

—Te equivocas, Theodore. —Una calma sobrehumana se apoderó de Alphonso—. No hables de lo que no sabes.

—¿Miraste a la cara a Wheeler y le hiciste sentirse como una persona horrible mientras que tú estabas aquí fuera asesinando gente? Eres un verdadero hipócrita. ¡Te defendí! Nos tenías

completamente engañados. ¿Te ofendió que hablase de prostitutas y mendigos como si no fueran nada y tú los estabas matando?

—¡Cierra la boca y escúchame! No tienes ni idea de lo que está pasando. —Presionó con tanta fuerza su brazo que Theodore llegó a creer que podría rompérselo. No reconocía a la persona que tenía delante, aunque se pareciera a Alphonso, no podía ser él—. ¿Es eso de verdad lo que piensas de mí? ¿Crees que soy yo el que está asesinando a putas y mendigos estos últimos meses? Hazle caso a la parte racional de tu cabeza que te está diciendo que eres un imbécil.

—Pero… ¡te he visto! —Le estaba mintiendo a la cara, sabía que sus ojos no le engañaban. No importaba que estuvieran a oscuras, nada de aquello podía malinterpretarse—. Has aceptado dinero de ese hombre, estás cubierto de barro y estoy bastante convencido de que lo que se ha llevado en ese coche no son las hortalizas que has recolectado en el huerto. ¿Cómo lo puedes negar? ¡Has perdido por completo la cabeza!

—¡Lo que he perdido es la financiación, Theodore! Tú no lo entiendes. ¡No sabes nada! No eres más que un niño de papá que no ha tenido que preocuparse por nada ni un solo día de su vida. Eres el alumno perfecto, el hijo perfecto… Yo no tengo nada.

Tras un grito desesperado, las lágrimas comenzaron a cubrir la cara de Alphonso.

—¿De qué estás hablando? —Una punzada de dolor le atravesó más y más las sienes, a medida que la adrenalina abandonaba su cuerpo.

—No puedo permitirme seguir en la universidad. Mi familia está en bancarrota, no puede continuar pagando mi educación, y mucho

menos puedo vivir aquí. ¡Tenía que hacer algo! ¿No lo entiendes? No puedo volverme a Inglaterra y darlo todo por perdido.

Esa noticia le desconcertó tanto como conocer que Alphonso estaba detrás de aquello. Su compañero de residencia venía de uno de los barrios más ricos de Londres y era de tan buena familia como todos los demás estudiantes de la Universidad de Edimburgo. Nada en él les había hecho pensar en ningún momento que tenía problemas para mantener su nivel de vida. Aunque tampoco sabía que estaba metido en el robo de cuerpos.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —preguntó con apatía.

—Poco después de comenzar el curso mi madre me mandó una carta urgente, en la que evitaba contar los detalles. Lo único que sé es que las fábricas de mi padre han sufrido pérdidas y han tenido que recortar personal y beneficios. Mi familia tiene ahorros para sobrevivir hasta recuperarse, pero yo no entro en sus planes. He tenido que ganarme la vida como he podido.

—¿Ganarte la vida? ¡Se me ocurre un millar de formas más honradas de conseguir dinero! Podrías incluso habérnoslo pedido a cualquiera de nosotros, te lo habríamos prestado de buena gana y sin preguntas. Y si para ti el orgullo era más importante que salvar el culo, podrías haber interrumpido los estudios durante un año y haber ayudado a tu familia. La universidad te habría acogido con los brazos abiertos cuando hubieras ahorrado lo suficiente…

—¡Sigues sin comprender nada, Thorebourne! —Levantó tanto la voz que no dudó de que estaba perturbando el sueño eterno de todos los sepultados de su alrededor—. Puede que mi padre tenga problemas, pero eso no tiene nada que ver con lo que me ha hecho. Tiene dinero para mantenerse y para seguir pagando la universidad

hasta que los negocios vuelvan a retomar el ritmo habitual, aun así, no quiere hacerlo. Es una manera de castigarme... Nunca debí pensar que abandonaría para siempre sus pretensiones sobre Medicina, soy un necio. Todo esto me lo he buscado yo mismo.

—No lo comprendo.

El azul gélido de su mirada brilló incluso en medio de la noche cerrada en la inmensidad del cementerio.

—A mi familia le habría encantado tener un hijo como el magnífico Theodore Thorebourne, ¿sabes? —La burla en su voz sonaba tan antinatural como los gritos en el interior de la Mansion Home—. Nada de esto habría sucedido si mi sueño fuese ser médico. Mi padre jamás me habría dejado a mi suerte si estuviera criando a un gran doctor. Nunca habría aceptado otra cosa, pero esperaba que el hecho de estar rodeado de médicos, estudiando con vosotros, siendo vuestro amigo, fuese suficiente para hacerme cambiar de opinión y que decidiese dedicarme a la anatomía. Dudo incluso de que sean ciertos los problemas de los que habla. No ha podido aguantarlo más, necesitaba darme una lección y lo ha conseguido.

Aunque comprendía su historia, Theodore estaba lejos de sentir compasión por él. No importaba lo mal que lo hubiera pasado o el trato deficiente que recibiera de su familia, nada justificaba los crímenes que había cometido.

—¿Tener una vida de mierda te da la potestad de arrebatársela a otros? ¿Es así como funciona? ¿Ley del talión, ojo por ojo?

—No he asesinado a nadie, ¿cuántas veces necesitas que lo repita para comprenderlo de una vez? Yo soy un simple mensajero, no hago el trabajo sucio.

—Un mensajero que roba cuerpos del cementerio.

—Sí —admitió—. Aunque robar está muy lejos de asesinar. Yo solo me mancho las manos, recibo el dinero y me voy. Te juro por Dios que no he matado a nadie, no me ha hecho falta.

—Explícate, entonces. Es evidente que lo que está pasando tiene algo que ver con lo que llevas meses haciendo. Cuéntame lo que sabes.

Lejos de ser una petición, era una orden.

Alphonso tomó una bocanada de aire que soltó poco a poco, para regresar después a su estado de calma normal, en el que jamás habría tratado a Theodore de aquella manera.

—Vuelvo a repetirlo: no he matado a nadie. Solo me encargo de mover los cuerpos. —No había rastro de culpa en su voz, se estaba defendiendo—. El año pasado, cuando comencé la universidad, me ocurrió lo mismo que a todos los alumnos de fuera de Escocia: me obsesioné con la historia de los ladrones de cadáveres. La noticia llegó a Londres, pero yo ni siquiera había nacido, así que toda la información que tenía estaba sesgada por los años y por el escrutinio público. Por lo que a mi respectaba, podía haber sido una mentira orquestada para hacer quedar mal a la Universidad de Edimburgo, que estaba adquiriendo relevancia, aunque pronto confirmé que era todo cierto. Hace décadas alguien estuvo robando cadáveres de los cementerios y vendiéndoselos a las facultades para hacer negocio con ellos.

Alphonso recostó su peso contra la pared en la que había nichos verticales.

—Al principio era simple curiosidad —continuó diciendo—. Nunca he tenido el sueño de seguir sus pasos ni nada similar, mi fascinación no tenía nada que ver con eso. Poco a poco comencé a

oír rumores, conversaciones. Los alumnos de Veterinaria sabemos mucho más de lo que sucede en las aulas de Medicina de lo que creéis. Los cuerpos robados iban apareciendo tan a cuentagotas que puede que ni tú te hayas dado cuenta de lo que estaba sucediendo delante de tus narices. Los médicos solo pensáis en el trabajo, sin cuestionar de dónde vienen los muertos. Nosotros no. Los veterinarios vemos que disponéis de más material, mejores instalaciones, cosas que no deberían entrar en el presupuesto de la universidad, pero están… Sabíamos que la compraventa de cadáveres no había parado, solo se había transformado en la clandestinidad. —El graznido de un ave rompió la pausa que hizo y Alphonso contempló con recelo el cielo—. Un comentario, un susurro, una broma, un amigo que conoce a un amigo con un primo que está dentro… Es fácil saber cómo funciona el resto. Antes de darme cuenta alguien le había dado mi nombre a un tercero o un cuarto y recibí una carta en la que me hacían una propuesta. No lo pensé mucho antes de aceptar.

—Santo Dios.

Si la mitad de lo que acababa de confesar Alphonso era cierto, eso significaba que él había vivido a espaldas de la realidad mucho más tiempo del que pensaba. Sabía que al menos algo era cierto: los alumnos de Medicina tenían acceso a más material que sus compañeros de Veterinaria, aunque fuera más sencillo conseguir animales sin vida que humanos. Theodore lo había achacado a una percepción o a un fallo en los presupuestos, aunque admitía que la diferencia resultaba evidente. En su cabeza, la posibilidad de que el tráfico de cuerpos se hubiera mantenido en el tiempo no resultaba novedosa, aunque esa sensación cambió de forma radical al

escuchárselo decir a Alphonso. Se sentía culpable por haber arrastrado a Arthur a todo lo que estaba sucediendo, pero era evidente que tenía que haber mucha más gente implicada.

Theodore no se sentía mejor que Alphonso en ese momento, los dos habían actuado de manera egoísta. Él había mentido para proteger a su profesor, su amigo lo había hecho para sobrevivir.

—Aun así, no creo que fuese casualidad que la carta me llegase a mí y no a cualquier otro. —Una vez que hubo comenzado, le resultó complicado parar—. ¿Alguien sabía que había estado leyendo sobre ellos? ¿Controlan los volúmenes que entran y salen de la biblioteca? No lo sé, pero ahí estaba yo, con nada más que una nota, una dirección y una pala que compré lejos del centro por temor a que alguien me reconociese.

—¿Cómo lo hacen? —Theodore decidió que iba a sacar toda la información que pudiese—. ¿Cómo estás seguro de que te van a pagar?

—Va cambiando. La primera vez que lo hice estaba seguro de que se trataba de una broma de mal gusto, pero cuando llevé el cuerpo al punto acordado alguien estaba esperándome con el dinero en mano.

—¿Y si llegas a quedarte sin cuerpos?

—No hay posibilidad de que eso pueda ser un problema. Quizá desde tu perspectiva, al estar tan cerca de los cuerpos, has creído que pasa con más frecuencia de la que en realidad ocurre. No se necesitan cadáveres todas las semanas, mucho menos todos los días, y sé que no soy el único alumno que trabaja en esto. Evitamos en la medida de lo posible ir siempre al mismo cementerio, aunque eso es lo más sencillo. Decenas de personas se entierran en

Edimburgo a diario y la inmensa mayoría de las veces no se realizan autopsias. Son cuerpos perfectos de los que la gente se olvida cuando están bajo tierra. Que desaparezca un cuerpo de vez en cuando no es motivo suficiente para que lo consideren una verdadera tragedia pública.

—Imagino que la época de la nieve fue el mejor momento de vuestra vida —inquirió Theodore, con sorna.

—Fue un alivio poder patear las calles y no los cementerios, sí, pero bajo ningún concepto le hice daño a ninguna de esas pobres personas. La mayoría de ellas fallecieron a causa del tiempo.

—Bueno, está claro que no todas.

Como tantas veces en los días anteriores, el futuro médico pensó en la mujer de la abadía Holyrood y en todas las demás víctimas de apuñalamiento que habían fallecido en mitad de la nevada.

—La noche que nos encontramos —explicó Theodore apartándose de él de nuevo—. El día que me contaste lo de Wheeler. No le estabas siguiendo, ¿verdad? Sabías dónde estaba.

—En los días que siguieron al asesinato de Davinia no volví a moverme. Tenía miedo de que la seguridad fuese lo suficiente observadora para ver lo que yo estaba haciendo, así que decidí esperar. No pensaba que Wheeler comenzase a meterse en líos tan pronto y más de una vez coincidimos en la calle, pero ni siquiera reparó en mí. Estaba ido, sí, aunque aquello no duraría mucho tiempo. Necesitaba mantenerle lejos de mí, sacarle de la calle. Entonces llegaste tú y creí que mis días de ladrón habían acabado, hasta que comprendí que podías serme útil. —El arrepentimiento podía leerse en su azorada cara, incluso en la oscuridad—. Pensé que era lo mejor para ambos evitar que os inmiscuyeseis en un tema

así. Por encima de todo nunca he querido que esto os afectase a ninguno de vosotros.

—Es tarde para eso. —A pesar de la brisa que atravesaba su desabrochada gabardina, tenía calor, un calor insoportable—. ¿Quién crees que ha tenido que ver cómo pasaban todos los cuerpos delante de sus narices? ¿Quién es el que se ha sentado todos los días contigo sin saber que eras el culpable del problema que le estaba consumiendo? Deberías haber dicho algo, habría sido mucho más sencillo. Ahora no estaría delante de un vulgar criminal.

—Todo lo que hice aquella noche fue por el bien de ambos. Sabía que no querrías continuar vagando por la calle después de enterarte de los planes de Wheeler, y él no seguiría insistiendo con las malas compañías después de que alguien se ofreciese a ir con él a invocar a los muertos. Era perfecto. Y funcionó, estaba convencido de que saldría bien.

La rabia de Theodore se había convertido en furia, y esta había pasado a ser un delirio febril.

—No tienes respeto por nada, ¿verdad? Sé que estáis detrás de la muerte de Davinia. Puede que no hayas empuñado tú el cuchillo, pero está claro que fue asesinada por esta locura en la que has decidido embarcarte. ¿Y aun así te atreves a mirar a Wheeler a la cara? Si su novia está muerta es también por tu culpa.

Notaba los brazos doloridos y el lugar donde la rama había rozado su cara le escocía. Todos sus sentidos estaban alerta, atento a lo que pudiera hacer Alphonso. El joven le aguantaba la mirada, firme y cauto, consciente de lo que su amigo insinuaba. Theodore no iba a dejarle tranquilo. Estaba dispuesto a arrastrarle al calabozo con sus propias manos, si eso le permitía desvelar lo que ocurría. No estaba

seguro de por qué se esforzaba en seguir tratando de hacerle entrar en razón. Era inútil.

—Hay más cosas que no sabes.

Alphonso bajó la voz hasta convertirla en un murmullo casi imperceptible.

De nuevo, una gran ave negra sobrevoló por encima de sus cabezas, llevando consigo una advertencia para quien pudiera escucharla.

—Entonces, cuéntamelas.

50
Iter criminis

20 de marzo de 1857

La niebla bajó hasta cubrir con una bruma densa el camposanto. Los ventanales de la George Heriot's School reflejaban la luz de las lámparas del interior, como pequeñas estrellas que se perdían en el firmamento del cementerio, demasiado alejados para que nadie pudiese verlos.

—Tienes que creerme. —Alphonso se había situado a una distancia prudente de su amigo, que le observaba como un carnívoro a su presa—. Sé que pedirte ahora mismo que confíes en mí es exigir demasiado, pero te he contado toda la verdad. No gano nada ocultándote lo que he hecho.

—Evitar que la gente sepa que eres un asesino.

—¡Me enteré de que alguien estaba asesinando a personas de la calle al mismo tiempo que todos los demás! Ni siquiera es necesario matar a alguien para conseguir cuerpos, hay muchas más opciones. Solo hace falta tener paciencia en una ciudad como esta en la que vivimos. Hay cientos de hombres y mujeres malviviendo en la pobreza. ¡Matar no es necesario! La universidad paga mucho más si los cadáveres no tienen imperfecciones visibles, por eso la mayoría de las veces voy a los cementerios.

—¿Tenéis un rango de precios establecido? ¿Toda esa información la obtuviste solo con una carta? ¿Has seguido en contacto con ellos?

Alphonso no era capaz de hacerse a la idea de lo que implicaba en realidad lo que le estaba contando a Theodore. Abrió de nuevo su abrigo y sacó de él la bolsa con las monedas. Un recorte de papel sobresalía de ella.

—Como te he dicho, este trabajo lo conseguí a través de un compañero de clase cuyo nombre no necesitas saber. La nota es mía, la dejo en un volumen específico de la biblioteca, concretando el día y la hora en que tendré un cuerpo para ellos. Muchas veces ni siquiera viene alguien en persona a llevárselo, pero el dinero siempre me acaba llegando. No ha fallado ni una sola vez.

—Tiene que ser una broma.

—No tengo muchas ganas de echarme a reír ahora mismo —replicó Alphonso.

—¿Todo esto ocurre en Teviot Place? —El muchacho respondió afirmativamente a la pregunta con un simple gesto de la cabeza—. ¿Qué volumen es?

—Te estás desviando de lo importante. ¿Quieres que te cuente lo que sé sobre los asesinatos o prefieres ir a entregarme ahora mismo?

La actitud desafiante de Alphonso le dolió tanto como un golpe en el estómago. Era él el que se estaba enfrentando a la cárcel de por vida, no Theodore. El joven de ojos azules tomó el silencio de este como una invitación para que continuase hablando.

—Me enteré al mismo tiempo que todos los demás, sí, pero yo tenía más información que ninguno, incluso que tú. Todas las veces que, como esta noche, alguien venía a recibir el paquete en persona

me preguntaba si me interesaba ganar más dinero. —Contempló el lugar donde solo unos minutos antes se había detenido el coche de caballos—. De conversaciones breves sin apenas dirigirnos la palabra pasamos a peticiones que nunca había escuchado en los últimos meses. No parecía algo de qué preocuparse, hasta que empecé a oír lo que hablabais entre vosotros. Cuerpos que llegaban y no volvían al cementerio, prostitutas asesinadas… Todo encajaba con la demanda de nuevos trabajos que recibía, aunque poco tenía que ver con la normalidad del negocio.

—¿A qué te refieres?

—Hay un nuevo comprador, alguien que no está tan interesado en conseguir cuerpos como en colocarlos.

Theodore sopesó las palabras de su amigo mientras trataba de encajar la información que tenía con la que él le daba. ¿Era el nuevo comprador el mismo que realizaba disecciones clandestinas? ¿Por qué pagaba a alguien para que efectuara lo que estaba claro que podía hacer él mismo? Si se trataba del profesor Buckman no tendría ningún problema en fingir que ya formaban parte de la universidad, ¿no? A no ser que tuviera miedo de que alguno de sus compañeros pudiera destapar lo que estaba haciendo. Ambas posibilidades podían convivir a la perfección, ninguna era una prueba clara de que su tutor no estuviera metido en los asesinatos.

—¿Qué suele suceder con los cadáveres? ¿Has visto alguno en la facultad? —Temía hacer la pregunta, aunque ya estuviera seguro de la respuesta.

—Sí. En varias ocasiones.

¿Era pena lo que Theodore veía en él o solo estaba buscando la humanidad que le quedaba a su amigo?

Todos los caminos acababan siempre en el mismo lugar: la Universidad de Edimburgo.

—¿Y los cuerpos? —Theodore tuvo en cuenta lo que sí sabía: muchos de los cuerpos habían sido hallados por las autoridades, pero estaba convencido de que otros se habían introducido de una manera u otra en el hospital y la facultad—. ¿Alguna vez aceptaste el trabajo de moverlos?

—Solo una vez. Después de aquello opté por no hacerlo nunca más. Prefiero desenterrar cadáveres a volver a vivir lo que sucedió.

—¿Cuándo?

El amago de una sonrisa apareció en su rostro por un breve momento.

—El cadáver del pasillo de la facultad fue culpa mía. —Una expresión de sorpresa sincera salió de la boca de Theodore—. Fui idiota y creí que no habría mucha gente a aquellas horas. No estaba errado del todo. En realidad, lo habría conseguido con bastante facilidad si no fuera por… —La voz se cortó en su garganta, como si estuviera a punto de ahogarse.

—¿Alphonso? —Dejándose llevar por un impulso, se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Por un solo instante casi olvidó el desagrado que le producía su amigo después de conocer la verdad.

—No sé qué le había ocurrido, pero estaba completamente destrozado. —También la explicación se le atoraba—. Le habían rajado todo el costado e incluso yo podía ver que faltaban órganos en su interior. Estaba cosido de manera burda y las puntadas se deshicieron mientras lo arrastraba. ¿Eres consciente de lo que pesa un cuerpo muerto? Pese a los meses que llevo ayudando al negocio nunca podré acostumbrarme. Solo podía arrastrarle de los brazos y

lo único que conseguí fue empeorar las cosas. No había recorrido ni la mitad del camino cuando oí voces y me quedé helado. Estaba cubierto de flujos, de sangre, fue demasiado para mí. Así que lo dejé allí. Soy un completo imbécil.

Por su mente pasó la imagen de Alphonso arrastrando un cuerpo gelatinoso, demasiado grande para él, que se le escapaba de las manos. Arthur estuvo presente cuando se descubrió el cadáver en el pasillo, no él, pero solo con escuchar a su amigo había bastado.

También había sido suficiente esa confesión para que Theodore estuviera seguro de que Alphonso no era el asesino. La repulsión que sentía hacia el cuerpo corrupto parecía sincera. De haberse tratado de él, no habría sido necesario comentar que alguien había abierto aquel cadáver. No era una gran prueba, pero sí la que necesitaba. Nada de lo que le había confesado le volvía menos culpable, pero sí le sacaba de sus sospechas. Aunque tal vez estaba engañándole como había estado haciendo los últimos meses, no podía saberlo. Decidió que, por esa vez, creería que le estaba diciendo la verdad, a pesar de que solo fuera en parte.

—¿Tienes constancia de que se dejaran más cuerpos dentro de la universidad?

—Me lo preguntas, pero sé que conoces la respuesta —se aventuró Alphonso, acertando de lleno—. Tú también los has visto. Sabes que alguien está intentando deshacerse de ellos en la facultad, si no, no me habrías acusado de lo que ocurrió con Davinia. Sabes que está relacionado con su muerte.

—¿Le has contado a Wheeler algo de esto?

—No, claro que no. No habría aguantado la necesidad de contárselo a alguien. Tú y Arthur lo habríais sabido antes de que

hubiese cobrado la primera vez, y tenéis muchas más agallas que él, habríais hablado con la policía.

—En eso estamos de acuerdo. Lo de la Mansion Home… ¿fue cosa tuya?

Alphonso mostró interés en la pregunta.

—¿Formaba parte de tu plan para evitar que Wheeler siguiera rondando las calles y pudiera averiguar lo que estabas haciendo? —continuó Theodore.

—No tuve nada que ver con eso. —Volvía a sonar sincero—. Me sorprendí como el que más cuando narró lo que sucedió allí dentro. Eso también te lo puedo prometer.

Theodore había dejado que todas sus defensas cayeran y se desplomó en el suelo con ellas. La humedad del césped le mantuvo despierto y alerta. Alphonso se atrevió a acercarse. Una parte de él no había abandonado la casa de madame Home ni tampoco su juego. Deseaba que su amigo le confesara que lo que habían experimentado aquella noche no era más que un truco barato en el que él había contribuido, pero no lo hizo.

—¿Qué te hace pensar que no lo haré ahora?

Alphonso no comprendía lo que Theodore trataba de insinuarle.

—¿Cómo puedes estar convencido de que no saldré de Greyfriars ahora para ir directo a la policía y hacer que te detengan por los delitos que has cometido? —inquirió de nuevo Theodore.

—Porque sé que tienes miedo de lo que pueda pasar. Aún hay un asesino suelto y los dos sabemos que está vinculado de alguna forma con la universidad.

—Si sabes algo más, tienes que decírmelo. —Aunque le miraba desde el suelo, ejercía un poder sobre él que no podía explicar—.

Alphonso, necesito saberlo. Todo.

—Te he contado lo que importa, el resto de los detalles son irrelevantes. No sé quién está matando y dejando cadáveres por toda la ciudad, tienes mi palabra. Sabes que podría usar su nombre para librarme de la cárcel y la humillación, así que no tengo razones para mentirte ahora mismo.

—Lo sé. ¡Lo sé!

Theodore había vuelto a elevar la voz. Con cada palabra de Alphonso se le hacía más difícil seguir allí, permanecer inmóvil. Ni siquiera estaba seguro de lo que quería ni de lo que esperaba de aquella conversación. ¿Volver a confiar en su amigo? Aunque fuese inocente, no sabía si podría mirarle a la cara en mucho tiempo. ¿Que le despejase sus dudas sobre Hughie Buckman? Estaba claro que no lo había hecho. ¿Necesitaba que le diese una razón para dejarlo? Alphonso no sabía cómo de cerca el robo de cuerpos le afectaba y no le iba a dar la satisfacción de dejar que lo supiera. Si él se guardaba parte de la información para protegerse, Theodore también lo haría.

Sentía pinchazos a lo largo de su columna. La primera vértebra cervical se llama «atlas», como el titán de la mitología griega. Atlas sostenía el mundo y el hueso sujeta el cráneo. Sin él, los humanos no podrían mantenerse en pie ni sobrevivir siquiera. Pensó en la etimología para calmarse, pero no pudo evitar sentirse identificado con la condena de la criatura clásica: él no había decidido inmiscuirse en aquello, era evidente que le quedaba grande. Así que tenía dos opciones: seguir cargando con el peso del universo o dejar que se desmoronara junto a él.

Volvió a levantarse, concentrado en su cuerpo entumecido. Maldiciendo el instante en el que decidió seguir aquella figura fuera de las paredes de Teviot Place.

—Dime cuál es el volumen de la biblioteca en el que dejas los mensajes —exigió—. No iré a la policía aún. Solo necesito respuestas y tú me las vas a dar.

—Con una condición.

Theodore pensó que el muchacho no estaba en condiciones de pedir nada, pero tampoco tenía más remedio que escucharle.

—¿Cuál?

—Que me dejes fuera de lo que estés pensando hacer.

El azabache de los ojos de Theodore pareció centellear en mitad del campo de lápidas.

—Trato hecho.

51
Chorea macchabaeorum

21 de marzo de 1857

> No existe nada más en el mundo que dolor, sufrimiento y la certeza de que la agonía está cerca. Los pecadores esperan el juicio final conscientes de que serán castigados y los hombres píos rezan para haber hecho lo suficiente para ser perdonados. La danza macabra los recibe a todos con los brazos abiertos, jóvenes, ancianos, reyes y plebeyos, y los obliga a bailar bajo el mismo son desordenado. No pueden dejar de hacerlo, pues la música nunca se detiene. Entrelazan las manos unos con otros, se sienten los unos a los otros, se aferran unos a otros para no perderse. El baile de la muerte continúa hasta que el último quede en pie. Ni el oro ni las joyas le salvan del final.

Theodore cerró el cuaderno sobre el que estaba trabajando y se cubrió la cara con las manos. Si aquella era la forma que había encontrado para olvidar los sucesos del día anterior, poco le había ayudado. Un hombre de ciencia tenía que ser diestro en las artes humanas, en eso estaba de acuerdo, pero se juró no volver a leer otro libro de historia hasta solucionar sus problemas.

No había dormido. Tras dar por terminada la conversación en Greyfriars regresó a la biblioteca y clavó su trasero en el mismo lugar donde horas antes había estado con Arthur. Ni siquiera había intentado ir a la cama, no era necesario. No quería hablar con su compañero, tampoco dejar que su subconsciente le condujera a

revivir los horrores más profundos de su mente en sueños, ya había tenido suficiente. Estaba en mitad de una disyuntiva. No obstante, no echaba en falta el descanso. La sensación que se había apoderado de su cuerpo no era de cansancio, sino de desagrado. No era capaz de recordar la última vez que no había sentido algo similar estando despierto. Todas las personas que quería o admiraba parecían atrapadas en una gran broma pesada. No quería dormir, no lo necesitaba. Tan solo quería alargar el momento de enfrentarse a los demonios que le acechaban, incluido a Alphonso.

Seguía sin creer que se tratara de un asesino, aunque eso no le hacía inocente de todos los cargos. Si sacaba algo positivo de su incursión en el cementerio, era que tenía una forma de contactar con el asesino. Sabía que Alphonso no le había mentido, si lo hubiera hecho, nada le impedía a él ir a las autoridades y ponerles sobre aviso de lo que estaba pasando delante de sus narices. Uno de los libros que tenía tras él era la clave para descubrir de una vez por todas quién estaba involucrado en aquella siniestra locura, y no tenía ni idea de cuál era. Su amigo le había pedido paciencia y tiempo para que no tomara decisiones demasiado impulsivas. De haber tenido el nombre, aquella misma madrugada habría ido directo en busca de la solución, incluso sin un plan de ataque que le garantizase su seguridad. No quería una reflexión, necesitaba actuar, pero Alphonso estaba en lo cierto: la paciencia era su máximo aliado en ese momento.

Solo quedaba esperar.

Las últimas veinticuatro horas habían sido tan largas que ni se había dado cuenta de que era sábado. Los alumnos llegaron y se fueron de Teviot Place y su biblioteca, pero Theodore no se movió de

la butaca en la que se encontraba. Las luces y los colores estaban sobresaturados, las voces, las risas y las conversaciones solo eran una parte más del mobiliario. El sudor de la noche anterior se había fundido con su piel y sus movimientos eran viscosos. Era demasiado consciente de sí mismo y muy poco de lo que estaba sucediendo ante él.

Alguien le posó una mano en el hombro para llamar su atención.

—Alphonso me ha pedido que te avise, te está esperando en el patio del claustro —dijo Wheeler señalando la dirección con un dedo —. ¿Tenéis un club secreto al que no me habéis invitado?

—Sí, algo parecido. —Se mordió la lengua tratando de evitar comentar el hecho de que acabase de usar a su compañero de luto como paloma mensajera—. Gracias por avisarme.

—No hay de qué. ¿Te guardo sitio para comer?

Se había saltado el desayuno, pero seguía sin tener hambre.

—Mejor no, se me ha cortado el apetito.

—Como quieras. —La nueva serenidad de Wheeler había llegado acompañada de un aire de desapego que entristeció a Theodore, pero este era el mejor de los escenarios para él. Sufriría menos a la larga, no tendría tantas recaídas.

—Nos vemos después.

Una vez más, reprimió el impulso de ir a buscar a Arthur antes de encontrarse con Alphonso. Le había evitado toda la mañana (y parte de la noche) porque no se atrevía a contarle el secreto con el que cargaba. No era solo suyo, también le pertenecía a Alphonso. Aunque su lealtad con él hubiera quedado destrozada, eso no significaba que quisiera humillarle. Aun así, esperaba encontrarse con su compañero de habitación y que le hiciera preguntas. Deseaba

que le obligase a darle hasta el más nimio detalle y hablar de ello largo y tendido. Aunque había tenido un golpe de suerte, no lo sentía como algo que celebrar. Se culpaba de haber estado tan ciego, tendría que haberlo evitado.

—¿Lo tienes?

—Nunca rompo mis promesas.

En el centro del patio, apoyado en el tronco de uno de los árboles, Alphonso lo esperaba a solas.

—Tampoco estabas en la tesitura de arriesgarte a hacerlo, ¿no crees?

—No sé si estás intentando amenazarme, pero no me hace gracia alguna —siseó Alphonso por las comisuras de la boca.

—¿No? En eso podemos estar de acuerdo, no me siento cómodo desconfiando de un amigo. ¿Puedes dármelo, por favor? Me gustaría acabar con esto.

Hizo amago de dárselo, pero se arrepintió cuando el otro iba a cogerlo. El hilo de rigidez que había entre ambos se tensó aún más, los dos estaban esperando a que el otro diese la primera estocada.

—Antes de decirte nada —le advirtió Alphonso, manteniendo el pedazo de papel alejado del alcance de su amigo—, espero que recuerdes nuestro trato. No puede salir a relucir mi nombre en ningún momento. Lo prometiste.

—Mantente fuera de eso, Alphonso. Puedo jurarte que no desvelaré a nadie lo que has estado haciendo los últimos meses, pero tiene que terminar. —Dejó escapar la actitud protectora propia de hermano mayor que tenía con el muchacho—. Lárgate de la universidad si lo necesitas, me da igual. No puedes seguir

malgastando tu vida de esta forma. Estás mejor lejos de Escocia que en la cárcel. Créeme.

—Tienes que prometérmelo —insistió—. Si de verdad están matando gente, dudo que se lo piensen dos veces antes de asesinar a quien los ha vendido. Puede que me merezca un castigo, pero no la muerte.

—Solo mantente alejado de todo y dame lo que acordamos. —Extendió la mano para que Alphonso le diese la nota con el título del volumen—. No te entrometas más. Te di mi palabra de que lo haría, el intercambio está hecho, no quiero saber más del tema. Haré lo que crea conveniente sin involucrarte. Pero te lo advierto: como vuelva a tener noticias de que estás recogiendo cadáveres de la calle otra vez, eres hombre muerto para mí.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—Tú tomaste tu decisión y yo he tomado la mía. No quiero tener que justificarme ante ti ni discutir sobre ello. Ahora tengo que marcharme. Gracias por el título, desaparece de mi vista.

Alphonso no estaba molesto por la actitud de Theodore, ni siquiera dolido. Actuaba como un auténtico lunático con un razonamiento que lo justificaba. Quería detenerle, aunque su amigo no quería seguir escuchándole. Fuera como fuese, lo iba a hacer.

—Sé dónde conseguir un cadáver.

—¿Disculpa? —Theodore esperaba haber oído mal.

—Quieres atraerlos, ¿no es así? No lo conseguirás tan solo con una nota ni rezando una plegaria, necesitas que crean que es verdad. Necesitas robar un cuerpo y yo sé cómo conseguirlo.

—Espero que sea una broma.

—Si quieres tenderles una trampa no basta con esperar detrás de una columna a que alguien vaya, tienes que darles lo que quieren. Deja un cuerpo en la facultad, eso llamará su atención.

Si había algún sitio en la facultad donde se recolectaban cadáveres para trabajar con ellos, aquel era el lugar perfecto para organizar una cita con el asesino. No necesitaría contratar a nadie para que se deshiciese del cuerpo, si ya se encontraba en el lugar exacto en el que se deshacía de los demás. Además, tratándose de Hughie Buckman, nadie sospecharía si le viese manipulando un cuerpo dentro de los dominios de la facultad. De hecho, sería la excusa perfecta si se trataba de cualquier otro profesor o alumno. Delinquir a la vista de todos es mucho más sencillo que hacerlo de forma clandestina: nadie sospecha de quien no se esconde.

—¿Cómo sabes dónde conseguirlo? —Tenía muchas preguntas que hacerle sobre su papel en los robos, y esa era una de las más importantes.

—Estoy atento a los diarios y suelo escuchar a la gente. Te sorprendería la cantidad de personas que hablan sobre los sepelios que ocurren a diario. Podrías ir a cualquier cementerio y encontrarías tumbas recién cerradas, pero entonces conseguirías que te cogiesen antes de conseguir el dinero. —Cuando hablaba no parecía un joven de veinte años, sino un maestro que hubiera dedicado toda su vida al arte del saqueo—. Como te dije, la clave está en rotar los lugares de robo y dejar un tiempo prudencial entre tus actuaciones. Tampoco es aconsejable ir a por los cuerpos de los que pueden pagar buenos entierros, esos se preocupan más de que se conserve aquello por lo que han pagado.

—¿Y vas a decirme dónde se llevará a cabo un entierro hoy?

—No, voy a ayudarte.

—¿Por qué? —se sorprendió Theodore.

—Para demostrarte que puedes fiarte de mí. —Había terror en la manera en que Alphonso se movía—. Y porque necesitas un lugar donde dejarlo.

La realidad era que quería creerle cuando Alphonso le hablaba. No era más que un crío asustado que no estaba preparado para ser un hombre en un mundo que le habían prometido que sería para él. En tan solo unos días había pasado de confiar ciegamente en él a jurar que se trataba de un asesino, pero allí estaba. Ante él, suplicando su perdón y reincidiendo en el delito que ya había cometido una y otra vez.

—Todavía no he dicho que sí.

—Pero lo harás. No te queda más remedio.

Si seguía el camino que le había ofrecido Alphonso, no tenía ninguna forma de llevarlo a cabo sin la ayuda de alguien más. No llamaría a Arthur, no quería meterle en más problemas. Wheeler estaba descartado, por supuesto, no podía obligarle a revivir el asesinato de su novia por un capricho personal. Tampoco era una opción contactar con nadie más y tener aún más ojos sobre el caso, con el riesgo que correría de que hablase con la policía antes de asegurarse de que no tenía nada que perder. Podía usar los mismos servicios que los ladrones de cuerpos, tenía dinero para ello, pero implicaría mancharse más las manos. Una cosa era robar un cadáver, una broma pesada que un buen alumno gastaba a la universidad, y otra muy distinta hacer negocio con ello. No, la única opción que tenía era confiar en Alphonso.

Algo que, sin duda, él ya había adivinado.

—¿Y ya está? ¿No quieres nada más?

—¿Pagarías mis tasas si te lo pidiese?

—¿Por qué no lo has dicho desde el principio?

«Si hubiésemos mantenido esta conversación hace meses —pensó de nuevo Theodore—, nos habríamos ahorrado todo lo sucedido hasta hoy».

—¿Lo harías o no?

—Hecho. —El olor de las verduras asadas ya inundaba el patio del claustro. Los estudiantes pasaban con rapidez ante ellos, esperando coger un buen sitio en la mesa—. Ahora dime cómo vas a ayudarme.

—Memoriza el título del libro y luego quema la carta. Te espero esta noche en la puerta de Teviot Place para ir al cementerio. —Las órdenes eran claras, no había lugar para rectificar o negociar las condiciones—. Aguarda hasta que tengamos el cuerpo para mandar el mensaje y cítalos cuando te venga en gana, pero que sea pronto. Si se echa a perder el cadáver todo habrá sido en balde. Asegúrate de qué es lo que quieres hacer.

Si había aceptado demasiado rápido, ya no importaba.

—No llegues tarde.

Theodore sabía que no irían a Greyfriars de nuevo, aunque esperaba que el cementerio estuviera cerca.

Old Calton se encontraba a menos de veinte minutos de la residencia andando, un paseo que era más breve de noche, cuando nadie frecuentaba las calles. Desde la nevada, el comportamiento de los ciudadanos de Edimburgo se podía calificar de imprevisible: se habían agolpado en las avenidas y absorbido hasta el último rincón de libertad solo para mantenerse a resguardo en sus casas días después. Si alguien asesina a un borracho o a un mendigo, todos lo

ven como parte de la vida. Sin embargo, si es alguien de buena familia quien acaba muerto, creen que pueden ser los siguientes. Aunque el toque de queda solo era obligatorio para los residentes en Teviot Place, la ciudad se había impuesto a sí misma casi las mismas normas. No salir después de la puesta de sol y evitar ir a lugares solitarios. La vida de los habitantes de Edimburgo había sido arrancada de sus manos por los asesinos, tan culpables de aquello como de las propias muertes.

Aunque nadie prestaba atención a los cementerios por la noche, Old Calton tenía una torre de vigilancia que daba la bienvenida al visitante del recinto: una fortaleza de piedra que simulaba una construcción medieval defensiva. Bajo su mirada, Theodore se sintió intimidado, como si supiera con exactitud a qué habían ido allí aquella noche. Aunque estaba vacía y nadie salió a su encuentro, él no pudo quitarse la sensación de que los estaba observando, a la espera de que dieran un paso en falso.

Arrastrar un cadáver entre dos personas era más sencillo que hacerlo uno solo. Alphonso le había explicado lo fácil que era encontrar burdeles o casas de huéspedes que alquilaban habitaciones por horas por un precio ínfimo y no hacían preguntas. Eran baratos, los había por toda la ciudad, y ocultar un muerto no era lo peor que sucedía entre aquellas paredes. Incluso en bancarrota, Alphonso podía gastarse parte de lo que ganaba en lugares así, que hacían su trabajo más simple. Theodore decidió dejar de escucharle, no quería saber nada más de aquello.

A pesar de ser también un cementerio antiguo, el recorrido en el interior de Old Calton era muy diferente del de Greyfriars. Las lápidas estaban más juntas, casi apelotonadas, y había menos

espacio para caminar. Podían verse sin problemas los distintos niveles de construcción, incluso casi sin luz. Tumbas antiguas, sepulcros nuevos, una gran ciudad de la muerte que se extendía ante ellos en la penumbra. Y, por supuesto, también estaban las inscripciones. Miraran donde mirasen, los grandes ojos huecos de la muerte parecían seguirlos. Cráneos representados, cráneos con tibias, con o sin mandíbulas. Estaban por todas partes, no había escapatoria.

—Las calaveras comenzaron a ser más frecuentes tras los ataques de los primeros ladrones, ¿lo sabías? —contó Alphonso a su compañero.

No susurraba ni cuidaba su tono de voz, sabía que nadie los oía, lo había hecho más veces.

—Sí, eso me han dicho.

—Es mucho más que iconografía, es una advertencia. «Molestad a los muertos y encontraréis vosotros también la muerte». Es poético.

—Es la realidad.

Había frustración en su respuesta, orientada a Alphonso, a la universidad, a todo lo que tenía una mínima relación con aquella pesadilla.

—No eres mejor que ellos —le acusó su compañero—. Estás aquí ignorando las advertencias por un motivo personal. Somos todos igual de malditos.

—¿Queda mucho para llegar? —le interrumpió.

—No. Las nuevas sepulturas están a tan solo unos metros de aquí, detrás del osario de la esquina. No tiene pérdida.

—De acuerdo. Espérame aquí.

Alphonso no podía creer sus palabras.

—¿Cómo?

—Quiero hacerlo yo solo —le explicó—. Regresaré con el cuerpo cuando acabe.

—¿Has perdido el juicio?

—Por todos los santos, Alphonso, déjame en paz. Sé lo que tengo que hacer.

Su amigo susurró algo en la línea de «Tú verás» y le indicó hacia dónde debía ir, sin tratar de detenerle ni convencerle de que había tenido una mala idea, y Theodore desapareció sin darle las gracias, no quería perder tiempo.

Desde su perspectiva, la mancha de tierra oscura se distinguía a la perfección del resto del terreno. Una fosa húmeda donde tan solo unas horas antes habían introducido el cuerpo de Jane Doe, el nombre que había comenzado a usar para dirigirse a ella. El mismo lugar del que Theodore tendría que sacarlo para llevárselo.

Todas las dudas que no había tenido en los últimos días le asaltaron sin piedad al encontrarse ante la sepultura, un espacio vacío en el que todavía no habían puesto ni la lápida. Pensar en robar un cadáver y profanar el camposanto eran dos cosas muy diferentes. Cuanto más tiempo pasaba en el cementerio menos comprendía cómo Alphonso pudo hacerlo con tanta facilidad. No solo lo había realizado una vez, había sido capaz de permanecer con la cabeza alta incluso cuando Theodore le estaba interrogando sobre ello. ¿Se arrepentía? Quizá, pero lo volvería a hacer de nuevo para salvarse.

No jures que nunca matarás si todavía no has tenido ante ti la ocasión de acabar con la vida de alguien. Su sentido de la moral había sufrido desperfectos en los últimos tiempos, pero aun así no

se creía capaz de hacer nada peor que aquello. Sin embargo, no sabía si lo había. Estudiaba la muerte porque entendía la importancia de lo que había tras ella. Usar un cadáver que ni había tenido tiempo de descomponerse en beneficio de sus propios fines egoístas no podía justificarse, ¿verdad? Era un buen médico, nadie le podría decir lo contrario. No había terminado su formación y ya era más habilidoso que muchos de sus maestros. Llegaría muy lejos, salvaría vidas y obtendría reconocimiento. Todos los sacrificios que estaba haciendo eran para lograrlo. Si atraía a Hughie Buckman a su trampa tendría la prueba que necesitaba para impedir que continuara. De lo contrario, solo negaría la realidad y no tendría más remedio que entregarle. No tenía opción. Ese cadáver era la respuesta a sus plegarias y la llave que requería para acceder al futuro que se merecía, por el que había trabajado desde que tenía memoria.

Así que, sin dudarlo, comenzó a cavar.

Se sentía extraño con la pala en las manos: el peso, la textura metálica, los bordes cortantes, todo era nuevo para él. Nunca había trabajado en el campo ni había participado en reformas. Descubría posturas nuevas a medida que se movía. No sabía si lo estaba haciendo mal o bien, no importaba. Debía sacar el cuerpo, le daba igual lesionarse por el esfuerzo. Una muñeca dislocada y las extremidades doloridas eran un precio justo que pagar por el pecado que estaba cometiendo. Se regocijaba en el dolor físico para acallar el malestar mental, en el sudor que recorría su espalda tras la camisa abotonada. Trató de recordar una plegaria o una oración de perdón, pero no pudo. Uno. Dos. Uno. Dos. Eso era todo. Theodore estaba tan absorto en sus movimientos que no fue consciente de que estaba llorando hasta que sintió el cuello de la camisa húmedo.

Las lágrimas caían por su rostro y podía saborear el regusto seco de la tierra en su boca. Cada palada que daba le costaba más que la anterior. No podía parar, no debía hacerlo. En cualquier momento alguien se acercaría y vería lo que estaba ejecutando. Vería sus manos cubiertas de polvo y callos, su pantalón destrozado y su camisa mugrienta. Nunca se había preguntado a cuánta profundidad debía enterrarse un cuerpo. Eso no era un problema cuando se trataba de fosas comunes, se les echaba cal viva para acabar con la enfermedad que pudieran tener aquellos pobres diablos. Pero un cuerpo normal era muy diferente. Debía tener la profundidad suficiente para que las alimañas no pudieran alimentarse de su carne. Debía ser profundo para cubrir la mortaja y el ataúd si el difunto o su familia podían permitírselo. Aunque lo más importante era enterrarlo tan hondo que nadie pudiera desenterrarlo y aprovecharse del cuerpo muerto. Todo estaba pensado para evitar que alguien como él llegase y profanara la tumba. Se acordó de nuevo del sepulturero que lo cubrió de tierra tomándose tiempo para cumplir su trabajo y salvar su alma. Se había esforzado en vano, ya nunca podría descansar en paz.

Se limpió las lágrimas con la manga cubierta de barro y se detuvo para respirar. Había tocado algo blando con la punta de la pala. Estaba enterrado en tierra fresca, solo a unas decenas de centímetros de la superficie. Comprendió lo evidente: el robo de cuerpos solo funcionaba si se hacía de manera inmediata tras el funeral, cuando la hierba aún no había crecido y la tierra estaba aún removida. Todo era una maquinaria perfecta que se había ido afinando desde que los primeros ladrones comenzaron a robar

cadáveres. Funcionaba porque otros ya lo habían hecho antes y habían mostrado a los que los siguieron cómo debía hacerse.

Era demasiado tarde para echarse atrás. Si nadie acudía a la cita que había programado, se darían cuenta de que algo pasaba y no le permitirían volver a intentarlo. Solo tenía una oportunidad, tan solo una para hacerlo bien. Era pronto para que amaneciera, pero al imaginarse la salida del sol sintió un terror primitivo. La muerte es uno de los primeros miedos de la humanidad y allí, anhelando que la noche cubriera sus huellas, comprendió mejor que nunca el porqué.

Se permitió solo unos segundos para recuperar el aliento y siguió excavando, deseando que el día no le alcanzase profanando la tumba.

52
Nox

22 de marzo de 1857, de madrugada

Había perdido la cuenta de las noches que había ignorado el toque de queda. ¿Qué hacía fuera a aquellas horas? Arthur no estaba seguro. La única respuesta que se le ocurría era que estaba huyendo. Era la segunda noche que rechazaba la cita de Lyle Crowle para reunirse con él y se dedicaba a vagar por la ciudad sin un rumbo fijo.

Aunque le había dicho a su profesor que necesitaba unos días para él, ambos sabían que mentía. No estaba seguro de poder mantener la farsa durante mucho más tiempo antes de que el doctor le pidiese que se comportase como un hombre que ya había tomado una decisión, pero por el momento le había dejado en paz. No habían compartido más que unas palabras desde que habían mantenido aquella conversación. Tampoco había sido capaz de dar con Victoria, parecía que la tierra se la había tragado. Quería buscarla y hablar con ella, aunque se arriesgaba a toparse cara a cara con el profesor. No tendría que enfrentarse solo a uno de ellos, sino a los dos.

No sabía cuál de las dos conversaciones le producía más malestar. El miedo a equivocarse le quitaba el aliento.

Tampoco estaba seguro de qué iba a decir. Sus paseos nocturnos no habían proporcionado claridad alguna a sus dudas. De hecho, lo único de lo que tenía certeza era de la farsa que en realidad era la prohibición de salir. Cada una de las noches que lo había intentado lo había conseguido sin ningún problema ni nadie que se lo impidiese. No solo eso, sino que la puerta estaba abierta, a merced de cualquiera que quisiera abandonar el edificio. Era ridículo, una medida para protegerlos que no servía ni para mantenerlos en casa.

Todos esos pensamientos le asaltaron sin tregua mientras regresaba a su habitación. Al detenerse para sacar la llave, un sonido desconocido procedente del interior le detuvo. Era un eco agudo, como un quejido gutural. Había alguien en la habitación, eso estaba claro. Insertó la llave en la cerradura a toda prisa y abrió la puerta.

Alguien lloraba sobre la cama. No era un llanto triste, sino desesperado, descontrolado.

—¿Theodore?

—Soy un monstruo, Arthur. —La habitación palidecía a la luz tenue de la vela, que no ocultaba la suciedad de su cuerpo—. No sé cómo me he permitido llegar tan lejos, no soy más que un vulgar fraude. No merezco ni que me mires a la cara.

—¿De qué me estás hablando? —Siguió el rastro del barro hasta la puerta, donde había tirado su abrigo, inservible. En toda la habitación se respiraba un aroma rancio de sudor y tierra seca—. ¿En qué demonios te has metido? ¿Qué has hecho, Theodore? —Recorrió el poco espacio que había en el cuarto hasta su cama y el hedor del ron lo asfixió—. ¿Estás borracho?

—No he bebido lo suficiente. Aún sigo consciente.

—No lo estarás por mucho tiempo. —Se fijó en la botella semivacía que había junto a la cama y rezó para que ya hubiera estado abierta antes de que él la pillara—. ¿Me puedes explicar qué te pasa? ¿Dónde has estado?

—En el cementerio. —Apenas sostenía la cabeza recta y se clavaba las uñas en la palma de la mano—. He sacado un cadáver de su puta tumba.

Le costaba mantener los ojos abiertos y parpadeaba para permanecer despierto. Arthur le agarró por la pechera de la camisa y le zarandeó para que volviese en sí.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Estás buscando que te expulsen? —Theodore se incorporó y su amigo dejó de sujetarlo—. ¿Ha sido idea tuya?

—Más o menos.

Incluso en su delirio Theodore podía ver claro el rostro de Alphonso mientras arrastraba el cuerpo y lo ocultaba. Los estaba protegiendo, no podía evitarlo. A él y a Arthur.

—¿De quién era el cuerpo?

—No lo sé. —Era una verdad a medias, aunque había preferido no preguntar el nombre de la mujer—. ¿Importa?

—¡Claro que importa! ¿Qué vas a hacer con él? ¿Vas a venderlo?

—Por todos los santos, claro que no. ¿Por quién me has tomado?

—¡Por un borracho que acaba de confesar que es un criminal! —Arthur apartó la botella de la vista de Theodore y la puso sobre su mesilla—. ¿En qué estabas pensando, Thorebourne?

Las manos de Arthur temblaban tanto como las de su amigo. Inspiró y espiró hasta que consiguió calmarse, después de oír la noticia que le acababa de dar. Uno de los dos debía tranquilizarse.

—Tienes que tirar estas sábanas a la basura ahora mismo. —Arthur tomó la colcha y, aún con él encima, tiró de ella para quitarla —. Vamos, quiero que te levantes. Voy a cambiar las mantas y tú irás a la ducha.

Theodore, inmóvil en el suelo, se limitó a observar a su compañero mientras le hacía la cama de nuevo. Sacó sus propias sábanas de invierno del estante más alto del armario y lanzó junto al abrigo de su compañero las mantas manchadas de barro y hierba. Estaba aterrado y no comprendía la confesión de Theodore, quien se mostraba como un niño asustado por haber cometido un delito que no era capaz de entender.

—Arriba. —Tiró de él para levantarlo—. El agua te ayudará a despejarte.

Caminaron aferrados el uno al otro a lo largo del pasillo, tratando de no hacer ruido. Al llegar al baño, Arthur atrancó la puerta para evitar que nadie más entrara y dejó a su amigo, que apenas podía mantenerse en pie, apoyado en la pila. Arthur permitió que el agua fría corriera y le obligó a meterse debajo, sin siquiera quitarse la ropa. Quería que las pruebas se fueran por las cañerías, que el agua limpiase todos sus pecados como una pila bautismal.

El agua helada ardió en la piel de Theodore, aun con la camisa puesta. Sentía cada una de las paladas que había dado, la tensión de los músculos al hacerlo. El universo no había dejado de dar vueltas, pero él se sentía seguro en el suelo. A su lado, fuera del agua, Arthur se sentó con las piernas cruzadas y le observaba. No era capaz de distinguir qué se le pasaba por la cabeza. Tal vez temía que se ahogara, o quizá lo estaba esperando. No lo sabía. Solo

pensaba en la sensación gélida de las gotas sobre su cara y el familiar olor de las cañerías de la residencia.

—Si no has robado el cuerpo para venderlo, ¿por qué lo has hecho? —Estaban a la misma altura, ambos en el suelo del baño, con los pantalones húmedos y la mirada enfrentada.

El ron no le había quitado a Theodore el control de sus palabras. A la mañana siguiente recordaría todas y cada una de las cosas que había dicho.

—Sé cómo averiguar quién ha asesinado a gente para manipular sus cuerpos.

—¿Qué? —La sensación agitada que bailaba en su pecho se hizo aún más evidente en ese momento—. ¿Cómo has…?

—Me interpuse en la compra de un cadáver y no tuvieron más remedio que contarme lo que sabían. —No mencionó el nombre de Alphonso, se aseguró de no hacerlo—. Hay más personas involucradas en el robo de cuerpos de lo que creía, pero no todas asesinan para conseguirlos. Aún no sé de quién se trata, aunque no tardaré en averiguarlo. Sé cómo hacerlo, Arthur.

Le habló del libro y las notas y le explicó con todo detalle cómo se comunicaban con los vendedores.

—Estábamos en lo correcto. Desde el principio —concluyó Theodore—. Los cadáveres, las autopsias, todo. Alguien se está aprovechando del tráfico ilegal en beneficio propio y está haciendo que todas las pruebas apunten a la universidad. Si saliera a la luz pública lo que está sucediendo, la facultad caería e imagino que el Royal Infirmary iría detrás. No le hace falta borrar del todo las huellas, solo encajarlas con lo que está pasando en la facultad.

Arthur se tomó un tiempo antes de decir nada, tras el despliegue de información.

—¿Pretendes enfrentarte al asesino tú solo? —preguntó al fin—. Estamos hablando de alguien que ha matado a una docena de personas en los últimos meses. Contando tan solo las que hemos visto nosotros.

—No es tan simple.

—¿Por eso has exhumado el cuerpo? ¿Para atraer al asesino y ver si quiere hacerle una cirugía delante de ti?

—Solo necesito respuestas.

—¿Y si te equivocas? Has dicho que hay más gente involucrada.

—Creo que ya es tarde para hacer otra cosa. —El agua había perdido la frialdad inicial y se sentía tibia sobre su cabeza—. Acabo de robar un cadáver.

Aunque la mayor parte de la mugre había desaparecido por el desagüe, Theodore no se sentía menos sucio.

—¿Lo has traído a Teviot Place?

—Mejor que dejes de preguntar sobre el cuerpo. Cuanto menos sepas, mejor —le advirtió—. No, no está aquí. He perdido los estribos, pero no soy tan imbécil para esconderlo en la residencia. Está a buen recaudo.

—¿Y si te pillan?

—Les contaré todo lo que sé.

—Pero no quieres hacerlo.

—En absoluto.

Arthur se puso en pie y cerró el agua de la ducha. Theodore sintió que la temperatura de su cuerpo bajaba de golpe y comenzó a tiritar

casi de inmediato. Si lo pensaba bien, no estaba seguro de si era por el frío o por el alcohol.

—Sospechas de alguien. —Arthur sabía que sí, lo veía tan claro como si se lo hubiese confesado el propio Theodore—. Dime de quién.

—No voy a decírtelo. No insistas, por favor.

—Creía que éramos amigos.

—Esto va más allá de la amistad, Arthur. No debí contarte nada de lo que vi, estarías mejor fuera de esto. Mira lo que le sucedió a Davinia.

—Y tú quieres ir directo a enfrentarte con la persona que la asesinó a sangre fría. —Le ofreció la mano para que se incorporase —. ¿Esto lo has pensado antes de emborracharte?

—Tomar esta decisión es lo que me ha empujado a beber.

Que la ligera brisa que corría por los pasillos de la residencia diera de lleno en el cuerpo empapado de su amigo no era castigo suficiente para Arthur, aunque le producía placer momentáneo. Theodore dejó un reguero de agua entre la ducha y su cuarto, un camino que delataba el lugar exacto por el que había pasado.

Sin mediar palabra, Arthur ayudó a su amigo a desnudarse hasta que se quedó en ropa interior, entonces le dio una toalla para secarse. Sin su ayuda, seguiría cubierto de tierra y humillación y continuaría lamentándose de sí mismo en la oscuridad.

La vela ya se había apagado, Arthur encendió otra y se sentó en su propia cama, no sin antes darle un largo sorbo a la botella medio vacía de ron.

—No creo que seas un monstruo, Theodore. Solo estás asustado.

—La palabra que utilizaría yo es «aterrado». Necesito que todo esto se acabe.

—¿Por qué? ¿Por qué te afecta tanto lo que está sucediendo? —insistió Arthur—. Mira adónde te ha llevado. Eres médico, por el amor de Dios, no un sepulturero. Si la universidad está averiguando qué es lo que hay detrás de los robos, la verdad caerá por su propio peso. No puede sostenerse una mentira cuando hay tanta gente involucrada.

—Alguien acabará pagando por los errores de otra persona.

—Te aseguro que no serás tú.

—Eso no lo sabes. —Se envolvió aún más entre los pliegues de la toalla.

—Si sigues robando cadáveres y usándolos de cebo para cazar asesinos, estoy bastante seguro de que sí acabarás pagando tú, pero por tus errores.

Contarle sus sospechas a Arthur no serviría de nada, no le haría cambiar de opinión. Parecía tan empeñado en impedir que Theodore continuase en su afán que sería capaz de dar el nombre de Hughie Buckman él mismo a las autoridades para frenarle. Confiaba en él y por eso sabía que no debía seguir hablando. Haría cualquier cosa por protegerle.

—Si estuvieras en mi lugar, actuarías igual —le aseguró.

—Me gustaría decirte que sí, pero vuelves a ocultarme cosas.

Theodore se tumbó sobre la cama recién hecha, y Arthur lo imitó en el otro extremo de la habitación. Los restos de lo que había hecho en las últimas horas permanecían en la puerta, desde donde juzgaban cada uno de sus movimientos.

—¿Alguna vez te has arrepentido? —le preguntó Theodore.

Arthur se giró hacia él, intrigado por la pregunta.

—De haber malgastado tanto tiempo con esos huesos —añadió—. Invertiste muchísimo tiempo en ellos y no conseguiste sacar nada. ¿Te arrepientes de haber dicho que sí?

Arthur tenía grabadas las palabras de Lyle Crowle en cada parte de su cuerpo. Todo, desde su montaje hasta su petición, le acompañaba allí donde iba. Le reprochaba a Theodore tener secretos mientras él ocultaba lo que sabía por vergüenza. No quería perder el respeto de su amigo, prefería perder su confianza.

Aun así, la pregunta le había tomado por sorpresa. ¿Se arrepentiría del tiempo perdido si el hallazgo resultaba ser falso? Tenía clara la respuesta, incluso pensándolo desde el miedo.

—No, no me arrepiento —dijo, y era verdad. Creía que había hecho lo correcto desde el principio—. No todas las investigaciones dan frutos a la primera y no por eso son una pérdida de tiempo. He tenido suerte de que el profesor haya confiado en mí.

—¿Volverías a hacerlo, aun sabiendo que puede volver a salir mal?

—Sin dudarlo. He sabido toda mi vida que tenía que estudiar Medicina, y algo similar me pasó con esto. No sabría explicártelo, pero supongo que estaba en el lugar adecuado en el momento justo para hacer lo que debía. Si he nacido para algo, es sin duda esto: la investigación, la anatomía, todo. Volvería a repetirlo sin pensarlo dos veces —sentenció.

La respiración pausada de Theodore se convirtió en un suave ronquido. Se había quedado dormido antes de que Arthur terminara la frase, pero no le importó. Se alegró de que su amigo se hubiera tranquilizado lo suficiente para descansar.

Arthur volvió a dar un trago largo a la botella y esperó a que saliera el sol, demasiado aturdido para conciliar el sueño.

53
Factum abiit, minimenta manent

22 de marzo de 1857, 18.25 h

Sacar un cadáver de su tumba y arrastrarlo por el suelo son dos cosas muy distintas, pero ninguna es más fácil que la otra.

Theodore estaba acostumbrado a tratar con la muerte, a levantar cuerpos y observarlos desde todas las perspectivas, de dentro hacia afuera. Cadáveres embalsamados, en descomposición, individuos enfermos, todos habían pasado por sus manos durante años sin que eso supusiera ningún problema para él. No obstante, nunca pensó que lo que más le costaría, pese a toda su experiencia forense, sería arrastrar un cuerpo sin vida.

Se consideraba un hombre fuerte, ágil, hasta que el peso de la muerte le demostró lo contrario. Alphonso había podido arrastrar el cuerpo de un hombre hasta la universidad sin ayuda de nadie, aunque lo perdiera en el pasillo. Sin embargo, él había necesitado su ayuda para depositar el cuerpo de la desconocida en el sótano de la Facultad de Medicina y Veterinaria. Lo achacó a la resaca (ni siquiera recordaba cómo había conseguido la botella de ron que sin duda había tratado de beberse entera la noche anterior), aunque sabía que ni estando sobrio habría sido más fácil. Levantar un cuerpo inerte no es lo mismo que hacerlo si sigue con vida. Cuando no la

hay, todo está en tensión, como material lítico fosilizado. El peso de las extremidades caía y nada importaba que tratase de pensar que estaba sosteniendo otra cosa: cada parte que tocaba ponía en evidencia la muerte.

Y luego estaba el olor.

La mayoría de los cuerpos de la sala de autopsias estaban embalsamados, preparados para no que se echaran a perder antes de que los anatomistas pudieran terminar su trabajo. Incluso los que procedían de urgencias eran tratados con la intención de conservarlos el tiempo suficiente. Aquel cadáver, sin embargo, venía directo del cementerio. Theodore se sorprendió de lo útil que podía ser la tierra: la arena seca que cubría el sudario de la fallecida actuaba como un conservante y un ambientador natural, pero nada podía eliminar por completo el olor de la muerte. Estaba ahí, era innegable. Un hedor que lo impregnaba todo. Esa era la primera razón por la que había bebido alcohol, para lavar el sabor que sentía en la boca solo por haberlo inspirado. Se preguntó cómo era posible que sus compañeros de trabajo dudasen antes de firmar certificados de defunción, no había nada que resultase más evidente que la muerte.

Incluso los fines de semana, la facultad estaba abierta para quien necesitase usar sus instalaciones. El plan era sencillo: Alphonso hablaría con el celador para distraerle y Theodore se encargaría de depositar el cuerpo cerca del laboratorio, donde esperaría a que Hughie Buckman se acercase para llevárselo. Luego, Alphonso se largaría y le dejaría solo para enfrentarse a él.

—¿Serviría de algo si te vuelvo a decir que es una mala idea? —El muchacho de ojos azules sostenía el cadáver de la mujer por los

pies.

—De nada, igual que las últimas quince veces.

—Deja el cuerpo, quédate el dinero y márchate. No intentes hacerte el héroe.

—Esto no tiene nada que ver con hacerse el héroe. —El peso muerto del cadáver le había quitado sensibilidad en los brazos. Habían alquilado un coche para ir desde el burdel cerca del cementerio hasta la facultad, un trayecto corto durante el cual el conductor no había hecho preguntas—. No estoy buscando justicia para las víctimas.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—No me hagas hablar de eso.

El último rastro de luz comenzó a perderse en el cielo y las sombras se apoderaron de la tarde. Si alguien los hubiera visto, no habría pensado que se tratase de un cuerpo humano. No tenía forma, envuelto en una vieja alfombra que habían robado de Teviot Place. Alphonso había apuntado que, aunque alguien los descubriera, Theodore podría justificarlo con facilidad. A fin de cuentas, trabajaba con cadáveres y estaba a punto de titularse. Una vez más, le impresionaba la sencillez con la que el mundo aceptaba la palabra de un médico. No era casualidad que el robo de cuerpos hubiese continuado incluso después de la regulación, la ciudad entera aceptaba que pudiera suceder. Eso era lo que los había llevado hasta allí. Había robado un cuerpo y nadie le haría preguntas sobre ello.

—¿Qué hora es?

—Todavía son las seis y veinticinco —confirmó Alphonso—. ¿Qué hora habías puesto en la nota?

—Menos veinte.

—Entonces date prisa.

Había elegido esa hora porque los estudiantes rezagados no tenían más remedio que regresar a sus casas antes del toque de queda. Cualquier persona que los reconociese se iría del edificio mucho antes de preguntarse si existía algo sospechoso en sus movimientos. No quería dar lugar a que nadie interrumpiera su plan, aunque no lo tuviese. Sabía que hablaría con Hughie Buckman y le pediría que detuviese la ola de terror que invadía la ciudad. Pero ¿luego qué? No estaba seguro. Creía que le conocía lo suficiente para hacerle entrar en razón: no buscaba llevarle a un juicio social, quería evitarlo en la medida de lo posible. Si su profesor no caía, él no lo haría tampoco. Nadie podría relacionarlo con los crímenes si no existían pistas que apuntaran hacia él o hacia la universidad. No, no tenía un plan, pero no se iría de allí sin conseguir lo que se había propuesto. El profesor le escucharía, no tendría más remedio que hacerlo.

Alphonso dejó el paquete sobre el césped del campus, cubierto de hojas secas, y se arremangó, tenía las mangas manchadas de tierra que escapaba incluso de la alfombra que protegía el cadáver.

—¿Estás preparado? —se aseguró de que su amigo lo oía, aunque parecía estar muy lejos de allí.

—Sí. ¿Vas a entrar?

—Enseguida. —Alphonso se detuvo antes de abrir la puerta de la Facultad de Medicina y Veterinaria—. ¿Seguro que no prefieres que me quede a esperar contigo? Sé que te dije que me mantuvieses alejado de esto, pero me parece que…

—Tengo que hacerlo solo, Alphonso. Agradezco tu ayuda, pero no necesito que hagas nada más por mí. Sin ti no habría llegado hasta aquí, te lo debo. A partir de ahora tengo que continuar por mi cuenta. No espero que lo entiendas, pero hazlo. Aún me duele todo lo que has hecho.

—No lo habría hecho si no tuviera razones. Al igual que tú, cuando tuve la necesidad, aproveché la oportunidad. Tampoco creo que seas capaz de comprender la situación por la que he pasado, eres afortunado y nunca te faltará el dinero.

—Aunque tuviera problemas para pagarme la universidad nunca recurriría al robo de cadáveres.

—Y, sin embargo, aquí estás. —Carraspeó para quitarle importancia a sus palabras—. No te juzgo por lo que haces, solo me preocupo por ti. Me gustaría que tú pudieras hacer lo mismo por mí.

—Me preocupo por ti, Alphonso —le aseguró—. No obstante, eso no significa que esté de acuerdo con todo lo que has hecho.

No era mucho, pero sus palabras fueron suficientes para Alphonso. Sabía que tenía que darse prisa en entrar o todo el plan de Theodore sería inútil. Ambos tenían que desaparecer de la vista para que el asesino saliera a buscar el cuerpo.

—Ten cuidado —le pidió por última vez antes de marcharse—. Nos veremos cuando acabes.

—Sí —accedió Theodore, aunque todo su cuerpo se tensó con la simple idea de pasar más tiempo con él. Se le acabaría pasando, pero no era el momento—. Nos vemos en Teviot Place.

Compartieron una última mirada de despedida y Alphonso desapareció tras la puerta.

Theodore aguardó el tiempo acordado: dos minutos. Era suficiente para que Alphonso hablara con el celador y le invitara a moverse de su puesto de guardia en la entrada de la facultad. Solo ciento veinte segundos de margen y comenzaría su parte del trabajo, arrastrar el cuerpo hasta el laboratorio. Contó despacio los segundos, tomando en cuenta que Alphonso podría haberse rezagado por cualquier motivo. Todos los instantes que le regalaba a su amigo eran tiempo perdido por su parte, pero confiaba en su habilidad para hacer el resto. Cuando su reloj mental completó los dos minutos cogió el cuerpo por los hombros y echó a correr hacia el interior de la facultad.

O al menos lo intentó. El peso del cadáver se hizo evidente al arrastrarlo, pero no podía detenerse para agarrarlo mejor. Tenía poco tiempo para moverse y mucha presión sobre su cabeza. Recorrió el espacio entre la puerta y las escaleras que daban al sótano en pocos minutos. Delante de la escalinata de la entrada, no pudo evitar imaginarse a Alphonso en aquel mismo lugar, acarreando un cuerpo y abandonándolo a su suerte, demasiado aterrado para continuar. Él no temía los cuerpos muertos, pero comprendió con claridad por qué su amigo había entrado en pánico. Toda la situación invitaba a ello y a perderse en su propio desasosiego.

Las piernas del cadáver golpeaban las escaleras con un golpe seco al pasar, un sonido tan característico como su olor, que le costaría mucho tiempo olvidar.

Sabía que había dejado la puerta abierta del cuarto donde habían encontrado el cuerpo que él mismo había inspeccionado. Lewis Morrow le había asegurado que sabía que algo estaba pasando al encontrarse la puerta cerrada con llave, ya que no era normal que lo

estuviera. No había nada importante dentro, por eso no se utilizaba. Si el asesino había dejado allí aquel cadáver, quizá querría llevar el siguiente al mismo lugar, por lo que le estaba ahorrando el trabajo al citarse con él en la propia facultad. Quizá resultase sospechoso, pero había tenido cuidado con sus movimientos. Incluso había cambiado de forma ligera su escritura por si Hughie Buckman reconocía su letra.

Bajó la manilla con una mano, mientras sostenía el peso de la desconocida Jane Doe con su pecho. No notó resistencia al manipularla y una sensación de alivio lo embargó. Al abrir la puerta, el fuerte olor a alcohol le golpeó el rostro. Habían vuelto a limpiar la habitación tras llevarse el cuerpo y eliminado todo rastro de la cirugía clandestina que se había llevado a cabo en ella. Ya solo quedaba el fantasma de lo que había pasado en la mente de Theodore, que podía reconstruir la escena en su cabeza sin problemas. Colocó el cuerpo en el suelo para poder quitarle la alfombra.

Era la primera vez que agradecía toparse con un sudario y no con el rostro de la persona fallecida. No sabía si había muerto por causas naturales o la habían asesinado, no importaba, pero su alma no sería la misma después del robo de su cuerpo terrenal, arrancado del camposanto por un niñato sin escrúpulos. Le tranquilizaba no verle la cara al espíritu que le atormentaría hasta el final de sus días, por haberle arrebatado el descanso eterno.

Oyó su acelerada respiración al salir de la habitación y cerrar la puerta tras él. Se escondería en otra aula y esperaría a escuchar los pasos del profesor. Entonces saldría. Era sencillo. Solo tendría que ocultarse unos minutos, después todo estaría hecho.

—¿Theodore?

Al oír una voz femenina se le erizó el vello de la nuca, todavía sujetaba el pomo de la puerta. No sabía quién era hasta que se dio media vuelta y unos grandes ojos castaños le devolvieron la sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó la voz.

—¡Victoria!

Era la última persona que esperaba encontrarse allí. Dirigió la mirada al fondo del pasillo y vio el laboratorio de Lyle Crowle abierta, en la que Arthur y Victoria habían estado trabajando durante las últimas semanas.

—No esperaba ver a nadie aquí. Me alegra verte de nuevo —dijo Theodore.

—He oído un ruido. ¿Qué estás haciendo? —le preguntó de nuevo, torciendo los labios.

—Sé que no nos conocemos mucho, pero necesito que me escuches un momento y que confíes en mí. —La calma que había sentido al ver a la chica se disipó en cuanto fue consciente de la hora que era. No le quedaba mucho tiempo—. Tienes que marcharte ahora, puede ser muy peligroso quedarse aquí.

La expresión de la muchacha cambió de la molestia a la curiosidad, pero no se movió de donde estaba.

—¿Por qué?

—No puedo explicártelo ahora mismo, pero lo haré luego, te lo prometo. —El sonido de las pisadas apresuradas bajando las escaleras le congeló en mitad de la frase.

Sin darle tiempo a protestar, agarró a Victoria del brazo y corrió hasta el laboratorio del que había salido la joven, esperando que no

fuese tarde para ocultarse. Le tapó la boca y acercó su cuerpo al de ella para evitar que se moviese. Le sostuvo el aliento tanto tiempo que temió que se le olvidara volver a respirar.

—Theodore, sé que estás aquí.

Por un momento, Theodore temió que Alphonso hubiera regresado para tratar de impedirle que continuara con su plan.

—¿Arthur?

Todo iba tan rápido que tenía miedo de no entender lo que estaba sucediendo. Liberó a Victoria de sus brazos. En cuanto se sintió libre, ella le golpeó.

—¿Me has seguido hasta aquí? —Theodore salió del laboratorio con la chica detrás.

—Sí. Temía no haber llegado a tiempo. —Al ver a Victoria, todo en él adquirió una sensación de urgencia—. ¿Estás bien?

Ella asintió, aunque se quedó rezagada, no se acercó a él.

—Quiero que te vayas. Ahora.

—No voy a irme a ninguna parte, Arthur.

—Por favor, hazlo.

—¿Llevas todo el día siguiéndome? —Theodore olvidó lo que había ido a hacer allí, preocupado por lo que hubiera podido ver su amigo —. ¿Se te ha ido la cabeza? Marchaos los dos inmediatamente, no sabéis lo que estáis haciendo.

—Tú tampoco estás en posición de dar órdenes.

El tiempo que estaba empleando en hacerlos entrar en razón eran minutos muy valiosos en su planificación. Si continuaban hablando allí, al descubierto, todo habría sido en vano.

—Victoria, márchate por favor.

La súplica en su voz y la mirada al borde del llanto no fueron suficientes para hacerle cambiar de opinión.

Theodore no entendía qué era lo que le sucedía a su amigo.

—¿Qué está ocurriendo, Arthur?

Victoria no apartó la mirada de Theodore mientras hablaba con su compañero e ignoraba su petición.

—Debéis marcharos ambos —insistió de nuevo sin dejar de moverse por el pasillo—. Es muy peligroso para los dos. Os prometo que os lo contaré en cuanto lo resuelva, pero necesito que os larguéis de aquí y no volváis durante un par de horas al menos.

—¿Qué diablos estáis haciendo aquí? —Victoria agarró el brazo de Arthur y lo zarandeó.

Theodore estaba en una encrucijada. Si no era sincero con sus intenciones no lograría que lo escucharan. De un momento a otro su tutor se presentaría en el laboratorio y él podría demostrar que estaba relacionado con todo aquello. No obstante, si no conseguía que se marcharan, asustarían al doctor Buckman antes de que pudiera revelarse como el culpable. Se le estaba acabando el tiempo y debía tomar una decisión, aunque tuviera que confesar lo que más terror le daba en el mundo.

—Escúchame, Arthur. Es el profesor Buckman. —Esperó que su amigo le entendiese sin revelar información a Victoria. Hacer a alguien partícipe de sus secretos era más de lo que tenía planeado para ese día—. Lo ha sido durante todo este tiempo. Todo, de una manera u otra, siempre acaba apuntando a él, al hospital y a la universidad. Piénsalo, ¿a quién llamaron al encontrar el cuerpo en el pasillo de la facultad? Si me contó sus sospechas fue para evitar que le acusase a él de lo que está claro que es culpable. Nunca tuvo la

intención de que lo investigase, solo me quería poner sobre aviso para lavarse las manos cuando encontrase las pruebas que lo incriminaban.

Los hombros de Arthur perdieron la presión que habían estado acumulando a lo largo de la conversación.

—Tengo muchas pruebas de ello, solo me queda poder demostrarlo —continuó diciendo Theodore—. Cuando aparezca en busca del cadáver no tendrá más remedio que hablar conmigo. Lo tengo controlado, de verdad. Pero ahora debéis marcharos para que pueda hacerlo.

El rostro de ambos permaneció ilegible tras la confesión de Theodore. No se movieron, tampoco hicieron nada para cumplir lo que les había pedido. Victoria masculló algo que Theodore no llegó a oír y aguardó a que su amigo hablara. Theodore no comprendía que ninguno de los dos reaccionara a lo que acababa de explicarles, en especial Arthur. Llevaban semanas hablando de ello y por fin le había dado todas las piezas que necesitaba para estar en el mismo lugar que él. Era su posesión más preciada, su talón de Aquiles. Lo que le estaba confesando iba mucho más allá de los crímenes, le hacía vulnerable.

—No va a venir, Theodore.

Arthur se movió hasta quedar entre él y Victoria, obligando a su compañero a que lo mirase. Su voz se oía lejana, casi onírica.

—¿Cómo dices?

—No se trata de Hughie Buckman. Tu teoría está errada desde el principio. No va a venir.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —Ni siquiera había compartido con él sus sospechas. Aquello no encajaba—. ¿Qué es lo

que sabes, Arthur?

—Sé quién es el asesino —escupió la confesión antes de que su amigo continuara—. Lo tienes delante.

54
Sic semper tyrannis

22 de marzo de 1857

Había un cadáver detrás de la puerta, pero Theodore se sentía con menos vida que él, era como si se la hubieran arrancado de un golpe sin que él hubiera podido oponer resistencia.

—¿De qué estás hablando, Arthur?

Theodore buscó un ápice de sentido común en el rostro de su amigo, pero solo había una máscara de ira contenida.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —continuó preguntándole.

Victoria interrumpió al joven y se puso delante de Arthur para que le respondiese.

—Desde hace unos días. Después del malentendido que tuvimos estuve dándole vueltas a todo lo que había sucedido hasta aquel momento. Tardé bastante más de lo que me gustaría admitir.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Quería escucharte a ti primero antes de decidir qué hacer.

Theodore pasó la vista del uno a la otra, aguardando una respuesta convincente por parte de alguno de los dos. Victoria llevaba un sencillo vestido negro que arrastraba de forma ligera por el suelo y acompañaba su presencia con un susurro áspero.

—¿De qué demonios estáis hablando? ¿Quién es el asesino? ¿Arthur? —Theodore no dejaba de mirar por encima de su hombro, buscando una revelación que no llegó.

Nadie compareció para revelar su presencia en la universidad. Allí solo estaban los tres, ante la puerta que ocultaba el cadáver robado a la espera de que alguien se lo llevase.

—Hughie Buckman no ha matado a nadie, Theodore, aunque no me sorprende que creyeses que se trataba de él. —dijo Arthur. El labio le tembló cuando trataba de encontrar las palabras para explicarse—. A fin de cuentas, Victoria se ha esforzado para que le acusasen de algo que no ha hecho.

La realidad cayó entre ellos como una lápida contra el suelo: fragmentada, pesada, ilegible, irreparable. Nada de lo que hiciesen podía remediar el duro golpe que había roto la estabilidad en un millar de pedazos.

—¿Victoria? —Las palabras de Arthur tardaron en obtener un sentido en la mente de Theodore—. ¿Qué?

—Deberías haber dicho algo —recriminó Victoria girándose hacia Arthur, como si Theodore no estuviese presente.

—Pensaba que confiabas en mí lo suficiente para decírmelo —respondió Arthur.

—¿De verdad? No sabía que éramos tan cercanos —añadió Victoria.

—Habría intentado ayudarte.

—Hiciste todo lo contrario, Arthur —siseó ella, dando un paso al frente.

Theodore se apartó de su lado como un autómata, sin dirigirle la palabra.

—¿Crees que te contaría algo así después de descubrir lo que en realidad piensas de mí? —continuó diciendo la muchacha—. Permíteme que me ría. Los médicos tenéis demasiada confianza en vosotros mismos.

—Conecté los puntos demasiado tarde, ¿vale? No creí que fuera tan importante. Fui un completo estúpido, pero no por eso te habría dejado sola. Deberías haberme contado lo que pasaba —confesó Arthur.

Un sonido gutural a medio camino entre la risa y un grito salió de la boca de Victoria.

—No habrías tardado ni un solo momento en decírselo al profesor y haberte llevado el mérito. Eres como todos los demás, aunque creas lo contrario. —Se mantuvo firme en su explicación, tan calmada como si la hubieran acusado de robar una simple hogaza de pan—. ¿Cómo lo has sabido? —repitió.

Arthur se mantuvo a la altura de sus ojos, observándola.

—Después de hacer los primeros bocetos del cuerpo, cuando dibujaste la reconstrucción del hueso, no entendí por qué te molestaste tanto que no quisiste volver a hablarme —comenzó—. Dije que era tan sencillo que incluso tú habrías podido hacerlo. No lo pensé como un insulto, aunque comprendí por qué te enfadaste. Siempre has estado un paso más adelantada que el resto de los estudiantes, incluso que yo. Sabías cosas que es imposible conocer sin una educación médica: el nombre de las enfermedades, rasgos físicos… Nada de eso aparece en una conversación normal de las que se mantienen en mitad de la calle. Que fueras la sobrina de Lyle Crowle era una explicación más que válida para justificar tus conocimientos. No le di muchas vueltas, pero nunca he dejado de

pensar en ello, ni siquiera cuando los huesos ocupaban todo mi tiempo.

Arthur se apartó de ella y, por primera vez en toda la conversación, se giró para mirar a su compañero.

—Cuando Theodore me habló de sus sospechas —continuó diciendo— no conseguí relacionarlas con nadie en concreto, pero los cuerpos comenzaron a aparecer en la facultad en la misma época en que empezaste a pasar tiempo conmigo en el laboratorio. —Recordaba a la perfección los primeros días del año y el cambio de actitud de su amigo, aunque estuviera empañado por sus propias preocupaciones—. Esa no era razón suficiente para sospechar de ti y por eso ni en un millón de años creí que tuvieras nada que ver. Hasta que encontraron el cuerpo en el pasillo y Theodore me contó lo que me había estado ocultando en las últimas semanas.

—Alguien estaba usando los cuerpos para practicar intervenciones médicas —completó Theodore, deteniéndose para coger aire de nuevo.

—No sé en qué punto de tu investigación creíste que Hughie Buckman podía estar involucrado de alguna manera en los asesinatos, aunque los cuerpos parecían seguirle allí donde iba —terció Arthur.

—¡Estaba aterrado de que eso pudiera ser cierto! —se justificó Theodore, maldiciéndose a sí mismo por haber estado tan ciego desde el principio.

—Tanto que el miedo te impidió ver la primera respuesta que tú mismo me habías dado: el asesino estaba practicando autopsias y cirugías, pero no las estaba haciendo bien.

—El profesor Buckman habría sido más cuidadoso —concordó Theodore—. ¡Pensé que tal vez no buscaba la limpieza! Solo hacerlo con la mayor rapidez posible. Se puede obtener mucha información de un cadáver aunque no se sigan los pasos que marca el protocolo, yo…

No continuó hablando, sabía que tenía razón. Había visto al propio doctor criticar el trabajo de la persona que había llevado a cabo aquella bestialidad en los cuerpos. Podía no significar nada, se dijo, tal vez lo había hecho para evitar que le relacionase con ello. Aun así, debía haberlo visto, las pistas eran demasiado vagas, nada apuntaba a él de manera directa. Era tan sencilla la trampa que se desarrollaba a la vista de todos que le había costado salir de ella.

—Después de lo último que me contaste —prosiguió Arthur, dirigiéndose a Theodore, pero respondiendo a Victoria—, no me cabía ninguna duda de que el asesino tenía que estar relacionado con la universidad o el hospital, debía ser alguien que pasase desapercibido y que pudiese manipular el material sin que nadie sospechase nada.

—Y quién mejor que una mujer a la que nadie presta atención, ¿no es así? —acabó la frase Victoria.

—Nadie sospecha de quien no considera una amenaza —coincidió Arthur.

—Pues mira a lo que os ha llevado la confianza.

Aunque era una burla, no sonaba amenazante. La muchacha estaba a la defensiva, pero no se había justificado en ningún momento, se limitaba a observar la conversación sobre ella.

—Anoche, cuando te encontré en la habitación, confirmaste todo lo que llevaba días pensando.

Theodore escuchaba a su amigo, que le había estado mintiendo desde hacía más tiempo de lo que creía.

—Y hoy, después de seguirte, cuando os he visto juntos —continuó Arthur—, sabía que no había otra explicación. Eres la asesina, Victoria. No lo has negado ni una sola vez en todo este rato.

—No gano nada intentando limpiar mi nombre, es verdad. —Victoria se alejó de ellos y se apoyó en la pared, una postura que arrugó las faldas de su vestido oscuro—. Una parte de mí quizá buscaba ver cuánto podía arriesgarme antes de que alguien pensase siquiera en mí como la culpable.

—Pero no empezaste a matar por eso.

—No, fue por necesidad. —Con un largo suspiro reordenó sus pensamientos antes de comenzar a hablar—. Ser la sobrina de un médico con más dinero del que nunca podría gastar tiene alguna ventaja, pero también muchos inconvenientes. Cuando te hablé de mi relación con mi tío fui bastante sincera: me enseñó mucho de lo que sé, y me permitía que le pidiese lo que fuera con la condición de que mi educación no le trajese problemas. Al principio creo que eso le gustaba. Tenía una aprendiz que le seguía a todas partes y que pensaba que él era el hombre más maravilloso del mundo. Me convirtió en una gran anatomista incluso sin tener estudios, yo no los necesitaba, solo tenía que observarle e imitarle. Nunca puso ninguna pega a mi curiosidad, ni siquiera cuando tuve edad de casarme y dejar de ser una carga para él. No le importaba darme huesos, que leyera sus libros, llevarme al hospital y a la facultad. Hasta que comencé a importunarle.

Mientras hablaba, Theodore y Arthur se mantenían inmóviles en el pasillo.

—Creo que vosotros comprenderéis mejor que nadie esa sensación de que nada es suficiente, de que necesitas dar siempre un paso adelante. Un día me atreví a pedirle que me dejase asistir a una de sus clases. Él había conseguido que le dieran permiso para diseccionar un cuerpo entero delante de los alumnos y yo no quería perdérmelo.

El corazón de Theodore comenzó a latir más rápido.

—Era la oportunidad que estaba esperando, no se me ocurre mejor manera de aprender que practicando con mis propias manos —continuó diciendo Victoria—. Era buena, mi tío lo repetía constantemente. Estaba mucho más preparada que la mayoría de los estudiantes de la Universidad de Edimburgo para comprender su lección. Nunca pensé que el peor error que podía cometer era proponerle eso al profesor. Se puso furioso, no le había visto tan enfurecido en toda mi vida. Me gritó como nunca lo había hecho. «No es un lugar para mujeres» y «No estás preparada para ver algo así» fueron frases que repitió a lo largo de su monólogo. Resultó inútil tratar de hacerle cambiar de opinión, aunque os prometo que lo intenté durante meses. No entraría en razón por mucho que me esforzara. Así que comencé a robarle dinero a sus espaldas.

Arthur trató de imaginarse a Lyle Crowle furioso y no le costó crearse la imagen en su cabeza. La actitud que había tenido con él tras el descubrimiento de la criatura le había confirmado que era un hombre complejo, lejos de la imagen de agradable profesor con la que se presentaba ante ellos en las clases.

—Mi familia le da dinero a mi tío por mantenerme, pero no es suficiente para que pueda hacer negocio conmigo. Nunca ha intentado pedir más y siempre me daba lo que necesitaba, aun

teniendo cubiertas todas mis necesidades en la casa —continuó explicando Victoria—. Nunca cuestionaba en qué invertía el dinero y creo que no le importaba. Al principio comencé robando cadáveres de cerdo cuando podía llevármelos de la universidad, aunque siempre intentaba comprarlos en el mercado. Era menos arriesgado y no dañaba mucho mi bolsillo. Sin embargo, sabía que no me servirían para siempre. Puede que los porcinos sean muy similares a los seres humanos, pero no son iguales. Nunca llegaría a ser médica si seguía trabajando con animales.

Aunque intentaba evitarlo, la cara de Theodore no mentía, estaba horrorizado.

—Sí, Thorebourne, he dicho que quería ser médico. No enfermera, como ya intentó mi tío, sino médico. —Apretó los dientes para no levantar la voz—. Comencé a pensar que, si podía comprar cuerpos de cerdos, seguro que había alguna manera de comprar un cadáver humano. El profesor ha invertido su dinero en conseguir todas las piezas raras que hay en el mundo: cadáveres momificados, seres humanos extintos, cabezas reducidas. No era descabellado pensar que en Edimburgo habría alguien dispuesto a cumplir mi deseo y conseguirme un cuerpo. Y estaba en lo cierto. A fin de cuentas, ya lo había visto antes. Os sorprendería saber que un particular puede comprar un cadáver por mucho menos dinero que la Universidad de Edimburgo o que cualquier hospital. Poco a poco mi sueño se estaba haciendo realidad, lo tenía todo en mi mano.

Victoria se regocijó en el recuerdo del primer cuerpo que llegó a su poder.

—Me duele que pensases que mis intervenciones eran propias de un principiante, te aseguro que puedo ser muy diestra, si me lo

propongo —le dijo a Theodore con una sonrisa triste que este no le devolvió—. Es difícil hacer un buen trabajo cuando estás en tensión, temiendo que te descubran de un momento a otro. No podía perder el tiempo en la parte estética, necesitaba centrarme en el estudio del cuerpo, conocerlo bien. Ya habría ocasión más adelante para perfeccionar mi estilo.

—Nada de eso explica por qué decidiste convertirte en una asesina —la acusó Theodore interrumpiéndola en mitad del discurso —. Está claro que tenías otras opciones.

—Pero ninguna que funcionase a largo plazo. El dinero es finito y los académicos competitivos. Si me resultó sencillo dejar pistas apuntando a tu profesor es porque él tenía algo que ver con el robo de cuerpos. No fue necesario esforzarme mucho para conseguirlo, me servía cualquiera.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Theodore, con las mejillas enrojecidas y los labios cortados—. ¿Por qué la universidad?

—Descubrí que era mucho más fácil conseguir los cuerpos yo misma, pero no podía arriesgarme a contratar a alguien para que me ayudase a transportarlos. No tengo fuerza para arrastrar un cuerpo desde su tumba, pero sí para moverlo unos centímetros a un lugar más apropiado. —Theodore no podía imaginarse a aquella joven menuda sacando un cadáver como lo había hecho él—. Necesitaba conseguir muertos y lo logré.

Arthur evitaba mirar a otro lugar que no fuese Victoria, como si tuviera miedo de que desapareciese si apartaba la mirada de su rostro. Theodore continuó hablando por los dos.

—¿Cómo lo hiciste? —Las cicatrices que había dejado al clavarse las uñas en la palma de sus manos la noche anterior volvieron a

dolerle. Tenía la piel en carne viva—. Tengo curiosidad, ¿cómo atrajiste a las víctimas? Dudo que te fuese fácil enfrentarte a ellas de cara. ¿Cómo las elegías?

—Con las prostitutas fue muy sencillo. —La calma de su voz volvió a erizarle todos los pelos del cuerpo—. Pagaba primero a la alcahueta y luego las mandaba a donde pedía. Cuando me veían bajaban la guardia, creían que era una de ellas. La mayoría no percibían el cuchillo hasta que lo tenían dentro. Con todos los demás actuaba más como un carroñero que como una cazadora: esperaba a que estuvieran muy borrachos o a punto de morirse en la calle. Son más impredecibles, pero no tenía que gastar dinero en llamar su atención.

—¿Y el ataque a Wheeler? —le preguntó Arthur.

Victoria reconoció ese nombre por la noche que habían pasado en la Mansion Home.

—¿Cómo pudiste hacerlo? Él estaba convencido de que fue un hombre el que le atacó.

La sorpresa en la cara de Victoria era tan genuina que cogió de improviso a ambos hombres.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Pero mataron a un mendigo a las puertas de Teviot Place —insistió Theodore, apoyando a su compañero—. Dejaron fuera de combate a Wheeler porque había visto demasiado.

—Debió de ser cualquiera de los ladrones de cadáveres, pero eso no fue cosa mía. Nunca contraté a nadie para que hiciera el trabajo sucio por mí.

Intentó rememorar cada momento de los últimos meses, en busca de algo más que se le hubiese escapado. Recordó la clase de cirugía

con los pedazos de cerdo destrozados. Pasaron por su mente todos y cada uno de los cuerpos asesinados con un cuchillo. Cada palabra de Victoria le traía un recuerdo que podía asociar a ella. Había estado allí delante todo el tiempo, actuando incluso a la vista de su mejor amigo.

—Fui un idiota al decirte aquello, Victoria. —Arthur retomó el principio de la conversación, esperando otra respuesta por su parte —. Nunca he creído que fueses tonta ni te he visto inferior, no habría podido hacer el diagnóstico sin ti.

—Sin embargo, lo has hecho, ¿verdad? —Dejó atrás la pared y se acercó de nuevo a Arthur encarándose a él—. Sé que has hablado con el profesor y que me has ocultado el diagnóstico todos estos días. Fui estúpida al confiar en ti.

—Espera. —La detuvo—. ¿Sabías que había hablado con Lyle Crowle de la criatura y soy yo el que ha estado ocultando información?

—Fue culpa de él —dijo señalando a Theodore, que no entendía una sola palabra del rumbo que había tomado la conversación—. Cuando hablamos en la mansión me dejó ver que mi tío me había mentido: me juró que estaría allí, pero estaba contigo, contándote la realidad de los huesos. Entonces fue cuando supe que no podía confiar en ti.

Arthur no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Me tomas el pelo? ¡Lo hice por ti, Victoria! —gritó.

Theodore volvió a temer que el celador los oyese y decidiese bajar.

—¿Sabes lo que me pidió tu tío como condición para que formara parte del descubrimiento? —prosiguió Arthur—. ¡Que te dejase fuera

de todo! Quería que te mintiese para que no dijeses ni una sola palabra de lo que habíamos encontrado. Me pidió que fuera en tu contra, por eso llevo varios días evitándole. No me parecía lo correcto.

Al igual que sus víctimas, Victoria había recibido una puñalada de quien menos se lo esperaba, del único hombre que había creído en ella alguna vez.

—Yo…

—Necesito saber otra cosa. ¿Fuiste tú quien asesinó a Davinia?

Theodore aguardó una respuesta negativa, pero no llegó.

—No tenía que haber estado allí, Theodore. Intentaba deshacerme de los cuerpos en uno de los dos sitios, la facultad o el hospital, y tenía controlados los horarios. Sabía que esa noche nadie me causaría problemas, pero no contaba con que le cambiarían el turno —simplificó—. Lo hice en defensa propia, habríamos acabado muriendo una de las dos.

No le gustó la justificación que le dio, pero, una vez más, las piezas del rompecabezas encajaron a la perfección. Sin fisuras ni agujeros que tapar.

—No es tarde para remediarlo todo, Victoria. —Arthur le sujetó el rostro entre las manos, y la acercó a él—. Yo te ayudaré a seguir formándote y tu tío entrará en razón sobre la criatura. Tienes que formar parte de esto. No puedo seguir sin ti.

—Eso no funcionará. Los dos lo conocemos lo suficiente para saberlo. Mírate, ¡te ha usado en mi contra! Se supone que debería protegerme, se supone que…

—¡Olvídate de eso ahora y centrémonos! —le apremió Arthur, sin soltarla—. Tenemos que evitar que nadie más te relacione con lo

sucedido. Si lo hemos hecho nosotros, alguien podrá hacerlo también. He venido aquí para evitar que Theodore te entregase a la policía al enterarse. Todo va a salir bien, Victoria. —Peinó con sus dedos el pelo rizado de la muchacha—. Te lo prometo.

—¿Y qué piensas hacer, Arthur? —Por primera vez desde que habían llegado, Victoria permitió que las lágrimas se derramaran de sus ojos—. Estáis aquí, ya sabéis lo que ha sucedido. No puedo…

—Podemos terminar lo que empezaste. Tenemos un cuerpo aquí y no sería difícil seguir con lo que comenzaste hace semanas. Podemos dejarlo en la morgue o bien llevarlo al despacho del profesor Buckman y poner sobre aviso a las autoridades. No les costará mucho comprender lo que está pasando.

El cuerpo de Theodore reaccionó antes de que lo hiciera su cabeza y dio un paso al frente. El poco alivio que había sentido al descubrir que Hughie Buckman no era el asesino desapareció de golpe al escuchar la conversación que estaban manteniendo delante de él. Había estado cerca de perderlo todo, su futuro, su formación e incluso su nombre, y lo había recuperado. Sin embargo, se encontraba ante la persona a la que llamaba mejor amigo, viendo cómo este ponía los intereses de una mujer a la que casi acababa de conocer por encima de los suyos.

¿Es que no podía imaginarse lo que significaría para su compañero que a su tutor lo acusaran de un crimen? Las imágenes de desprecio laboral, social y académico volvieron a presentarse ante Theodore. Ese era el fututo que le esperaba si permitía que Victoria se librase de pagar por sus pecados. De nuevo, todo por lo que había luchado amenazaba con escapársele entre sus dedos cuando más cerca lo tenía.

—No voy a permitir que lo hagas. —Dada la firmeza de su decisión los dos dejaron su conversación a medias.

—¿Cómo dices? —Victoria se había olvidado de que Theodore estaba allí, observándolos a ambos entrelazados.

—No voy a dejar que incrimines a Hughie Buckman de los asesinatos —reiteró, sin moverse—. Ni siquiera de los robos. No voy a permitir que ninguno de los dos lo haga, así que olvidadlo ahora mismo.

Se liberaron mutuamente y compartieron una mirada que decía mucho más de lo que aparentaba.

—No será necesario que vaya a la cárcel —dijo Arthur tratando de calmarlo, sin siquiera levantar la voz—, solo que sospechen de él para que dejen libre a Victoria. Si es inocente no le pasará nada.

—¿Te has olvidado de que estoy aquí? He oído lo que has dicho, no puedo ahora fingir un despiste.

—Tienes que entenderlo. —Levantó las manos para enseñárselas, como se le muestran a un cachorro cuando no se está seguro de si va a morder—. Sería mucho más fácil si tienen un culpable probable. No es nada personal contra él.

—No puedes hacerlo.

—¡Por todos los santos, Theodore! Tendrás una fila de médicos deseando que hagas las prácticas con ellos y que te conviertas en su aprendiz. Algunos incluso mejores que el doctor Buckman, hablaré con el profesor Crowle si es lo que quieres.

No lo había entendido. No sabía cuáles serían las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer. Era tan necio como todos los demás y estaba tan ciego que sería capaz de sacrificar a su mejor amigo para salirse con la suya.

—¡Vas a acabar con todo! —Theodore se contuvo para no pegarle un puñetazo en la cara a Arthur, que seguía tratando de fingirse conciliador—. No tienes ni idea de lo que haces, ¿no es así? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—¿Yo? ¡Eres tú quien prefiere mandar a una persona a la cárcel a dejar de ser el más inteligente de los que estamos aquí! Madura, Theodore, y mira lo que tienes delante. Hay cosas más importantes que un *cum laude.*

—¿Y por eso tiene que sufrir un inocente? ¿Porque tu novia haya decidido que era mejor asesinar putas que resignarse a trabajar de enfermera?

—¡Tú tampoco lo harías! —le acusó, sabiendo que era cierto lo que decía—. Eres el último que aceptaría algo que no fuese lo mejor. Siempre tienes que estar por encima de todos. ¡Siempre! Si hubieras estado en su lugar, también lo habrías hecho.

—PERO ¡YO ME LO MEREZCO, ARTHUR! Si estoy siempre arriba es porque soy el mejor, siempre lo he sido. No tengo la culpa de los problemas de los demás, no me interesan. No voy a permitir que destruyáis todo lo que debe ser mío. ¡ME LO MEREZCO MÁS QUE NADIE!

A veces los sueños van a cámara lenta, como los recuerdos. Hasta el mismo instante en que llega el final, todo se mueve a velocidad normal. No es hasta el momento en que todo acaba cuando se puede ver en perspectiva incluso el mínimo detalle de la escena.

Ves a los personajes que hacen su papel sobre el escenario. Observas cómo siguen el guion asignado a cada uno de ellos, cómo practican sus movimientos para el público. Al mismo tiempo eres espectador y protagonista, porque la vida siempre termina en las

encrucijadas más inesperadas. El ritmo frenético se detiene y te permite rememorar tus errores antes de marcharte, deja que te preguntes qué es lo que habrías cambiado y si te hubieras arrepentido de algo. Aunque la respuesta suele ser positiva, temes decirlo en voz alta, por si la función acaba antes de tiempo. No quieres quedarte solo en el escenario, porque el telón bajará sin importar que no haya terminado la función.

Theodore vio pasar el tiempo como escenas de una gran epopeya antigua. Antes incluso de acabar de hablar tenía sus manos sobre el cuello de Victoria, dispuesto a poner fin a su vida como ella había hecho con tantas otras personas. El golpe seco de su cuerpo contra el suelo le animó a continuar, aunque oía las súplicas de Arthur por encima de su cabeza. Cada segundo que pasaba notaba cómo la vida de Victoria se escapaba entre sus manos. Solo unos instantes más y todo habría terminado. La obra habría acabado y el público podría aplaudir por fin.

El acero de la hoja atravesó la carne de su vientre como un rayo en la noche. La cara de Victoria volvió a recuperar el color mientras sus manos aflojaban el agarre. Ella, sin embargo, no soltó el cuchillo.

Entonces cayó el telón y no volvió a levantarse.

Epílogo
Nihil est annis velocius

13 de marzo de 1860

—¿Cómo le sienta la medicación? —El quejido del paciente le informó de que no había pasado una buena noche, ni siquiera con la dosis de opio que le había suministrado—. ¿Necesita algo más fuerte?

—Necesito que me arranquéis ya esta pierna. —Señaló el miembro ennegrecido sobre la cama. Incluso con las gasas cubriéndolo, el hedor putrefacto de la enfermedad inundaba la habitación.

—Aún no ha perdido toda la sensibilidad —observó el doctor—. No me permitirán amputársela hasta que sea el último recurso. Le pido que me disculpe, puedo subirle la dosis del fármaco, si lo desea.

—Tendré que aprovechar la droga gratuita.

—Solo podrá hacerlo mientras esté encerrado aquí —coincidió con él el médico.

Le veía más despierto que en otras ocasiones, el hecho de que bromeara era una señal de que se recuperaría, aunque le amputasen la pierna. Perder una extremidad siempre cambia la vida de los hombres, pero más aún en la cárcel. Allí había pocas cosas que pudieran distraerte del dolor y la ausencia.

—La sigue notando, ¿verdad? —El paciente asintió mientras el médico limpiaba la herida—. Esa es la razón por la que aún sigue tumbado aquí. Es fuerte.

—Maldigo el día en que nací.

—¿Puedo preguntarle cómo ha acabado así? —Era una curiosidad honesta, interés de académico. Se seguía considerando como tal—. No es sencillo ignorar que la mitad de su cuerpo está muriendo.

—Alguien me apuñaló hace unas semanas por un ajuste de cuentas en el calabozo —confesó—. Si hubiera contado lo que había sucedido me habrían obligado a hablar, y eso habría sido aún peor para mí, así que dejé que pasara el tiempo para no buscarme más conflictos. Y aquí estoy, a punto de perder mi preciada pierna por imbécil. Y usted, doctor, ¿cómo ha acabado aquí? No debe de ser el sueño de muchos médicos atender a criminales.

—Hice un trato para salvar mi vida. —No se avergonzaba en absoluto de las decisiones que había tomado, no tenía problema en contárselo—. Atender a otros presos a cambio de no acabar en la horca.

—¿Sí? ¿Y qué hizo el señorito para que quisieran colgarlo en medio de la plaza?

Con los años había aprendido que, cuanta más importancia se les quite a los sucesos, más tiende la gente a creer que le están intentando tomar el pelo.

—Maté a mi mejor amigo.

Ni siquiera sonrió al decirlo, pero la semilla estaba plantada.

—Tiene usted pinta de persona peligrosa. —El paciente le siguió la corriente, aunque no estaba seguro de que fuese una broma—. No me gustaría encontrarme con usted a solas por la noche.

—No tendrá que preocuparse por eso.

Alguien llamó a la puerta con dos golpes de nudillos, y entró sin esperar a que le dieran permiso.

—¿Doctor Credge? —Un niño de unos ocho o nueve años apareció en la habitación al mismo tiempo que Arthur asentía—. Ha llegado un paquete para usted.

Recibía correspondencia muy a menudo, ya que tenía que reponer todos los ingredientes y herramientas que usaba en el trabajo. Sin embargo, aquel paquete no parecía venir del herbolario ni del hospital. No, era correo personal, no lo estaba esperando.

—¿De Prusia? —El paciente se incorporó para leer el remitente—. ¿Conoce a alguien que le mande regalos desde Prusia?

—Una vieja amiga se fue a vivir allí hace un tiempo. —Las manos le temblaban, algo impropio en un doctor—. Llevaba años sin saber nada de ella, es una sorpresa.

—¿Y no lo va a abrir? ¿No quiere saber qué contiene?

Le molestó la impaciencia del preso y que pusiera sus manos sobre el paquete. Deseó haberle dado menos analgésicos para que mantuviera la boca cerrada y tuviera que ocuparse de asuntos más importantes, como el dolor.

Sin embargo, también él sentía curiosidad. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de Victoria, tanto que temió que su primera carta después de la mudanza le trajera malas noticias. ¿Quién mandaría algo así para anunciar problemas? Esperaba cualquier cosa: un souvenir, la crónica de su boda, una carta de despedida, un regalo del pasado o incluso…

—Un libro. —Sin lugar a dudas de eso se trataba, aunque no estaba encuadernado. Parecía un manuscrito, las pruebas para

comprobar que todo estaba en orden antes de imprimirlo—. ¿Me ha mandado un libro? —continuó hablando en voz alta, aunque no tenía ninguna intención de que su paciente se enterara.

—¿De verdad ha pagado el correo internacional solo para mandarle un libro? —se rio el paciente desde la camilla en la que estaba postrado—. Las mujeres, señor. Siempre dan problemas aun estando en la otra punta del mundo.

Las páginas desprendían al aroma de la tinta y el papel, una de sus combinaciones favoritas. Las pasó de una en una, preguntándose por qué Victoria le habría mandado aquel regalo. Sobre los folios había imágenes de distintos animales acompañando el texto. Aves, mamíferos, insectos, todos parecían tener un lugar en el manuscrito.

—¿Reconoce el libro?

—No. —Volvió a amontonar las páginas y le dio la vuelta para buscar el título—. *El origen de las especies.* ¿Lo había oído alguna vez?

—Tengo que confesarle, doctor, que no soy seguidor de la literatura.

Una corazonada le hizo regresar al final del libro y leer las últimas palabras. Allí, entre las conclusiones del autor, Victoria había dibujado una cara que conocía muy bien, el rostro de la criatura del valle de Neander, un boceto que él mismo había realizado en incontables ocasiones.

Glosario

Prólogo. *Omnia ab uno incipiunt*: Todo comienza a partir de uno

1. *Sectio cadaveris*: Disección de un cadáver (de forma literal, una autopsia)
2. *E scientia hominis salus*: De la ciencia, la salud del hombre
3. *Fur semper fur est*: Un ladrón es siempre un ladrón
4. *Ianua vitae, porta mortis*: La puerta de la vida, la entrada de la muerte
5. *Nescire est oblivisci veritatis*: No saber es olvidar la verdad
6. *Nemo nascitur sapiens*: Nadie nace sabio
7. *Quaerite et invenietis*: Buscad y hallaréis
8. *Ex chrysalide lux oritur*: De la crisálida nace la luz
9. *Qui discit vivit*: Quien aprende vive
10. *Veritas filia temporis*: La verdad es hija del tiempo
11. *Corvus nigrum omen fert*: El cuervo lleva un presagio negro
12. *Ossa aeternitatis fragmenta*: Los huesos son fragmentos de eternidad
13. *In vivo*: En un organismo vivo
14. *In dubio pro reo*: En caso de duda, a favor del acusado
15. *Stapelia*: Flor que se dice que tiene el mismo olor que un cadáver
16. *Corpus humanum*: Cuerpo humano

17. *Actus reus*: Comportamiento delictivo
18. *Quod in inventute non discitur…*: Lo que no se aprende en la juventud… (Casiodoro)
19. *Silentium*: Silencio
20. *Venenum*: Veneno
21. *Passio*: Pasión
22. *Humani nihil a me alienum puto*: Nada humano me es ajeno (Terencio)
23. *In occulto*: A escondidas
24. *Salus aegroti suprema lex*: La salud del paciente es la ley suprema
25. *Naturam pingere*: Representar la naturaleza
26. *Occulta revelare*: Revelar lo oculto
27. *Patefacere*: Descubrir
28. *Cadaver*: Cadáver
29. *Monstrum*: Monstruo
30. *Adeste amici, fruamur tempus bonum, epulemur laeti, vita dum parva manet*: Disfrutemos de buenos momentos, comamos alegres mientras, breve, dura la vida (fragmento de un epitafio)
31. *Officia feci pluribus*: Favores hice a muchos (fragmento de un epitafio)
32. *Regio posterior cruris*: Región posterior de la pierna
33. *Salix*: Sauce
34. *Ut ignis aurum probat, sic miseria fortes viros*: Como el fuego prueba al oro, así la desgracia a los hombres fuertes
35. *Ab imo pectore*: Con todo mi corazón
36. *Actio damni infecti*: Acción por daños y perjuicios
37. *Animus laedendi*: Intención de lesionar

38. *Immunis culpae*: Libre de culpa
39. *Conticuere omnes intentique ora tenebant*: Callaron todos, y miraban atentamente (Virgilio, *Eneida* II, 1)
40. *Hic et nunc*: Aquí y ahora
41. *Responsum I*: Respuesta. Responsorio que, separado del rezo, se dice por los difuntos
42. *Umbra I*: Sombra
43. *Responsum II*
44. *Umbra II*
45. *Responsum III*
46. *Umbra III*
47. *Sic parvis magna*: De lo pequeño, lo grande
48. *Acta, non verba*: Hechos, no palabras
49. *Hic iacet*: Aquí yace
50. *Iter criminis*: Camino del delito
51. *Chorea macchabaeorum*: Danza de la muerte
52. *Nox*: Noche
53. *Factum abiit; monumenta manent*: El hecho pasa; quedan los recuerdos (Ovidio, *Fastos* IV, 709)
54. *Sic semper tyrannis*: Así siempre con los tiranos (frase atribuida a Bruto en el momento del asesinato de Julio César)

Epílogo. *Nihil est annis velocius*: No hay nada más veloz que los años (Ovidio, *Metamorfosis* X, 520)

Agradecimientos

Tener la oportunidad de estar escribiendo los agradecimientos de mi segunda novela es una de las experiencias más maravillosas que me ha pasado en la vida. Gracias por hacer esto posible.

Quiero comenzar dándole las gracias a Alex, que desde que la idea de los anatomistas de Edimburgo entró en mi cabeza ha estado escuchándome en todos los puntos de la historia, de inicio a fin. Si el anterior libro no hubiera podido existir sin ti, tengo la certeza de que este nunca habría llegado a ser lo que ahora es si no te hubiera conocido. Gracias por ser la parte científica de mi faceta humanística, todo lo que sé de plantas curativas te lo debo a ti. Te quiero muchísimo.

Gracias a mi familia, que ha hecho más por mí y por vender mis novelas que cualquier persona en este mundo (incluida yo misma). Gracias a mi abuela, por animarme a escribir constantemente. A mi abuelo, por recomendarle *Penélope* a cada persona con la que habla. A mi madre y a mi padre, por estar siempre tan orgullosos de mí. A mis tíos, que siguen pendientes de mí aunque ya sea la mayor de la casa. Y, por supuesto, a Henar, Óscar, Enzo, Iván, Leire y Bruno. Tengo muchas ganas de que crezcáis y poder enseñaros todo lo que he aprendido.

Gracias a mi hermana, que desde la distancia, desde la otra punta del mundo, sigue queriendo formar parte de mi vida.

Gracias a Axell, César, Fran y Sara (os he puesto en orden alfabético para que no montéis ningún drama de a quién quiero más), por llevar aquí desde el instituto y haber crecido conmigo. Estoy deseando ver cómo conseguís que os echen de la librería en la presentación de este libro. Sin vosotros, Segovia no sería igual.

Gracias a Carmen y Judith, no me quiero imaginar un mundo en el que no somos amigas. En este libro también hay un poco de vosotras. A fin de cuentas, cuando pienso en la palabra «anatomistas», me acuerdo de nosotras. Gracias también a Gonzalo, Raquel, Alberto y Ethan. La mayoría del tiempo no sé ni dónde estáis, pero mi cariño por vosotros es mayor que la distancia. Y, oye, vosotros sois anatomistas como el que más.

Gracias a Andrea, que en los últimos meses te has convertido en mi familia. Vas a ser la mayor escritora del país, es una promesa.

A Iberozoa y a todos los que formáis parte de ella. Habéis cambiado mi manera de ver el mundo.

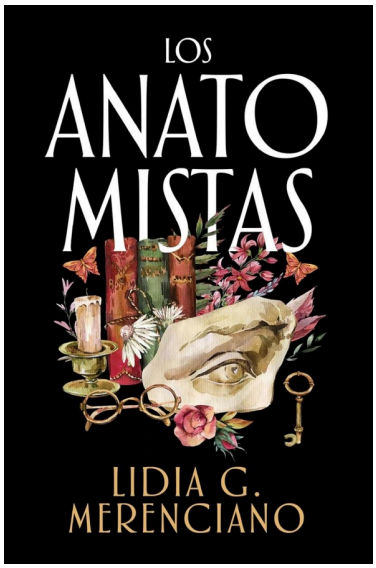
A Alba, que siempre se emociona más con mis historias que yo misma.

Gracias por supuesto a Editabundo, mi agencia de representación, que ha creído en los proyectos desde el momento en que los he puesto en la mesa. Este solo es el principio y ya siento que soy parte de una gran familia.

Y, por último, no puedo no dar las gracias a la persona que ha confiado en mí, incluso cuando cambié mi personalidad por completo de una novela a otra. Gracias, Clara. Eres la mejor editora que alguien puede desear tener.

Gracias a ti, lector, si has llegado incluso a leer hasta aquí. Ahora esta historia te pertenece.

Pasión. Obsesión. Locura. Anatomía. Ciencia.
En la academia y en el amor todo vale.



Edimburgo, 1857. La primera vez que Arthur Credge vio a Theodore Thorebourne pensó que era un engreído. Pero ¿quién no lo era en la Facultad de Medicina más reputada, competitiva y elitista del mundo? Solo los mejores estudiantes, como ellos dos, accedían a sus aulas y a las lecciones del distinguido profesorado.

Cuando una serie de cadáveres mutilados aparecen en las calles adoquinadas de la ciudad, Arthur y Theodore se verán arrastrados a una investigación que podría condenarlos o unirlos para siempre. Según las pruebas, las víctimas han sido sometidas a prácticas anatómicas clandestinas, como si alguien los hubiera usado para el estudio del cuerpo humano… ¿Puede alguien matar para saciar la sed de saber?

En la línea de novelas como *El secreto* de Donna Tartt, *Los anatomistas* nos adentra en una historia de misterio e investigación en el mundo académico. La arqueóloga y antropóloga física Lidia G. Merenciano nos demuestra que el amor por la ciencia y la obsesión están a un paso de distancia y, por consiguiente, también la locura.

Lidia G. Merenciano es arqueóloga, antropóloga física y divulgadora. En el año 2022 se especializó en la divulgación cultural en redes sociales, donde destaca su trabajo de recuperación y difusión de la arqueología y la evolución humana. Durante este tiempo también ha colaborado con diversas instituciones como museos, ayuntamientos y diputaciones para acercar a un amplio público la importancia de recuperar y conocer el pasado.

Participa de forma habitual en prensa y televisión como experta en arqueología y lo hace en medios como elDiario.es, la revista Historia y Clan RTVE. Según National Geographic, Lidia G. Merenciano «se ha convertido en una de las voces más visibles de la divulgación arqueológica en España».

Su primera novela, *Penélope*, cosechó un gran éxito entre la crítica y el público, y la posicionó como una de las autoras con más proyección en el panorama nacional.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, Lidia García Merenciano
Autora representada por Editabundo, Agencia Literaria, S. L.
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © iStock y Varvara Kurakina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8432-3

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los anatomistas

Sobre el dark academia

Nota de la Lidia G. Merenciano

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lidia G. Merenciano

Créditos